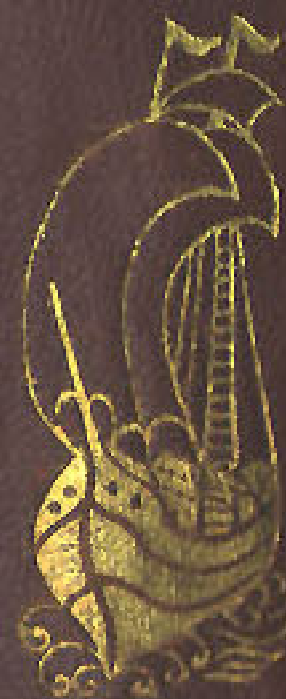
VIAJES MODERNOS

MAUD D. HAVILAND

DE LA TAIGA Y DE LA TUNDRA



DE LA "TAIGA" Y DE LA "TUNDRA"

LA VIDA EN EL BAJO YENESEI

Arqués

LIBROS DE VIAJES

(PRIMERA SERIE)

EDITADOS POR «CALPE»

ANSORGE (W. J.).—*Bajo el sol africano,* 1 vol. de 432 páginas, con 123 grabs. y XIV láms., de fotografías del natural, 20 pesetas.

SVERDRUP (OTTO).—*Cuatro años en los hielos del Polo.* Tomo I, 1 vol. de 448 págs., con 56 grabs., XXI láms. y 2 cartas en color.

CHARCOT (J.).—*El «Pourquoi-Pas?» en el Antártico,* 1 vol. de 480 págs., con 121 grabs., XLIII láms. y 3 cartas.

MAUD D. HAVILAND.—*De la «taiga» y de la «tundra».—La vida en el Bajo Yenesei,* 1 vol. de 300 págs., con 30 grabs. y IV láminas.

EN PRENSA

SVERDRUP (OTTO).—*Cuatro años en los hielos del Polo.* Tomo II.
BOYD ALEXANDER.—*Del Níger al Nilo,* 2 tomos.
ALGOT LANGE.—*El Bajo Amazonas,* 1 vol.
ERLAND NORDENSKJÖLD.—*Exploraciones y aventuras en América.*
SVEN HEDIN.—*Transhimalaya,* 3 vols.
Y otros muchos famosos viajeros modernos.

IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS
NORTE, NÚM. 21.—TELÉFONO 17-65 J.

MAUD D. HAVILAND

DE LA "TAIGA" Y DE LA "TUNDRA"

LA VIDA EN EL BAJO YENESEI

TRADUCIDO DEL INGLÉS
POR
ANA MARÍA BOLÍVAR

CON IV LÁMINAS Y 30 GRABADOS

CALPE

Papel fabricado expresamente por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

ÍNDICES

A) DE LOS CAPÍTULOS

Páginas

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

Páginas.

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

Páginas.

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

Páginas

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

B) DE LAS LÁMINAS

C) DE LOS GRABADOS

Páginas.

NOTA DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La presente edición, primera que de la obra de Haviland DE LA «TAIGA» Y DE LA «TUNDRA» se presenta en castellano, ha sido anotada por el profesor J. Dantín Cereceda.

PREFACIO

Todo el que pretenda en la actualidad escribir acerca de las aves del Yenesei habrá de hacerlo sin olvidar *Las aves de Siberia (Birds of Siberia)*, obra a la que habrá de sujetarse como libro de crítica que deberá servirle de guía; tanto más cuanto que el viaje río abajo se realiza hoy con mayor rapidez que en tiempo de Seebohm, por lo que la *taiga* y la *tundra* se deslizan ante el viajero con tanta rapidez como en una vista cinematográfica, aumentando por esta razón la dificultad para observar las aves y los hombres que viven en sus orillas. Pero en Golchika hay mayor campo de acción, y yo hubiera querido poder dotar a mi relación de mayor atractivo haciendo partícipes a mis lectores del encanto de la *tundra*, del canto de las aves silvestres anunciando el verano, de la vista de las amapolas luciendo sobre los campos de nieve, del olor de la madera de arrastre quemada y del rumor amortiguado de las pisadas de las pequeñas pesuñas de los renos sobre el musgo. Pero este libro no puede tener esa pretensión, pues sólo contiene algunas páginas del diario de una temporada pasada en el Yenesei y entre las aves, la mayor parte de las cuales sólo son conocidas en Inglaterra, por sus emigraciones, como aves extraviadas.

Los nombres científicos que empleamos son los que figuran en el *Manual de las aves británicas (Hand-liste of British Birds*, 1912), excepto para aquellas especies no incluidas en ellas, para las cuales hemos empleado la nomenclatura del *Ma-*

nual de las aves paleárticas (Manual of Palaeartic Birds), de H. E. Dresser.

Debo una vez más expresar mi gratitud a miss M. A. Czaplicka por haberme permitido formar parte de una expedición que sólo ha podido realizarse gracias a su energía y al empeño que en ello ha puesto, y doy también las gracias a míster Popham por haberme proporcionado con su gran amabilidad buen número de datos sobre el Yenesei, tanto antes como después de mi viaje.

MAUD D. HAVILAND

CAPÍTULO PRIMERO

EL GILLISSY.—SALIDA DE LONDRES.—VARSOVIA.—CONTRATIEMPOS EN MOSCOU.—KRASNOYARSK.—VASSILLI IVANOVITCH.—EMBARCAMOS PARA EL NORTE.—EL RÍO ANGARA.—YENESIESK.—EL «ORYOL» Y SU CAPITÁN.—COMPAÑEROS DE VIAJE.—EL MAR LIBRE.—NASIMOROKOYA.—VOROGOVO.—EL ESTRECHO DE KAMIN.—MEDIA NOCHE EN EL BOSQUE.

Las primeras noticias que he podido hallar del río Yenesei datan de 1595, año en que el holandés Willem Barentz se embarcó con rumbo al mar de Kara, y habiendo quedado su barco cogido entre los hielos, subieron a bordo del mismo unos cazadores moscovitas, que le contaron la fábula de que todos los veranos se daban a la vela desde el Kholmorgori, en el mar Blanco, diez pequeños queches con dirección Este, que, pasando por el mar de Tartaria y atravesando el río Obi, llegaban al otro río, el Gillissy, sosteniendo el tráfico de tejidos y otros géneros.

Ahora bien: Willem Barentz, aquel viejo y práctico aventurero, sabía muy bien, por las curiosas cartas de navegación de su tiempo, que el río Gillissy venía a desembocar en el Océano del Norte desde la tierra de Catay, cuyas arenas eran de oro y en donde crecían en abundancia arbustos de las más preciadas especias y las sedas y las pieles se obtenían con sólo pedirlas.

Por esto trató al año siguiente de llegar a él por las costas

de Nueva Zembla; pero habiéndoselo impedido los hielos, hubo de volverse sin resultado.

Después de Barentz, otros muchos han tratado de llegar al Gillissy por el Norte, consiguiéndolo algunos, siquiera la mayoría de ellos no lograran su propósito, y de este modo se fué sabiendo que el río corría no por un supuesto Eldorado, sino por un vasto desierto de grandes, pero inexplotados recursos. A fines del siglo pasado varios ingleses avanzaron por el Este hasta el Yenesei, y, según tengo entendido, el primero de ellos que escribió un relato popular de sus viajes por Siberia fué el gran ornitólogo Henry Seebohm. Éste en 1877 navegó río abajo, describiendo después las peripecias de su expedición en un libro encantador titulado *Las aves de Siberia*. Pero desde el punto de vista de la ornitología el viaje fué un verdadero fracaso, pues, a causa de una serie de contratiempos que le sucedieron, no pudo el sabio llegar a la desembocadura del río hasta bien entrado el verano, y por tanto poco logró averiguar de la vida de las aves en la parte baja del Yenesei; pero hacia el 90 Mr. H. L. Popham llevó a cabo tres expediciones por el río, encontrando, entre otras cosas curiosas, nidos de churra, de ganso de pechuga roja, agujetas y chorlito gris. Desde entonces, en parte por la distancia, y en parte por las dificultades de llegar al estuario a principios de verano, ningún otro ornitólogo inglés ha visitado este país, a pesar de que para los naturalistas las orillas del Yenesei conservan algo de la tierra de Catay, ornitológicamente hablando, pues ofrecen una segura caza de verano de especies interesantes y curiosas.

Según dicho de un sabio, no es fácil presumir lo que allí puede encontrarse.

Por esto me consideré muy afortunada cuando en la primavera de 1914 se me presentó impensadamente la ocasión de visitar este país. Miss Czaplicka, la muy conocida antropóloga polaca de la Universidad de Oxford, se preparaba a realizar un viaje por el río desde Krasnoyarsk hasta Golchika, para estudiar las tribus indígenas que viven a lo largo de sus orillas, y yo acepté gustosa el ofrecimiento de acompañarla en su expedición. Cuatro éramos los que íbamos a realizar aquel viaje por tierras orientales. Una inagotable energía y una destreza poco frecuente, aparte de sus dotes intelectuales y de su conocimiento del mundo, caracterizaban la sorprendente personalidad de miss Czaplicka. Debo citar después a miss Dora Curtis, artista cuya compañía nos hubiera sido difícil reemplazar para semejante viaje: siempre alegre y dispuesta, tanto para el trabajo como para cualquier esparcimiento, constituyó la vida, por decirlo así, de la expedición, contribuyendo tanto a la buena disposición de ánimo que reinó durante el viaje como a su bienestar material, lo que podría atestiguar todo el que hubiera tenido la suerte de poner a prueba sus conocimientos culinarios. El tercero de mis compañeros de viaje era un señor americano, Mr. H. U. Hall, que se interesaba por los aborígenes de Siberia.

Miss Curtis, Mr. Hall y yo salimos de Londres el 28 de mayo, en un tranquilo día de primavera, con amenaza de lluvia, y pasando por Flesinga y Berlín llegábamos a Varsovia cuarenta y ocho horas después. Allí pasamos algunas otras recorriendo lo más notable de la ciudad antigua. ¡Con cuánto más interés lo hubiéramos hecho de haber podido imaginar la batalla titánica que cuatro meses después se había de desarrollar bajo sus muros! Pero aun entonces hubo forzosamente de llamar mi atención un espectáculo que a la luz de sucesos posteriores recuerdo vivamente. Marchábamos calle abajo, cuando nuestro coche hubo de cambiar de dirección para dejar el paso libre a un escuadrón de cosacos; serían como unos cuatrocientos, que volvían de las maniobras que habían realizado fuera de la ciudad. Todos eran hombres pequeños y venían montados sobre la cruz de sus caballos, como lo hacen los *jockeys* ingleses. Al tiempo que caminaban iban entonando una canción, acompañada del choque de los platillos y de las pisadas de sus caballos sobre las piedras. Un señor polaco que venía con nosotros nos llamó la atención, en tono de burla, sobre los polvorientos arreos y lo desordenado de las filas; pero en aquel momento no me fijé en estas cosas porque me había extrañado sobre todo

aquel conjunto abigarrado de ocre y escarlata, acompañado del ruido aturdidor de los platillos, y la fortaleza que denotaban aquellos soldados; allí no había ninguna máquina de guerra, sino simplemente cuerpos vigorosos, que son el elemento primordial para ganar las batallas... Sus voces subían y bajaban, produciendo una brusca y bárbara cadencia a medida que iban avanzando por la carretera, llena de sol, y volvían a dar la cara al Vístula.

Por la noche abandonamos a Varsovia, con dirección a Moscou, donde habíamos de reunirnos con miss Czaplicka, y este viaje a través de las llanuras de Polonia habría sido menos molesto y fastidioso si hubiéramos podido adivinar el papel que esta nación desempeñaría bien pronto en la guerra más grande del mundo.

En Moscou sufrimos una decepción, porque nuestro equipaje, que venía facturado convenientemente desde Londres, y que pasó libre de derechos por las aduanas de Alexandrovo, no había llegado todavía, y como era absolutamente necesario que saliésemos al día siguiente para Krasnoyarsk, si queríamos tomar el primer vapor que había de seguir río abajo por el Yenesei, abandonamos la estación desesperados, a pesar de las seguridades que nos daban los empleados de que al día siguiente llegarían nuestras maletas. Después fuimos a visitar el Kremlin y a contemplar desde sus terrazas la admirable vista de Moscou que desde ellas se divisa.

A la mañana siguiente nos trajeron, en efecto, todo el equipaje, excepto una caja de cartuchos, que por causa de la equivocación de un agente de transportes había sido detenida en el camino.

No pude esperar a recibirla, por lo que mi labor durante el viaje hubo de resentirse de esta falta, pues en parte dependía del contenido de la tal caja. Sólo disponíamos de un par de horas para tratar de reparar esta pérdida, y en Rusia la venta de armas de fuego está condicionada por grandes formalidades oficinescas; así es que el primer armero a quien me dirigí se negó a complacerme; pero con otro fuí más afortunada, pues

consintió en venderme algunos cartuchos después de mostrarle la escopeta y la carta oficial de presentación de que cada uno de nosotros iba provisto, además del pasaporte reglamentario. Mientras yo desempaquetaba el arma, los dos chicos que cuidaban del ascensor del hotel no cesaban de atisbar por las rendijas de la puerta lo que hacía.

Uno de los chicos decía: «¿Qué es lo que tiene ahí?»

El otro contestaba: «¡Armas!»

El primero replicaba: «¿Para qué las querrá?»

El segundo decía: «No lo sé».

Conclusión de ambos: «Éstas deben de ser sufragistas» *(suffragettski)*.

Sólo faltaba hora y media para la salida del tren; pero el armero, al que siempre recordaré con gratitud, cargó a todos sus hombres con las municiones y además con los materiales de repuesto que había adquirido, y que administrados con la necesaria economía bastaron para todo el tiempo de mi estancia en Siberia.

El viaje por Asia en el ferrocarril transiberiano es excesivamente aburrido; habíamos perdido por veinticuatro horas el expreso internacional, por lo que no tuvimos más remedio que continuar nuestro viaje a Krasnoyarsk en uno de los trenes correos diarios, que si son más lentos en su marcha, en cambio son mucho más baratos. Pasadas las primeras treinta y seis horas, y con ellas la novedad de ir al *buffet* en busca de las provisiones del día, no le quedaba a una otra distracción que mirar, recostada en la ventanilla, la reluciente vía, que iba desarrollándose hacia Occidente detrás del tren, como el rastro de baba que deja un caracol en su marcha por el sendero de un jardín.

Llegamos a Krasnoyarsk a media noche el 8 de junio, encontrándonos otra vez con que nuestro equipaje, que habíamos visto en el tren de Moscou, había sufrido un nuevo entorpecimiento y no había llegado aún, lo que nos contrarió en gran manera, pues si queríamos estar en Golchika a principios de julio era necesario tomar el vapor que salía al día siguiente;

conservábamos la esperanza de que llegaría en un tren correo de las dos de la mañana; pero las cajas que sacaron del furgón de equipajes no eran las nuestras, sino que pertenecían a unos ingenieros de minas que se dirigían, río arriba, hacia Minnusinks; quedamos por completo descorazonados.

Teníamos reservadas habitaciones en el hotel gracias a las gestiones de un conocido de miss Czaplicka, Mr. Gonnar Christensen, joven muy agradable, que era el agente en el Yenesei de la Compañía de Vapores Siberianos y a cuya energía y previsión debimos también en parte el *confort* de que disfrutamos durante nuestro viaje. Nos acostamos al salir el Sol y tratamos de disfrutar de unas horas de descanso.

Cuando el tren que venía del Oeste llegó a la mañana siguiente tuvimos nueva decepción, pues no traía nuestro equipaje, y en vista de esto decidimos salir las tres mujeres aquella misma mañana para Yenesiesk, quedando Mr. Hall en espera del bagaje, que estaba detenido en la frontera y que no llegaría hasta el día siguiente. Míster Hall podría salir en un vapor que partiría un día después que el nuestro.

Krasnoyarsk ha ganado mucho con el ferrocarril, siendo ahora la más grande de las tres ciudades principales del Yenesei; tomó su nombre de la coloración de las rocas de arenisca que la rodean, pues *krasno* en ruso significa *rojo*. La ciudad conserva todavía ese aspecto de tosquedad primitiva y de creciente prosperidad que tienen la mayor parte de las poblaciones de Siberia. Algunas de sus casas son de piedra; pero la mayoría están construídas con maderos, las calles y plazas son anchas, y el suelo de tierra mal cuidada. Posee cinco escuelas, museo, una gran catedral, dedicada a la Natividad, y un transportador automático, de unas mil yardas de longitud, que atraviesa el río; pero, como antes he dicho, bien a nuestro pesar, no tuvimos tiempo de ver estas cosas.

En Krasnoyarsk se aumentó la compañía con dos refuerzos: uno de ellos fué un *setter* blanco y negro, llamado *Jest*, que nos prestó a última hora Mr. Christensen para que lo tuviéramos durante el verano. El otro fué un criado, Vasilli Ivanovitch. Un siberiano que ni bebe ni roba es una verdadera joya, y hay que confesar que en este caso los excelentes informes que de él nos habían dado resultaron exactos. Con frecuencia nos aseguraba que la vista de un borracho le ponía malo, y la verdad es que mientras estuvo a nuestro servicio, aun cuando tuvo muchas ocasiones de poder beber, nunca le vimos beodo ni puedo asegurar que nos robase nada; sus defectos eran la holgazanería y la presunción. Cuando se le corregía por alguna cosa se limitaba a retorcerse los bigotes, y contestaba en tono plañidero: «¿Cómo iba yo a saber lo que ustedes querían? ¡Yo nunca he servido; siempre he vivido en mi casa!» Sin embargo, como ocurre con todos los siberianos, era un hombre habilidoso: sabía conducir una lancha, guisaba medianamente y se consideraba como un *Okotnik*, un cazador, lo que, en resumidas cuentas, quería decir que sabía matar un pato.

En lo único que ponía interés era en aprender nuestro idioma, hasta el punto de que nos desesperaba cuando estábamos de prisa o nos hacía reír con su incorregible *Pa russki*, «esto o lo otro»; *pa angliski?* «En ruso es así, ¿y en inglés?»; y cuando se le daba la contestación se apresuraba a escribirla en su idioma, según le parecía al oído, en un mugriento cuaderno de bolsillo, que nunca tuvimos ocasión de examinar, pero que debía de ser una verdadera curiosidad fonética.

Hay que confesar que nuestra facha cuando nos embarcamos en Krasnoyarsk no debía de ser de lo más lucida, pues emprendíamos el viaje con sólo lo puesto y nuestras ropas estaban bastante sucias después de los diez días con sus noches que habíamos pasado en el tren.

Miss Curtis y yo no sabíamos ni una palabra de ruso; miss Czaplicka jamás había estado en Siberia, y tras de nosotros dejábamos a un compañero que, a su vez, sólo conocía el inglés, y estábamos en gran incertidumbre respecto a nuestro equipaje, que no sabíamos si llegaría a tiempo para alcanzarnos en Yenesiesk.

En el muelle nos presentaron a Mr. Peacock, negociante que traficaba en el Yenesiesk, y que, como su hermano, aun-

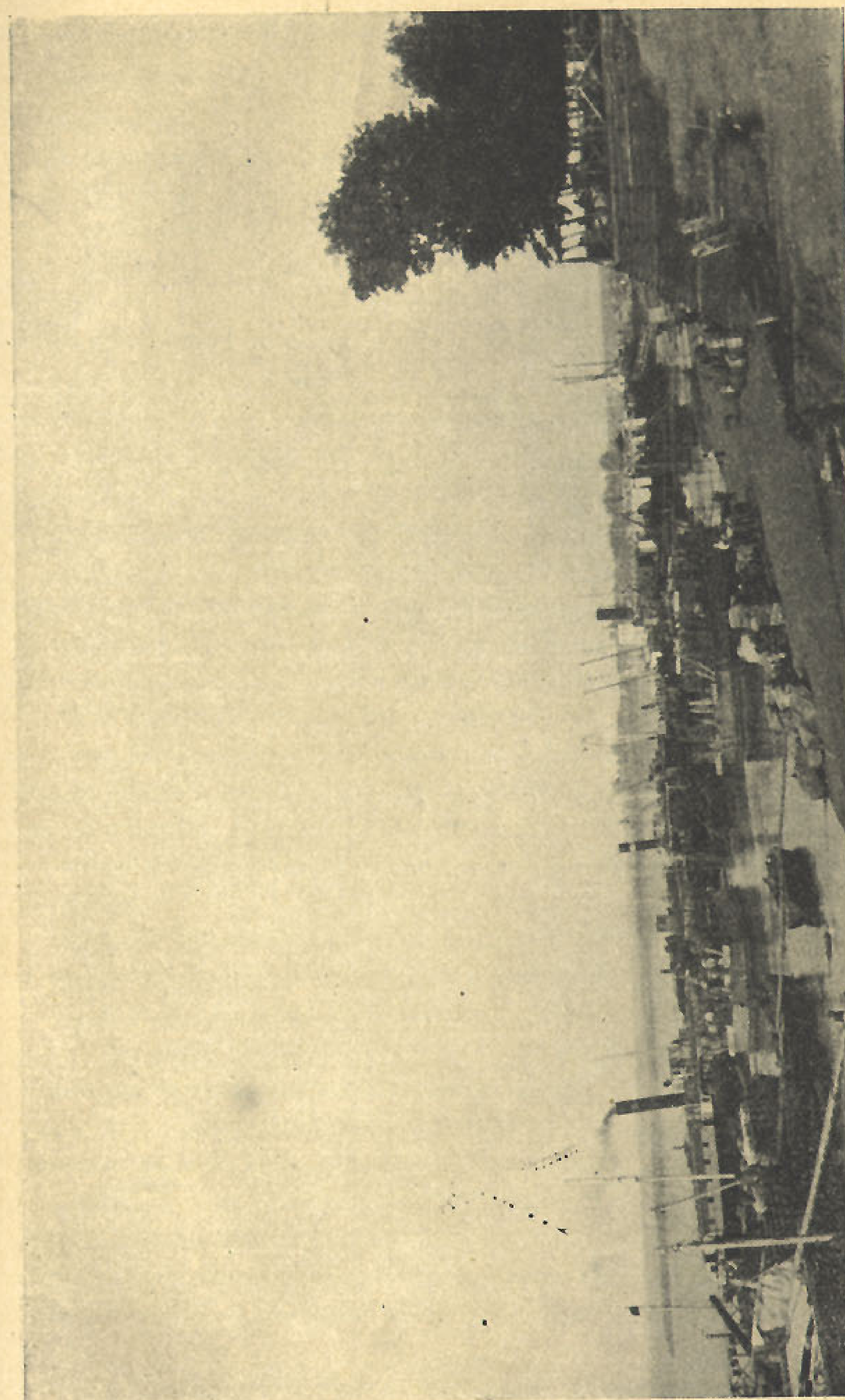
que nacidos en Siberia y que nunca habían viajado mas allá de Moscou, eran descendientes de ingleses y estaban ambos grandemente orgullosos de su nacionalidad británica. Míster Peacock acababa de llegar a Krasnoyarsk desde el Norte, y nos dijo que por bajo del Kureica el río estaba aún cubierto por los hielos.

El viaje de Krasnoyarsk a Yenesiesk duró treinta horas. En la mayor parte del trayecto el río corría entre orillas bajas cubiertas de pinos, sembradas de nidos de golondrinas de ribera. Una o dos veces hicimos alto por un par de horas en uno de los pueblos ribereños, y los campesinos, que como era domingo no trabajaban, vestidos con sus trajes de colores chillones, se agolpaban a la orilla para ver el primer vapor del año que pasaba con destino al Norte. Al anochecer, cuando estábamos solos y sentados a la mesa para cenar, nos detuvimos en uno de esos pueblecillos. De allí a poco un hombre medio borracho hizo irrupción en el comedor dando traspiés y empezó a dar voces, hasta que acudió el camarero, quien le hizo salir; pero fuera de esto, apenas tuvimos incidentes de este género durante el viaje.

A la una del 9 de junio pasamos el Angara, el primero de los tres grandes tributarios del Yenesei. El vapor se detuvo en Trotzska, pueblecillo de casas de madera situado en la desembocadura del río, y bajamos a tierra por una hora con el objeto de estirar las piernas y para dar un rato de libertad al pobre perro, pues debía de tener entumecidas las patas por su larga permanencia en el vapor. Unas cuantas motacilas o lavanderas y gorriones picoteaban en los montones de basura que rodean todos los pueblos de Rusia, y en las orillas del río abundaban las golondrinas de ribera, de las que Vassilli me trajo dos, que había cogido en sus nidos, pues era aún muy pronto para encontrarlas en huevos.

Después de recibir las aguas del poderoso tributario, el Yenesei se ensancha y casi duplica su cauce. Toda la tarde navegamos entre dos bosques bajos de pinos, y después llegó del frente una faja cárdena de humo de un fuego del bosque, que

LÁM. I.



YENESIESK.

se extendía a través del río, debiéndose tal vez a las partículas de ceniza suspendidas en la atmósfera el que la puesta del Sol fuese tan espléndida aquella tarde. El astro se fué escondiendo detrás de los árboles, semejando un incendio entre nubes, y el vapor parecía que viajaba a través de un fuego azul y anaranjado. Los mismos siberianos, tan impasibles de ordinario, interrumpieron su incesante ocupación de cascar piñones para contemplar aquel espectáculo.

Llegamos a Yenesiesk el 10 de junio por la tarde, causándonos mucha extrañeza el encontrarnos en una gran ciudad, con escuelas, iglesias, museo y un *Palacio de Pintura,* después de haber viajado durante 217 millas a través de bosques vírgenes y en medio de aquellos desiertos.

Antes de que pasara el ferrocarril por Krasnoyarsk, Yenesiesk era la población principal del Yenesei y un gran centro de comercio de minas de oro. Está situado en medio de extensas y bajas praderas, y sus casas, de madera, de tonos suaves, y sus sombrías calles, de tierra y hierba, eran más pintorescas que las más modernas y animadas de Krasnoyarsk. Según navegábamos por el río en una hermosa noche de verano, sus casas, dominadas, como siempre ocurre, por las cúpulas verdes y blancas de la iglesia, le daban un curioso aspecto bárbaro y bizantino.

Cuando desembarcamos nos dirigimos primeramente al correo, donde encontramos un telegrama de Mr. Hall, que nos tranquilizó diciéndonos que nuestro equipaje había llegado y que él esperaba reunirse con nosotros al día siguiente. Yo llevaba una carta de recomendación para Mr. Stephan Vassillievitch Vostratine, miembro de la Duma por el Gobierno de Yenesiesk; pero ya sabíamos desde Krasnoyarsk que este señor se hallaba a la sazón en San Petersburgo; mas miss Czaplicka llevaba otra carta para un hermano del anterior, M. Vassilli-Vassillievitch Vostratine, el cual, igualmente que su señora, nos demostraron la mayor amabilidad durante nuestra permanencia en Yenesiesk.

Desde el punto de vista ornitológico, las inmediaciones de

Yenesiesk son muy interesantes, por lo que sentí grandemente no poder pasar un día en el campo; pero sólo disponíamos de dos para estar en la ciudad, y la mayor parte del tiempo tuvimos que dedicarlo a los preparativos de nuestro viaje al Norte. Yenesiesk estaba muy animado con la llegada del verano, y el muelle rebosaba de vida.

Rimeros de vigas, cientos de barriles de pescado, botes, sacos de harina, utensilios domésticos, en suma, todo cuanto puede uno imaginarse que pueda ser necesario a la población ribereña para todo el año, estaba amontonado delante de los vapores y barcazas, pues la estación en el Norte es corta y sólo hay tres meses útiles para llevar las provisiones río abajo.

Una vez terminadas nuestras ocupaciones pensamos lo primero en tomar un baño, lujo que no nos habíamos permitido desde que abandonamos a Inglaterra; para ello continuamos por el muelle hasta salir de la ciudad y llegar a la pequeña casa de baños, situada en la otra orilla del río; hacía mucho calor fuera, pero aún más dentro de los cuartos de baño. Tuvimos que esperar a que los sorprendidos sirvientes fregasen los pequeños cubículos, y reuniendo todos los cubos y toda el agua caliente de que se pudo disponer tomamos un baño entre ruso de vapor e inglés, de agua y jabón. Una vez limpias, en parte, del polvo del viaje, marché fuera de la ciudad a dar un paseo. Era una hermosa tarde de verano, y aunque hacía escasamente un mes que había desaparecido la nieve, las hojas de los árboles y las hierbas ostentaban todo su esplendor. Realizaba entonces mi presentación ante las aves y las flores de Siberia, y siempre recordaré con gusto un macho de gargantiazul cantando entre unas blancas clemátides, que parecía como si una bolita de oro vibrase detrás de su pechero chillón. La brillantez del plumaje de estos pájaros del Norte en la época de la cría es como una revelación para los que sólo los han visto en sus visitas a Inglaterra durante el invierno.

Bajo las clemátides había rosadas primaveras, geranios y madreselvas, así como también maravillas que parecían haber sido arrancadas de los fosos del Támesis. Era la primera vez

que me paseaba sola por Asia, y quizá no me hubiese sorprendido ver un tordo de garganta roja o un ruiseñor azul de Siberia; pero aquí había almendritas de los sauces que hablaban el inglés, aunque con un ligero acento extranjero, y almendritas de las cañas y una pareja de urracas, que renegaban en su jerga familiar al introducir una mano en su nido; el gargantiazul era el único extranjero, y aun su canto parecía como un dialecto del ruiseñor de Europa. No tardaron los mosquitos en hacerme abandonar aquella espesura. Si Siberia necesita alguna vez de un emblema nacional, no creo haya nada más propio que llenar los cuarteles de su escudo con una nube de mosquitos rampantes. Creo que el número de mosquitos en el valle de Yenesei es superior al de todos los insectos del mundo entero; no sólo pululaban en los pantanos, sino en la ciudad. A lo largo del río, un gran número de chicos de rostro moreno pescaban, atormentados también por los mosquitos, por lo que cada uno de ellos quemaba una ramita para ahuyentarlos.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, llegaba Mr. Hall con el equipaje, no sin haber pasado ratos muy desagradables, pues hasta última hora no pudo encontrar sitio en el vapor, y tuvo que hacer el viaje en una barcaza que aquél llevaba a remolque, y en la que tuvo que compartir el camarote con algunos pescadores que tenían la mala costumbre de los rusos de la aversión al aire puro, por lo que prefirió dormir, donde y cuando pudo, sobre cubierta.

Pasamos gran parte de la mañana en arreglar de nuevo nuestro equipaje y en visitar el Museo.

En este último mis compañeros encontraron muchas cosas de interés para ellos, tales como armas y utensilios de las diferentes razas que habitaron el Yenesei. Yo preferí ver la sección de Historia Natural, la que, desgraciadamente, se encontraba en un lamentable desorden: los numerosos y polvorientos ejemplares no estaban clasificados; en muchos casos faltaban las etiquetas de sexo y de procedencia, y las aves de la localidad estaban confundidas con las de otras regiones de Siberia. Es muy lastimoso que el Museo de la ciudad principal de un país tan

lleno de interés desde el punto de vista ornitológico esté tan descuidado, pues con un poco de orden podría formarse una colección de gran valor e interés. Lamenté haber perdido la visita al Museo de Krasnoyarsk, que, según me dijeron, merecía verse.

Por la tarde, Mrs. Vostratine me invitó a dar un paseo a lo largo del Yenesei, y aunque sentía no poder dedicar un par de horas más a mis pájaros, me fué imposible rehusar tan amable invitación; y debo confesar que vale la pena de ver las praderas de Yenesiesk en el mes de junio. Una hierba crasa se hallaba en toda su frescura; pero apenas se la veía debajo de los abedules, casi oculta por capas de ranúnculos, clavelinas, primaveras y miosotis. En cada arbusto, un triguero dorado, de coloración tan viva como las flores, lanzaba al aire su breve y monótono canto, y de los matorrales se escapaban los graznidos de los arrendajos y el ruido que producían los pájaros carpinteros, además de otra porción de aves cuyo canto no pude reconocer. Volvimos por el camino alto y principal que comunica a Krasnoyarsk con Yenesiesk, y que no era otra cosa que una mala senda llena de césped y de hoyos, en los que las ruedas se atascaban, haciendo balancear el carruaje, con riesgo de volcar. Yo tuve que agarrarme, aunque me avergüence el confesarlo, al asiento para evitar los vaivenes, envidiando la tranquilidad de mi acompañante, que ni siquiera se inclinaba cuando saltábamos por los surcos. En Yenesiesk no se preocupan demasiado de los caminos, pues la Naturaleza les dió la mejor carretera del mundo, que no necesita ningún gasto para su conservación, cual es el noble Yenesei, por la que pueden viajar tanto hacia el Norte como hacia el Sur, embarcados durante el verano y en trineo por el invierno.

Por la tarde, mientras tomábamos café en casa de los señores Vostratine, nos presentaron al Sr. Kutcherenkoff, uno de les principales comerciantes del Yenesei, el cual se interesó mucho por la expedición proyectada por miss Czaplicka; y hay que confesar que a sus recomendaciones debimos el que nuestro viaje por Golchika fuese tan feliz.

A cosa de las nueve de la mañana nos encaminamos al muelle, donde se hallaba congregada la mayor parte de la población para presenciar la partida del primer vapor que salía para el Norte.

La cubierta del barco estaba atestada de enseres domésticos y de niños, y en el interior eran mayores las apreturas; en la proa y en los estrechos pasos que hay a los lados del cuarto de máquinas, los bancos para acostarse estaban tan justos, que era materialmente imposible pasar entre ellos; después de un gran tumulto y gritería nos balanceábamos en el centro del río y entre el ruido de las ruedas de paletas del vapor y los aplausos de la multitud que ocupaba el muelle emprendimos la marcha para nuestro viaje de 1.500 millas hacia el Norte.

El vapor *Oryol,* que nos conducía, pertenecía a una Compañía particular, y, según tuvimos ocasión de ver, era el más cómodo de cuantos viajaban por el río. Formaba parte de una flota de barcos europeos que el Gobierno ruso compró en 1905 y envió al Yenesei por el mar de Kara, con cargamento de víveres para atender a las necesidades de la población, entre la que se dejaba sentir el hambre por efecto de la guerra rusojaponesa. El *Oryol* había hecho el servicio de pasajeros en la Clyde, y su antiguo nombre escocés, *Glenmore,* todavía podía leerse en la campana y en los cubos. Tenía servicio de primera en la popa, pero la proa estuvo durante todo el viaje atestada de pasajeros. Las literas de tercera estaban divididas en numeradas y sin numerar; las primeras costaban un poco más y sus ocupantes tenían seguro el sitio para dormir; pero los de las otras dormían donde podían; era casi imposible pasar de una a otra cubierta, pues todos los rincones estaban atestados de líos de ropas de cama, barrilitos de manteca, utensilios de cocina y niños dormidos. La demás gente permanecía sentada en grupos, bebiendo invariablemente durante todo el día *tchai* y cascando simientes de girasol y piñones del cedro de Siberia *(Pinus cembra).* No sólo iba atestado el vapor, como se ha dicho, sino que además arrastraba una barcaza tan grande como el arca de Noé y tan difícil de dirigir como lo sería aquélla, cuyos

rincones estaban ocupados de bote en bote por pobres siberianos, viéndose sobre cubierta un revoltijo de utensilios: barriles de pescado vacíos, esquifes de pesca, mástiles y sacos de harina, y entre todo esto, una gran cruz rusa de madera blanca barata, destinada evidentemente para algún lejano puesto de tramperos y encargada en el otoño anterior, cuando marchó hacia el Sur el último vapor. Detrás de la barcaza iba amarrado un lanchón lleno de barriles, en el que se veían además dos o tres botes. No era poca la habilidad y destreza que se necesitaban para maniobrar con todas estas embarcaciones junto a la orilla, sobre todo cuando el río tenía poco fondo o el viento no soplaba con bastante fuerza.

El capitán del *Oryol,* Otto Ello, finlandés de origen, era un desterrado por su propia voluntad; había eludido en su juventud el servicio militar, no atreviéndose después a volver a su país por temor a ser arrestado como desertor, por lo que se estableció en Siberia, donde se casó con una rusa, que le mostraba gran afecto y le acompañaba en todos sus viajes. Poseía a la perfección el inglés y había acompañado a Mr. H. L. Popham en el viaje que este distinguido ornitólogo realizó, río abajo, en 1897.

El reducido salón del *Oryol* estaba casi tan atestado de gente como la cubierta, pues además de nosotros había dos comerciantes que viajaban para buscar minas de grafito en el Kureika, y un traficante de Yenesiesk, llamado Kitmanoff, uno de los propietarios del vapor. También se hallaba a bordo una persona de mucha influencia: seguramente algún funcionario de la provincia de Yenesiesk; era un hombrecillo adusto y feo, con perilla, que pasaba todo el tiempo tomando te y comiendo quesillo de Holanda, que guardaba en una caja de lata en su camarote, frugal costumbre que nosotros resolvimos adoptar después de haber consultado la tarifa del mayordomo. Al principio atrajo nuestra atención en Yenesiesk porque una diputación de autoridades de la ciudad le esperaba, para recibirle, en la portañola del barco, y cuando dos días después dejamos aquel lugar la misma comisión le llevó algunos obsequios. El referido

personaje se alegró mucho de los regalos que le llevaron, y que eran de poco valor, pero prácticos, pues consistían en un jarro de miel y un pañuelo verde de bolsillo.

Al partir de Yenesiesk abandonamos también algunas de las fórmulas de sociedad: Nicolai, el camarero del salón, quien durante cuatro días de fuerte calor había soportado una ajada pechera de camisa blanca, a modo de insignia de su cargo, suprimió entonces el cuello en el resto del viaje, y el capitán Ello recorría el puente con una especie de atavío semejante al de un ministro wesleyano o pastor metodista.

A medida que dejábamos detrás de nosotros la última ciudad era más fácil fijarse en este admirable río por el que viajábamos. El Yenesei, el «agua ancha», como le llamaron sus primeros navegantes, «gente cejuda y vestida de pieles», que llevaban sus *catamarans,* embarcaciones formadas de dos maderos unidos, a los puntos mas lejanos del río, cuando la Historia era confusa, el quinto entre los ríos de más largo curso del mundo, es el segundo de los tres que corren hacia el Norte de la vertiente central de Asia y recoge las aguas de un área de 970.000 millas cuadradas. Sus afluentes el Bei-Kem, el Khua-Kem y los demás nacen en las montañas de Mongolia y corren unas 3.000 millas antes de llegar al Océano Ártico. Todos los grandes afluentes: el Angara, que viene del lago Baikal; el Podkammenaya Tunguska y el Bajo Tunguska, entran en él por el Este.

En Yenesiesk tiene ya una versta de anchura, y gradualmente va ensanchando, hasta que un poco antes de llegar a Dudinka forma uno de los mayores estuarios del mundo. ¡Qué energía se vierte, según parece sin ningún provecho, en el Océano Ártico! La fuerza, de tantos millones de toneladas, que representa este agua corriente apenas si sirve para mover una fábrica de aserrar maderas, y aun cuando el gasto fuese veinte veces mayor sería lo mismo, pues el Yenesei durante la mitad del año está apresado por los hielos. Maravilloso debe de ser el poder del hielo, que es capaz de aprisionar tal volumen de agua corriente. Pero por grande que sea la fuerza del hielo aun

es mayor la del deshielo. Seebohm (1), que presenció éste en el Bajo Yenesei, nos da una descripción de tal despliegue de fuerzas, «que reducen el Niágara a una insignificancia... Se puede formar idea de lo que será la presión, por el hecho de que una parte del río, de mil millas de largo, empezando con una anchura de dos millas y terminando por seis, cubierto por tres pies de hielo, sobre el que había una capa de seis de nieve, se desheló en proporción de cien millas diarias... En varias ocasiones estuvimos parados delante del río durante horas enteras, llenos de admiración, clavando la vista estupefactos en los bloques de hielo, de veinte a treinta pies de altura, que el río arrastraba con una velocidad de diez a veinte millas por hora.»

Cuando salimos de Yenesiesk el calor era intenso y los mosquiteros estaban desplegados por todas partes en el barco. Hacia el mediodía paramos una hora en Nasimorokoya, gran poblado en la orilla izquierda del río. Allí terminaba la carretera principal desde Krasnoyarsk, y a partir de aquí no hay otra comunicación con el Norte como no sea el río o el telégrafo.

Desembarcamos y paseamos por el pueblo con curiosidad, pues era el primero que veíamos de esta clase. Todos los pueblos del Yenesei están construídos bajo el mismo plan, variando sólo por el tamaño. Cada uno se compone de una acumulación de basura con varias chozas de madera en lo alto; cuando el montón es pequeño, con una o dos chozas, el olor que se percibe es soportable; pero Nasimorokoya era un gran montón con unas 50 chozas, por lo que el hedor que despedía era insoportable.

Como hacía mucho calor entramos en un tenducho para buscar algo que beber, y nos dieron *quass*, que subieron de la cueva; esto era una especie de cerveza floja, destilada del pan, que me pareció muy amarga y desagradable, pero que a mis compañeros no les disgustó. Cuando volvimos al barco encontramos a la tripulación en el momento de degollar dos terneras, lo que nos desagradó, y cuando por la noche sacaron aquella carne a la mesa no nos sentimos animados a tomarla. Por la noche fué tal el calor, que casi no pegamos los ojos; pero al despertarnos, a la mañana siguiente, nos encontramos con un tiempo como el de marzo en Inglaterra, con una fresca brisa del Norte. En el curso del día bajamos a tierra en Vorogovo, otro pueblo que en este país casi merece el nombre de ciudad. Yo fuí a pasearme por la orilla de una laguna que se extendía entre el río y el bosque, y que servía de guarida a innumerables almendritas y también a mosquitos, no menos numerosos. Un gran manchado picamaderos mostró repentinamente su cabeza escarlata junto a un tocón, y un pato silbón chillaba lastimeramente en la proximidad de una isleta cubierta de sauces. En las praderas, detrás del pueblo, un grupo de gaviotas comunes descansaba de su viaje hacia el Norte, y todas volvieron su cabeza al viento, en filas, como una patrulla de soldados. Los pájaros más comunes eran los trigueros dorados, de pechera amarilla, que bullían por todas partes. A pesar de hallarnos a principio de junio maté una hembra que tenía huevos, aunque no del todo formados; presumo que la cría debe verificarse ya tarde, y Mr. Popham me informó que tampoco pudo procurarse ningún huevo de esta especie. Los cuclillos cantaban en los bosques del otro lado del agua, y yo maté en un matorral una lechuza. Se percibía una curiosa y confusa mezcla de cantos de aves del Este y del Oeste, pues mientras que los tordos hacían resonar el bosque, y yo oí las voces lastimeras de una almendrita de cejas amarillas entre los sauces, las dominantes eran las de una pareja de estorninos que estaban criando en un tronco de árbol cercano, cubierto de hiedra. Los mosquitos eran aquí tan molestos como en Yenesiesk, y amablemente me obligaron a volver al barco.

Por la tarde salimos de Vorogovo, y pocas horas después entrábamos en el estrecho de Kamin, siendo ésta la única bordada del río entre Krasnoyarsk y el mar que ofrece una bonita vista, pues en el resto la corriente es tan ancha y las orillas tan llanas, que la belleza del paisaje nace de

(1) *Birds of Siberia*, pág. 331.

su inmensa extensión, pero que por lo panorámica no puede ser abarcada en conjunto. Desde este punto el Yenesei se estrecha y reduce a la mitad de su anchura ordinaria, cambiando de dirección y escondiéndose entre escarpados montes cubiertos de riscos y de abetos. En medio del canal encontramos una isla llamada Monastirskiy, que divide al río en arrebatados riachuelos y ensenadas. Un pueblecito aparecía encaramado sobre un despeñadero en el lindero del bosque, y las montañas y masas de árboles se reflejaban con tanta claridad en aquellas tranquilas aguas, que la realidad y el reflejo hubieran podido cambiar de posición sin que el paisaje perdiese nada de su claridad.

Varios somormujos de garganta negra nadaban delante del vapor, y sus melancólicos graznidos parecían en completa concordia con la soledad del lugar. Era casi un sacrilegio dirigir nuestro ruidoso y humeante barquichuelo a través de una escena de paz tan profunda y pulverizar las quietas imágenes de las montañas en mil ondas con la estela que dejaba nuestro barco.

En una hora dejamos atrás el estrecho, y las márgenes del río se allanaron de nuevo, volviendo a ofrecer su monotonía de siempre. En las primeras horas de la mañana nos detuvimos en una pequeña estación en el bosque, para tomar combustible con destino a la máquina. La leña ya estaba amontonada al borde del agua, para que no hubiese que esperar, y la tripulación se puso a trabajar en seguida para llenar las carboneras. La orilla estaba cubierta de matas de blancas florecillas, y trepando a la cofa podía uno olvidarse del vapor y creerse en la paz del bosque. Recientemente había ardido aquel lugar, y pequeñas espirales de humo parecían todavía enredadas entre las copas de los árboles.

Aun no se veía, pero a lo lejos un tordo anunciaba la venida del día. Uno de los chicos del barco hizo un silbato con un palito de aliso, y su lastimero silbido armonizaba perfectamente con aquella escena, cuyo encanto no eran bastante a romper las risas y charlas de los leñadores. Parecía que nos encontrábamos al borde de una tierra encantada.

CAPÍTULO II

UN PASEO POR EL BOSQUE.—VERKNE IMBATSKAYA.—LOS OSTIACOS DEL YENESEI.—EL TORDO DE GARGANTA NEGRA.—REFLEXIONES ACERCA DEL TELÉGRAFO.—DIFICULTADES EN EL VIAJE.—MONASTIR.—BUSCANDO NIDOS DE AVES EN TURUKHANSK.—EL TORDO PÁLIDO.—EL KUREIKA.—LOS CUCLILLOS DEL YENESEI.—PERDIDA EN EL BOSQUE. LA ISLA DE LOS SAUCES.—IGARKA.

Entre Yenesiesk y Turukhansk, las escalas del vapor fueron mucho menos frecuentes y más cortas que las que hicimos después, cuando nos aproximábamos a la entrada del río, lo que me obligó a dejar sin explorar gran parte de lo más interesante de este país. Era un verdadero suplicio de Tántalo dejar pasar millas y millas de bosque con todo su caudal de pájaros y no poder bajar a tierra.

Al día siguiente, 13 de junio, no pude desembarcar hasta por la tarde, que paramos en una estación leñera. Vassilli me acompañó armado de su escopeta, pues las proporciones que tomaba nuestra cuenta semanal nos habían asustado, encontrando más económico proveer nuestra mesa con lo que cazáramos que vivir del *stchee* de la cocina del barco. Antes de desembarcar me enteré del tiempo que pararía el vapor y me dijeron que una hora.

Vassilli y yo nos encaminamos a lo largo del río, intentando varias veces penetrar en el bosque; pero los árboles que crecían en esta parte, que eran abetos, se hallaban tan próximos unos

a otros, que no se podía pasar entre ellos, lo que nos obligó a seguir por la orilla. En cualquier bosque de Inglaterra apenas pasaría un minuto sin que algún pájaro se delatase—un petirrojo revolotearía a través de un claro, un pendenciero herrerillo pasaría por encima de nosotros o un mirlo abandonaría de improviso su nido, piando—; pero en el Yenesei los pajaritos parecen sumamente raros. Vassilli mató un gallo de bosque (que los rusos llaman *rabchik),* no dejando de marearme hasta que le hube enseñado a decir en inglés «buena carne», que es la traducción de «horoshie myaso». Un cuclillo revoloteaba por delante de nosotros, y un pájaro carpintero de la especie grande, con manchas, martilleaba con su pico en un tocón. Dentro del bosque se oía el canto de los herrerillos y de las almendritas, y hacia abajo, del lado del agua, una pareja de churrillas hacían su nido. Éste fué el punto más septentrional en que he oído el insistente, monótono y breve canto del triguero dorado.

El paseo era más bien para desilusionarme, y con la esperanza de encontrar algo interesante fuí alejándome más de lo que había pensado. Me encontraba a más de una milla del vapor cuando el toque de partida resonó en el bosque, y cuando llegamos, sumamente sofocados por la carrera, encontramos al capitán Ello llamándonos desde el puente, estando ya el barco preparado para la marcha, por lo que tuvimos que sufrir las burlas y los dichos de los pasajeros de la barcaza, que, apoyados en el borde, miraban cómo volvíamos a toda prisa. Con mucha frecuencia durante el viaje me acordé de la parábola de Epicteto, del hombre que viajando por mar baja a tierra para recoger conchas y nueces, por lo que se ve en peligro de perder el barco. Yo siempre tenía la costumbre, antes de desembarcar, de preguntar el tiempo que pararía; pero la contestación generalmente discrepaba de la realidad en una hora, y era muy desagradable apresurarse a volver desde algún sitio que parecía prometer abundante caza, para encontrarse que, por cualquier causa, la salida se había retrasado y que podía haber seguido trabajando una hora más.

Por la tarde nos cruzamos con el barco que conduce el

correo desde Turukhansk a Yenesiesk. Durante el verano el correo se envía por el río, repartiéndose de pueblo en pueblo. El barquito se deslizaba por éste con su cuadrada vela desplegada a la brisa del Sur, y nos dijeron que las cartas enviadas en esta forma llegan a su destino más pronto que si se mandasen por el vapor. También vimos un botecito remolcado desde la orilla por perros, dentro del cual iban sentados muy cómodamente un hombre y una mujer, mientras que aquéllos corrían por la orilla. El aparejo me pareció sumamente burdo, y se reducía a un tirante atado a una cincha que rodeaba a los animales por la mitad del cuerpo, de manera que todo el esfuerzo recaía sobre los lomos. Los perros de trineo del Yenesei son excelentes animales, que recuerdan a los *collies* escoceses, aunque son más robustos, de orejas tiesas y espeso pelaje, mientras que los perros del país son mucho más pequeños, no utilizándolos para el arrastre, sino únicamente para la caza y para guardar los renos.

Al anochecer llegamos a Verkne Imbatskaya; pero el vapor no se detuvo el tiempo necesario para permitirme salir en busca de nidos. Aquí vimos por vez primera algunos ostiacos, que estaban junto a la orilla. Media docena de sus toscos, aunque ingeniosos barquichuelos, se hallaban amarrados en un remanso al lado del pueblo, a modo de balsas y con un barril en lo alto. Los dueños, que vivían en dos *chooms* muy sucios que se levantaban en la orilla, eran muy tímidos, sobre todo las mujeres. Cuando algún extranjero se les acercaba, se escondían en seguida en sus respectivas casas-botes, donde permanecían hasta que con el ofrecimiento de algunos kopecks—pues conocían muy bien el valor de la moneda—se los animaba a salir.

Los ostiacos del Yenesei son etnológicamente muy interesantes y se los considera como muy distintos de las restantes tribus de Siberia, habiendo llegado un erudito a sentar la hipótesis de que pertenecen a la misma raza que los braquicéfalos que habitaban la Europa septentrional antes de la emigración germánica. Sin embargo, los filólogos han demostrado con pruebas evidentes que los ostiacos son próximos parientes de los

actuales habitantes del Tibet, por lo que parece no caber duda de que en tiempos muy remotos emigraron al centro del Yenesei desde el Sudeste, o por lo menos desde el Sur. Antiguamente era una raza pura y guerrera, cuya sumisión costó gran trabajo a los eslavos cuando verificaron la invasión. Pero en estos últimos doscientos años su fuerza ha declinado, y ahora son gentes tranquilas e inofensivas, miserablemente pobres y diezmadas por las enfermedades que han adquirido de los blancos.

En otro tiempo solía celebrarse todos los años en Imbatskaya una gran feria, a la que concurrían cientos de ostiacos para vender pescado y pieles; pero ahora la raza ha disminuído de tal modo, que su número seguramente no pasa de un millar de almas, por lo que puede suponerse que no tardará en extinguirse, como otras tantas razas primitivas, ante el avance de la civilización occidental.

Míster Popham encontró el tordo de garganta negra *(Turdus atrigularis)* y la agachadiza de Siberia, ambos en cría, cerca de Imbatskaya, y por esto yo sentí no tener la oportunidad de poder cazar allí. Sin embargo, al atardecer del día siguiente desembarqué por una o dos horas en Markova, pequeño pueblo de pescadores situado un poco más abajo. Una pareja de ostreros, los únicos que vi en el Yenesei, chapoteaban por allí casi en medio de la calle. Un tordo, cuyo canto no había oído hasta entonces, se percibía entre los espesos sauces y me hizo perder media hora, de las dos únicas de que disponía, tratando de cazarle al acecho, pero fué en vano. Más tarde supe que era el tordo siberiano *(T. sibiricus)*. Entonces abandoné el soto de sauces y me fuí al bosque de abetos situado a espaldas del pueblo, donde numerosos tordos comunes se hallaban criando; pero había poca maleza para que vivieran otros pajarillos, y los que hubiera estarían ya durmiendo. Sin embargo, de pronto salió de la copa de un pequeño abeto un tordo que no era el común. Le disparé cuando revoloteaba entre las ramas, teniendo la satisfacción de ver que se trataba del tordo de garganta negra, especie cuyos huevos habían sido ya cogidos en el Yenesei por Mr. Popham (1). El nido se encontraba a cuatro o cinco pies del suelo, junto al tronco de un pequeño abeto, y estaba toscamente construído con ramitas, hierba seca y barro, como el de un mirlo, y contenía cinco huevos. Un poco más allá otra pareja de dichos pájaros estaba evidentemente criando; pero no se hallaban a tiro, y mientras que buscaba el nido, el vapor lanzó su horrible llamada, teniendo que abandonar el campo.

En Markova, como ocurre en todos estos pueblos ribereños, había una ancha senda abierta paralelamente al río, a través del bosque, para dar paso a la única línea telegráfica que une a Turukhansk y Vorogovo con Yenesiesk. Los árboles y los arbustos acababan de ser cortados, dejando en el sitio en que cayeron una avenida de unas treinta varas de ancho por quinientas millas de largo. Al pasear por ella en la obscuridad a las altas horas de una noche siberiana y escuchar el viento susurrando en los aisladores, aquel telégrafo parecía fabuloso. He aquí dos grupos de intensa vida humana colocados en medio de un país desierto y separados entre sí por cientos de verstas, unidos tan sólo por este hilo, que parecía cosa en extremo tenue e impropia para relacionarlos. ¡Cuántos mensajes se comunicarán de esta manera en el curso del año, a través del corazón del bosque, desconocidos e insospechados por las aves que vuelan entre los claros y los animales que cazan entre las malezas!

El viaje entre Vorogovo y Turukhansk fué muy penoso por la enfermedad del único miembro de nuestro cuarteto que sabía hablar ruso, pues la conversación de los otros tres se limitaba a ciertas frases autoritarias para pedir te, pan, manteca, y como el resto de nuestro vocabulario sólo nos permitía preguntar por el tiempo que pararía el vapor en la próxima escala, hubiera sido muy difícil nuestra situación a no ser por la amabilidad de los que viajaban en el *Oryol*. Todos, desde el capitán Ello, que era la única persona con quien podíamos conversar, hasta Ni-

(1) H. E. Dresser: *The Ibis*. Julio 1901.

colai, el bonachón camarero, hicieron cuanto les fué posible para ayudarnos. Hasta el personaje influyente salió con precipitación de su camarote para reprender a un pasajero que daba portazos que molestaban a la paciente, y otro viajero, un pequeño comerciante de Monastir, habiendo oído que tratábamos de obtener naranjas, nos trajo una docena que llevaba a su casa como especial regalo para su esposa, y nos ofreció la mitad para la enferma. Sin embargo, pasamos momentos penosos, y tanto yo como mis otros compañeros nunca olvidaremos cierta tarde crítica en que necesitábamos hielo y se nos había perdido el diccionario. Entonces, dando de lado a todo género de consideraciones, nos fuimos directamente a aquellas misteriosas y olorosas regiones de donde salía nuestra comida. La puerta de la cocina estaba abierta, y el cocinero se hallaba de pie, de espaldas a nosotras, sorprendiéndole con la cara metida en la sopera, que tenía inclinada hacia su glotona garganta; mi compañera y yo nos miramos una a otra significativamente, y entonces, sin que se hubiese advertido nuestra presencia, nos escurrimos de puntillas hacia la despensa, la que estaba cerrada; pero algunos pasajeros de tercera, que desde luego entraron en el juego, nos enseñaron por señas una treta, que evidentemente era conocida de todos, por medio de la cual se podía abrir el candado. Entramos, como si fuésemos conspiradores, por entre barriles de manteca, coles en conserva y reses ensangrentadas, destinadas a nuestras futuras comidas, y a toda prisa rompimos pedazos de hielo y los guardamos en un frasco termo. Al volvernos nos encontramos con que habíamos sido sorprendidas *in fraganti* por los jefes de aquel departamento del barco, que quedaron desconcertados ante nuestra audacia.

Debíamos estar en Monastir el 15 de junio, y deseábamos llegar a esta ciudad, creyendo que allí no faltaría un médico para que visitase a nuestra compañera, que se encontraba enferma de cuidado. Sin ningún contratiempo, hubiésemos llegado al mediodía; pero a las once de la mañana se levantó un viento tan fuerte que, para seguridad de la barcaza, tuvimos que permanecer anclados durante dos horas. Detrás de ésta venía remolcado un lanchón lleno de barriles de pescado vacíos, y a medida que el río se fué agitando, éstos empezaron a moverse de un modo peligroso, por lo que hubo necesidad de destacar media docena de hombres para que amarrasen el cargamento; pero antes de que llegaran al lanchón, parte de la carga había caído ya al agua e iba flotando río abajo. Entonces echamos al agua algunos mástiles que había sobre cubierta, reinando cierta confusión, hasta que pudo asegurarse todo. Por fin volvió el bote; pero la tripulación tenía tal prisa de entrar a bordo, para librarse de la lluvia, que se olvidó de amarrarlo, por lo que dos minutos después seguía a los barriles por el río. El vapor tuvo entonces que levar anclas para ir en busca del bote. Con todas estas cosas, no llegamos a Monastir hasta después de las siete.

No perdimos minuto en buscar al médico, que vino a bordo en seguida y nos tranquilizó acerca de nuestra compañera, cuya enfermedad había, afortunadamente, tomado mejor aspecto durante el día. Fué una suerte encontrarle en casa, pues su distrito comprende un millón de verstas cuadradas de territorio, por lo que debe de tardar mucho en recorrerlo todo, si es que en realidad puede hacerlo.

Pude ver muy poco de Monastir, y esto en condiciones nada favorables; pero en conjunto me pareció el lugar más lúgubre que jamás había visto. Miss Curtis y yo desembarcamos al anochecer. Hacía un frío intenso y apenas encontramos seres vivientes, como no fuera varios perros que rondaban sobre la basura, cerca del desembarcadero. La calle principal era como una zanja de alcantarilla abierta, que se podía atravesar por un tablón roto, y cuando caminábamos dificultosamente sobre el barro comenzó a caer un aguanieve constante, con tanta fuerza que nos hizo buscar nuestros guantes de invierno; era un cambio tremendo después del calor que pasamos en Yenesiesk, donde habíamos podido estar con ropas muy ligeras y pensando en bañarnos.

Monastir es ahora la capital del distrito de Turukhansk. Hasta hace pocos años lo era Turukhansk, sobre el pequeño río Turukhan; pero recientemente los edificios del Gobierno

fueron quemados por una banda de criminales desterrados, por lo que se decidió el traslado de la capitalidad a Monastir. Turukhansk fué fundado en 1662, cuando Mangaseya, la gran ciudad comercial sobre el Taz, fué quemada por los yuraks, y hasta 1822, cuando perdió su importancia, era la mayor ciudad de esta parte del Norte. Todos los años se celebraba allí una gran feria, a la que acudían infinidad de gentes, que iban en parte para comprar y vender y en parte también para asistir a los cultos que se celebraban en la iglesia del monasterio de Svyato-Troitskiy (o sea de la Santísima Trinidad), donde se guarda el sarcófago de San Vassilli de Mangaseya, que, según la tradición, fué llevado allí milagrosamente desde el Taz en el siglo XVII. Ahora no es mas que un miserable villorrio, porque la escasa prosperidad que proporcionaba la vida oficial en esta región ha sido transferida a la vecina ciudad de Monastir.

Nos dirigimos a la pequeña estafeta de correos, situada en lo más alto de la ciudad, en busca de sellos, dejando asombrado al empleado con la importancia de nuestra adquisición, pues seguramente nunca los había vendido por docenas. Tratamos después de comprar galletas, pero como era más de media noche las casas estaban cerradas; sin embargo, encontramos abierta una tiendecilla, cuyo dueño, no sólo estaba despierto, sino que hablaba alemán, y que pareció tomarse mucho interés por nosotros, llevando su amabilidad hasta invitarnos a tomar con él un vaso de te, cosa que, agradeciéndoselo mucho, no pudimos aceptar, pues el vapor estaba a punto de ponerse en marcha. Era para nosotros indudable que a la amabilidad siberiana se mezclaba en esta ocasión no poco de curiosidad. El grupo que formábamos llamaba mucho la atención de las gentes en todo el trayecto, admitiéndose generalmente la explicación de que éramos sufragistas que habíamos sido desterradas allí por orden del Gobierno inglés; pero si así fuese, habría sido más de agradecer la invitación del comerciante de Monastir.

Nos acostamos a las dos de la mañana, y al despertar al día siguiente nos encontramos con que el *Oryol* estaba anclado en la vieja Turukhansk, o sea unas treinta verstas más lejos.

Hacía una mañana hermosa, y no perdí tiempo en bajar a tierra. Turukhansk está situado en un terreno rodeado de praderas inundadas. Detrás del pueblo se extienden millas y millas de terreno quebrado, de pastos, pantanos y bosques rebosantes de aves; allí vi por primera vez el triguero pequeño, y uno de mis mayores deseos durante mi estancia en el Yenesei fué el poder obtener una fotografía de su nido, perdiendo mucho tiempo en buscar uno, porque los pájaros estaban todavía arrullándose en parejas en el bosque, y no parecía que hubiesen empezado aún a criar. Seebohm cogió su primer nido en 23 de junio, una semana más tarde del día en que vi a este pájaro por primera vez.

Detrás del pueblo había un lago pantanoso, y el terreno poco firme que se extendía entre el bosque y el agua estaba lleno de pájaros. Los tordos comunes, los zorzales y la graciosa pajarita de las nieves amarilla estaban en cría; pero las almendritas del sauce se hallaban todavía, según me pareció, cortejándose en las cimas de los árboles. Vi *Phylloscopus borealis*, *P. tristis* y *P. superciliosus;* este último era muy común, y su breve y monótono canto resonaba sin cesar en cada arbusto. Aquí observé por primera vez los vuelos amorosos de la agachadiza de Siberia. Media docena de estas aves revoloteaban sobre el bosque, elevándose en círculos a grande altura, lanzando una sola nota aguda, parecida al *kek* de la agachadiza común, y dejándose caer verticalmente hacia el suelo. Dresser (1) compara con el murmullo del agua el ruido que produce; pero a mí me pareció descaminada tal comparación, pues cuando se oye de cerca más bien resulta como un rugido cavernoso, muy ruidoso y extenso, nada comparable al del agua, como no sea el que se produce cuando se llena de prisa una vasija de cuello estrecho, y aun este parecido puede admitirse como remoto. Dos parejas de andarríos mayor se hallaban en plena luna de miel entre los juncos. Sus voces eran alegres: *taludle, talud-*

(1) *A Manual of Palæarctic Birds.*

le, lirra, lirra, taludle, y de un abedul llegó un diluvio de notas, las más claras y limpias que pueden oírse en los bosques del Yenesei: era el canto del tordo siberiano; pero el *Turdus sibiricus* es la más avisada de una familia de aves por demás astutas, y en cuanto me divisó entre los arbustos escapó a gran distancia, lanzando un bajo *chuck-chuck,* como el de cualquier mirlo que se escabulle entre los laureles cuando se le sorprende en un sendero entre los matorrales. Para un aficionado al estudio de las aves es muy interesante y agradable encontrar en las de otros países las mismas costumbres que aprendió a conocer en sus congéneres de Inglaterra. En el bosque de achaparrados abedules que se extendía por detrás del pueblo maté un piñonero: parecía un rayo rojo de sol cuando volaba por el bosque, y cuando le tuve en la mano, visto a la ya escasa luz del Sol, me dió pena. ¿Por qué será que los pájaros resultan bonitos aun después de muertos? Cualquier animal muerto es siempre feo y, por regla general, repulsivo. «White as pearls are his teeth» (1), se dijo del perro muerto en la leyenda, y fué todo lo que pudo decirse de él. Una vez vi un zorro muerto, y lo encontré bonito; pero esto era por estar acurrucado como si viviera e iluminada su roja piel por los rayos del Sol, estando de esta manera velados los horrores de la muerte; pero el cuerpo de un pájaro muerto conserva cierta gracia que no me puedo explicar, pues siendo cuando vivos la encarnación de cuanto significa viveza y alegría, parece que muertos deberían ser doblemente repulsivos.

No lejos de allí encontré una perdiz de mar empollando tres huevos recientes en un nido viejo de zorzal, construído en un abeto bajo. En Europa, la perdiz de mar cría en agujeros en el suelo, habiendo sido Mr. Popham el primero que hizo la observación de que en el Yenesei este ave, de cinco veces, cuatro se la encuentra en el nido abandonado de otra.

La hembra estaba echada tan cerca que casi hubiera podido espantarla con la mano, y de disponer de una cámara fotográfica se habría podido retratarla, según estaba sobresaliendo del nido.

(1) Blancos como perlas eran sus dientes.

Cuando volvía al vapor atravesé el pueblo de Turukhansk, que me pareció más desierto y miserable que Monastir. Todos los habitantes estaban en la orilla descargando sacos de harina, y demostraban su satisfacción por la llegada del primer vapor de verano; satisfacción que comprendíamos mejor después de llevar dos meses en el río sin noticias del resto del mundo.

Durante la tarde levó anclas y continuamos nuestro viaje hasta llegar, al anochecer, a una estación leñera, en que hicimos alto. Yo desembarqué acompañada de Vassilli; pero la noche estaba tan fría y húmeda que era muy difícil se viese ningún ave. Anduve más de una versta por el bosque sin encontrar otra cosa que unos cuantos pinzones y un cuclillo. A poco, sin embargo, un tordo, que a primera vista tomé por un tordo común, salió de un nido construído en la axila de una rama de abeto, a unos doce pies del suelo, y al poco rato los dos pájaros empezaron a revolotear a mi alrededor; maté uno de ellos y vi con sorpresa que era un macho de tordo pálido *(Turdus obscurus).*

Alcancé el nido, semejante al del tordo común, que contenía cuatro huevos, colocados en un montoncito de hierba, y como disponíamos de poco tiempo no pude esperar a apoderarme del otro pájaro, sino que me dirigí hacia el vapor, encontrándome en el camino a Vassilli, que llevaba un nido con cinco huevos semejantes a los por mí encontrados, y además una hembra de tordo pálido que había matado en el nido; mas como empleó *duck-shot* y disparó desde muy cerca, el animal estaba destrozado y no era posible conservar la piel; pero me la traía para que la examinase, por si podía reconocer la especie, como en efecto pude hacerlo.

Poco después, mientras esperábamos a que levantasen el portalón para entrar en el vapor, oí otro pájaro que cantaba sobre un alerce cercano a la orilla del río, y cuyo canto, si así puede llamarse, era el dulce y muy característico de la familia del tordo; pero como consistía sólo en unas cuantas notas se-

guidas de un breve descanso, no se le podía comparar con el de nuestro malviz.

A la mañana siguiente, al levantarme, a las siete y treinta, vi que estábamos anclados a un par de verstas (1) al Sur del río Kureika, parte de las más interesantes del río para el ornitólogo, por estar asociadas al relato de las exploraciones de Seebohm de 1877, por lo que en seguida desembarqué con Vassilli. La orilla estaba cubierta de ramas blanqueadas, restos muertos del bosque, arrastrados de un lado y de otro por las corrientes de primavera. Un par de andarríos, estos alegres cosmopolitas, se habían arriesgado a establecerse junto a la orilla, y varias churillas tenían ya preparado su nido en la arena; también se veían muchos cuclillos volando por las orillas. El Kureika era el punto más septentrional en que había visto estas aves, por lo que me intrigaron sobremanera. Al parecer, existían dos especies distintas: una recordaba al volar a nuestro cuclillo común (*Cuculus canorus*), y la otra, que apenas difería por el tamaño, se la veía constantemente en compañía del gris, pero su plumaje era tan obscuro como el del chotacabras. Estos cuclillos del Yenesei tienen un canto muy distinto, pues el del uno era el familiar reclamo de estas aves y el del otro un fantástico *hu, hu, hu,* que resonaba a distancia en el bosque; como yo no conocía bien esta familia de pájaros, atribuí sin vacilar aquel grito a los de color obscuro. Cuantos intentos realicé para proporcionarme uno de estos pájaros resultaron inútiles, y cuando volví a Inglaterra Mr. Popham me permitió, con su amabilidad habitual, examinar nueve pieles que había obtenido en el Yenesei algunos años antes. Estas pieles fueron en un principio clasificadas como de *Cuculus canorus;* pero recientemente míster H. F. Witherby, que las examinó cuidadosamente, dijo que todas, menos dos, pertenecían a una especie próxima, *C. optatus,* que por el Este se extiende desde Yenesei hasta la China y por el Sur hasta el Himalaya. Esta especie difiere de la nuestra

(1) La versta es longitud itineraria rusa, equivalente a 1.067 metros, es decir, poco más del kilómetro. *(Nota de la edic. española.)*

por el tono de la voz y por el color crema de las coberteras de debajo del ala y de la cola, así como por la mayor anchura de las manchas del pecho; entre ellos había dos ejemplares de la variedad de plumaje rojo de hígado. Me inclino a pensar que los pájaros de plumaje obscuro vistos por mí pertenecían a esta forma, y si así fuese sería muy común en el Yenesei, pues había observado que la tercera parte de los cuclillos pertenecían a ella.

Anduvimos por la ribera, y a una media milla del barco, en lo más escondido, escuché un pequeño chasquido en el ramaje, y al mirar vi entre los sauces dos pequeños ostiacos que recogían leña y charlaban entre sí mientras trabajaban; con sus pardos vestidos de piel, lo mismo se los hubiese podido tomar por niños de los bosques primitivos que por dos cervatillos o liebres, a los que igualaban por su timidez. Al crujir la arena bajo nuestros pies levantaron la cabeza, sobrecogidos de temor, mostrando sus caras apacibles y su interrogante mirada dirigida hacia el lugar de donde provenía el ruido, y al vernos, poseídos por el pánico, escaparon en silencio por entre los arbustos.

Pronto llegamos a la unión del Kureika con el Yenesei, no pudiendo yo creer que me encontrase realmente junto al río descrito por Seebohm y quizá en el mismo sitio en que él buscó nidos de aves. Con el recuerdo de los *Birds of Siberiam* en mi mente me hallaba bastante desorientada en el Kureika, creyendo iba a encontrar a cada paso en todos los arbustos almendritas de garganta rubí o zorzales de cola roja. De este modo anduve dos millas, subiendo por el tributario sin hallar otra cosa que dos ejemplares de andarríos mayor, veintenas de almendritas de sauce y algún pato careto; entonces pensé atajar por el bosque para regresar al vapor, y como a Vassilli le pareció bien la idea, volvimos por entre los árboles. Bien sabía yo que era necesario tener prudencia, por lo que ordinariamente solía llevar una brújula en la cadena del reloj; pero aquella mañana la había olvidado, y como sólo teníamos que cruzar el ángulo abierto que formaban los dos ríos, me parecía difícil per-

der el camino. Los árboles crecían muy apretados y ostentaban largos colgantes de líquenes, que semejaban cabelleras esparcidas y onduladas a lo largo de las ramas. Nuestras pisadas se amortiguaban sobre el musgo que cubría el suelo, como si pisáramos sobre una alfombra, y de vez en cuando el pie se escurría al apoyarse sobre algún tronco enterrado bajo las podridas agujas de los pinos caídas en cientos de veranos (1). Pero aquí aun se encontraban menos pájaros que junto al río; sólo una o dos veces oí el áspero *chi* de algún pinzón o un desconfiado conato de canto de una vagabunda almendrita siberiana; pero en general el bosque estaba tan silencioso como una iglesia y tan poco interesante como ésta desde el punto de vista ornitológico.

Yo calculaba que para dirigirnos al vapor debíamos encaminarnos hacia el Sudoeste; pero después de vagar más de una hora empecé a sentirme algo intranquila y apelé a Vassilli; éste no estaba apurado, y me indicó por señas que el vapor se hallaba enfrente de nosotros. Dondequiera que sea, la opinión de un hombre siempre se toma en consideración, y aunque me pareció que Vassilli estaba equivocado, cedí a ella, confiando en su buen juicio y capacidad: así es que le seguí otra milla hacia el Sudoeste, aunque mis recelos iban en aumento. Dos veces traté de caminar en dirección Sur; mas siempre que lo intentaba, él insistía, con ademanes enfáticos, en que debíamos seguir de frente.

El terreno presentaba ondulaciones, y desde cada loma esperaba divisar el Yenesei; pero lo único que veíamos era la cima de los árboles que se perdían de vista en el horizonte. Vassilli empezó a quedarse atrás y a dirigir miradas recelosas a su alrededor, y cuando me volví hacia él se contentó con encogerse de hombros y dirigirme una mirada desesperada; entonces me convencí de que nos habíamos perdido en un bosque de unas 7.000 verstas de largo por 1.500 de anchura. La facultad

(1) En castellano se designa con el nombre de *jabudo* las hojas de los pinos caídas en el suelo. *(Nota de la edic. española.)*

de orientación o de dirección, o como quiera llamarse, debe de ocupar un lugar muy grande en la mente humana, puesto que se siente un completo desamparo cuando se pierde. Se desdeña la idea de que se va equivocado, pero al mismo tiempo hay un deseo imperioso de seguir andando, hacia dondequiera que sea, con tal de no estar parado. El instinto hace comprender que se va equivocado, induciéndonos a creerlo y a dar la vuel-



FIG. 1.ª—LA «TAIGA» POR EL KUREIKA.

ta, por más que la razón le asegure que está en el verdadero camino. Yo bien sabía desde luego que no podíamos estar muy lejos del barco y que desandando lo andado teníamos la probabilidad de encontrar por fin uno ú otro río; pero esto suponía la pérdida de unas cuantas horas en el bosque, y, por otro lado, habíamos dado tantas vueltas por entre los árboles, que no se podía tener la seguridad de volver por donde vinimos. En este conflicto, me preguntaba si sería mejor esperar a que el vapor nos anunciara su partida, para guiarnos por el sonido

de la sirena, o si debíamos ir en su busca; pero el sonido se propaga mal en el bosque, y, por otra parte, también había la posibilidad de que nos equivocásemos después de haber oído el silbato. Por esto, y en vista de que a Vassilli no se le ocurría otra cosa que el seguir de frente hacia el Sudoeste, di la vuelta, contra su voluntad, dirigiéndome en ángulo hacia el camino que traíamos. Cuando llevábamos andadas unas dos millas oímos el ruido del agua corriente, y no tardamos en atravesar una pequeña hondonada por cuyo fondo corría un arroyo, y suponiendo que iría al Yenesei, le seguimos, no tardando en salir a la orilla del río.

El *Oryol,* grata visión, se encontraba a unas dos o tres verstas río abajo. Vassilli, encantado, dió a entender en su mudo lenguaje: «Ya lo dije yo», y se empeñó en escribir debajo de su lista de palabras rusas e inglesas la palabra *steamer,* «vapor».

Este pequeño contratiempo me sirvió de lección para no aventurarme en lo sucesivo en exploraciones a través del bosque, sino que siempre seguí por la orilla o a lo largo de alguna corriente, que en último término podría servirme de guía para volver al vapor.

Éste se detuvo en la boca del Kureika para que desembarcaran los dos comerciantes, que iban a explorar unas minas de grafito a unas 60 millas río arriba; por cierto que la empresa no les salió como esperaban, pues habiendo contratado el envío del grafito a Europa por la vía del mar de Kara, el contratista insistió, prudentemente, en que el pago fuese anticipado, y cuando estalló la guerra europea aquéllos quisieron rescindir el contrato, a lo que no accedió aquél, obligándolos a cumplirlo; siguiéndose de aquí que los infortunados comerciantes perdieron su dinero y, según yo he sabido, su grafito sigue todavía junto al Kureika.

Después de haber cruzado el Círculo Ártico entramos en un período de tiempo tempestuoso. Al anochecer, después de pasar el Kureika, como se levantó viento, tuvimos, para seguridad de la barcaza, que buscar la protección de una isla poblada de sauces. Una fuerte ventisca se levantó sobre el río, y los árboles de la orilla, desnudos, doblaban y entrechocaban sus ramas, como esqueletos que bailaran. La mayoría de los pájaros se hallaban escondidos, y los pocos que se veían eran una bandada de linaceros *(Carduelis linaria),* en el plumaje adulto de hoja de rosa marchita, y un andarríos ceniciento, que saltó de una nidada de huevos recientes que había bajo un tronco de árbol caído. Los zorzales estaban criando en los sauces, y vi un gargantiazul y un triguero pequeño. Vassilli salió a matar patos para la comida, y cobró uno silbón, una cerceta y un pato de cresta, mientras que yo perdí algún tiempo tratando de coger un pájaro que resultó ser otra vez mi activo amigo el tordo siberiano. Me hallaba trepando para coger un nido que suponía de zorzal, cuando inesperadamente apareció por el borde un largo pico como un aguijón de abeja, y en vez del propio arquitecto apareció la cabeza gris de un andarríos mayor. Cerca de allí Vassilli descubrió una nidada de huevos de la misma especie, puestos en el suelo. En todos los nidos que encontró Mr. Popham, el macho era siempre el que estaba sobre los huevos; pero en este caso Vassilli mató el ave que estaba empollando, y que resultó ser la hembra, probándose así que ésta toma también parte en el trabajo de la incubación.

El día siguiente –19 de junio—hacía frío y estaba lluvioso, con viento Sur. Viajamos dejando atrás millas y millas de bosques de sauces. Las orillas estaban completamente devastadas por las recientes inundaciones, y las raíces y ramas de los árboles desarraigados o tronchados se mezclaban entre sí. En todo el Yenesei no hay nada que llame tanto la atención como la abundancia extremada de madera arrastrada y amontonada por el agua. Veintenas de acres de bosque han debido de ser un año y otro arrastradas al mar; gran parte de las maderas flotantes se detienen y acumulan en las costas e islas del estuario, pero la mayor parte penetran en el Océano Ártico, y después de navegar de una parte a otra durante meses o años, acaban por ser lanzadas a las costas de Nueva Zembla o llevadas en el hielo, a través del polo, a Groenlandia. A mediodía paramos media hora en Igarka, una colonia típica ribereña, lu-

gar de caza con trampas y también de pesca, y un hombre subió a bordo a vender pieles de zorro y de marta.

Sobre el desembarcadero revoloteaban unas cuantas gaviotas comunes, todavía jóvenes, y una docena de golondrinas de mar, quizá en espera de los desperdicios que no tardarían en pertenecerles. Detrás de las casas, en el bosque, la nieve era mas espesa que nunca, y una bandada de linaceros estaban picoteando en los montones de delante de las chozas, tan confiadamente como si fueran gorriones. Para esta colonia era la cruz blanca de cementerio que traíamos en el barco desde Yenesiesk, pues aunque no había ni media docena de casas, existía al lado de ellas un cementerio bien repleto. Dos o tres chicuelos pálidos nos atisbaban desde las puertas, y aunque el lugar no parecía tan pobre como otros muchos que habíamos visto, tenía, sin embargo, un aire indefinible de tristeza, que ni el alegre martilleo de los linaceros entre las tumbas podía disipar. ¡Qué extraño y qué limitado horizonte debe de concebir la gente que vive en estos establecimientos de exploradores! Su mundo exterior es casi ilimitado—*taiga,* y *taiga,* y *taiga* otra vez durante 3.000 millas—, pero su comprensión interior se limita al precio del pescado y de las pieles de zorro y a los cambios de tiempo. Con frecuencia, al ver deslizarse y quedar atrás estos desiertos lugares, se me ocurría pasar un año en peregrinación en estas aguas para trabajar con aquella gente una temporada y vivir como ella vive. Más tarde supimos algo de su existencia precaria; pero allí los contemplábamos solamente a la manera como vemos a los cómicos trabajar en escena, y criticábamos y aplaudíamos con cierta libertad. ¿Qué clase de gente es aquélla? Muy sencilla, muy fuerte, muy dura, pero no brutal, no más brutal que los chicos o los animales, y no tan inmoral como amoral. Sólo en los suburbios de las ciudades es donde la naturaleza se degrada por completo: los hombres que viven en el salvajismo conservan, aunque limitada, cierta inocencia salvadora. Por lo menos el aire que respiran es puro, y los cuadros que ven, aparte de los que ellos se proporcionan, son limpios. Pero una vida semejante es un poderoso nivelador. Muchos de los antiguos pobladores van descendiendo al estado de aborígenes. De año en año casi olvidan un idioma extranjero, y gradualmente recaen en los vestidos y costumbres de los naturales. En el Yenesei se ven más mestizos en el *choom* que en la choza rusa. Cara a cara con la vida y el país primitivos, la fuerza salvaje pronto domina a la sangre europea.

En otro tiempo esta región debió de estar mucho mas densamente poblada que en la actualidad. En 1824 se dice que había 46 casas solariegas rusas al Norte de Turukhansk, mientras que en 1863 tan sólo se contaban 27. Según el doctor Nansen (1), que hace referencia a un mapa antiguo del estuario del Yenesei, «había una población bastante densa en todo el camino, sobre todo a lo largo del lado Este del Yenesei, desde Dudinka hacia el Norte, pasando la isla de Dikson y torciendo a la derecha hacia el Este, hasta la desembocadura del Pyasina». En años posteriores se ha renovado, por el torrente de inmigración; pero pasará mucho tiempo antes de que el tráfico a lo largo de los puntos mas bajos del río se iguale a lo que fué en el pasado.

---

(1) *Through Siberia,* pág. 180.

CAPÍTULO III

La «taiga».—El tordo obscuro y el triguero pequeño.—El tungús.—Platina.—Mujeres comerciantes.—Dudinka.—La primera vista de la «tundra» —Krestova.—Pesquerías del Yenesei.—Brekoffsky Ostrov.—Sorprendidos por la tormenta.—Llegada a Golchika.—Primeras impresiones.—Un buen Samaritano.—Michael Petrovitch Antonoff.

A medida que avanzábamos hacia el Norte, los árboles de la orilla eran cada vez más pequeños, y, por el contrario, los espacios nevados que los rodeaban eran mayores; parecía como si la primavera se retrasase una semana cada día. Más allá de Platina, a la que llegamos el 19 de junio, el vapor hizo una larga parada para tomar combustible, y entonces pude dar un paseo por el bosque. El suelo estaba cubierto de una capa de nieve tan gruesa en este sitio, que era muy fácil hundirse hasta la cintura en los hoyos; pero donde el deshielo había dejado el musgo negro al descubierto se veían las frágiles yemas del ruibarbo silvestre, de color carmesí, abriéndose a la luz del sol, y todo el bosque resonaba con el murmullo de los arroyuelos formados por el derretimiento de la nieve. A pesar de que estábamos a mediados de junio, según el calendario, el aire era como el de un plácido marzo de Inglaterra. Una especie de violeta en floración al borde de la nieve, y los ajos silvestres junto al agua. Durante todo el día los somormujos pasaban rápidamente río abajo, ya solos, ya por parejas. En la primavera, la

mayoría de las aves se dirigen al Norte en parejas, mientras que en el otoño vuelven en bandadas. El cocinero del *Oryol* cogió un somormujo de garganta roja, un *ga-garra,* como él le llamaba, y lo trajo a bordo vivo, batiendo las alas y retorciéndose en sus manos como una culebra. Detrás de éstos también pasaron gansos, y continuamente los veíamos por encima de nosotros, con su graznido característico. Pero pensando que todas estas aves las volvería a ver más adelante, me ocupé de los pequeños pájaros de la *taiga* (1). El más frecuente de ellos era el triguero pequeño, siendo éste el punto más septentrional en que vi tan elegante y encantadora avecilla. En general, los trigueros constituyen un grupo de aves comunes de coloración agradable, pero todas iguales, de formas no muy delicadas y de canto bastante pobre; hay, sin embargo, dos especies en las que yo encuentro algo de poesía. Una es el llamado molinero de las mimbreras de nuestro Berkshire, y la otra es el triguero pequeño que vive bajo los cedros del Yenesei. Los pájaros aun no habían empezado a criar, pero andaban en parejas machos y hembras, reunidos en pequeños grupos de dos o tres parejas en las partes del bosque en que la maleza era más espesa, y donde apenas se podía vislumbrar su delicado y moteado plumaje a través de un enrejado de ramitas. Su canto es distinto del de la mayoría de los trigueros y consiste en un pequeño gorjeo claro y agradable, y el modo de emitirle no es tampoco el de estas aves. Por ejemplo, sus congéneres europeos hacen de su canto una imperiosa necesidad y no le interrumpen ni para comer ni

(1) La *taiga* es el nombre de la gran selva siberiana, verdadera selva virgen de los países de invierno riguroso. El alerce siberiano *(Larix sibirica),* con abetos, pinabetes y abedules, es su árbol principal. La interrumpen turberas y pantanos. Se extiende por casi toda Siberia septentrional, limitada al Sur por las estepas y al Norte por la *tundra,* de que se hablará más adelante. Las principales ocupaciones del hombre en esta región son, aparte los aprovechamientos forestales, la caza de animales de ricas pieles, ya en los límites de la *taiga* y de la *tundra,* ya en los de la *taiga* y la estepa. Ostiacos, yakutos, samoyedos, etc., hacen de la caza su vivir esencial. *(Nota de la edic. española.)*

para pelear, pero el triguero pequeño, igual que las almendritas, entreteje sus notas de modo que producía una música tan espontánea como el susurro del viento entre las hojas por encima de nuestras cabezas. Como en aquella tarde el silencio que reinaba en la *taiga* era de lo más absoluto que puede imaginarse, impresionaba más que el de la *tundra,* pareciendo, por efecto de la tranquilidad reinante, como si nos rodeara otra vida que no compartíamos. Toda aquella densa vegetación, hierbas, árboles, maleza, parecían estar empeñados en una lucha desesperada para conseguir luz y aire. El resultado se apreciaba en las podridas ramas que chascaban entre el musgo bajo nuestras plantas y en la vigorosa maleza que sobre aquéllas crecía hasta producirnos la sensación de ahogo y opresión, como si fuésemos transgresores de aquella vida en tan apartado lugar.

Habría andado una milla cuando me di cuenta de que no era el único ser viviente que había en el bosque; en efecto, una pareja de tordos obscuros *(Turdus fuscatus)* estaba criando en un pinabete, cerca de un arroyo, y su ronco grito de alarma rompió de pronto el silencio que reinaba. El nido estaba construído a unos cinco pies del suelo, y contenía cuatro huevos, que a primera vista no eran fáciles de distinguir de los del mirlo. Cuando Seebohm visitó el Yenesei en 1877, encontró el nido de este tordo, pero conteniendo polluelos. Más tarde, mister Popham cogió varios nidos con huevos. «Éstos—dice (1)—estaban colocados generalmente en árboles pequeños y aislados, y rara vez sobre el suelo, aunque ninguno de ellos se encontraba a más de dos pies de altura.» En 1914 pude recoger dos nidos, ambos construídos, quizá por excepción, a unos dos pies del suelo. El canto del tordo obscuro, que tuve ocasión de oír en la *taiga,* es fuerte y claro, aunque interrumpido algo; por el estilo del de nuestro charla. Cuando se los sorprende criando, los dos pájaros empiezan a alborotar como los zorzales. El tordo obscuro es el más septentrional de los tordos del Yenesei. Le

(1) *Ibis,* 1898, pág. 493.

encontré en las islas Breokoffsky, más allá del límite de los bosques.

En esta estación leñera un tungús subió al vapor a vender pieles de zorro rojo. Los tunguses habitan la *taiga* en la orilla Este del Yenesei, en las cuencas del Nishni Tunguska y del Kamina Tunguska, extendiéndose hacia el Este hasta las vertientes del Lena. Se dice que los tunguses, en contra de lo que ocurre con las razas más septentrionales, rara vez se emborrachan completamente, aun cuando se les ofrezca *vodka* en cantidad ilimitada. Sin embargo, este tungús debía de ser un ejemplar degenerado, porque, desgraciadamente para él, tan pronto como subió a bordo cayó entre las garras de un comerciante de Yenesiesk, quien le hizo beber hasta que le dejó medio beodo, y entonces le persuadió a que le cambiase las pieles de zorro que constituían el producto de su caza durante todo el invierno, por una botella de *vodka*. El tungús había llevado consigo una niñita, y mientras él se estaba emborrachando en la cubierta del *Oryol* la pobre chiquilla permanecía acurrucada en la canoa, mirando aturdida las filas de leñadores que corrían gritando desde el bosque al portalón. Evidentemente era la primera vez que presenciaba aquel bullicio y la confusión que se desarrollaba en la orilla del río, y cuando traté de fotografiarla según estaba, sentada en el bote, la pobrecilla se cubrió la cara tímidamente. Cuando vimos por última vez esta pareja, el hombre estaba con la botella en alto y gritando fuertemente, en tanto que la chiquilla movía con paciencia los remos y le llevaba, dando la vuelta a un promontorio, fuera de nuestra vista.

En el transcurso de la tarde pasamos por Platina, donde nos llamó la atención una casa de mucho mejor apariencia que las demás; estaba bien situada, y tenía un aire de comodidad y de limpieza poco común. Una pareja de vacas y un caballo pastaban cerca, y a su lado se veía algo así como un intento de jardín. A nuestras preguntas nos contestaron que esta casa pertenecía a una viuda que había establecido allí una tiendecita, y llevaba su negocio con tal acierto y economía que aventajaba a los comerciantes masculinos del distrito. Juzgando por lo que

vimos en el Yenesei, las mujeres de Siberia hacen la competencia a los hombres en el comercio. Una de las pasajeras del *Oryol,* una señora llamada Nerotova, era gerente de un gran comerciante de Dudinka. Esta era una mujer de aspecto inteligente, con ojos obscuros y de mediana edad, y como su jefe no sabía leer ni escribir, ella dirigía todos sus negocios, y anualmente pasaban por sus manos muchos miles de rublos. Siempre que el vapor paraba en una estación de pesca, desembarcaba para velar por los intereses de su casa, y, para honra de nuestro sexo, nos alegramos al ver que sus pescadores arrendatarios eran en conjunto más felices y prósperos que sus vecinos.

Llegamos a Dudinka el 21 de junio. A pesar de ser esta ciudad mucho más pequeña que Monastir, es, sin embargo, de bastante importancia en el Yenesei, por ser el foco de todo el comercio y tráfico de la *tundra* (1) desde puntos tan lejanos hacia Oriente como los ríos Khatanga y Anabara. Dos veces al año, en primavera y en otoño, los indígenas vienen con sus renos a comprar y vender, y los comerciantes de Dudinka están reputados como los más adinerados de todo el país. Aquí dejamos atrás el bosque, y los únicos árboles que se veían eran unos cuantos desmedrados alerces, que no tendrían más de diez pies de altura. Dudinka mismo está situada en un terreno elevado, y el campo que la rodea es abierto y ondulado, aunque, debido al derretimiento de los montones de nieve, resultaba imposible caminar derecho doscientas varas en cualquier dirección que fuese. Pero en medio de los manchones de nieve existían espesuras de achaparrados sauces, que por entonces estaban *resplandeciendo* de pájaros.

Esta palabra parecerá poco apropiada; pero todo el que haya visto los bordes de la *tundra* a fines de junio comprenderá muy bien lo que con ella queremos decir. Aquí encontré muchas especies que no conocía. Las alondras de los prados abundaban, y por todos lados se acusaban en los sauces con una cascada

(1) Véase capítulo X.

de notas. El triguero lapónico era la especie que le seguía en abundancia; estos pájaros estaban por parejas, y pude matar una hembra que jugueteaba con una pluma. También vi una pajarita de las nieves amarilla, que arrastraba un puñado de hierba tan largo y poco manejable como su cola. En los pequeños sauces había gargantiazules y un considerable número de unos pequeños seres furtivos de color verde, que, según pude comprobar con la escopeta, eran *Philloscopus tristis* y *P. borealis*. ¡Qué monísimas son estas pequeñas almendritas y con qué exactitud armonizan, tanto en forma como en color, con las hojas de los sauces, entre las que se esconden! En Dudinka fué donde las aves zancudas empezaron a ser comunes. En la *tundra* oí varios chorlitos y apunté a una agachadiza real que estaba en la nieve. Los falaropos de cuello rojo abundaban, y bandadas de combatientes pasaban volando continuamente sobre nosotros.

De un riachuelo medio helado salían agudos gritos de algunos retores: *coal an' can' le licht*—que es como los escoceses le imitan—, y una docena de golondrinas de mar estaban paseando en un charco formado por el desbordamiento del rio. Aquí no vi la agachadiza de Siberia, que en las partes pantanosas de la *taiga* había observado, y que más tarde hallé tan al Norte como en Pustoy.

No visité la ciudad *(sic)* de Dudinka, que según dicen está formada por trece casas, que consumen anualmente cien barriles de *vodka*, asegurándonos persona de entero crédito que en aquel lugar sólo había dos hombres que no bebían, y que ambos eran desterrados políticos. Dos de los comerciantes, siguiendo la costumbre que habíamos observado, tanto aquí como en Monastir, entraron en el salón del *Oryol* y pidieron de comer; pero antes de llegar a la mitad de la comida se quedaron profundamente dormidos sobre la mesa. En el Yenesei, las mujeres que se dedican al comercio menosprecian a los hombres, pues éstas no malgastan la mitad de sus rublos en la botella de *vodka*. Siguiendo nuestro camino encontramos un pequeño, pero elegante, botecito de motor anclado en la orilla, y

que era el bote de patrulla perteneciente el Gobierno. En él viajó río arriba el Dr. Nansen en 1913.

A la mañana siguiente, que era el 22 de junio, desembarqué en Krestova y exploré las pantanosas orillas de un pequeño lago, donde vi por primera vez la terrerita de Temmick. Gran número de estas alegres y pequeñas zancudas revoloteaban como mariposas sobre nosotros, lanzando al mismo tiempo sus



FIG. 2.ª—KRESTOVA. EN LA ORILLA, BLOQUES DE HIELO.

característicos gritos. Las mimbreras estaban cuajadas de almendritas siberianas, pero no pude ver ninguna almendrita de sauce; los únicos ejemplares que pude procurarme fueron de *Philloscopus tristis*. Había también algunos linaceros, y encontré dos nidos que contenían, respectivamente, uno y dos huevos. Los nidos se hallaban llenos de nieve y los huevos estaban podridos y descoloridos, pues procedían del verano anterior. Todas las pieles de linaceros que traje del Yenesei han sido determinadas como de *Carduelis linota;* pero Mr. Popham

consiguió también ejemplares de *C. h. exilipes.* Además de las aves citadas, los sauces albergaban pajaritas de las nieves amarillas, falaropos de cuello rojo y trigueros de Laponia; también vi un tordo obscuro y una agachadiza real, y maté un retor: un individuo de una pareja que estaba arreglándose las plumas sobre un témpano de hielo en el lago. Cuatro somormujos de garganta roja nadaban en fila india río abajo, y los chorlitos orientales eran tan abundantes como de costumbre.

A pesar de que no hacía mucho del deshielo del río, y que aun en las orillas se veían amontonados grandes bloques de hielo, la pesca ya había empezado. En la anteplaya contemplé tres o cuatro *chooms de yurakos* (1), y cuando volvía al vapor me detuve para ver cómo los naturales arrastraban por la arena una buena pesca.

Según se va regularizando la comunicación de los barcos de vapor en el río, las pesquerías del Yenesei van valiendo cada año más. En 1908 pescaban en el Bajo Yenesei 2.000 hombres y se cogían 188.000 pouds (2), o sean 3.000 toneladas de pescado. Hoy en día, aunque no se ha publicado ninguna cifra exacta, puede asegurarse que es mayor y que el comercio podría alcanzar enorme desarrollo si estuviese bien organizado. En la actualidad se compra el pescado a los pescadores, tanto a los naturales como a los siberianos, por negociantes que lo venden en Yenesiesk, y que, a pesar de lo caro del flete, obtienen muy buena ganancia. Así, por ejemplo, el precio del omul por poud en las pesquerías es de rublo y medio; pero en Yenesiesk el mismo pescado se vende a tres o cinco rublos. Los pescadores se ven obligados a dar su mercancía a como quieren los negociantes, pues no tienen otro mercado en que vender; y como en el Yenesei no hay Trade Unions, no tienen siquiera el recurso de pedir ayuda para conseguir mayor precio. Los

(1) Los *yurakos* cons ituyen uno de los grupos en que se dividen los samoyedos, y habitan en las orillas del Yenesei. *(Nota de la edic. española.)*

(2) Medida rusa que equivale aproximadamente a 16 kilogramos.

procedimientos para la pesca y preparación de los productos de ésta son muy primitivos, y si se introdujesen en ellos artes modernas, el Yenesei podría abastecer a media Europa.

Los principales peces que allí se cogen son el esturión *(Acipenser baeri)*, el nyelma *(Stenodus nelma)*, el omul *(Coregonus autumnalis)*, el muksun *(C. muksun)* y el seld *(C. merki)*. Todos ellos vienen por el río desde el Océano Ártico. El esturión y el nyelma se ponen en marcha tan luego como se rompe el hielo en mayo y junio; el muksun y el seld los siguen tres semanas más tarde, y el omul va corriente arriba hacia mediados de julio. Pero hay muchos esturiones en las lagunas todo el año, y en los establecimientos del estuario el omul y el muksun se los coge bajo el hielo en invierno. Los siberianos afirman que estos últimos son más gordos que los que se pescan en verano (1).

Aquella tarde desembarqué en Bielyi Pesok (Tierra Blanca) por una hora, acompañada de dos cachorrillos siberianos, grandes amigos míos, a los que no era fácil explicar lo que se quería por ser tan impenetrable su mollera como la áspera pelambre de su cabeza, y que se empeñaron en que yo los sacase a dar un páseo; me siguieron dócilmente durante unas cien varas, uno a cada lado, y como la *tundra* estaba llena de pájaros produjimos un gran alboroto. Este fué el último sitio en que oí cantar al *Philloscopus rufus;* pero las almendritas se extendieron hacia el Norte hasta Breokoffsky. Dos aves muy distintas cantaban no lejos de la orilla: una de ellas era la gaviota pomatorrina, la primera que yo veía en el Yenesei, y la otra, un pequeño hirudínido cualquiera, probablemente el avión *(Chelidon lagopoda)*. También había una colonia bastante grande de agachadizas, entre las que se veía alguna agachadiza de Siberia. Esta última no era tan rápida como la nuestra; pero cuando se lanzan de pronto de entre las mimbreras parecen tan grandes y obscuras como la becada. Maté un macho, que pude recoger antes de que mis perdigueros acompañantes llegasen al sitio en

(1) De estos y otros datos interesantes de las pesquerías del Yenesei soy deudora al relato del viaje del Dr. Nansen *Through Siberia.*

que cayó. En este momento el *Oryol* comenzó a silbar, y los perdigueros y yo tuvimos que echar a correr por el pantano. Hubo sus dificultades para enviarnos el bote, y mis compañeros, que habían estado visitando varios *chooms*, esperaban sentados en la arena. Al vernos, el dueño de la cabaña principal salió, invitándonos a tomar una taza de te con su familia. Entramos en la casa por un obscuro pasadizo cubierto, que servía al mismo tiempo de almacén y para conservar caliente la estancia en el invierno. La cocina estaba limpia y bien provista; tenían tiestos con flores en el poyo de la ventana y una butaca. Nos sentamos en la gran cama cuadrada que había en una esquina mientros la amable propietaria de la cabaña nos obsequiaba con te y un excelente *pirog*. Esto último es una especie de paste, hecho con pescado, carne o *sauerkraut*. Estas gentes eran tártaros del Sur, fuertes y frugales, como la mayoría de su raza en esta parte del mundo, y parecían mejor acomodados que sus vecinos rusos.

Por la tarde de aquel mismo día el capitán Ello me hizo subir al puente para que viese Lukovoi Protok, donde en 1895 míster Popham había encontrado criando al ganso de pecho rojo. El *Oryol* no se detuvo en aquel lugar; pero a lo lejos podía verse la fila de rocas, todavía salpicadas de manchas de nieve, al pie de las cuales se habían encontrado los nidos.

Después de pasar Dudinka, el vapor y la barcaza empezaron a desocuparse rápidamente; de tiempo en tiempo encontrábamos un *balagan,* que es una choza baja con tejado de césped, y allí desembarcaba una familia entera con chicos, redes, cacharros de cocina, un bote, media docena de barriles de sal y un saco de harina; así viajan algunas de estas gentes, recorriendo unas mil verstas río abajo y otras tantas de vuelta cada verano por causa de la estación de pesca, que sólo dura seis semanas. Algunas de las pesquerías del Yenesei son propiedad del Gobierno, y otras pertenecen a los naturales. En estas últimas la pesca es libre, por lo que los siberianos prefieren establecerse en ellas y no en las del Gobierno, en las que tienen que pagar cierta suma, lo que es muy duro para los pobres yurakos y

samoyedos (1), quienes por esta causa van gradualmente perdiendo sus antiguos derechos.

Pasada Krestova el río se ensancha de pronto, formando un magnífico estuario, que mide cerca de cuarenta millas de anchura, de costa tan baja y helada que parece un pequeño horizonte, y cuando el viento azota al agua se puede formar en una o dos horas un mar tempestuoso y picado.

Así nos sucedió a nosotros, pues el 22 de junio cambió el tiempo, y durante cuarenta y ocho horas nos maltrató la tempestad. Por la tarde se enviaron a tierra algunos pescadores, los que intentaron levantar una choza; pero como toda la madera de arrastre estaba empapada no pudieron encender fuego. A la mañana siguiente varios de los tripulantes intentaron llevar algún alimento a estas pobres gentes; mas el pesado bote del barco no pudo ser impelido hasta la orilla por la marejada que había en la abierta costa, y los marineros tuvieron que dar la vuelta calados hasta los huesos.

El retraso que esto nos produjo contrarió mucho a todos los que íbamos a bordo, desde el capitán Ello, que quería terminar su viaje a Golchika para volverse al Sur, hasta nuestra perra *Sabaka*, como habíamos dado en llamarla, y que vivía en una perrera provisional en la popa del barco. La pobrecilla tenía sus patas entumecidas, a pesar de nuestro cuidado de desembarcarla siempre que nos era posible para que corriese un poco. Era lo suficientemente lista para comprender cuándo le tocaba salir, y tan pronto como oía el sonido de las cadenas del ancla acostumbraba a gemir lastimosamente, hasta que la sacábamos para dar un paseo o hasta que oía que las paletas de las ruedas del vapor batían de nuevo el agua y comprendía que se había frustrado su esperanza de libertad por aquel día.

El viento no cesó hasta el 25 de junio, y entonces el *Oryol* comenzó de nuevo sus continúas paradas cada diez o veinte

(1) Los samoyedos forman un pueblo primitivo de raza ural-altaica, que se extienden principalmente al NW. de Siberia. *(Nota de la edición española.)*

millas para desembarcar barriles de pescado. Ya estábamos hartos de ver los botes atestados dirigiéndose a tierra y la lenta descarga de su contenido. Estas paradas retrasaron mucho nuestra marcha, y rara vez eran lo suficientemente largas para permitirme hacer cualquier trabajo serio en tierra, excepto en Breokoffsky, por donde pasamos el 26 de junio.

Anclamos a las diez de la noche en una isla del lado oriental del archipiélago, donde el agua era tan poco profunda que el *Oryol* no se pudo acercar a más de una milla de la orilla, y como tenían que desembarcar dos o tres familias, hubieron de hacerlo en pequeños botes, tarea lenta y fastidiosa. En una ensenada de entrada ancha y vadeable se veían tres o cuatro pequeños *balaganes,* que no habían sido ocupados desde la estación anterior y estaban medio llenos de nieve, lo que no parecía importar a aquella gente, a pesar de la humedad y del frío que en ellos haría, dispuesta a emprender alegremente su trabajo del verano. Unas cuantas aves de las llamadas combatientes habían encontrado, sin duda, en la vecindad de aquellos *balaganes* un lugar a propósito para sus estúpidos combates fingidos a que se entregan en la primavera. A cada momento una docena próximamente de estos guerreros fanfarrones y vistosos se posaban sobre la hierba, colocándose en posición y atacándose con feroces arremetidas de sus inofensivos y sonrosados picos. En esta actitud, con su llamativo plumaje y rizados collarines, me recordaban sin querer los valientes de Mignon en el reinado de los Valois. Si alguno hubiera pasado por medio de ellos toda la bandada habría levantado el vuelo, posándose en cualquiera otra loma para proseguir sus absurdas rivalidades. A los combatientes no era frecuente verlos, pues pronto empezarían a criar entre las altas hierbas, si es que no lo estaban haciendo ya.

Cuando Seebohm visitó a Breokoffsky, a mediados de julio de 1877, se lamentó del calor y de las nubes de mosquitos; pero cuando yo pasé por allí, en 1914, era muy diferente, pues todavía quedaban tres pies de nieve en muchos de los pantanos; y aunque el Sol brillaba esplendoroso toda la noche, el viento era lo bastante frío para helar el aliento en los labios.

El suelo en las orillas de los *kurias* estaba deshelado y lagunoso; pero tierra adentro, alrededor de los lagos, había mucha nieve, y la mayor parte del tiempo el barro me salpicaba hasta las rodillas. Los sauces en este país, azotado por el aire, estaban tan achaparrados y retorcidos todos hacia el mismo lado, que parecían hallarse tumbados sobre el suelo en la dirección de Sur a Norte, como si los fuertes vientos que allí predominaban soplasen río abajo en vez de ser río arriba desde el mar, como después supe que sucedía. Era bastante fácil andar de frente por esta espesura; pero otra cosa muy distinta querer dar la vuelta, pues tan pronto como se intentaba, la punta de las inclinadas ramas, como si fuesen bayonetas fijas, lo impedía. Una disposición semejante se ve en la garganta de la flor del aro, en la que las pequeñas moscas que se introducen en ella para libar el néctar se encuentran con que no pueden salir, porque los pelos que se han ido levantando detrás de ellas forman como una empalizada que se opone a su retirada.

Fué una pena que las aves siberianas no participasen también de la indiferencia de los hombres: sin importarles que el Sol estuviese luciendo se iban a reposar a media noche, como acostumbran; sólo se veían unas cuantas, de carácter más ardiente, demasiado entregadas a sus amores para pensar en descansar. Era muy difícil, por lo tanto, hacer un censo ornitológico exacto de aquel lugar. Las almendritas, alondras de los prados, gargantiazules, linaceros y los trigueros lapónicos eran muy comunes, sobre todo los primeros, cuyo canto, *chivet-chivet,* podía oírse durante toda la noche, y entre los sauces vi dos tordos obscuros. Seguramente fué este tordo, y no el tordo común, el que Seebohm encontró criando en este lugar en 1877. La agachadiza revoloteaba continuamente sobre nosotros, y los lagos estaban llenos de somormujos de garganta roja y de garganta negra. Las terreritas abundaban; pero pasada Golchika no volví a ver la churrilla minuta, y seguramente éste es el lugar de cría más meridional en el Yenesei.

Junto a un charco presencié un bonito espectáculo. Una pareja de falaropos de cuello rojo, macho y hembra, sobre la nieve, con sus delicadas patitas azules casi metidas en el agua, se componían mutuamente el plumaje del cuello con tan adorable interés, que era muy divertido mirarlos; no es necesario decir que la miserable intrusión humana dió fin a esta escena. De pronto se oyó un grito de alarma, y luego sólo se vió un círculo de ondas que demostraban que unos momentos antes habían estado allí dos seres tan bonitos y contentos. ¡Cuántas veces desearía el ornitólogo poseer el gorro de la obscuridad, del cuento de hadas, que hacía invisible a quien lo llevaba puesto! Yo me disgusté por no encontrar en éste sitio al serrano de Siberia; pero en el otoño, durante mi viaje de regreso, vi varios de estos pájaros. Breokoffsky es uno de los puntos conocidos en que cría el cisne de Bewick en el Yenesei, y de allí a poco atravesaron la isla pausadamente seis de estas magníficas aves; en tanto que yo miraba los reflejos del sol en sus inmensas alas se oyó un disparo a corta distancia, que hizo que escaparan río abajo velocísimamente. Me volví para ver quién había disparado, y me hallé con un individuo de aspecto de cazador, que no era otro sino el cocinero del vapor, a quien vi últimamente en Turukhansk con la cara dentro de la sopera. Había salido de caza para allegar provisiones, y llevaba un par de retores que había cobrado.

El vapor tenía fijada la salida para las dos de la mañana, y por esto volvimos a los *balaganes,* en los que la gente estaba muy atareada sacando la nieve que había dentro. En la orilla del río vimos unos huesos de beluga o ballena blanca. Estos animales vienen río arriba en el verano, después del omul y del seld, y muchas veces se los coge en la jábega. Su piel es muy buena para hacer arreos para los trineos, y su carne se corta en tiras, que después de secas se venden a los indígenas, a quienes les gusta mucho.

Como siempre ocurría no había ni señales de bote, y durante media hora el cocinero y yo tuvimos que vagar por la orilla desconsoladamente, pues ambos estábamos tres veces más mojados y unas seis veces más fríos de lo que hubiésemos querido. Afortunadamente, entonces pasó bogando un bote lleno de yurakos, y pudimos persuadirlos a que nos llevasen al barco.

El 28 de junio, a mediodía, el *Oryol* ancló fuera del río Golchika. La costa estaba llena de bancos de arena, por lo que el vapor no pudo aproximarse a más de una milla de la playa; pero la impresión que nos causó aquel lugar, no obstante la distancia, fué de tristeza. En último término se veían unas colinas bajas, de las que descendían grandes ventisqueros, apareciendo como listadas por los hielos. Un río turbio, de color café, corría entre ellas, y entre los montes y las orillas del Yenesei se extendían unas tierras bajas y pantanosas, cubiertas en parte por el agua corriente y en parte por la nieve. La posición del Yenesei y de sus tributarios en Golchika me recordaban una Y mayúscula, en la que la parte inferior estaba representada por el Golchika, el cual un poco antes de su unión con el Yenesei se ahorquillaba, formando una isla que era un delta llano.

En Golchika sólo había tres casas permanentes, y dos de ellas estaban construídas sobre esta isla. Apenas había anclado el *Oryol* se lanzaron los botes, y los habitantes subieron al vapor. Los siberianos, con sus *zhubas* y gorros de piel, se presentaron en el salón, y algunos indígenas, con sus *sakooy,* se paseaban sobre cubierta. El capitán Ello nos presentó a los dos hombres principales del lugar. El primero era un siberiano bajo y grueso, de cara afable y bien afeitada y de aire fanfarrón. Era Michael Petrovitch Antonoff, y vivía en la mayor de las casas de la isla. Pareció dispuesto a trabar amistad con nosotros; pero cuando el capitán Ello, que estaba asombrado de nuestro propósito de acampar en la nieve, le preguntó si habría algún sitio donde pudiéramos pasar la noche, contestó con evasivas, diciendo que se informaría de ello por su mujer.

El otro comerciante, Prokopchuk, era el agente de Mr. Kutcherenkoff, quien había dado a miss Czaplicka una recomendación para aquél. Era un personaje de aspecto respetable, ves-

tido con una chaqueta de piel de reno, y sus modales demostraban una gran cordialidad. Vivía en el continente, a una versta más arriba en la orilla izquierda del río Golchika, y con mucha insistencia quiso llevarnos a su casa hasta que encontrásemos un sitio conveniente para acampar.

Mientras tanto todo nuestro equipaje fué hacinado en el bote con los barriles de pescado, y como no quedaba sitio para que todos pudiéramos instalarnos, nuestro nuevo amigo nos propuso a nosotras que podríamos irnos con él en su bote una hora más tarde. En vista de esto, Mr. Hall y Vassilli desembarcaron desde luego, y miss Czaplicka, miss Curtis y yo nos sentamos, en espera de que nos tocase el turno de partir.

Al cabo de una hora vimos al comerciante que salía del camarote del capitán. Con modales más efusivos que antes, si cabe, nos explicó que había estado tomando te con la señora del capitán Ello y que no nos detendría más que un minuto, que necesitaba para dar un encargo en la barcaza. El capitán Ello se hallaba de pie junto a la barandilla.

—¿Se van ustedes con Prokopchuk?—nos preguntó, en su correcto inglés.

Le contestamos que sí.

—No debían ustedes hacerlo—nos dijo el capitán.

—¿Por qué no? ¿No tiene familia?

Una sonrisa enigmática se dibujó en la cara del capitán.

—¡Oh, sí!—nos contestó con toda la calma que le caracterizaba—. Prokopchuk tiene mujer; *más bien, dos.*

Esto nos hizo pensar que quizá los ofrecimientos de Prokopchuk no eran tan desinteresados como parecían, pero ya era tarde para retroceder; así es que decidimos esperar los acontecimientos.

Aguardamos otra media hora, y hasta hora y media; al fin llegó el bote al costado del barco, y diez minutos después apareció su dueño, pudiendo apreciarse fácilmente que había estado bebiendo algo más que el te de Mme. Ello. No se cayó al agua porque esto es tan difícil para un golchikano, por bebido que esté, como lo es para un gato el caerse de un árbol; pero ver-

daderamente fué admirable que no hiciese volcar el bote con todos nosotros. Entonces mandó que le trajesen un barril, insistiendo en que se colocase en la popa y en que él y yo nos sentásemos sobre aquél dándonos la espalda. Esto sin duda era muy lisonjero para mí; pero hubiese preferido disponer de algo más que de una quinta parte de un barril para asiento, sobre todo porque el bote se balanceaba de una manera alarmante.

La distancia entre el vapor y la isla no excedía de una versta, pero tardamos cerca de hora y media en llegar. La corriente que salía del río Golchika se extendía a gran distancia en el Yenesei y arrastraba masas flotantes de hielo y gran cantidad de madera, estando el agua muy agitada. En cualquier tiempo hubiera sido dificilísimo atravesarla, pero entonces era imposible, pues Prokopchuk estaba demasiado borracho para gobernar en línea recta, por lo que tuvimos que ir serpenteando a la ventura por el río, sin rumbo fijo. Una mujer grande y huesuda, envuelta en un mantón de color obscuro, estaba acurrucada en el fondo del bote, lanzando reconvenciones y quejas. Supusimos sería una de las dos mujeres de Prokopchuk. De los hombres que manejaban los remos, uno era un siberiano vulgar, de pequeña talla, con su *zhuba;* pero el otro, que tomé por criado, era muy diferente. Su estatura llamaría la atención en cualquier parte; pero aquí, entre los pequeños y zanquivanos indígenas y los achaparrados pescadores, resultaba gigantesco; mas no solamente descollaba por su estatura, sino por lo bien proporcionado de su cuerpo.

No usaba gorro, y su fuerte y rizado cabello, que el aire agitaba, formando un halo alrededor de su cabeza, contribuía a aumentar su estatura. Sobre él recaía la mayor parte del trabajo de hacer avanzar el bote; pero no parecía resentirse de ello, ni tampoco de las bufonadas del viejo libertino que iba en la popa, pues remaba sin quejarse, como un buey, impasiblemente.

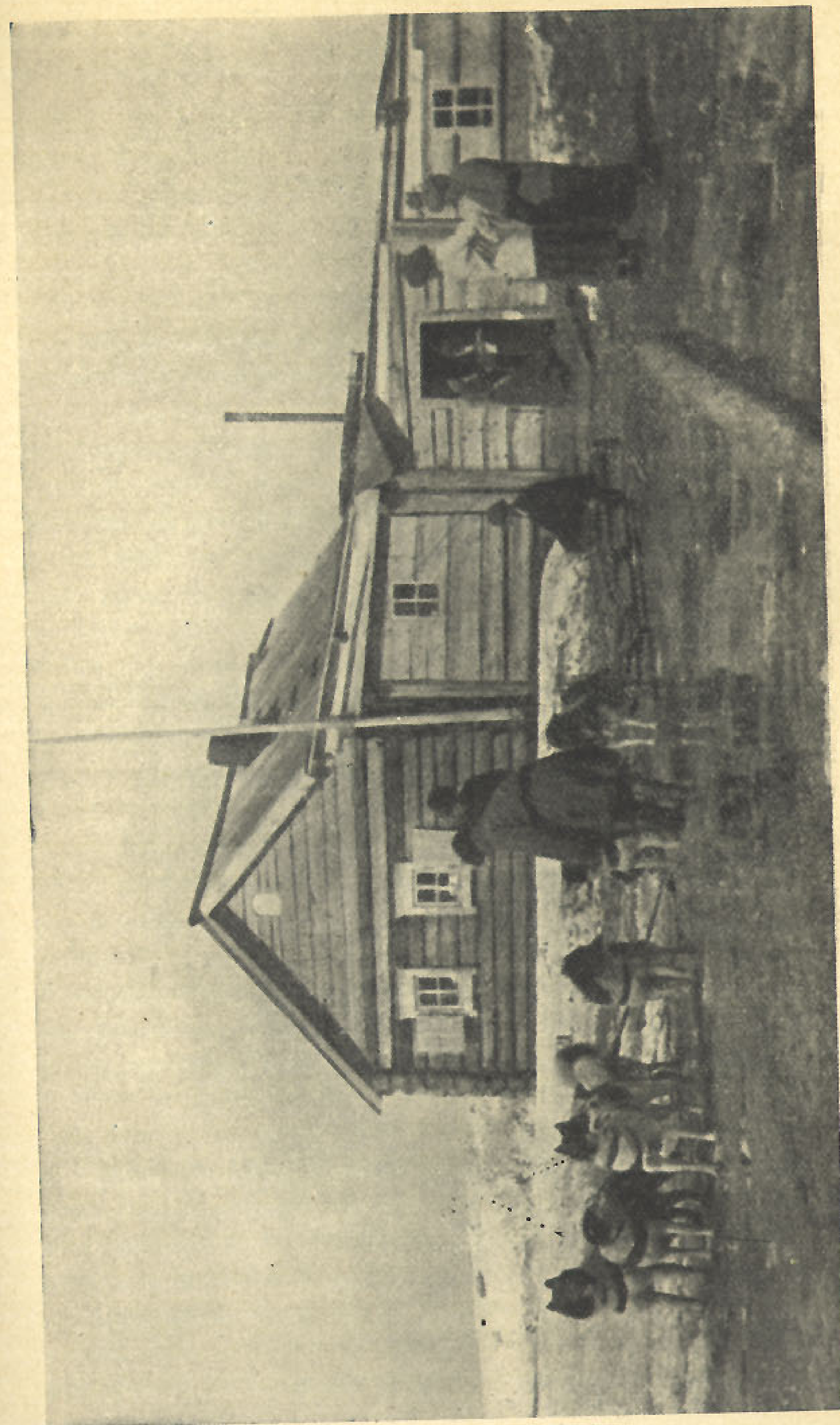
Mas a pesar de su fuerza no podía luchar contra aquella corriente, que hizo vagar al bote de un lado para otro, hasta que por fin llegó a tierra encima de una masa de hielo, girando sobre su quilla como un escarabajo clavado en un alfiler, lo que

motivó una gran gritería, pues estuvimos a punto de volcar; afortunadamente, el témpano de hielo encalló en una larga lengua de arena en la isla, al borde del río, siendo imposible que pudiésemos cruzar la corriente para llegar a casa de Prokopchuk, en el continente; esto, después de todo, no nos contrarió, pues desde la advertencia del capitán deseábamos evitarlo; pero el hombretón cogió la amarra, metiéndose en el agua, y vadeó la corriente hacia la orilla, arrastrando el bote tras de sí. Entonces, cuando le vimos dando zancadas en el agua, que le llegaba, espumeante, hasta los muslos, fué cuando le dimos el apodo de «el gigante», que le quedó para lo sucesivo. Nos alegramos mucho de pisar tierra de nuevo, a pesar de que no estábamos muy seguros de encontrar alojamiento para pasar la noche. Nuestras cajas estaban amontonadas en el desembarcadero y parecían abandonadas. Por todas partes nos llegaba la nieve a la rodilla, y el aire era sumamente frío. En aquella ocasión comprendí lo que sería vivir como un vagabundo, y eso que en Golchika no había policía.

Sin embargo, había algo mejor, y era un buen Samaritano. Cuando íbamos subiendo por la orilla, Mr. Hall salió a nuestro encuentro, acompañado de un joven de buen aspecto, a quien nos presentó como Mr. Peacock, hermano del comerciante del mismo apellido que habíamos conocido en Krasnoyarsk. Lo mismo que su hermano, Mr. Peacock hablaba perfectamente el inglés y estaba orgulloso de su condición de súbdito de la Gran Bretaña. Nos dijo, en contestación a una pregunta que le hicimos: «Yo nací en Siberia, y nunca he pisado Inglaterra; pero mi mayor deseo es poder visitar algún día mi país».

Verdaderamente era vergonzoso que mientras cientos de ingleses parecen como avergonzados de su nacionalidad, este joven anglosiberiano, a pesar de no haber visto siquiera las escolleras de Dover, apreciase tanto su origen inglés. Míster Peacock había venido a Golchika para sus negocios, y se volvía al Sur en el *Oryol;* pero habiéndose enterado por Mr. Hall del apuro en que nos encontrábamos por no hallar alojamiento, visitó al grueso Antonoff y le persuadió de que nos recibiese a

LÁM. II.



LA CASA DE ANTONOFF Y PERROS DE TRINEO.

nosotras en su casa por una noche, fuese como fuese, mientras que él disponía que Mr. Hall y Vassilli fuesen a la de su agente Protyvik. Mientras hablábamos de esto apareció Michael Petrovitch en persona, invitándonos a entrar y cediéndonos uno de sus cobertizos para depositar nuestro equipaje. ¡No había querido decírnoslo él mismo por «la pobreza de su alojamiento»! La casa de Antonoff estaba situada al lado de la pequeña y medio derruída iglesia, la cual sólo se abría una vez al año, cuando venía el *pope* de Dudinka. A su alrededor se veían muchas sepulturas, todas ellas señaladas con la doble cruz, pero sin que hubiese límite alguno que separase el cementerio del resto del terreno. Los vivos paseaban por entre las sepulturas libremente, y en cierto modo era simbólica la actitud de esta gente sencilla para con la muerte. Casi una veintena de grandes perros de trineo vinieron a nuestro encuentro, con gran disgusto de la pobre *Jest*, cuando entramos en la casa de madera. El porche se abría en un almacén exterior, y a mano izquierda se hallaba la puerta de la morada. Por ella pasamos a una cocina larga y baja, y desde allí a la sala, en la que un gramófono lanzaba al aire sus notas.

La habitación nos pareció confortable y alegre, después de haber pisado tanta nieve, aunque no era grande y contenía pocos muebles, excepción hecha de las mesas destinadas al gramófono y al samovar y de unas cuantas sillas. En el rincón más apartado estaba colgada una adornada imagen, rodeada por una guirnalda de flores de cera, y en el antepecho de la ventana había una máquina de coser. ¿Una máquina de coser y un gramófono en Golchika? Entonces comprendimos que no estábamos tan lejos de la civilización como lo habíamos supuesto.

La señora Antonoff preparaba el samovar. Era una mujer regordeta, de cara afable, algo más joven que su marido, y con ella estaban sus dos hermanas, Nura y Tania, muchachas de catorce y quince años.

Después de servirnos el te, nos dijo que disponía de un cuarto vacío, que ponía a nuestra disposición, y nos invitó a examinarlo. Al pasar por la cocina vimos al hombretón de ri-

zado pelo sentado en un taburete en una esquina de la habitación; sus mojadas ropas, al escurrir, habían formado un charco en el suelo. Tenía un aire tan resignado y humilde que nos sorprendió, sobre todo al enterarnos de que no era un criado asalariado, sino el hijo mayor de Prokopchuk, José Gerasimvitch.

Desde el almacén pasamos a la parte posterior de la casa, entrando en la panadería por una puerta baja; la habitación casi estaba ocupada por un gran horno de ladrillo. A lo largo de uno de sus lados había un banco, sobre el que roncaban a coro dos gigantescos trabajadores; pero la señora Antonoff nos dijo que en lo sucesivo dormirían en cualquier otro sitio. Saliendo de la panadería por una abertura que había en la pared, entramos en un cuarto bastante grande y que estaba vacío; tenía una ventana y el piso era de madera, y después de la noche que habíamos esperado pasar en medio de la nieve nos pareció un lujoso palacio. Luego que hubimos colocado una cortina en la puerta de entrada y extendido los sacos de dormir, llegó a tener un aspecto confortable, hasta el punto de que cuando, en medio de nuestros preparativos, oímos el lejano silbido del vapor que anunciaba su partida, casi ni le echamos una mirada para verle marchar hacia el Sur.

CAPÍTULO IV

Un robo matutino.—Cucarachas.—La primavera en Golchika.—Trineo de perros.—Excursión a Och Marino.—Un interior siberiano.—El chorlito oriental.—Cambio de tiempo.—Fuerte temporal en el Yenisei.—Vuelta a Golchika.

A la mañana siguiente nos despertó un movimiento extraño de la ventana, seguido inmediatamente de un ruido sospechoso. Saltando de la cama, nos encontramos con que uno de los perros siberianos de trineo habíaintroducido su peluda cabeza por un cristal roto y trataba de coger un huevo que había sobre la mesa, lejos de su alcance, haciendo esfuerzos con su larga y roja lengua para conseguirlo. Por supuesto que el huevo rodó, cayendo al suelo, y su rotura alarmó de tal modo al ladrón, que en su precipitada fuga hizo chocar la marmita contra media docena de platos de hoja de lata. Este incidente acabó de despertarnos, apresurándonos a vestirnos y a preparar el almuerzo, tarea esta última que aquella mañana ofrecía alguna pequeña dificultad por no haber estufa en la habitación y habernos dejado, por falta de espacio, la mayoría de los utensilios en el cobertizo de la orilla del río. Entonces pudimos observar una cosa que en la tarde anterior no habíamos notado, a causa de nuestro cansancio, y era que tanto la panadería como nuestra habitación estaban plagadas de cucarachas. Media docena de estos animalitos salieron corriendo de mi saco de dormir al tiempo de arrollarle, y varias veces, mientras

almorzábamos, asomaron sus indagadoras antenas por el borde de la mesa o intentaron llegar hasta el azucarero. Más tarde nos enteramos de que la mayoría de los *balaganes* que había a lo largo del Yenesei estaban infestados de cucarachas, cuando no de otros bichos peores. Al principio la aparición de una cucaracha en las camas era saludada con gritos de horror; pero antes de que se terminase el día cesamos de lanzar exclamaciones y a la otra mañana ya casi ni nos molestamos en matar a las intrusas. Es curioso qué pronto se acostumbra uno a estas pequeñas molestias. Me acuerdo muy bien que no hacía aún dos semanas habíamos estado hablando de la repugnancia que nos causaban varios insectos, citando entre ellos las cucarachas. Uno de nosotros contó la historia de un viajero que, durmiendo en una posada de un camino de Oriente, había metido por la mañana la mano debajo de la almohada, sacando un puñado de tales animalitos. Aquel cuento provocó entonces exclamaciones de disgusto, y ahora estábamos aquí haciendo lo mismo, pues a los tres días había descubierto que era capaz de aplastar cucarachas sin el menor cuidado, y aun de pisotearlas teniendo sólo zapatillas de fieltro. Indudablemente era esto una prueba de valor; pero bueno es decir que las cucarachas de Golchika eran de un tipo mas pequeño que las de las cocinas inglesas. Parecían ser efectivamente una especie de cucaracha de raza bantam.

Nos sentábamos a la mesa para almorzar cuando llegó míster Hall, quien apenas nos habló de cómo había pasado la noche, deduciendo nosotras de tal reserva que su alojamiento no había sido tan confortable como el nuestro. Luego averiguamos que Protyvik, para celebrar la llegada del vapor, se había retirado a su casa a altas horas de la noche, y cuando por fin las personas mayores de la familia se fueron a acostar, los pequeños Protyvikes se despertaron y se pusieron a jugar al escondite por la casa, hasta que, desesperado, Mr. Hall se levantó, marchándose fuera.

Después de almorzar fuí a dar un paseo de exploración por la isla, de la que sólo tenía una idea por la pequeña viñeta del

libro de Seebohm, y era muy interesante tratar de encontrar el parecido; pero hasta después de algún tiempo de mi permanencia en Golchika no pude descubrir el punto desde donde fué tomada aquella vista.

La isla de Golchika, que en realidad es el delta del río Golchika, está formada por una llanura pantanosa de casi una versta de diámetro. Se halla sobre cimientos naturales, pues desde tiempos muy remotos el Yenesei ha ido arrastrando maderos de los bosques, que fueron quedando encallados en el barro, y a su vez el Golchika ha llevado tierra vegetal de la *tundra,* habiéndose formado así gradualmente una isla, construída alternativamente de capas de madera y de tierra. Por un lado desemboca el Yenesei, y a los otros dos los baña el Golchika. En tal época todo el lugar estaba cubierto de nieve. Profundos hoyos llenos de ésta, ensuciada con la basura y pisoteada por manadas de perros, hoyos en que era fácil hundirse hasta la cintura, se extendían alrededor de la casa, y los pantanos próximos estaban blancos aún y salpicados de charquitos helados, que brillaban como lentejuelas. Era imposible andar una vara sin meterse en el lodo, por lo menos hasta más arriba de las botas. La casa de Antonoff estaba situada a un centenar de metros de la orilla del río; desde su puerta se extendía un sendero hasta el desembarcadero, donde ya, en espera de la estación de pesca, se habían construído cobertizos y casas de escoger el pescado; detrás de los rimeros de barriles de pescado, y aquí y allá, había uno o dos *balaganes,* de tejado de césped, que pronto se arrendarían para el verano. Y a pesar de que el cielo estaba encapotado y de que la nieve cubría los pantanos, había aquella fría mañana de junio en la colonia un bullicio y movimiento indefinibles. Cerca del agua, los hombres trabajaban activamente en la reparación de los botes y en remendar las redes de pesca. En el aire resonaban el golpeteo del martillo y la estridencia de la sierra, y en la cocina de Antonoff se oía cantar a Anastasia mientras movía sus pucheros y cacerolas.

Y no eran únicamente los seres humanos los que trabaja-

ban y manifestaban su alegría por la llegada del verano, sino que cada ventisquero y cada charco cenagoso estaban llenos de pájaros, que escarbaban delicadamente en el barro. ¡Hasta los pájaros! Había churrillas, la churrilla minuta (que es un personaje que me gustaría que los ornitólogos denominasen con un nombre mas característico) y la terrerita de Temminck; su pariente el pendenciero falaropo de garganta roja, entregado a su bullidor galanteo; la delicada agujeta blanca, uno o dos espléndidos trigueros de las nieves, y trigueros de Laponia, adornados con la coloración del cobaya, blanca y negra y de concha. Todos estos y otros recién llegados del Sur estaban picoteando, luchando, cortejándose y jugando a la orilla del agua, sin volar apenas para dejar paso a los perezosos perros de trineo que vagaban alrededor de la casa. Y pude observar que más lejos otras aves volaban río abajo: patos, gansos y zancudas. Eran la retaguardia de aquel grande e impaciente ejército que cada primavera, en la época del deshielo del Yenesei, se desparrama hacia el Norte hasta Dickson, Solitude y el lejano Taimyr, ansiosos de aprovechar todo lo posible el corto verano ártico y poder criar sus polluelos antes de que el río se cierre por los hielos y como una mano de hierro los fuerce a volver hacia el Sur. A pesar del frío y del cielo gris que todo lo cubría, se experimentaba el contagio de aquella alegre actividad. Era como si el alma de la primavera, el despertar de la nueva vida, flotase en el aire. ¡Y olvidando los tristes recuerdos de la noche anterior, me sentí tan feliz y contenta como cualquiera de las aves que se movían activamente por la orilla del agua.

Aquel día no tuve ocasión de ir al continente, pues de allí a poco apareció nuestro patrón, Michael Petrovitch, con su bonachona cara toda sonriente, y nos dijo que por la tarde tenía pensado visitar una de sus pesquerías, situada treinta verstas río abajo, y que se le había ocurrido que nosotros fuésemos también. No hay que decir con cuánta alegría aceptamos; en consecuencia, se dispuso que saldríamos a las seis en punto.

Entretanto, Michael Petrovitch nos enseñó su atelaje de perros, del cual estaba orgulloso en extremo. En el Yenesei, un buen perro de trineo vale ciento sesenta rublos, y son muy difíciles de conseguir, pues no se los considera de gran valor para el arrastre si no han sido criados por su propio dueño. Un perro que se compra ya criado no se puede confiar en que sepa volver a su casa con tanta seguridad como el que ha vivido en ella desde cachorro, y como esta facultad puede ser en ocasiones de un valor inestimable para su dueño, si éste pierde la orientación en mitad de la *tundra*, los siberianos rara vez adquieren un perro como no sea para criarlo. Michael Petrovitch compró los padres de los perros de su atelaje a un comerciante de Turukhansk que se marchó del país, y aunque uno o dos de ellos habían sido cruzados con podenco, era una jauría magnífica. Cada trineo de ocho perros podía llevar un peso de cuarenta pouds de mercancías y dos hombres, y *Mars*, el guía gigante, podía arrastrar el solo en el trineo un peso de cinco pouds, que son doscientas libras. Michael Petrovitch empleaba sus perros en invierno, cuando iba por el río a visitar sus trampas de cazar zorros blancos, y nos dijo que con superficie buena podían recorrer cien verstas en tres horas. Nos hizo dar un paseo de ida y vuelta hasta el río, y hallamos muy divertido ir en trineo.

Los perros parecían disfrutar tanto como nosotros, y atendían con precisión la voz del conductor cuando, según los casos, les gritaba: *Port!*, o sea, «¡A la derecha!», o *Maneh!*, «¡A la izquierda!», y *Touss-touss!*, «¡Adelante!», siendo obedecido por estos celosos servidores tan de prisa como cuando les gritaba: *Tata!*, que significa: «¡Alto!». Los perros de Antonoff vivían en un cobertizo que había detrás del horno. Algunos propietarios de estos animales no les dan de comer durante el verano, dejándolos vagar a la ventura y pescar lo que buenamente puedan encontrar; pero Michael Petrovitch sostenía, sabiamente, que para conservar la perrada en buena salud era preferible sacrificarse un poco durante todo el año. No obstante, nos dijo que los perros comen más en el verano, cuando están ociosos, que durante el invierno, en pleno trabajo. Nuestra *Sabaka*, que en un principio se mostró muy acobardada por el terror que le

causaba la perrada, no sólo perdió pronto el miedo, sino que en un par de días se convirtió en una arpía tan temible que hasta el enorme *Mars* huía, del modo más indigno, cuando la descubría robándole algo, y ningún otro de sus compañeros se atrevía a ponerse frente a frente de la pequeña camorrista. Únicamente podía mirar a *Jest* cara a cara una gran matrona de carácter irascible; pero ni aun a ésta le era permitido meter su zarpa dentro de un límite invisible, aunque no por esto menos estrictamente definido, que *Jest* dispuso debía extenderse unos seis pies alrededor de nuestra puerta.

Como ya he dicho, pensábamos emprender nuestro viaje por el río a las seis en punto, y en tanto, las nubes, que por la mañana habían tenido aspecto amenazador, desaparecieron, el viento se calmó, y el Yenesei aparecía como una plancha de cristal coloreada de azul y rosa. Aparentemente era una tarde tranquila, y, sin embargo, siguiendo el consejo de Michael Petrovitch, tuvimos que ir provistos de comestibles, pues el tiempo en el Bajo Yenesei es variable, y a veces un cambio de aire puede causar una detención de algunos días. La partida se componía de nosotros cuatro, de Michael Petrovitch, que llevaba el timón, de nuestro Vassilli y de Nill, el pelirrojo y fuerte criado de la casa. Desde que salimos notamos que el bote iba muy hundido en el agua; pero como la hermosura de la tarde no hacía temer contratiempo alguno, no dimos importancia a que la embarcación llevase demasiada carga. El Yenesei tiene de ancho frente a Golchika unas diez verstas, que cruzamos en seguida, para llegar al resguardo de la lejana orilla. La corriente nos era propicia; así es que los remeros tenían poco trabajo, y aun el mismo Vassilli, que odiaba el ejercicio, iba muy satisfecho, cantando alegremente según remaba.

Och Marino, adonde íbamos, es, según creo, una de las avanzadas más desamparadas del mundo. Aun ahora, mirando el viejo mapa de Asia que usaba en el colegio, puedo reconocer este sitio y colocar con exactitud sobre él la punta de mi compás. El estuario del Yenesei, que en Breokoffsky se ensancha tan enormemente, se angosta de pronto unas doscientas

verstas más abajo. De la orilla occidental avanza, acercándose al promontorio de Sopochnaya, en la orilla oriental, una larga lengua de tierra. En días claros, estos dos puntos se pueden ver desde Golchika, extendiéndose a través de la desembocadura del Yenesei como las mandíbulas de un cangrejo gigantesco. Tardamos unas cuatro horas en llegar a la larga y baja península. Recuerdo haber oído gruñir a Michael Petrovitch que con su trineo de perros ya podía estar de vuelta en ese tiempo; sin embargo, no decayó su buen humor, riéndose y bromeando durante todo el camino. Para esta expedición se había vestido como de día de fiesta, y resultaba muy bien con su peludo gorro de piel, con orejeras, que le daba un aire original y vivo, su chaqueta y su pantalón de terciopelo negro, y con cadena de reloj de oro.

Cuando aun nos hallábamos a cuatro o cinco verstas de Och Marino vimos una pequeña choza de madera al final del promontorio. En ella vivía un siberiano llamado Hachenkoff, a quien Antonoff, que era el dueño, tenía arrendados los derechos de pesca de aquel lugar; al lado de la choza estaban enclavados dos *chooms* indígenas. Por uno de esos curiosos efectos de espejismo tan comunes en el Yenesei, las tres viviendas parecían estar en el aire, a varios pies de la línea del agua. Pronto en la ancha bahía que forma el ángulo del promontorio nos encontramos con una barricada de bloques de hielo, que al principio no interceptaron nuestro paso, pues pudimos ir sorteándolos fácilmente; pero a medida que nos aproximábamos al lugar se hallaban tan juntos que era imposible abrirse camino entre ellos, debido principalmente a estar toda la masa en continuo movimiento. En este momento salió de la orilla una canoa con dos yurakos remando y un siberiano en la popa, que empezaron a hacernos señales, y siguiendo sus indicaciones fuimos rodeando los témpanos flotantes, llegando así a un pasaje abierto. Aquí también necesitamos ir con mucho cuidado, pues los bloques, algunos tan grandes como mesas de billar, se entrechocaban y con mucha facilidad podrían aplastar nuestro bote.

Cuando hubimos desembarcado, Michael Petrovitch nos

presentó al siberiano como su agente—Vassilli Vassillievitch—, quien nos tendió la mano y nos invitó a ir a su casa, la cual era más pequeña y humilde que las de Golchika. A su alrededor todavía estaban acumuladas cenagosas dunas de nieve, y esto, unido al batir del hielo en el río, hacía parecer aquel lugar más invernizo que todo lo que hasta entonces habíamos visto. Después de pasar por una entrada obscura, formada por las bodegas y las perreras, que se apiñan contra las casas siberianas como un montón de lapas sobre una roca, empujamos y abrimos una puerta baja y penetramos en la cocina, que era al mismo tiempo sala, dormitorio y horno. Aunque fuera lucía el Sol con esplendor, la habitación estaba tan obscura que al pronto no pude ver muy bien lo que en ella había. Una joven de aspecto dulce y delicado, con un niño en los brazos, se adelantó y nos saludó con timidez, haciéndonos sentar en un banco de madera, detrás de la mesa. Mientras preparaba el samovar y en tanto que Michael Petrovitch hablaba con ella, en tono alegre y chistoso, pude examinar lo que en rededor mío había. Casi la tercera parte de la habitación se hallaba ocupada por la chimenea y por un gran horno de ladrillo, y en lo alto de este último estaba amontonada una colección heterogénea de enseres domésticos y de comestibles: pilones de azúcar, montones de harina y cacharros de cocina. En una esquina había una gran cama de cuatro pilastras, y en otra, estantes en los que estaban colocados ordenadamente cacharros baratos, de colores. La mesa no tenía ni una mancha, y el áspero suelo estaba asimismo muy barrido y limpio. En verdad que aquello no daba sensación de pobreza, pues era bastante confortable para lo que se acostumbra en el Norte de Siberia; pero a pesar de esto, rara vez he visto una habitación que me causase una tan desagradable sensación de opresión y disgusto. Sin duda alguna esta falta de *confort* sería física en parte, pues el aire que se respiraba no sólo era caliente, sino positivamente fétido. Creo que estos *balaganes* siberianos no se ventilan en todo el año, y aseguraría que si se deshiciese uno cuidadosamente, palo a palo, la atmósfera interior estaría tan espesa y condensada que se mantendría como un flan recién sacado del molde. Pero los que, por así decirlo, emanaban un *aura* de pesadez por la estancia eran sus moradores. Vassilli Vassillievitch, sentado en un taburete bajo la ventana, hablaba con Antonoff. Era un hombre pequeño, de cara estrecha, mala dentadura y de ademán huraño, que contrastaba notablemente con la abierta afabilidad de Michael Petrovitch. Sus manos, tan intranquilas como sus ojos, cuando no las tenía empleadas, lo que casi siempre ocurría, en liar cigarrillos, se crispaban a cada momento, según se echaba de ver por la manera como las apoyaba en sus rodillas. Fácilmente se comprendía que padecía un desarreglo nervioso, cuya causa no era muy difícil adivinar. La joven, que cuidaba del samovar, junto a la chimenea, era delicada y pálida como planta descolorida por el Sol. Tenía su suave cabello castaño bien cuidado, y sus manos, que no llevaban anillo de boda, eran pequeñas y finas. Se distinguía de todas las demás mujeres que había visto hasta entonces en los *balaganes*. Su cara, serena, pero expresiva, aun cuando no enteramente triste, carecía de animación; a primera vista parecía falta de carácter, pero después hube de cambiar de opinión. Quizá su espíritu estuviese entumecido, pero existía. Parecerá extraño, pero su voz contrastaba con la delicadeza de su aspecto, pues era a un tiempo fuerte y bronca, y cuando la alzaba para hablar a su marido o a la niña indígena que la ayudaba, parecía como si una paloma hablase con la voz de un cuervo. Alrededor de sus faldas se movía lloriqueando un niño de unos diez y ocho meses. Jamás he visto criatura de aspecto tan lastimoso. Como por el calor de la habitación estaba vestido únicamente con una camisita, sus brazos y piernas aparecían en toda su delgadez. Su delicado cuerpo carecía de proporcionalidad relativamente a su cara, en la que dos ojos grandes y espantados se clavaron en nosotros, como preguntando mudamente por qué los pecados de los padres habían de caer sobre las inocentes cabezas de los hijos. Como quiera que los sollozos del niño aumentaran, su madre le cogió, acallándole. En verdad que él no parecía contento fuera de aquellos brazos, y ella demostraba haberse

acostumbrado a hacer la mayor parte de las labores con una sola mano.

Habíamos llevado algunos víveres, y cuando el samovar hervía pusimos nuestras provisiones junto a las de nuestra patrona y tomamos el te. En tanto, la habitación fué llenándose con los naturales del país, que abandonaban sus *chooms* para ver de cerca a los *angliski*. La cama quedó ocupada completamente por una enorme señora de edad, con faldas voluminosas de fieltro, señora de carácter jovial y de ojos que quedaban ocultos entre las mejillas cuando sonreía. Nos dijo con orgullo que pesaba siete pouds y que tenía diez y siete hijos, ocurriéndoseme que la mayoría de ellos la debían de haber seguido a la cocina, ya que en aquel momento todos los rincones de la habitación estaban llenos de yurakos de todos sexos y edades. Ni Hachenkoff ni su mujer parecían molestos por esta intrusión de gentes en su ya atestada cocina, pues esto es corriente entre los siberianos, los cuales son muy indulgentes con los naturales, siendo muy raros los casos de malos tratos para con la raza inferior. Mis compañeros antropólogos se alegraron mucho de poder examinar aquella colección de *ejemplares*, y yo, aprovechando el que Michael Petrovitch tenía que hablar de negocios con Hachenkoff, me escapé, deseosa de ver qué aves habitaban el promontorio.

El río ha ido formando la larga península de Och Marino, de la misma manera que la isla de Golchika, por capas alternadas de fango aluvial y madera de deriva. Dos millas al Oeste, una fila de bajos montículos de barro señalaba el límite de la *tundra* hasta la costa; pero entre ellos y el río se extendía un terreno pantanoso, cubierto de troncos podridos, que cuando lo visité estaba casi intransitable a causa del deshielo.

Nunca olvidaré aquella esplendorosa media noche ártica. Hacia el Este se veía una nube que el Sol parecía haber elegido entre las demás para teñirla de rosa, y detrás de la bahía y de la barrera de hielo el agua tomaba su reflejo y lo multiplicaba jugando con él, abrillantándolo hasta hacer parecer el río como si fuera de ópalo con resplandores de plata y rosa.

Más cerca, la luz del Sol, que se extendía sobre el hielo, tomaba una coloración dorada tan suave que hacía olvidar la frialdad del aire y pensar en flores y campos de heno.

Pero aunque todavía no había flores junto al Yenesei, nada podría sobrepujar los esplendores del hielo, según que la luz le hiriese a través de los témpanos flotantes, descubriendo sus grutas, baluartes y cumbres de plata y malaquita. Aquí y allá, un gran trozo, derritiéndose por efecto del calor del sol del día, caía a pedazos, produciendo un estallido y formando una gigantesca y brillante estrella. Otras lastras aparecían orladas por una delicada tracería de escarcha, y la mayoría estaban tan pulimentadas por el continuo roce de sus movimientos de aquí para allá, que sus bordes, redondeados, parecían tan blancos como el mármol, ostentando admirables vetas verdes. Al mismo tiempo se oía el sonido más extraño del mundo: era como un siseo y un crujido especiales, no muy altos, y sin embargo tan claros como un millón de susurros plañideros, producidos por el derretimiento del hielo de los bloques más pequeños, según se iban resquebrajando uno a uno y dejando caer sus pedazos sobre los otros, y por el gemido de los trozos mayores a medida que el río los empujaba hacia el mar, ante el avance del verano.

Lo único feo y obscuro en medio de aquella magnificencia de hielo y luz solar era la pequeña casa, baja y cuadrada, con sus montones de basura y los grupos de perros guardadores. Con gusto volví la espalda a esta fealdad y me puse a vagar por el pantano. Cerca de la casa vi dos *chooms* de yurakos; pero ambas estaban desiertas, pues sus moradores se habían ido en masa a casa de Hachenkoff. No era fácil andar por allí, pues a cada paso se hundía uno en el agua hasta la rodilla, y se necesitaba buscar un camino entre los charcos, a lo largo de los estrechos pasos de tierra más firme, que se extendían, a modo de arrecifes, a través del pantano. La primavera y el verano llegan al mismo tiempo a esta región ártica, y los hielos, y sobre todo las aves, podían atestiguar que acababa de verificarse tal llegada.

En seguida, antes de que la nieve se derritiese, el pantano se dividió en varios pequeños charcos, cuyos propietarios revolotearon a mi alrededor con esa ansiosa expectación que precede a la puesta. Las churrillas minutas volaban desde los *Sphagnum*, lanzando un *drrrt* que denotaba el susto que habían sufrido; falaropos grises, con el pecho de rubí, daban vueltas sobre el hielo; los trigueros de Laponia buscaban diligentemente materiales para la construcción de sus nidos entre los ventisqueros, y una bandada de retores, en filas de a uno, como un hilo de perlas, bogaban atravesando un charco. Repentinamente, una multitud de gaviotas levantaron el vuelo sobre nuestras cabezas lanzando sus peculiares gritos; y mientras yo me ponía al acecho para cazarlas, cinco gansos salvajes, con el plumaje todavía inmaturo, aun no apareados en esta época, se remontaron desde un pequeño lago, dirigiéndose río abajo con un suave estrépito de alas. En la parte más seca del pantano, una pareja de chorlitos orientales estaban criando. Yo me tumbé y estuve al acecho un largo rato; pero como sabía por experiencia que tal ave es muy astuta y que es inútil tratar de engañarla en la *tundra* despejada, pues sabe distinguir muy bien una persona de un haz de leña o un tronco de árbol, por inmóvil y disfrazada que aquélla se halle, ¡cómo diablos se ha de pretender tontamente que permanezca en su nido! La hembra se lamentaba coléricamente desde lo alto de una loma, situada a unas cien varas de allí, y en cuanto al macho, capaz era de permanecer vigilante un día entero, si lo creía necesario, antes de volver a sus huevos.

Por esto, al cabo de una hora no logré otra cosa que localizar el área probable de cría, y en vista de ello procuré consolarme con la vana reflexión de que acaso estas aves no habrían comenzado todavía a poner; y como hacía casi dos horas que habíamos desembarcado y Antonoff deseaba que saliésemos temprano para casa, di la vuelta.

En el camino, y en un montón de tierra que había en el pantano, vi la sepultura de un yurako, que debió de haber sido enterrado en el verano, pues yacía bajo tierra en vez de estar

en un ataúd de madera. Aunque la Sagrada Escritura nos dice que, así como el hombre no trae nada al mundo tampoco debe llevarse nada de él, ésta no es evidentemente la creencia del yurako, pues alrededor de la sepultura se veían unos cuantos

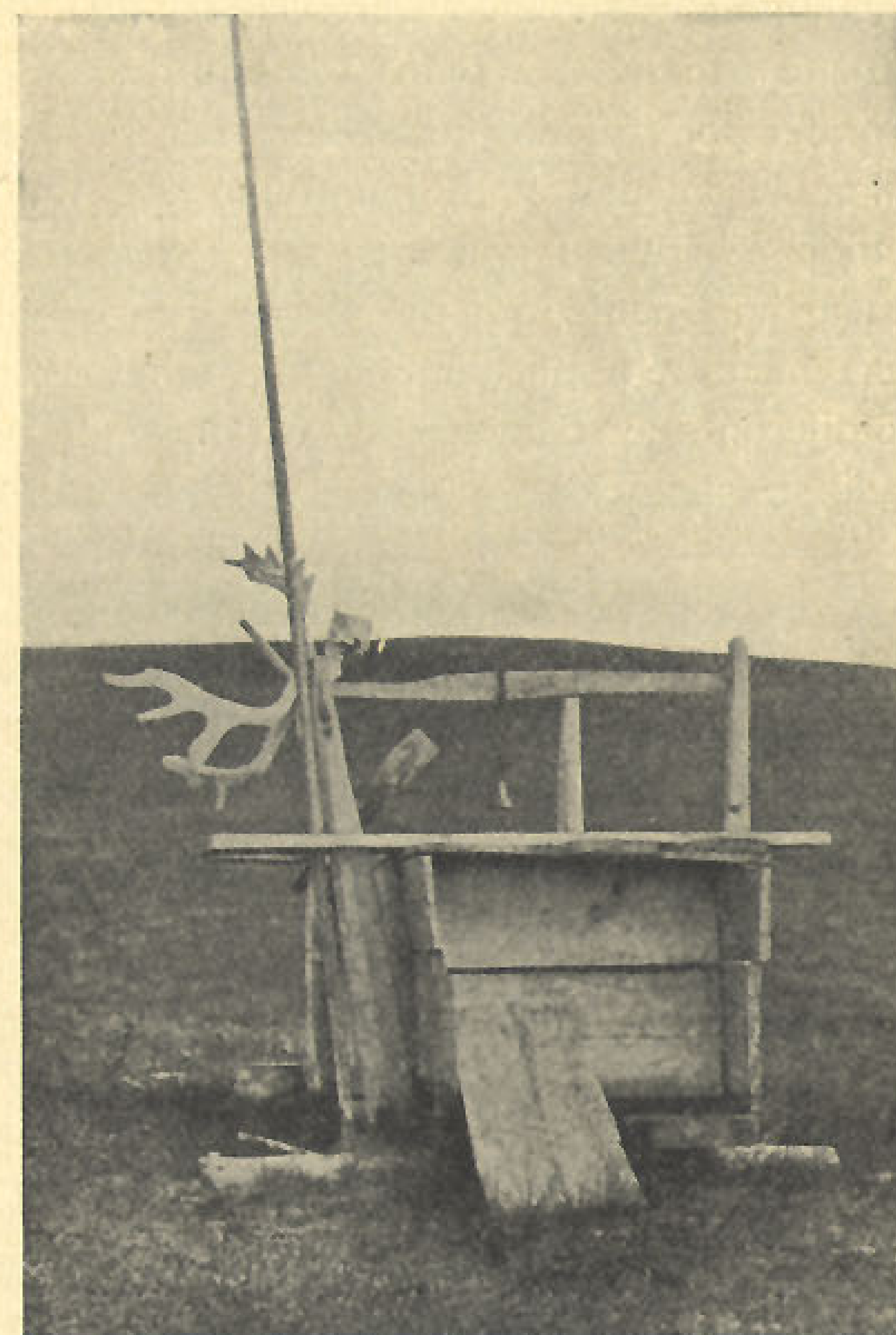


Fig. 3.ª—Una tumba de yurako.

miserables objetos pertenecientes al muerto: un puchero viejo, un trineo medio podrido y los huesos, ya blanqueados por el Sol, de su reno, degollado ante su tumba. En verdad, es una idea profunda y poética esta de los yurakos al pensar que aun los mismos objetos inanimados adquieren un alma cuando han

sido usados largo tiempo, y que este alma puede seguir a la de su dueño y servirle otra vez en el mundo de los espíritus. Sobre esta sepultura se alzaba una pequeña armazón de madera, de la que colgaba una campana de barata fabricación rusa, que tintineaba suavemente movida por el viento de un lado para otro. Esta campana estaba colocada allí para que, tañendo de día y de noche, espantase a todos los espíritus malignos que pudiesen rondar por aquellos contornos. Las reliquias de una olvidada vida, la soledad y el monótono leve tintineo de la campana, todo ello hacía aparecer este cementerio primitivo como un lugar imponente, que me alegré dejar atrás. Cuando llegué a casa encontré a mis compañeros reunidos en la puerta, los que me dijeron que Hachenkoff y Antonoff, después de haber arreglado sus negocios, se habían quedado profundamente dormidos

Esto nos contrarió, pareciéndonos mal, por una parte, entrar y despertarlos, pues como estábamos de paso no queríamos ofenderlos; pero, por otro lado, ya eran más de las dos de la mañana, y los somormujos de garganta roja anunciaban a voz en grito en los pantanos un cambio de tiempo. Mientras que decidíamos qué había de hacerse, se abrió la puerta y vino a hablarnos la señora Hachenkoff (pues así he de llamarla a falta de mejor nombre), y entonces nos enteramos de una parte de la tragedia de Och Marino. Vassilli Vassillievitch era el agente de Antonoff, lo que quiere decir que tenía arrendada la pesquería de este último, a quien debía pagar la renta y demás en pescado. Era un buen pescador y cazador de trampa, y le podía haber ido muy bien si no fuese por la bebida; pero ocurría que cada kopeck que ganaba o sisaba se lo gastaba en *vodka*. Descendía de una familia respetable de Yenesei, y había seguido parte de sus estudios en Petrogrado, donde contrajo el vicio que ahora le esclavizaba. Su familia, deseosa tal vez de verse libre de su oveja negra, le había enviado Yenesei abajo, y después de uno o dos años arribó a aquel solitario Och Marino. En su destierro, y con la obstinación displicente que es la ruina de naturalezas tan débiles como la suya, ansiaba constantemente

volver a país civilizado, para asistir de nuevo a los centros de enseñanza y hacerse un nombre. Mientras tanto, y en la larga noche ártica, iba poco a poco ahogando su vida en *vodka*, tan positivamente como había ahogado su juventud.

La joven, que en un principio fué su sirvienta, gradualmente subió de categoría; el primer hijo que tuvieron murió durante el invierno. El que a la sazón veíamos era el segundo, y como el anterior, también estaba muy enfermito. El sentimiento más fuerte en esta joven era la adoración hacia aquel hombre tan inútil; verdad era que no trabajaba; pero ¿para qué había de afanarse y cansarse en la pesca, pudiendo hacer ella el trabajo de los dos? Ella era una pobre analfabeta, mientras que él sabía leer y escribir y había visitado Petersburgo y Moscou. Simpatizaba con la petulancia de su marido, en el que tenía confianza, y trabajaba por él, y casi le animaba a que se emborrachase, pues, según nos decía humildemente, debía de ser una cosa en extremo tediosa para un hombre de sus facultades tener que permanecer encerrado con una mujer tan ignorante como ella. No creía que él pudiera volver a Rusia, pues si lo efectuaba, ella y su niño se tendrían que quedar solos; pero si esto le convenía... En tanto, le limpiaba y ordenaba la casa y le arreglaba los negocios de pesca, aunque obsesionada siempre por el temor de que el niño, que evidentemente era para ella un trocito de gloria, fuese a reunirse con su hermano en la pequeña sepultura que había en la *tundra*.

Antes de que concluyese su relato salió Vassilli Vassillievitch y nos dijo que Michael Petrovitch ya se había despertado; entonces penetramos en la cocina para recoger nuestras cosas. El niño estaba dormido; dejamos una lata de leche condensada a la joven, quien pareció ver en el letrero inglés de la etiqueta una especie de talismán, y pensamos que su fe podría servirle de algún consuelo, auque al niño no le fuese de provecho. Los preparativos de marcha y la inevitable taza de te de despedida, al estilo corriente de los siberianos, nos llevaron algún tiempo, y cuando al fin pudimos embarcar eran ya las cinco. Los pronósticos de los somormujos se habían realizado, y por el Este

el cielo estaba cubierto de una amenazadora pantalla de nubes y la superficie del agua se rizaba con el viento. Sin embargo, durante las dos primeras horas fuimos, aunque con lentitud, contra corriente por dentro de la barrera de hielo, en donde el agua estaba tranquila; pero al otro lado podíamos ver cuán agitada se hallaba. De allí a poco llegamos al término de este rompeolas, y entonces nos encontramos expuestos a toda la furia del viento, que venía retozando desenfrenadamente por la *tundra* desde unas dos mil millas. El río, cubierto ahora de espumas, y las agitadas olas golpeaban contra el hielo, haciendo entrechocarse los pedazos que había sueltos, y el ruido producido por el derretimiento de éstos, que hasta entonees había sido tan monótono y triste, ahora era un continuo y ensordecedor estruendo. A pesar de esto, Michael Petrovitch dijo que sería mejor probáramos a pasar a la otra orilla por este punto, pues por más arriba el río ensanchaba. Él llevaba el timón, y Vassilli y Nill iban en los remos. Pronto comprendimos que el paso no sería nada fácil, pues por cada golpe de remo apenas si avanzábamos unas pulgadas, y, para empeorar la situación, íbamos tan sumergidos que cuando salimos del resguardo de hielo las crestas de las olas empezaron a derramarse sobre la borda, hasta que el bote medio se llenó de agua. La tormenta en sí no era nada; mas el bote de Antonoff, ancho y llano como un platillo, nos hacía temer, no que zozobrásemos, sino que se nos anegase por completo. En la popa había un achicador, y durante dos horas fuimos, por turno, achicando todo lo de prisa que pudimos; pero no bien habíamos conseguido tal propósito, el menor movimiento de la tripulación o una ola de mayor tamaño nos obligaba a emprender de nuevo el trabajo por salvar la vida. A las once en punto examinamos nuestra posición, viendo que, a pesar de tantos esfuerzos, apenas si nos hallábamos en mitad del río. Todo lo que iba en el bote estaba completamente empapado. Vassilli se rindió pronto, pues nunca estaba muy dispuesto para el trabajo, máxime después de las tres semanas de holganza en el vapor. Antonoff se molestó con él por flojear con tanta facilidad y le colmó de burlas, para ver si de este modo le hacía volver a coger los remos; pero Vassilli no entendía de indirectas.

—Yo no estoy acostumbrado a esta clase de trabajo—lloriqueó—. Mi especialidad son los instrumentos de música.

—¡Qué lástima no haberlo sabido!—dijo Antonoff—. En casa tengo una mandolina vieja, que hubiéramos podido traer para que tocases algunas canciones mientras que nosotros remábamos.

A esta salida, Nill soltó una carcajada; pero Vassilli dejó el remo y nos dijo con desesperación que se iba a desmayar. Difícilmente podíamos cambiar de sitio, pues el bote se inclinaba en extremo y el menor movimiento hacía que el agua entrase por la borda; pero a pesar de este peligro, Michael Petrovitch varió de lugar y agarró el remo que quedó vacante, y Vassilli, con un suspiro de satisfacción, cogió el timón. Yo me puse a trabajar en la popa con el achicador, en tanto que Mr. Hall hacía lo propio en la proa con su bota. Por mucho que soplase el viento, nada parecía alterar el buen humor de Antonoff, y por mucha agua que entrase, siempre que le miraba me encontraba con su radiante sonrisa y su alegre *Jorroshie!*, o sea, ¡Muy bien!», a lo que me costaba trabajo contestar en el mismo tono al final del pasaje, por la humedad y el frío que sentíamos. Él reía y hablaba continuamente con Nill, tratando de hacerle olvidar la fatiga contándole cuentos y recordándole viejas aventuras, y éste, que adoraba a su amo, como bien se echaba de ver, hacía muecas y remaba como un héroe; pero a pesar de sus esfuerzos avanzábamos con una lentitud desesperante. Me acuerdo bien que en la orilla por nosotros abandonada había un montículo de barro, sobre el que la nieve formaba curiosas prolongaciones que recordaban las filas de arcos de la nave de una catedral. Convertí aquel montículo en punto de mira para calcular lo que avanzábamos, y a fuerza de mirarle quedó grabado en mi cerebro, siquiera no me sirviese sino para comprobar que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, éramos arrastrados poco a poco hacia atrás por la corriente.

Habíamos salido de Och Marino a las cinco en punto de la

mañana y eran las tres de la tarde cuando pudimos pisar tierra en la otra orilla. Ya estaba en calma el viento y un pálido rayo de Sol alumbraba la *tundra*. Llegamos a un viejo *balagan* inhabitado desde el verano anterior, que aunque medio lleno de agua, como estaba construído en un rincón resguardado y cerca de él había gran cantidad de madera de arrastre, nos pareció, en el aprieto en que estábamos, un refugio providencial. Allí hicimos fuego, y tuvimos la satisfacción de poder secar nuestros vestidos, que chorreaban agua, y de tomar algún alimento, pues desde que salimos de Och Marino, por la mañana temprano, no habíamos comido ni bebido nada y los hombres trabajaron sin parar. Entonces nos tumbamos al sol un par de horas, y hacia las seis nos pusimos en camino para Golchika.

El tiempo variable del Yenesei, después de habernos dado una prueba de su peor humor, cambió por completo y nos sonreía. Era una tarde tranquila. En mi opinión no hay cielo como el del Yenesei en ningún otro sitio, lo que acaso se deba a que como el campo es tan llano y desnudo se aprecien mejor las bellas líneas y curvas de las nubes que se extienden sobre él. Los rayos del Sol levantan vapores del río y los amontonan a lo largo del horizonte, formando inmensas masas de cúmulos; pero de pronto salta el viento del Este, que las desgarra y transforma en plumas y estandartes de cirros, que a su vez son empujados por el cielo y al atardecer aparecen teñidos de rojo y oro. Por el horizonte Norte es casi posible presenciar la formación de estas nubes, que imperceptiblemente se van acumulando, como una niebla, en la superficie del agua, y entonces, alzándose sobre su padre el río, flotan hacia el ocaso como anillos de humo procedentes de una pipa gigantesca.

Grandes bandadas de retores estaban posadas cerca de la playa, y Michael Petrovitch disparó sobre una pareja que partió volando cerca del bote. También vimos una foca *nyrpe*, según la llaman en el Yenesei, la que sacó su melancólica cabeza fuera del agua, a unas veinte varas del bote. Antonoff disparó sobre ella, pero sin hacer blanco. Los siberianos dicen que a estos mamíferos les gusta el color rojo, y por esto hicimos que Nill se colocase en la proa, con la esperanza de que si la foca salía otra vez éste sirviese de atractivo para ponerla a tiro. ¡Pero lo que no pude comprender es si fué el color de la camisa de Nill o su barba lo que se suponía pudiese servir para atraer al animal!

Llegamos a Golchika a media noche, con pleno sol, y encontramos a la señora Antonoff algo inquieta por nuestra tardanza. Nos tenía preparada una buena cena, y no hay necesidad de decir que hicimos completa justicia a su *pirog*, huevos y caviar. Nadie conoce el deleite de una seca y caliente bolsa de dormir, a menos de que antes haya pasado cuarenta y ocho horas de pie, y más o menos empapada en agua durante la mayor parte del tiempo.

CAPÍTULO V

La gente de Golchika.—Protyvik.—Antonoff y su casa.—La familia de Prokopchuk.—Syikin el samoyedo.—Sus dichos.—Su religión.—Los naturales de Golchika.—Sus usos y costumbres.—La necesidad de Misiones médicas.—Colonización y porvenir de Siberia.

Durante los dos meses siguientes mi vida en Golchika fué una doble vida. Gran parte del tiempo, especialmente en las primeras semanas, lo pasé sola en la *tundra* o al lado del río, con mis pájaros; pero también tenía que estar en contacto, por necesidad, con los seres humanos habitantes de aquel país. Golchika era un semillero muy notable de chismes. No podía ladrar un perro ni moverse una piedra sin que se enterasen todos los vecinos. Esto, que ocurre siempre, en mayor o menor escala, en todos los pueblos pequeños del mundo, adquiría en Golchika proporciones extraordinarias, comparativamente a la extensión del lugar. La vida social estaba entremezclada de pequeñas riñas, pequeños celos y pequeñas intrigas, y a poco de estar allí nos vimos, *velis nolis,* cogidos en aquella red.

En Golchica sólo había tres casas que estuviesen habitadas durante todo el año. La primera era la de Prokopchuk, el residente más antiguo del lugar; la segunda, la de nuestro amigo Michael Petrovitch, y en la tercera vivía el patrón de Mr. Hall, Protyvik. La de este último puede describirse con pocas palabras, por ser la más pobre de todas ellas: era muy húmeda, muy

sucia y encerraba tantos chiquillos como cucarachas, que ya es bastante decir. En cambio, las de Antonoff y Prokopchuk merecen más amplia descripción.

Michael Petrovitch, así como su mujer, eran de la Pequeña Rusia. Él, ingeniero del ferrocarril, había tenido un buen empleo en Krasnoyarsk, donde sus ideas socialistas y sus tentativas para educar a los obreros en tales principios hicieron que las autoridades de allí sospechasen de él y le arrestasen. Estuvo algún tiempo en la cárcel, y cuando, por fin, le desterraron a Siberia, se consideró muy afortunado. Pero por algún error le volvieron a enviar al valle del Yenesei; allí se puso a trabajar para proporcionar un hogar a su mujer, la que estuvo a su lado todo el tiempo que él permaneció en la cárcel. Nos contó sonriendo cómo emprendió el viaje río abajo provisto de ciertas mercancías para vender a los naturales, y cómo se encontró con que tales artículos no tenían aceptación, teniendo que gastarse en *vodka* todo el dinero de que disponía, si quería hacer negocio. Cuando él y su mujer empezaban a constituir un nuevo hogar, ocurrió en Yenesiesk un robo a mano armada. Los criminales realmente eran algunos desterrados de la más baja estofa, jóvenes haraganes e irresponsables en su mayoría; pero las autoridades, creyendo que se trataba en el fondo de alguna agitación política, enviaron un grupo de desterrados de Turukhansk a Yenesiesk para ser juzgados en esta población.

Era en invierno, y a estos desgraciados se los obligó a recorrer a pie la distancia que media entre esas poblaciones, o sea un millar de verstas por el helado río. Unos murieron en el camino, otros llegaron en lastimoso estado, y sólo unos cuantos pudieron presentarse al tribunal, pues el resto se hallaba en el hospital por haber sufrido amputaciones a causa de la congelación. La gran fuerza y vitalidad de Michael Petrovitch le ayudaron a resistir tan terrible viaje; pero la señora Antonoff tuvo que quedarse en Turukhansk, aun sabiendo el horroroso peligro que corría su marido, y sólo un espíritu tan admirable como el suyo había podido hacerse superior a semejante prueba, sin que se resintiesen ni su juventud ni su belleza.

Al poco tiempo un amigo de mucha influencia consiguió obtener el perdón de Michael Petrovitch, y el matrimonio volvió a la provincia de que era originario. Pero habían dejado de tratarse con sus antiguos convecinos, por lo que se les hizo la vida imposible allí.

A los ojos de la gente el estigma del destierro todavía pesaba sobre ellos. Por otra parte, Siberia los atraía, por lo que volvieron, llevando consigo al nuevo país a la familia de Katrina. De esto hacía cinco años. Habiendo dejado a su suegro establecido en Yenesiesk, Michael Petrovitch y su mujer marcharon río abajo hasta la lejana Golchika, donde comenzaron a trabajar para establecer su negocio. La vida les sonreía, pues ambos eran lo suficientemente jóvenes para gozar en crearse un porvenir; pero no tanto, sin embargo, que no deseasen un cómodo hogar donde establecerse. Durante el invierno había que visitar los cepos, y en el verano, que atender a la pesca y al tráfico con los indígenas que venían a comprar y a vender. En esta última estación Michael Petrovitch iba a Krasnoyarsk con objeto de adquirir las provisiones para el invierno, y mientras él estaba fuera, la señora Antonoff, no sólo cuidaba de la casa, sino que dirigía los negocios y vigilaba la conservación del pescado. Era una mujer admirable, y su inagotable bondad con los cuatro extranjeros que se metieron en su casa es de los recuerdos más gratos que de Siberia conservo. Sabía conducir una canoa tan bien como cualquier hombre, y nunca se me olvidará que un día la encontré en la marisma detrás de su casa con las botas de su marido puestas, que le estaban tan grandes que casi no podía arrastrar un pie tras otro, y llevando en una mano la escopeta de él y en la otra un pato que acababa de matar, pues, según nos dijo en su estilo de ama de casa, hacía tanto tiempo que Michael Petrovitch no comía mas que pescado, que pensó que un ave sería un cambio agradable. Miraba tan tranquilamente sus faldas de tonelete y las inmensas botas como si fuese una cosa tan natural cual desplumar y guisar el pato, lo que seguramente haría en cuanto entrase en casa.

Cuanto más tiempo vivimos en Golchika más pruebas tuvi-

mos de la bondad de corazón tanto de Antonoff como de su mujer. Prueba de ello sus dos hermanas huérfanas, niñas de quince y diez y seis años, que habían acogido y vivían con ellos. Su padre había muerto repentinamente, dejándolas sin recursos, y su cuñado las había adoptado; y no era esto sólo, sino que también mantenía al hermano de ella, que era un borracho y vivía en Yenesiesk. Los miembros restantes de la familia eran Nill y Anastasia, su mujer. A Nill ya le conocemos de la excursión a Och Marino. Anastasia era igualmente pelirroja y de cuerpo regordete, con ojos redondos, y hacía el mejor *pirog* de Siberia.

Tanto Nill como Anastasia eran, a su modo, personas excelentes, consagrados a sus amos, pero entre sí no se llevaban bien, lo que tal vez se debiese a que Anastasia era demasiado severa con las pequeñas faltas de Nill. El caso es que con frecuencia se los oía reñir en la cocina, y la señora Antonoff tenía que restablecer la paz entre ellos.

Por lo demás, la casita de madera era de lo más alegre del mundo. Nosotros sólo la vimos en tiempo de verano; pero aun en el invierno, cuando durante días y días no pueden los habitantes salir de casa, era imposible imaginársela de otra manera. En la cocina, Anastasia levantaría la cabeza de su hornada para dar los buenos días con una sonriente inclinación de cabeza; las dos bonitas muchachas nos saludarían tímidamente, apresurándose a llamar a su hermana, que, por muy ocupada que estuviese, siempre nos haría una buena acogida; veríamos entrar al mismo Michael Petrovitch, con sus maneras francas y cariñosas; afuera, Nill silbaría mientras que partía la leña, y los perezosos perros le rodearían dándole en las piernas con sus inquietas colas: en aquella casa todo el mundo parecía alegre y feliz.

Por el contrario, la casa de Prokopchuk era de muy distinto tipo. Estaba situada en el continente, en la orilla izquierda del río Golchika, a una versta de la de Antonoff, y por muchos estilos tenía una posición más favorable que la de este último, pues los naturales, cuando venían a traficar, podían entrar directamente en ella, en lugar de esperar a que los pasasen a la

isla, hecho del cual el viejo Prokopchuk—Gerasim Androvitch—sacaba gran partido. Hasta que hubimos vivido cierto tiempo en Golchika no pudimos comprender las relaciones de la familia Prokopchuk. Él había sido gendarme, de lo que estaba muy orgulloso, gustándole alardear de haber formado en uno de los cuerpos de guardia del último Zar cuando, siendo Zarevitch, visitó a Siberia. Nunca supimos con certeza por qué dejó la policía, aunque sospechamos que se debió de retirar por algún motivo poco honroso, pues su vida no debió de mejorar mucho cuando cambió las calles de Petrogrado por las *tundras* de Golchika.

Su mujer vivía en Krasnoyarsk, para educar a sus hijos más pequeños, según decían, y el padre tenía consigo otros dos, el gigante José y Marusia. Al primero ya le habíamos visto a nuestra llegada, y Marusia era una muchacha de unos diez y nueve o veinte años, desaliñada y calmosa. Su cara era enteramente la del padre, pero sin la animación que caracterizaba a éste y le daba cierto inexplicable atractivo. Ella, en cambio, tenía una voz dulce y un porte gracioso, que eran sus mejores prendas. Sus ojos obscuros miraban siempre al suelo y su pelo negro lo llevaba escondido bajo el feo y pardusco mantón del país. Había en su belleza algo oriental, que el aire del Norte no pudo hacer desaparecer. El abuelo de Gerasim Androvitch procedía de las llanuras de Polonia, y es probable que éste fuese el origen de la belleza de la joven, así como de las maneras elegantes y el ingenio de su padre, mejor que de los flemáticos rusos siberianos.

La representación en Golchika de la señora Prokopchuk la llevaba su hermana Anastasia Ivanowna, aquella que había reñido a Gerasim Androvitch por su comportamiento en el bote. Era una mujer grande y taciturna, de cara cuadrada y enérgica y con una voz desagradable. Desde el primer momento nos había mirado con desconfianza, e indudablemente era la que dirigía la casa con férrea disciplina. El mismo Gerasim Androvitch la temía, y en cuanto a Marusia, era esclava de su tía, obedeciéndola en todo, echándose pronto de ver que tanto el hijo

como la hija eran como criados en la casa, y a los que no se escatimaba el trabajo.

Aun cuando los Prokopchuk estaban por lo menos tan bien acomodados como los Antonoff, su casa no aparecía tan bien cuidada ni era tan confortable como la de éstos, y las construcciones que había a su alrededor eran húmedas y sucias. La cocina daba al almacén, situado en la entrada de la casa, y era una habitación pequeña y obscura que olía malísimamente; en uno de sus ángulos estaba la cama donde dormían el criado Michael, su mujer y su niño. El otro lado estaba ocupado por el gran horno y el fogón. El menaje se componía de una mesa maltratada y de unos cuantos calderos y taburetes. Por encima de la mesa siempre se veían restos de comida, y las cucarachas, como nadie las molestaba, se paseaban en enjambres por entre ellos; sobre la cama había constantemente prendas de vestir. El dormitorio, que hacía también las veces de sala de recibo, tenía más pretensiones, pero en él reinaba el mismo desorden. En sus paredes, de color azul, se veían grabados baratos en color, representando señoras ataviadas con trajes ligeros y una guirnalda de rosas. Una vez me entretuve en contar estas obras de arte, y vi que eran nueve, incluída una en que las susodichas damas estaban reunidas en comparsa, vestidas de ángeles de la guarda, y me imaginé que éste debía ser el ideal de la belleza femenina de Gerasim Androvitch.

Bajo la casa, en la orilla del río, había una fila de almacenes y cobertizos, y a su alrededor la ladera estaba llena de los desperdicios repugnantes de la casa, que se habían ido arrojando desde hacía diez y siete años, cubiertos en parte por la discreta hierba. A ninguno de los siberianos parecía importarles gran cosa la apariencia exterior de sus viviendas, y algunas de éstas, que en su interior eran modelos de pulcritud, estaban materialmente construídas sobre un montón de basura compuesta de botas viejas, huesos, trapajos y cacharros rotos, y aun los mismos Antonoff no se diferenciaban en esto de sus vecinos. Pero no solamente la porquería y el desorden hacían que la casa de Prokopchuk fuese un lugar tan poco agradable, sino

algo que se notaba en la atmósfera y en sus habitantes, y que era difícil decir a qué se debía, pues siempre que íbamos allí se nos recibía hospitalariamente por la misma Anastasia Ivanowna, y Gerasim Androvitch se mostraba como un modelo de afabilidad.

Este individuo era la personalidad más saliente de Golchika. Con su alta estatura, que pasaba de los seis pies, tan derecho como un abeto, y con su bigote blanco, de aspecto militar, parecía mirar a todo el mundo como si fuese un mariscal de campo. Sus modales eran corteses hasta la exageración, y su tacto, exquisito. No se podría encontrar mayor contraste con Antonoff; eran los polos opuestos: Antonoff era de estructura baja y fuerte y de semblante abierto y franco: Prokopchuk, por el contrario, era alto y majestuoso; Antonoff había sido un desterrado: Prokopchuk, gendarme; Antonoff era tan honrado como el que más: Prokopchuk, a veces también lo era. De los dos, Prokopchuk tenía indiscutiblemente mejor presencia. La cordial sinceridad de Antonoff le había conquistado la simpatía de los trabajadores europeos de Krasnoyarsk; pero los naturales de Golchika, aunque no podían por menos de respetarle, no tenían, ni con mucho, tan alta opinión de él como la que les inspiraba Prokopchuk, el que sistemáticamente los engañaba. En realidad sentían por este último una admiración mezclada de temor, difícil de comprender si no se le conociera; pero desde luego se veía que esta influencia era en parte física. Como dominaba por su estatura a estos pequeños hombres de la *tundra,* quizá por instinto sentían que los había de dominar también intelectualmente, y por esto le rendían un culto y una confianza que Antonoff, con su jovial afabilidad, no pudo nunca lograr de ellos.

La única vez que Prokopchuk perdió realmente su dignidad fué, según ya hemos dicho, al presentárnoslo. Después, aun cuando estuviese borracho, siempre conservaba su porte majestuoso, y si en algo denotaba su estado era en que sus modales se hacían un tanto menos finos y su marcha no resultaba tan segura; por lo demás, casi no se traicionaba. Una no-

che vino a cenar después de haber estado bebiendo copiosamente, nos dió la mano con amabilidad encantadora, y se sentó con un poco de calculada vacilación, pidiéndonos entonces, con insinuante franqueza, que le perdonásemos cualquier excentricidad que notásemos en su proceder, «¡pues el hombre no es siempre responsable de sus acciones!».

En el Yenesei, la embriaguez no es considerada como un defecto, según ocurre en Inglaterra, sino como una lamentable desgracia, igual que acontece en otros sitios con la predisposición al mareo. Hay el refrán de que *El perro que muerde a un borracho o a un niño es un mal perro,* y en este punto la ley rusa es tan indulgente como la canina. En Siberia, el pegar a un borracho es un acto que se castiga, por muy grande que sea la ofensa por el beodo hecha.

La embriaguez presenta dos aspectos: el jocoso y el furioso, y al que quisiere hacer un estudio práctico de ella, yo le aconsejaría que fuese al Yenesei.

Unos cuantos días después de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior tuvimos un ejemplo práctico de tales aspectos. El vapor de Mr. Kutcherenkoff, el *Rey del Alcohol,* llegó a mediodía, y por la tarde sólo había en Golchika dos hombres que estuviesen cuerdos: uno de éstos era Michael Petrovitch, y el otro, el propio Kutcherenkoff. Estábamos sentados en nuestro cuarto cuando el patrón entró acompañado de un joven siberiano, que nos presentó como Michael Prokopchuk, sobrino de Gerasim Androvitch, el cual se disponía con su mujer y su niño para marchar a una excursión de pesca por el río abajo, más allá de Sopochnaya, y me preguntó si me gustaría acompañarlos. Este ofrecimiento era muy tentador para mí, pues me proporcionaría la oportunidad de conocer muchos lugares de interés ornitológico; pero, como ocurre con semejantes excursiones en el Yenesei, no era tan sólo el viaje de ida lo que había que considerar, sino también la vuelta.

Yo hubiese podido viajar con los Prokopchuk hacia el Norte; mas para llegar a Golchika a tiempo de alcanzar el vapor que me llevase al Sur hubiese necesitado volver a casa, haciendo

treinta mil paradas de uno en otro *balagán* (1), y esto, unido a las dificultades de transportar hasta nuestra morada los ejemplares que hubiese podido procurarme, me hizo desistir de la empresa, aunque Antonoff me garantizó que el joven Prokopchuk era un guía excelente, de quien se podía uno fiar. Cuando todavía estábamos pesando el pro y el contra de esta proposición, Nill y una o dos personas más entraron corriendo en busca de Antonoff. Era que el pelirrojo Protyvik, que había estado celebrando la llegada del *Rey del Alcohol,* acababa de insultar a la mujer de Michael Prokopchuk. Este último se levantó apresuradamente y salió, dispuesto a castigar a Protyvik. Cuando abandonamos la casa, poco después, parecía que toda la gente de Golchika era presa de delirio. Por todos sitios se veían figuras vacilantes que gritaban y cantaban, y en los *balaganes* había tanta algazara como en los *chooms.* El nuevo huésped de míster Hall, sentado en el pantano, blasfemaba horrorosamente y luchaba con algunos amigos, que le contenían y que casi estaban tan borrachos como él. A su alrededor, todas las mujeres de la familia, que se hallaban en el período agudo de la borrachera, se lamentaban histéricamente. En nuestro botiquín teníamos algunos específicos, y entre ellos unas cápsulas contra la embriaguez, recomendadas como de gran eficacia para hacer desaparecer la más pesada borrachera con sólo romper una debajo de la nariz del beodo; y como la ocasión era inmejorable para probar la bondad de tales cápsulas, Mr. Hall fué en busca de un par de ellas, cazando al acecho, por decirlo así, a su rabioso huésped. A pesar de que la escena era poco agradable, no pude por menos de reírme, pues la capsulita parecía un arma muy poco adecuada y bastante desproporcionada para calmar la exaltación de Protyvik. Pero antes de que viésemos el resultado, tres de sus amigos más robustos le cogieron y le llevaron a la cama para que allí recobrase los sentidos. Entre-

(1) El *balagán* es, entre los tártaros, tienda y también choza hecha con ramas. La palabra se ha hecho extensiva a otros pueblos. *(Nota de la edic. española.)*

tanto, su mujer y algunas otras, que estaban un punto menos borrachas, seguían de pie vociferando como energúmenos. Miss Czaplicka se acercó a la más furiosa, que era la suegra de Protyvik, e hizo estallar la cápsula en su cara. El efecto fué instantáneo, pues la mujer cayó al suelo presa de convulsiones. Creí que, con la mejor intención del mundo, la habíamos matado; pero miss Czaplicka mandó que la acostasen, y a la mañana siguiente no volvimos a ocuparnos de ella. De regreso a nuestra casa encontramos a Mrs. Michael Prokopchuk bastante alegre, y lo más triste era que su niño, de cuatro años, había también abusado del *vodka;* la vista de esta escena hizo que me sintiese satisfecha de no haber aceptado el ofrecimiento de viajar con esta familia río abajo.

Siempre que llegaba un vapor, Golchika era teatro de escenas semejantes; pero bueno es añadir que nunca tomaban las proporciones que cuando pasaba Kutcherenkoff. La falta no es tanto de gente que lucha desesperadamente con el clima y con las condiciones en que vive, y que por esto no es extraño que de cuando en cuando busquen su distracción en excesos como éstos, sino de los que, con el pretexto de reprimirlos, favorecen realmente el tráfico del alcohol; verdad es que el Gobierno ha tratado de imponer algunas restricciones a la venta de bebidas en el Yenesei; pero estas leyes están basadas más en su quebrantamiento que en la observación de los hechos, y se evaden con facilidad (1). Así, por ejemplo, no es legal el que un particular transporte más de cierta cantidad de alcohol al Norte de Vorogovo; pero Kutcherenkoff allanó esta prohibición haciendo que su cargamento se registrase como formando parte del equipaje de cada uno de los individuos de su tripulación, y hacía uno o dos años que, no pudiendo ya tolerarse este escándalo, las autoridades retuvieron el vapor; mas, desgraciadamente, lo hicieron unas cuantas verstas al Sur de Vorogovo en vez de hacerlo al Norte, de modo que cuando Kutcherenkoff

(1) Téngase en cuenta que esto se escribió antes de la intervención del Gobierno ruso en la venta de alcoholes.

entabló reclamación por haber confiscado su propiedad ilegalmente, no sólo le dieron la razón, sino que hasta pudo solicitar una indemnización.

Los naturales bebían tanto como los siberianos; pero por



Fig. 4.ª—Sylkin y su hijo Nerobi.

muy embriagados que estuviesen no eran nunca pendencieros. El establecimiento de los naturales estaba situado a la izquierda del río Golchika, donde sólo vivía una familia durante todo el año; el resto venía en primavera, cuando las aves, y se volvía al Sur cuando éstas, en otoño. Esta familia era la de Sylkin el samoyedo, una institución de Golchika y, sin disputa, el más

europeizado de los naturales. Vivía, al modo patriarcal, en un pequeño *balagán*, excesivamente sucio, con su numerosa familia, y los que no cabían allí se alojaban en el *choom* que había al lado, y que era como una especie de anejo de aquél.

Sylkin era persona de cierta importancia entre los naturales, y como sabía hablar no sólo su idioma y el ruso, sino también las lenguas Dolgan y Yurak, servía con frecuencia de intérprete. Era alto y no mal parecido; pero, desgraciadamente, con el idioma y costumbres de Europa había igualmente adquirido no pocos defectos europeos, y en los tratos que con él tuvimos pudimos comprender que nunca abandonaba la idea de hacer un negocio. Aun cuando parecía tener unos cuarenta años le agradaba que le creyesen más viejo, y con la idea de parecerlo llevaba siempre puestas unas gafas. Si quería mirar a larga distancia se las colocaba con gran aparato, limpiándolas previamente y ajustándoselas con cuidado; pero fijándose bien se veía que miraba por encima del cerco. Sylkin era una especie de eslabón con el pasado, pues recordaba al famoso capitán Wiggins y había conducido por los ríos a Mr. N. L. Popham cuando, unos cuantos años antes, este distinguido ornitólogo visitó a Golchika. Sylkin y yo éramos buenos amigos, y a menudo trabábamos conversación; pero como sabía que yo apenas conocía el ruso, generalmente me hablaba de esta manera: *Riba horroshie, pagoda horroshie;* aquí, una pausa, y luego, triunfalmente: *Pop-ham horroshshie,* que traducido quiere decir: «Pesca excelente, tiempo excelente y Popham excelente». También acostumbraba a repetir una máxima vulgar: *Malenki vino horroshie; mongo vino nyet horroshie*, que quiere decir que el beber poco es bueno, pero el beber mucho no lo es; sin que haya necesidad de añadir que le gustaba más predicar esta doctrina que practicarla.

Durante el verano visitaron a Golchika tres razas distintas: los samoyedos, que son los más septentrionales; su territorio se extiende desde la península Kanin hasta el cabo Noroeste, y hacia el Sur, unas trescientas millas; los yurakos, que habitan entre Taz y el Yenesei, y aunque completamente distintos, están

emparentados tanto con la raza ostiaca (1) como con la samoyeda, y su lengua se dice que tiene mucho de común con la que hablan estos últimos; la tercera de estas razas es la de los dolgans, que son de origen mezclado de ostiaco y tungús, y su territorio principal se extiende desde el Sur del país samoyedo, por el Círculo Ártico, hasta el Este del Yenesei, y asegúrase que tiene afinidades lingüísticas con las tribus yakutas de la cuenca del Lena. Estas tres razas viven al lado unas de otras, y contraen matrimonio entre sí; pero son perfectamente distintas, tanto en su modo de vestir como en el idioma y en los caracteres faciales. Llegan a Golchika tan pronto como se rompe la costra de hielo que recubre al río, y la mitad de la familia establece allí sus *chooms* para la estación de pesca, y el resto vuelve a la *tundra* en solicitud de pasto para sus renos, hasta el otoño, en que bajan por el Yenesei para buscar a sus parientes, y reunida toda la familia emprenden su viaje de vuelta hacia el Sur hasta el borde de la *taiga*, donde pasan el invierno. Algunos de los naturales pescaban por su propia cuenta; pero la mayoría trabajaban para Prokopchuk o Antonoff. Arrendaban una barca de uno de los comerciantes, y todas las noches llevaban el producto de su pesca a la estación, donde se clasificaba y recibían su paga.

Cuando llegamos había en Golchika una mitad de los *chooms* de ordinario, que pasaban a veces de una veintena, y en la actualidad sólo se veían diez, enclavados en la orilla del río; como nos chocara mucho esto y hablásemos de ello, la señora Antonoff, a ruego nuestro, nos dió la explicación de aquella reducción, que puede servir de muestra de las intrigas con que se llevan los negocios en el Bajo Yenesei, por lo que no puedo resistir a insertarla aquí. Nos dijo que, por causa de su salud, había tenido que ir a pasar el invierno anterior en Tomsk, y que durante su ausencia se quedó en Golchika su anciano padre

(1) Los ostiacos, u ostiakos, forman un pueblo, monógamo y pastor, que habita a lo largo del Ob u Obi (Oeste de Siberia). Su lengua es rama, con el húngaro, de la familia ural-altaica. *(Nota de la edic. española.)*

y sus jóvenes hermanas; durante el invierno murió, del corazón, el primero, y como Prokopchuk y Anastasia Ivanowna iban a salir para Dudinka a sus negocios, como todos los años, Michael Petrovitch escribió una carta a su mujer enterándola de la desgracia, y se la dió a Anastasia para que la entregase; pero en Dudinka la pareja se encontró a muchos de los naturales que acostumbraban a pasar el verano en Golchika, y entonces aquéllos se aprovecharon de tal circunstancia para hacer



FIG. 5.ª—INDÍGENAS PESCANDO EN EL YENESEI.

circular la noticia de que la muerte había sido debida al sarampión, y que, por lo tanto, la casa había quedado infestada.

Los naturales temen mucho a esta enfermedad, que es tan fatal para ellos como puede serlo la viruela para los europeos; y tal fué el temor, que muchos no se establecieron en Golchika el verano siguiente. Su ausencia no le importaba mucho a Prokopchuk, que tenía varias agencias a lo largo del río, y que si no podía comerciar en un punto haría mejor negocio en otro; pero para Antonoff era un serio golpe. A su vuelta, Prokopchuk, como tenía el monopolio del comercio, vendió pronto sus existencias, y entonces tuvo la impudencia de proponer a Michael Petrovitch le vendiese la suya. Antonoff, desconociendo

el daño que le había hecho, no sólo accedió, sino que, como una muestra de atención, por tratarse de vecinos, consintió en cedérselas en gran cantidad.

Entretanto, otro comerciante de menor cuantía cayó enfermo de neumonía, y entonces Prokopchuk propaló la especie de que se trataba de otro caso de sarampión, y los aterrorizados naturales abandonaron al pobre hombre, ocasionándole la ruina, pues no pudiendo vender su mercancía, y necesitando urgentemente fondos, recurrió a Prokopchuk para que le tomase sus existencias a precio reducido, y no hay necesidad de decir que Gerasim Androvitch aceptó con gran satisfacción. La primera noticia que tuvo la familia Antonoff de esta perfidia fué cuando la señora Antonoff pasó por Dudinka y se enteró de la muerte de su padre; pero hasta que llegó a su casa, ni ella ni su marido conocieron la jugada de que habían sido víctimas.

Esta historia pone de relieve alguna de las dificultades con que tiene que luchar el comerciante en el Yenesei, todo a causa de la falta de comunicación con el Sur. Sobre todo, Michael Petrovitch solía lamentarse de la imposibilidad de saber las alzas y bajas de los precios en Krasnoyarsk.

Este inconveniente le importaba menos a Prokopchuk, quien podía por el invierno viajar río arriba y enterarse de lo que Dudinka pudiese decirle del mundo exterior; pero también él solía pensar en el porvenir. Cuando la telegrafía sin hilos, que ahora no llegaba mas que a Turukhansk, uniese la lejana Golchika con el Sur, no sería cosa muy difícil añadir un suplemento de estación que tuviese un área de transmisión de mil verstas.

A pesar de que los naturales van estando gradualmente más y más bajo la influencia de los europeos, tendrá que pasar mucho tiempo antes de que se sometan a éstos por completo. Por el verano, y en las pesquerías, se ponen en contacto con los rusos; pero en el invierno, cuando se van a la *tundra,* vuelven otra vez a su vida primitiva, lejos del *vodka* y de los otros cien mil males que hacen presa en el hombre blanco. Los naturales

son la salvaguardia del Imperio, y en ellos deposita el Gobierno su confianza.

No se la considera como raza aparte, y mientras no se producen colisiones con los colonos rusos se les permite seguir sus propias leyes. Si un samoyedo injuria a otro, es juzgado por su príncipe; si injuria a un europeo, el caso es oído por el príncipe indígena y por un oficial ruso; pero en su mayoría las razas del Norte son pacíficas y de buen carácter y pocas veces se ocasionan riñas. La gran equivocación consiste en que los aborígenes están empadronados, no por individuos, sino por familias o tribus. Este sistema quebranta directamente la vida de familia y destruye las relaciones sociales, que, como ocurre con tantos otros pueblos primitivos, han llenado casi hasta ahora la parte de religión de los naturales del Yenesei. Las tribus tienden a deshacerse y sus miembros a vagar aislados para librarse del tributo que pagarían si se probase que pertenecían a determinada casta. De esta manera las viejas costumbres y lazos morales se van dejando de lado, y como, además, la admisión de tales gentes en la Iglesia griega ortodoxa es actualmente una mera farsa, no pasará mucho tiempo sin que carezcan en absoluto de religión, tanto en la forma de prácticas éticas, como en las de fe y rito. En la actualidad, la mayor parte de los que viven en los alrededores de los establecimientos han sido bautizados, algunos de ellos varias veces, para poder ganar los bonos que el Gobierno paga a los que se bautizan. Hace unos años vino a Golchika, desde la *tundra*, una pareja de samoyedos que pidió al *pope* que los casara y bautizara a sus hijos, cosa que se hizo, siendo padrino Michael Petrovitch, y recibiendo por ello la gratificación establecida. Al año siguiente las mismas gentes volvieron a aparecer, y como Antonoff no estaba en el lugar, se presentaron a Prokopchuk, celebrándose otra vez la ceremonia y recibiendo nuevos nombres rusos. Al tercer año intentaron repetir la maniobra; pero, desgraciadamente para ellos, fueron reconocidos, descubriéndose el engaño. Pero, ¿qué otra cosa se podría esperar de gentes que, aunque materialmente hayan sido bautizadas como cris-

tianos, no han recibido instrucción en nada referente a las doctrinas de Cristo, y que declaran abiertamente que prefieren al Dios ruso mejor que al suyo porque *no pide ningún sacrificio, y que por lo tanto su religión es más barata?* Cualquier desgracia los hace volver a los dioses de sus padres, y varias veces, en que se presentó alguna enfermedad en los *chooms*, pudimos oír el apagado retumbar de los tambores, que demostraba que la *shammaness*, o sacerdotisa, dirigía los antiguos ritos para exorcizar al espíritu malo.

A Sylkin le gustaba relatar una sencilla historia que explica algún tanto la preferencia por su acreditada religión. Uno de sus hijos cayó gravemente enfermo, y como diera la casualidad de que entonces había médico en Golchika, se le llamó para que viese al paciente. Le prescribió un medicamento («¡Sólo una gotita de medicina en tanta agua, estando tan enfermo!»). Sylkin esperó una semana; pero como el niño no mejoraba, su padre perdió la paciencia, y recogiendo con gran solemnidad todos los iconos y llevándolos al tejado de su casa, los arrojó ignominiosamente por el aire, para demostrar de este modo su desprecio por los rusos y sus creencias. Entonces volvió a los dioses de su país, y, ¡ay para la moral!, el niño se curó.

La honradez de los naturales del Yenesei forma notable contraste con la afición al robo de los siberianos. En mitad de la *tundra* se dejan por semanas enteras abandonados los trineos cargados con las pieles de invierno y los *chooms* sin candado ni llave, sin que nadie piense en raterías. Si un indígena encuentra algo que pertenezca a otro, no parará en sus pesquisas hasta que lo haya entregado a su dueño. Esta honradez no debe en manera alguna atribuirse a falta de inteligencia, porque la de ellos no es en nada inferior a la del europeo. Cuando esto escribo hay ante mí modelos de trineos, cepos de zorros, etcétera, labrados en madera de deriva, y teniendo en cuenta lo tosco de las herramientas con que realizan tal trabajo, asombra la pulcritud y el esmero con que están hechos. Igual asombro causarían a cualquiera que hubiese tenido contacto con ellos sus buenos modales. Si un samoyedo come o bebe en

casa ajena, nunca dejará su taza sin haber cruzado la habitación, según el cortés estilo ruso, para darle a uno la mano y las gracias por la comida. Si se ofrecen cigarrillos o dulces, nunca manifestará precipitación por cogerlos. Nadie piensa en entrometerse en la casa ajena, aunque se tenga mucha curiosidad por saber lo que en ella suceda.

En el *choom,* hombres y mujeres están equiparados; a estas últimas se les permite ejercer el cargo de *shamman,* o médico. Algunos samoyedos tienen varias mujeres; pero los que están cristianados generalmente sólo poseen una. Las mujeres se casan, no por su belleza, sino por su habilidad para el trabajo y por las condiciones de su temperamento. El cariño rara vez entra en la transacción. La cantidad de rublos o de renos que los padres de la joven pareja pueda proporcionarles parece ser el factor determinante en los matrimonios samoyedos. Sin embargo, los hombres quieren a sus mujeres, y un viudo no se volverá a casar hasta que hayan pasado cuatro o cinco años de la muerte de su mujer.

El contacto con los rusos ha enseñado a los naturales el verdadero valor del dinero, siempre que éste se halle en piezas de plata de rublo y medio rublo. Es difícil persuadirlos a que trafiquen en mercancías. Si traen pieles para la venta, les gusta ver su importe en dinero contante, aunque inmediatamente después lo cambien por provisiones y fieltro. A menudo veíamos pequeños grupos en el almacén de Prokopchuk. Llegaban al trote en sus trineos, y dejando fuera sus renos para que pastasen, penetraban directamente en la cocina. Yo recuerdo haber visto a una señora alemana de cierta edad, muy económica, que compraba un pollo, y he escuchado sentada los regateos de uno de los más sagaces tratantes de caballos de la Compañía Cork para vender uno defectuoso a otro hermano que tenía la misma malicia que él, y conozco muy bien las trapacerías de los agentes ingleses para defraudar a sus clientes; pero todo esto eran tratos breves y sencillos comparados con los negocios que Prokopchuk hacía con sus parroquianos indígenas. Si por la tarde iba a la casa una partida de samoyedos, era seguro que no se marcharían antes de la noche, pues el tiempo no se cuenta en estas regiones de eterno día (1).

Cuando las ruedas del cambalache habían sido engrasadas con muchas tazas de te y *vino* y la venta de las pieles de zorro realizada, más o menos ventajosamente, ambas partes contratantes bajaban al almacén, donde comenzaba de nuevo el regateo; nunca estuvimos presentes a la última parte de estas negociaciones misteriosas, pues Gerasim Androvitch no permitía a nadie oír cómo remataba sus tratos; pero después de un tiempo más o menos largo, según la gente que había en la casa, se veía a los naturales volver a sus trineos arrastrando tras de sí envoltorios con fieltro, cuchillos, calderos y *souhari.* El *souhari* son zoquetes de pan basto desecados en el horno hasta que quedan tan duros y tostados como galleta. Así preparado el pan, se conserva durante mucho tiempo, y tanto Prokopchuk como Antonoff tenían grandes provisiones en sus almacenes. Los naturales poseen ideas bastante exactas del valor de las cosas; las mercancías inglesas, aunque fuesen baratas, las apreciaban mucho más y las consideraban bastante mejores que las de manufactura rusa. Sylkin, por ejemplo, nunca se cansaba de contarnos que una vez, hacía mucho tiempo, subió a bordo del vapor del capitán Wiggin y le dieron una taza de *angliski coffe,* «café inglés». Le parecía que el nombre sólo confería a la bebida alguna virtud que no existía en el café de elaboración rusa. Los samoyedos sabían apreciar la elaboración esmerada de las mercancías. Cuando fuí por primera vez a Golchika llevaba puestas unas botas de pescar, de Cording, para vadear los pantanos, las cuales causaron la admiración de todo el mundo, y en cuanto me daban la mano, nuestros visitantes me miraban a los pies con curiosidad y procuraban tocar el tejido de mis polainas. *Voda nyet?,* preguntaban; y cuando se enteraban

(1) Del Círculo Polar Ártico al Polo se extiende una zona terrestre en que el día es superior a veinticuatro horas y menor de seis meses. *(Nota de la edic. española.)*

de que las botas eran completamente impermeables solía producirse una exclamación, un coro de *Horroshie!*

No sería inútil que a todo el mundo, fuese quien fuese, se le obligase, como parte de su educación, a pasar un mes en un *choom* en la *tundra*. Así se comprendería el valor y las verdaderas aplicaciones de la propiedad. Lo primero que llama la atención cuando se vuelve de pasar unos días con los indígenas es la enorme cantidad de cosas inútiles, y hasta incómodas, que nos rodean, como resultado de la civilización. Agrada encontrarse con personas que usan guantes no por aparentar, sino por tener las manos calientes; que usan platillos para debajo de las tazas no por costumbre, sino por que el te debe ser enfriado antes de beberlo; quienes para uncir a los animales no los cargan con el peso de ridículos atavíos de anteojeras y almohadillas, sino que reducen todos los arreos a la mínima expresión de la cabezada y los tirantes.

Pero por lo mismo que poseen pocos bienes, los tienen en gran estima. Cuando se ha empleado una semana en hacerse un tubo y una cazoleta de pipa de madera de deriva y de hierro martillado, ¿se podrá extrañar que se le dé mucho valor y que se la tase en quince rublos, que es el precio de un reno? Cuando la hoja del cuchillo de uno está hecha de una vieja lima rusa trabajada y afilada a costa de muchas horas de frotarla contra un pedernal, y cuando el mango de madera ha sido labrado no por un procedimiento mecánico, sinó por las propias manos, no hay que extrañar que no se esté dispuesto a venderlo. Las necesidades de un indígena son muy pocas y elementales. La *tundra* le da cueros de reno y pieles de zorra para vestirse; el río le lleva la madera para la lumbre y para sus trineos; por seis rublos, menos del precio de una piel de zorro, puede comprar el fieltro necesario para hacerse un *sakooy* grueso y caliente. Él mismo se hacía antiguamente unos cacharros ordinarios; pero ahora, que puede vender los productos de su pesca y su caza, tiene medios de adquirir calderos y cacharros rusos. Pero aun no ha perdido las antiguas costumbres de cuando tenía que fabricarse él mismo sus utensilios, a costa de

gran trabajo, y a pesar de que ahora los puede comprar más baratos, los cuida mucho y nunca los desecha.

La riqueza de la mayoría de los samoyedos consiste en los renos. Un joven había heredado de su padre y de sus tíos tantos rebaños, que sus ciervos cubrían un área de seis verstas en la *tundra* donde pastaban, en cuya extensión ningún otro rebaño podía pacer, y como era imposible contar las reses que poseía, varios hombres tenían que estar recorriendo en trineos



Fig. 6.ª—Niña indígena.



Fig. 7.ª—Niño indígena.

todo aquel terreno para seguir la pista de las que se descarriaban y volverlas al rebaño.

La mayoría de las enfermedades de esta pobre gente son debidas, tanto a la suciedad en que viven, como a la falta de comodidades; sin que los que habitan en los *balaganes* lleven en esto ventaja a los que viven en los *chooms*. La inmoralidad es muy grande y general, y, como consecuencia de ella, la sífilis es un azote que ataca a las dos razas igualmente. Yo vi muchos niños indígenas bonitos e inteligentes y muy pocos niños siberianos que pareciesen bastante robustos para llegar a ser hombres. Resultaba casi patético el ver la fe y la gratitud con

que tanto los indígenas como los siberianos llevaban sus enfermos a miss Czaplicka, que poseía ciertos conocimientos de Medicina y les repartía algunos remedios sencillos de nuestro botiquín. La mayor parte de las enfermedades consistían en heridas que por falta del debido cuidado se habían infectado, afecciones oftálmicas descuidadas, y, sobre todo entre los indígenas, catarros bronquiales y tisis. A veces la choza se convertía en un verdadero dispensario, pues iban llegando enfermo tras enfermo en busca de una cataplasma o de vendas boratadas, y como cada invasión significaba un fregado general, no sólo de los utensilios, sino de la habitación y del suelo, con licor de Condy, llegamos a comprender que sostener un dispensario, aun cuando sea de un aficionado, representa gran trabajo. Tres o cuatro años antes, el Gobierno ruso, enterado de lo que sucedía, envió una Misión a Golchika, compuesta de dos doctores y varias enfermeras, una de las cuales era Mme. Nerotova, a la que habíamos encontrado en el *Oryol* como agente de un comerciante. La Misión se estableció en casa de Prokopchuk y pasó el tiempo en beber y jugar a las cartas con Gerasim Androvitch, y entretanto la gente seguía tan abandonada como antes, hasta que una persona desinteresada informó a las autoridades del escándalo que ocurría, con el único resultado de que el Gobierno suprimiese la subvención; de modo que ahora la gente de Golchika no tiene asistencia médica, ni buena ni mala.

Lo que en realidad hace allí falta son unos cuantos hombres como los misioneros médicos ingleses, que atiendan a la salud de las almas y de los cuerpos, tanto de los indígenas como de los siberianos; que bauticen, casen, curen a los enfermos y enseñen a todos las reglas de la higiene. No sería muy difícil establecer una Misión de este género. El primer vapor llega a Golchika a primeros de julio y el último sale de allí a fines de agosto. Durante estos dos meses los misioneros tendrían ancho campo donde emplear sus servicios por el río, entre Pustoy y Sopochnaya, lo que los recompensaría ampliamente de su trabajo. Gran parte de lo que parece inmoralidad en

los siberianos no es debido a la propensión de las gentes al vicio, sino a las condiciones del país. A veces es imposible que un hombre y una mujer se casen porque no encuentran una persona investida de autoridad para poder casarlos. En la isla de Golchika había una pequeña iglesia derruída; pero en ella no existía servicio mas que una vez al año, cuando bajaba el *pope* por el río, desde Dudinka, con este fin. Su visita coincidía justamente con la estación de pesca, y por esta causa muy pocos de los moradores de los *balaganes* del distrito tenían tiempo libre para viajar, a pie o en bote, cuarenta o cincuenta verstas para asistir a la iglesia. Por estas razones, la gente no puede ir a la iglesia ni en invierno ni en verano. De lo dicho resulta que los habitantes del Bajo Yenesei viven en un ateísmo más profundo aún que el de los propios indígenas que los rodean, los cuales están sujetos por lo menos a las leyes de su tribu; de modo que aquéllos viven sin que nadie cuide de sus cuerpos ni de sus almas.

Sin embargo, a pesar de lo degradadas y salvajes que son estas gentes de los *balaganes,* debo confesar que los encuentro más interesantes que los naturales, con quienes mis compañeros los antropólogos solían compararlos para menospreciarlos. Después de todo, ellas son las que en el porvenir han de contribuir al desarrollo de Siberia, lo que nunca podrán hacer los indígenas. Siberia es un país de inmensos recursos tanto bajo como sobre el suelo, de los que hoy no se explota ni la vigésima parte. Hay gran número de minas de carbón, que nunca han sido explotadas. La gente dice: «Cuando hayamos quemado toda la madera, entonces excavaremos la tierra para buscar el carbón». Hay cientos de millas de bosques con árboles que producen valiosa madera de construcción, y enormes extensiones de pastos. Hay minerales muy diversos que nunca han sido explorados. Los ríos navegables son los más caudalosos del mundo. Por todas partes se encuentran barreras naturales para el desarrollo de un sistema de ferrocarriles. El Gobierno ruso favorece la población del territorio Norte; así, por ejemplo, los jóvenes del Bajo Ob, Yenesei y Lena están exentos del servicio

militar, pero se los anima a que vayan extendiendo más allá la colonización. Sin embargo, la casta europea de un país donde el clima es tan crudo como la Siberia ártica moriría a la tercera generación si no fuese constantemente renovada con la reclutada en el Sur.

Naturalmente, los recién llegados que se establecen en estas regiones avanzadas de Asia no son los mejores de su país, pues tal contingente lo forman fracasados, criminales y malhechores que han sido desterrados. Claro está que no se habla aquí de los desterrados políticos, pues éstos con frecuencia son de otra clase; pero cuando a un desterrado, aun de clase elevada, se le pone en medio de gentes inferiores, privándole de todos los alicientes que impulsan al hombre a elevarse, se halla más propicio a rebajarse al nivel del medio en que se le coloca que a elevar éste a su altura. La colonización por el trabajo de los deportados ha sido ensayada con éxito en algunas partes del mundo; mas los colonizadores deben quedar en libertad dentro del territorio, dándoles medios para que comiencen una nueva vida. Pero, desgraciadamente, no es esto lo que ocurre en Siberia, donde los desterrados están constantemente cohibidos por las restricciones oficiales o por el espionaje. En consecuencia, los sentenciados por toda la vida rara vez tienen ánimos u oportunidad para otra cosa que para llevar una existencia miserable, mientras que los deportados temporalmente no sienten interés por la tierra y se apresuran a volver a Europa cuando el tiempo de su condena ha terminado; son pocos los que, como Michael Antonoff, vuelven al lugar de su destierro.

Por esto Siberia no dependerá de sus propios ciudadanos, sino más bien de la inmigración libre de Occidente. En el transcurso de tres centurias, quizá sólo tres millones de rusos han emigrado a Siberia, y éstos no han sido siempre del tipo más conveniente para la colonización. Pero en estos diez últimos años el número de pobladores ha aumentado considerablemente. Entre 1902 y 1912 entraron en Siberia tres millones de colonizadores y la población de ciudades tales como Yenesiesk y Tomsk casi se duplicó. En los cinco años comprendidos entre 1909 y 1913 fueron parceladas para la colonización 75.850 millas cuadradas de terreno nuevo, y allí se establecieron unos dos millones de almas. En ese mismo tiempo se construyeron 6.300 millas de caminos. Estas cifras demuestran la extensión de tal desarrollo. No es solamente un nuevo país el que crece de año en año, es medio continente, y el continente más rico del mundo. *Las plantaciones son, entre las obras que de más antiguo vienen haciéndose*, las más heroicas. Aun cuando Rusia no hiciese nunca otra cosa que colonizar a Siberia, esto bastaría para justificarse suficientemente como nación.

Hay una gran parte de este país que ansía llegue el día en que Siberia sea autónoma, cuando no independiente. Es curioso que esto lo deseen quienes tienen necesidades y condiciones locales que difieren profundamente.

Siberia es aún como un gigante en la infancia, criado por Rusia, y Rusia misma, la más joven de las naciones, está apenas empezando a formarse. Todavía es un país de gran porvenir, lleno de las mas antitéticas paradojas. Con el Gobierno más autocrático, su sociedad es la más democrática del mundo; con una Iglesia cuyas funciones se han reducido a una vana repetición del ritual, la religión es la fibra misma de su pueblo. Aparte de una gran mezcla de sangre tártara, los siberianos son como esquejes de los rusos; todavía más toscos y menos conscientes de su propia grandeza potencial. Sin embargo, si creemos que, en fin de cuentas, nada puede detener el progreso del hombre, habremos de admitir que el desarrollo de aquéllos, aunque lento, es seguro. Algún día el sueño de idealistas tales como Michael Petrovitch se realizará, y unos Estados Unidos libres de Siberia se extenderán desde Chelyavinsk, por el Este, hasta Vladivostock.

CAPÍTULO VI

AVES DE SIBERIA.—SEEBOHM.—POPHAM.—EFECTOS DE LA ESTACIÓN.—LA CHURRA. — EL FALAROPO GRIS. — EL FALAROPO DE CUELLO-ROJO.—LA CHURRILLA MINUTA.— LA TERRERITA.

A pesar de que Golchika es un lugar tan pequeño y lejano, tenemos tres listas, más o menos completas, de las aves que allí crían durante el verano, y podremos decir que cuatro añadiendo a éstas mis apuntes. La primera es la de Seebohm de 1877. A causa de varios accidentes no pudo este viajero llegar a Golchika hasta el 17 de julio, cuando ya los pájaros habían criado; así que sólo pasó allí seis días. Las especies más notables que menciona son la churrilla minuta, el chorlito oriental y la perdiz de las nieves.

La relación segunda es de Mr. Popham, en 1895 (1). Dicho señor llegó a Golchika el 7 de julio, casi una quincena antes que Seebohm. Recuerda la churrilla minuta, el falaropo gris, la perdiz de las nieves, la agujeta, la gaviota pomarina, el avefría y el chorlito oriental. El tercer relato también es de Mr. Popham, de 1897 (2). El 29 de julio llegó a Golchika, y tres días después siguió por el río hasta las islas Krestovskiy, donde tuvo la suerte de encontrar los primeros huevos auténticos de la churra. El 11 de julio, «habiendo perdido las esperanzas de que

(1) *Ibis*, 1897, vol. III.
(2) *Ibis*, 1898, vol. IV.

el hielo nos permitiese ver las islas Kuzkin», se volvió a Golchika. Los pájaros que halló en esta localidad y en esta expedición son el chorlito oriental, la churrilla minuta y el chorlito gris, aunque dice de estas especies: «Evidentemente vi en 1895 menos pájaros en los pantanos en que se criaban».

Yo llegué a Golchika el 29 de junio, pasando allí dos meses, en los cuales pude observar al chorlito oriental, la churrilla minuta, el chorlito gris, el falaropo gris, la churra, la agujeta y la perdiz de las nieves.

Es evidente que hay cierta discrepancia, no ya en estas cuatro listas, sino en las dos de Mr. Popham de 1895 y de 1897, y pienso que si se hiciesen cuatro censos de las aves de un distrito de Inglaterra no es posible que encontrásemos semejantes diferencias. Por ejemplo, Mr. Popham, en su segunda visita, aunque ignorando la existencia de tales aves y resultando dudoso el buscarlas, no menciona al falaropo gris, a la perdiz de las nieves ni a la agujeta, y observa cierta disminución en el número de avefrías. Pero la más notable de todas es la lista de Seebohm, que hizo dos o tres excursiones por los pantanos y por la *tundra*. En la del día 18 dice: «Maté un par de hembras de churrilla minuta, las primeras que vi en el valle del Yenesei»; y en la del 19: «En la colina tiré a un macho de churrilla minuta». Infiriendose de esto que sólo encontraría estos tres ejemplares en Golchika, siendo así que en 1895 míster Popham recuerda la abundancia de ejemplares y en 1914 yo también la encuentro muy común, tanto por el río, como por la *tundra*. Es verdad que Seebohm visitó a Golchika cuando la estación ya estaba muy adelantada; pero hacia el 20 de julio, aunque los polluelos hubiesen nacido, se podría haber visto a los pájaros criando a sus hijos aún durante cierto tiempo después de esa fecha.

La única explicación que de esto se puede dar es que la población de los pájaros en tan altas latitudes es muy variable, dependiendo mucho más que en el Sur de las condiciones del clima. El ciclo anual de la *tundra* es muy notable. Por espacio de nueve meses todo el terreno está sepultado bajo cuatro pies de

nieve y nada se mueve sobre la blanca y triste llanura. Pero al llegar junio se rompe el hielo y durante tres semanas o un mes en todo el país resuena el ruido que produce el agua corriente, pareciendo como si un latido inmenso llevase sangre caliente por el cuerpo de la helada y apagada tierra, en la que cientos de pequeños y transitorios arroyos corren desde la *tundra* para reunirse con la gran corriente que el viejo Yenesei vierte en el Norte. Ahora bien: digamos que aunque el deshielo se produce con bastante uniformidad entre latitudes de 62° y 72°, con todo, la nieve no desaparece de los alrededores con la misma regularidad, pudiendo observarse que las orillas del Platina estaban ya libres de nieve, en tanto que las costas del Golchika todavía se hallaban blanqueadas por ella.

Los pájaros emigran río abajo; hablando en general, según ha anotado Seebohm, llegan al Círculo Ártico probablemente hacia la segunda semana de junio. Desde allí se dirigen hacia el Norte cuando empieza el deshielo, a cualquier parte en donde puedan hallar bastante cantidad de suelo descubierto en que encontrar alimento y bebida. A veces, con el ansia de llegar a los territorios de cría, pasan el límite de la zona del hielo y, parándose en un país en que todavía perdura el invierno ártico, se ven obligados a volverse otra vez al Sur—si es que pueden hacerlo—, para esperar allí a que avance la primavera. Si por cualquier causa la estación se retrasa, este pájaro huésped, esta «caravana aérea» se ve cogida al borde de la infranqueable barrera de hielo, y a veces tiene que estar detenida allí por días y días. Esto también suele ocurrir en las emigraciones en climas templados; pero en ellas los pájaros pronto continúan su marcha, pues pocas veces hay tal cantidad de nieve que no quede a descubierto algún terreno en que lograr alimento. En el Yenesei pueden las aves encontrar un sitio en que pasar muy agradablemente el verano, en tanto que a unas cuantas millas más al Norte el país no permite, en absoluto, la vida de estos animales. Mientras esperan allí pueden sentir la necesidad física de criar antes de que el invierno se haya alejado lo suficiente para permitirles llegar a sus guaridas habituales y obligarlas a

hacer su nido y a criar a sus hijos en donde les sea posible. Seguramente ésta es la causa de que yo encontrase churra con bastante abundancia en las proximidades de Golchika, en tanto que Messrs. Popham y Seebohm no la vieron allí, en absoluto. No sé si cuando estuvieron dichos señores en el Yenesei sería una estación temprana o tardía, pero el verano de 1914 fué frío y retrasado. El hielo se quebró, observándose indicios de que habría una primavera temprana; pero antes de que la nieve se derritiera cambió el tiempo, y el viento del Este trajo ventiscas del Taimyr. Las aves que a la primera promesa de primavera se habían dirigido hacia el Norte cayeron en la trampa, teniendo que limitarse a vivir como mejor pudieran, en espera de proseguir su viaje hacia la desembocadura del río. La crudeza de la estación las cogió de improviso, con la agravante de que la *tundra* de Golchika estaba aquel año más poblada que de costumbre, y cierto aficionado ornitólogo fué por ello más afortunado de lo que esperaba.

Esto, desde luego, es sólo una teoría; pero hay una demostración que tiende a confirmarla.

Los samoyedos del Norte contaban que en el Taimyr los lagos no se deshielan nunca y que en la *tundra* la nieve cae durante todo el verano. A mi llegada a Golchika abundaron en la isla los falaropos grises durante tres o cuatro días. Maté varias hembras de estas aves y vi que estaban a punto de poner. Luego cambió el viento, y por el hechizo del calor la mayor parte de los falaropos desaparecieron, debiéndose sin duda alguna a que emigraron más al Norte; pero si hubiese seguido haciendo frío habrían criado en los pantanos. De todos modos, cogí unos cuantos, pues tuve la suerte de encontrar cinco nidos y de hallar un pollito todavía en plumón, en tanto que en las otras expediciones sólo se había cogido uno, en 1895. ¡Y tal vez el próximo año no se vea ni un nido!

El resultado principal de mi búsqueda de nidos en Golchika fué hallar uno de churra. Este pájaro es sumamente interesante para los ornitólogos, pues aunque en Europa y Asia se le conoce muy bien, debido a la emigración, sus campos de cría

fueron un misterio durante muchos años. ¡El naturalista Severtzoff llegó a suponer que debía de criar en las cimas de los montes Pamir! El primer nido que se encontró de este pájaro fué el cogido por Mr. H. L. Popham, en 1897, en la desembocadura del río, y como no había sido hasta entonces anotado como de Golchika, yo no esperaba encontrarlo tan al Sur. No obstante, el 6 de julio, cuando volvía de una larga caminata por la *tundra* que se extiende por detrás del ángulo septentrio-



Fig. 8.ª—Huevos de churra (Erolia ferruginea).

nal que forman los ríos Yenesei y Golchika, vi de pronto una churra pequeña y leonada sobre una elevación que había a unas veinte varas de distancia, y que me miraba tranquilamente. Cuando me detuve, echó a volar; pero pronto volvió a posarse y siguió observándome. Muy nerviosa, pero sin pensar en que podría encontrar los huevos, me tumbé en el suelo y la espié, sin que al cabo de hora y media pudiese sacar nada en limpio, pues el pájaro no hacía mas que pasearse por allí, arreglándose las plumas impasiblemente. Como no estaba segura de su sexo, su soledad y su tranquilo proceder me hicieron

dudar y pensar si al fin y al cabo se trataría de un pájaro que no estuviese criando. Sin embargo, señalé el lugar, con idea de volver al día siguiente. En el camino me encontré otras dos churras, posadas en una alta loma de la *tundra;* pero este ave es sumamente salvaje y no me hubiera permitido acercarme a ellas.

Al otro día salí muy temprano y recorrí ocho millas de *tundra* pantanosa. A la segunda pareja de churras no la volví a ver; pero, en cambio, el primer pájaro continuaba alrededor del lugar y estaba más inquieto, revoloteando y lanzando su nota aguda y ansiosa, *guic-guic-guic*, repetida por dos o tres veces. Entonces ya me convencí de que el nido estaba muy cerca; pero era difícil localizarlo, pues si el pájaro se escabullía muy bien detrás de los relieves del musgo, que apenas tenían seis pulgadas de altura, mi persona, por desgracia, era demasiado voluminosa para hacer lo mismo, y éstos eran los únicos escondites que allí podían encontrarse. El campo formaba un declive gradual. A derecha e izquierda se veían dos pequeños lagos, que aun estaban cubiertos por el hielo. A lo lejos pastaban algunas manadas de renos, y de pronto se deslizó velozmente por una loma un trineo samoyedo. En algunos huecos todavía se veían densos ventisqueros, y el aguanieve que azotaba la *tundra* me hacía envolverme con gusto en mi abrigo Burberry.

Cuando me aproximé, el pájaro dió la vuelta al lago, y entonces traté de esconderme lo mejor que pude detrás de una elevación del terreno, y me tendí en el suelo, en espera de que volviese. Pasaron veinte minutos, media hora. «Ya es tiempo», pensé, y volví la cabeza con mucho cuidado para inspeccionar en derredor: ¡qué sorpresa la mía al ver que la churra estaba a unas treinta varas detrás de mí, observándome desdeñosamente! Todo este tiempo me había estado vigilando. «¡Qué necia!», habría dicho, sin duda alguna, si hubiese podido hablar. No sirve de nada el tratar de engañar a las aves zancudas, pues creo que hasta le adivinan a uno el pensamiento.

Me marché, avergonzada, a otro escondite, a unas cincuenta varas más arriba del declive. El pájaro, en un principio pareció haberse enterado de este cambio, volando hacia el lugar en que yo le había descubierto. Era tan pequeño, que resultaba muy difícil el divisarle al pasearse por entre las desigualdades del terreno. Cuando calculé que ya debía estar instalado sobre los huevos, me levanté a toda prisa. Entonces salió volando, y al llegar al punto en que se había alzado no encontré ni señales del nido. Así me ocurrió por dos veces; pero como siempre volvía al mismo sitio, hube de convencerme de que el tesoro



FIG. 9.ª—PAISAJE DEL LUGAR EN QUE LAS CHURRAS ANIDAN.

estaba allí y que con un poco de paciencia sería mío. La gran dificultad de descubrir los nidos en la *tundra* se debe a que no hay en ella límite alguno. En la mente se graba muy bien el sitio en que se encuentran, y entonces se anota su posición relacionándola con un altillo o mata de hierba que se destaque en el horizonte. Con los anteojos la señal resulta enorme, y parece que el equivocarse será cosa difícil; pero cuando se la busca después a simple vista ya no se está tan seguro, y se tardará algunos minutos en volverla a encontrar. Entonces, al levantarse uno echa el pájaro a volar, y la señal, sea la que fuere, se pierde en el horizonte de la *tundra*. Señalé el lugar en que estaba el pájaro por medio de un truco que empleaba siempre que buscaba huevos de chorlito gris en condiciones análo-

gas, y que ya he descrito en otra parte; pero cada vez que le espantaba parecía salir volando de diferente sitio, basándose esta suposición en que, como era tan pequeño y vivo, echaba a correr, alejándose unas cuantas varas, antes de remontar el vuelo. La vez siguiente le di bastante tiempo para instalarse y me estuve muy quieta sobre el terreno húmedo chupando terrones de azúcar, hasta que casi me quedé dormida. De pronto pasó muy bajo por encima de mí una gaviota de Buffon. Eché mano a la escopeta y la apunté según volaba, y cuando caía salió la churra de un sitio en que ya la había visto antes. Dejé a la gaviota y corrí a aquel lugar. El pájaro empezó otra vez a cantar, y dando un vuelo trató de separarme de aquel sitio. Medio minuto de exploración, y apareció el nido a mis pies. Éste concordaba en todo con la descripción dada por míster Popham: una pequeña depresión en el musgo, del diámetro de una manzana, y más profundo que los nidos de la mayor parte de las zancudas. Los cuatro huevos que había en él eran verdosos, de color de tierra, y muy pintarrajeados de obscuro en su extremo más ancho, lo mismo que los de una agachadiza. El nido era tan profundo y estrecho que la posición de los huevos era casi vertical, con los ápices hacia abajo y la parte ancha para arriba, confundiéndose por su color con los alrededores de la parda *tundra*. Unos con otros medían, por término medio, 35,1 por 25,1 milímetros. Comparándolos con los recogidos por Mr. Popham, los hallé pintados con menos claridad, siendo las manchas menos borrosas y confluentes.

El descubrimiento de este nido tan cerca de Golchika me animó a seguir explorando el terreno, y aunque no encontré más huevos, tuve bastante suerte, pues recogí polluelos en plumón, de los que ya hablaré en otro lugar, habiendo tenido también la oportunidad de hacer observaciones sobre la vida de este pájaro durante el verano.

Como resultado de estas observaciones saqué la conclusión de que este nido no estaba situado como suelen estarlo los de estas aves, y juzgando por otros lugares de cría que después observé, yo diría que el terreno propio de la churra eran las lomas secas de la *tundra,* sobre todo en las partes en que el musgo de reno alternaba con alguna que otra matuca de hierbas, y en donde el pájaro podía ver con facilidad todo el terreno de los alrededores.

Míster Popham mató a la hembra dentro del nido, y es muy significativo el que todas las pieles que yo recolecté fuesen también de hembras. Durante mi estancia en el Yenesei no logré ver ni un macho. No se acercó éste mientras miraba el nido, y después no tuve ningún indicio de que ambos pájaros cuidasen de los pollos, como ocurre con las churrillas y otras zancudas. Sin embargo, no se puede hablar dogmáticamente, por la razón siguiente: tan pronto como nacieron los pajaritos, cosa que ocurrió hacia la tercera semana de julio, las churras bajaron desde las partes altas de la *tundra* a los pantanos, y en tanto que las crías estaban todavía en plumón se reunieron en pequeños grupos. Esta tendencia a reunirse en bandadas durante el tiempo de la cría es el rasgo más sorprendente y sugestivo de la vida del ave en la *tundra.*

Por esto mismo resultaba sumamente difícil formar el censo de las parejas que criaban en un distrito dado. Hasta mediados de julio los pájaros fueron muy escasos, por andar esparcidos en un área tan extensa, y como su permanencia en el nido era muy tranquila, se podía pasar por los campos sin advertir la presencia de tales seres. Todo esto cambió por completo cuando se reunieron varias polladas en los pantanos, pues entonces los pájaros viejos se hicieron muy demostrativos y los ejemplares parecían ser el doble de abundantes que antes. No cabía duda de que las crías habían sido llevadas a aquel lugar, y no que nacieran allí. El 15 de julio recorrí cuidadosamente un pequeño fangal buscando nidos de churrilla minuta, no logrando ver ni una sola. Una semana después aparecieron dos de estas aves, que, juzgando por su proceder, tenían evidentemente sus crías cerca de allí; lo que no puedo decir es si eran dos hembras o macho y hembra. Más tarde, y en las partes pantanosas de la *tundra,* encontré frecuentes estas pequeñas partidas. Cuando sus guaridas eran invadidas, los pájaros adultos solían revolo-

tear, amenazadores, en torno del intruso, mostrando el blanco revés de sus alas. Míster Popham dice, refiriéndose al chillido de este ave: «En un principio me pareció que era un ruido como el de la churrilla alpina; pero como después vi que por allí no había churrillas alpinas, quizá me confundiese» (1). El grito de alarma que yo oí constantemente era una triple nota penetrante: *guic-guic-guic*, repetida dos o tres veces y articulada igualmente cuando el pájaro estaba en reposo que cuando volaba.

La churra no era tan intrépida como la churrilla alpina cuando alguien se aproximaba al sitio en que criaba, y cuando sus pollitos salieron del huevo los padres se hicieron muy salvajes y circulaban rápidamente por la *tundra*, fuera del alcance de la escopeta. A principios de agosto, y en un pantano en que había gran abundancia de churrillas de la especie minuta y de chorlitos, pude coger una churra de aquel año. Es una sabia previsión de la Naturaleza el que a estas jóvenes aves zancudas les nazcan las remeras a las pocas horas de salir del huevo. Aletean con rapidez increíble, y en cuanto pueden volar es dificilísimo cazarlas.

Yo aceché una de estas aves que iba con su cría detrás; pero siempre que la tenía al alcance daba un brinco y, llamándola, se la llevaba a otra parte del pantano. Era difícil seguir los movimientos del pájaro, a causa de los enjambres de mosquitos; pero por fin me pareció que la tenía a tiro, y apunté. ¡Cuál no sería mi disgusto cuando, al recoger el ejemplar, me encontré con que, «habiendo apuntado a un pichón, maté un cuervo», pues no era una churra, sino una cría de churrilla alpina! Más adelante pude, sin embargo, proporcionarme un pájaro joven, con el plumaje de la pechuga de color ante del primer otoño. En los pollitos, el pico y las patas son negros y el plumón castaño, el que apenas se diferencia del de la churrilla minuta y del de la churrilla alpina; pero tienen en el pecho un matiz bermejo que aun en este primer período se puede distinguir. ¡Qué curioso es este rojo plumaje de cría de tantas de estas aves zancudas

(1) *Ibis*, 1898, vol. IV.

árticas! También se encuentra en la *Tringa canutus*, en la churrilla de tres dedos, en la agujeta y en el falaropo; y para demostrar que tiene su origen en el tronco de la raza, vemos el mismo tinte en el plumaje bermejo de los combatientes del año y en el pechero de la churrilla minuta.

Tan pronto como las crías de la churra pueden sostenerse en sus alas desaparecen con sus padres. Las churrillas y los chorlitos se retrasan hasta fines de agosto; pero las churras desaparecen a principios. Y se andarán millas y millas sin encontrar ni un pájaro, no siendo algún que otro chorlito o un triguero mudando en los arándanos.

Los pájaros más encantadores eran los falaropos grises. Los vi por vez primera a principios de julio, cuando un pequeño grupo de machos y hembras buscaban su comida en los helados pantanos. Con su brillante plumaje color castaño, más bien parecían pájaros paserinos de alguna región tropical que zancudos del hielo septentrional. Sólo por costumbre se puede decir los falaropos macho y hembra, pues para hablar con propiedad debiera decirse la hembra y el macho, pues en estas especies la dama es la que dirige el cotarro. Ella es la que elige desvergonzadamente su compañero, y luego le permite incubar los huevos y hacerse cargo de las crías; nos preguntamos cuál puede ser la causa de esta revolución en el orden de los seres y cuál podrá ser su finalidad.

En los sistemas de clasificación se ha colocado a los falaropos entre los chorlitos y las agachadizas; pero cuando se la ve nadando este ave sobresale mucho del agua, como la pequeña gaviota marina, y lo único que tiene de la tribu es el manto gris manchado de ante. Cuando corren sobre *sphagnum* (1) empapado, a lo que son muy aficionadas, su marcha es de una dignidad tan gallarda y curiosa como la de la polla de agua.

El primer nido que encontré conteniendo huevos fué el 8 de julio, en la isla de Golchika. Estaba situado a unas cincuenta varas de un *balagán* medio derruído que acababa de ser ocu-

(1) Un género de musgo.

pado por unos pescadores, y fué una gran suerte para mí el haberlo encontrado entonces, pues si no, seguramente lo hubiera hallado esta gente, o más bien sus perros. Guiada por el vuelo y el *drrrt-drrrt* del macho averigüé dónde estaba el nido. Este canto es semejante al del falaropo de cuello rojo, pero es más agudo y se le reconoce muy bien, aun cuando las dos especies estén criando cerca una de otra. Me senté y estuve observándole unos veinte minutos, al cabo de los cuales corrió



FIG. 10.—MACHO DE FALAROPO GRIS (PHALAROPUS FULICARIUS).

al nido, que estaba escondido entre la hierba, como el de una picuda *(T. calidris)*.

Al día siguiente espanté a un macho que estaba sobre cuatro huevos al otro lado de la isla. El nido se encontraba en un sitio mucho más seco; pero a pesar de esto los huevos estaban colocados sobre una buena plataforma de hierba seca, pues el instinto del pájaro le enseña a levantarlos cuanto puede del terreno húmedo. Como resolviera fotografiar a este falaropo en el nido, volví a casa en busca de la máquina y de la pequeña tienda para esconderse, color verde. No era asunto sencillo el fijar esta última en el suelo, pues en este país llano el viento siempre azota; y aunque encima de ella puse maderos para que pesara más, se columpiaba de tal modo que no esperé tener mucho éxito. Pero el pájaro era muy complaciente, y a los diez

minutos se colocó sobre los huevos. Le di tiempo para que se instalase cómodamente, y entonces solté el obturador. Saltó del nido, más bien sorprendido que asustado, volviendo al cuarto de hora, ya completamente tranquilizado. Después de lo cual nuestra amistad se afianzó de tal modo, que el sonido de la máquina ya no le molestaba. Dos veces salí de mi escondite para sujetar la lente, y cada vez el falaropo escapaba del nido, marchándose a un pequeño otero que había a unas veinte varas, desde donde me vigilaba hasta que me metía en la tienda, y entonces en seguida volvía al nido. A pesar de su plumaje gayo, se distinguía poco al pájaro. Cuando estaba en los huevos quedaba por fuera su roja pechuga, la cual, debido a sus facultades natatorias, que le distinguen de las del resto de las zancudas, tenía las plumas muy juntas y apretadas, como las del pato: admirable adaptación del medio al fin. Pero cuando dejaba el nido parecía reducirse a la mitad de su primitivo tamaño, y las bandas de su lomo, de ante y negras, y sus largas plumas secundarias, de forma de espada, armonizaban completamente con la larga hierba que había a su alrededor. Estuve sentada casi todo el día cerca del nido; pero en todo ese tiempo la hembra no se acercó a los huevos. Al atardecer quise salir de la tienda, y para echarla fuera del nido sin asustarla indebidamente le tiré unos trocitos de musgo. De este modo conseguí lo que deseaba; pero cuando se marchaba dudando cayó un segundo pedazo en el nido, y la animosa avecilla, sin dudarlo un instante, sin hacer caso de los extraños movimientos de la tienda, volvió y trató de limpiar sus preciados huevos. La última fotografía que saqué del pájaro fué cuando estaba sobre éstos piando afanosamente, por temor de que se hubiesen lastimado. Pocas veces he visto un ave que me gustase tanto—tan bella, tan inocente y tan atareada—. Es verdaderamente enternecedor ver a un pájaro macho cuidando de los huevos, pues en la hembra esto ya es una cosa proverbial, y parece natural que así sea; pero el orgullo y la devoción de su cónyuge resultan mucho más interesantes.

El 16 de julio me procuré otro falaropo macho y un pollito

recién salido del cascarón; pero estos pollos vuelan con una velocidad increíble, y hacia los primeros días de agosto ya no se veía ni uno en los pantanos. Los falaropos grises son los primeros emigrantes que salen de Golchika en el verano.

Los falaropos de cuello rojo abundaban mucho más que la especie de que acabamos de hablar, y también eran más sociables. Empezaron a anidar casi al mismo tiempo que los falaropos grises; pero no se iban hasta muy adelantado el verano, y pude obtener ejemplares de estas aves, con plumaje del año, hasta fines de agosto. Nuestros falaropos ingleses están tan mansos mientras dura el tiempo de la cría, que casi se los puede coger con una manga de cazar mariposas; pero las aves siberianas eran sumamente salvajes, sobre todo si tenían crías en los alrededores. Cuando un falaropo de cuello rojo estaba pescando en el agua de los vados, solía empezar a dar vueltas sobre sí mismo, cogiendo a la vez pequeñas partículas de la superficie; después de verle hacer esta maniobra repetidamente, deduje que el agua estaba muy profunda, y que por esto, no pudiendo llegar al barro del fondo, verificaba este movimiento circular de su cuerpo, formando con él un remolino que hacía subir las materias flotantes, por el mismo procedimiento que moviendo con una cucharilla una taza de te se puede hacer que se eleven las hojas a la superficie.

Golchika es una poderosa plaza fuerte de la churrilla minuta. A la mañana siguiente de nuestra llegada a la isla vi por lo menos una docena de estas churrillas pigmeos picoteando alrededor de la casa, en compañía de varias terreritas. Estos últimos eran unos pequeños seres reacios e irascibles, que ahuyentaban a todo otro pájaro que se acercase demasiado a sus charcos particulares; pero las churrillas minutas estaban muy ocupadas para pensar en peleas, y engullían con ansia, como si su vida sólo dependiera de esto. Y así era en efecto; pero no sólo la suya, sino la de toda su casta, pues el verano es corto y había que poner los huevos, incubarlos y criar a los pollos para convertirlos en pájaros fuertes para el vuelo; todo ello, en el transcurso de ocho semanas. La mayoría de los pájaros pe-

queños, especialmente las zancudas, tienen un porte sumamente solemne, y quizá este aire cómicamente grave se lo deban a los largos picos, que hacen recordar barbas patriarcales. La churrilla minuta es la más seria de todas ellas, y excede en gravedad aun a la churrilla alpina y a la agachadiza. Por su porte, se la tomaria por un arcediano.

El primer nido de este ave le encontré el 3 de julio, al lado de un pequeño lago. El pájaro se alzó tranquilamente, volvién-



Fig. 11.—Hembra de churrilla minuta (Erolia minuta).

dose a posar a poca distancia; ya había yo observado el proceder de estas aves, en los cuatro días anteriores, pero en vano había buscado los huevos; mas esta vez fué casi el mismo pájaro el que se encargó de enseñármelos, pues dejó colgar un ala, demostrándome en seguida que allí estaba el nido. Me senté para esperar, y a los dos minutos el pájaro se volvió a tender sobre los huevos. Después de éste, encontré muchos nidos, tanto al borde de la *tundra* como en los pantanos del lado del río, acompañados de combatientes y de falaropos.

El ave que figura en la lámina la fotografié en la isla de Golchika. Fuí a sacarla provista de una máquina de reflexión ampliada a su mayor extensión, cosa que era lo mismo que si se quisiera cazar conejos con un cañón de sitio; pero me impelió a ello el considerar que el pájaro era tan pequeño, que temí

no se le viera en la placa si no empleaba una lente de largo foco. Pero esto resultó casi innecesario. La dificultad principal consistía en ponerse a suficiente distancia del ave, que empollaba (que esta vez era *hembra)* y que brincaba entre mis pies, no porque estuviese asustada, pero sí nerviosa, por temer que yo pudiera aplastarle los huevos. Cuando toqué el nido, saltó como si fuera a lanzarse sobre mí, y después, haciendo pinitos a los lados y arrastrando las alas locamente, ahuecó las plumas. La timidez de la churrilla minúta cuando está en el nido es extremada. Parece como si la vida de la prole que cría tuviese poder durante una estación para que el ave desprecie las cosas vulgares, llenándola de una especie de éxtasis maternal. Más adelante, cuando los huevos ya empiezan a romperse, esta pasión de empollar llega a tal punto, que el pájaro se dejará coger antes que abandonar su nido. Al hablar de las churrillas empleo indistintamente las palabras él y ella, pues ambos sexos comparten los deberes de la incubación, aunque la mayor parte de los individuos que cogí en los nidos eran machos. Cuando los pollos tienen dos o tres días, los padres se reúnen para cuidarlos, armando gran algazara y poniéndose muy furiosos cuando se acerca alguien. Una mañana vi un macho cuyo nido contenía tres pollos, aun no secos, y que recogía una por una las cáscaras rotas de los huevos, llevándolas a unas cincuenta varas de allí. Esta costumbre es muy corriente entre las aves cuyas crías son débiles al nacer; pero los bebés de churrillas casi pueden correr cuando salen del huevo, por lo que resulta un trabajo inútil el que se toman los padres llevándose las cáscaras.

Aun antes de que los pollos tengan la pluma, el instinto de reunión se manifiesta, y toda la familia se une con otra, formándose de este modo una gran bandada. Estas bandadas se detienen en las llanuras arenosas hasta fines de agosto, fecha en que todas las aves desaparecen, ante los fuertes vientos de Oriente, como si fueran barridas con una escoba. Algunas veces las churrillas se asocian con las churrillas alpinas, que también frecuentan dichos lugares, y resulta muy cómico ver estas

dos especies, como ediciones de bolsillo y en cuarto de una misma obra, alimentándose reunidas.

Las terreritas también abundaban en Golchika; pero sólo se las veía a lo largo de las orillas del río; mas como éstas están inundadas a fines de junio y las aves han de esperar a que el agua haya desaparecido antes de empezar la puesta, empezaban a criar una semana más tarde que la *Erolia minuta.* Sin embargo, una o dos parejas hicieron el nido muy pronto, y una de las primeras nidadas de huevos que encontré en Golchika fué de terrerita y estaba colocada en un montón de tierra de una sepultura, en el cementerio que había al lado de la casa de Antonoff. Aun cuando estas dos especies criaran reunidas, no habría ninguna dificultad en distinguir sus nidos. El de la churrilla minuta, por regla general, estaba forrado de hojas de sauce, mientras que el de la terrerita se terminaba con hierbas curvadas. Los huevos también se diferencian, aunque yo encontré dos nidadas de huevos de churrilla minuta que se aproximaban al tipo de los de la *Erolia temminckii.*

Cuando llegamos a Golchika, las terreritas estaban cortejándose, lo que era muy curioso. El ave (él o ella, las churrillas no hacen distinción de sexo) salía volando repentinamente y se iba girando hacia la orilla del río, lanzando un fuerte y agudo chillido: *Trrrrrr.* A veces descendía gradualmente, fatigada por el esfuerzo del arranque; pero generalmente giraba despacio, describiendo círculos, con la cabeza al viento, y revoloteaba un rato, vibrándole las alas y la garganta. Cuando varias de estas aves se cernían de aquella manera en el aire, el efecto era encantador: parecía como si, enamoradas del día y también unas de otras, un súbito entusiasmo las animase, impeliéndolas a salir volando. Entonces no temían al hombre; pero más adelante, cuando pusieron los huevos, se hicieron muy asustadizas.

El 16 de julio instalé la tienda-puesto al lado de un nido que contenía tres huevos y que estaba entre unos achaparrados sauces. Resultaba imposible ocultar la tienda, pues no había a mano ninguna materia a propósito para cubrirla, por lo

que tuve que meterme en ella conforme estaba, esperando que la cubierta verde no ofendería la vista de la señora terrerita; mas a pesar de una espera de tres horas, atormentada por los mosquitos, no logré lo que deseaba. El ave voló locamente alrededor de la tienda, pero no volvió ya a los huevos, y por fin tuve que desistir, como de un mal negocio. También contribu-



FIG. 12.—LA TERRERITA (EROLIA TEMMINCKII)

yó en gran parte a este resultado un indígena borracho que andaba tambaleándose por la marisma con una botella de *vodka* en la mano, instando a todo el mundo a participar de su contenido. Es lo peor que tiene el *vodka*, que sin duda posee alguna de las cualidades del filtro medieval de amor, a juzgar por el afecto a la filantropía que parece inspirar a sus víctimas. A la mañana siguiente fuí a visitar a los vecinos de al lado, y tomé a mi servicio al pequeño Nicolai Protyvik, el cuarto de los más jóvenes de este apellido. Claro está que me fué imposible explicar a este muchacho en qué le iba a emplear; pero, con la encantadora cortesía característica de su raza, me siguió al momento. Lo que verdaderamente me costó trabajo fué evitar que

el resto de la familia se viniese también conmigo, cosa que ansiaban por enterarse del asunto de que podría tratarse.

El fotógrafo siempre pasa un mal rato al acercarse al nido que ha decidido fotografiar. ¿Lo habrá abandonado el pájaro y estará haciendo en vano todos estos preparativos? Esta vez los huevos estaban calientes, demostrándonos con esto que el ave los acababa de dejar, y sin duda alguna se hallaría vigilándonos por allí cerca. Me introduje en la tienda con la máquina y rogué a Nicolai se marchase en seguida a su casa, prometiendo darle dulces—*konfetie*—por la tarde si así lo hacía. Pero la cara de Nicolai se contrajo, permaneciendo disgustado. ¿Por qué sería esto? ¿No le gustaban los dulces? Kopecks no valía la pena de dárselos, pues en Golchika no había en qué gastarlos. Con una sonrisa y un expresivo gesto de súplica me dijo: *Koureet, koureet!* ¡Como buen pequeño siberiano, no quería azúcar, sino cigarrillos.

Antes de que desapareciese Nicolai, el pájaro volvió al nido, pues esta estratagema de enviar un aliado fuera de la tienda es de tan excelente resultado, que pocas veces deja de engañarse con ella a las más astutas aves. Pero la terrerita era extraordinariamente asustadiza, y el ruido del obturador a cada exposición la ahuyentaba con un relampagueo de pequeñas alas grises lanceoladas; a esto seguía un tedioso tiempo de espera, en tanto que el pájaro daba vueltas y vueltas alrededor de la tienda, tratando de enterarse de qué podría provenir aquel ruido.

Nunca volaba directamente hacia los huevos, sino que se posaba a cierta distancia y corriendo se iba hacia ellos haciendo pequeños zigzags por entre los sauces.

Con su cuerpecillo color gris y sus movimientos espasmódicos, más bien parecía un ratón que un pájaro. Este caso demuestra claramente el alcance de la fotografía como ayuda para la ornitología. Los fanáticos se quejan a veces de que la máquina fotográfica ha revolucionado el campo de estudio de las aves, y hasta cierto punto es verdad; pero ¡qué se dirá de un testimonio cuyo valor científico no siempre demuestra el sexo

del original! Los fotógrafos de aves se fían demasiado de que las que están en el nido tienen necesariamente que ser las hembras, y cada año se publican cierto número de fotografías rotuladas definitivamente en lo que al sexo se refiere, sin ningún otro testimonio que el de que el observador «juzgase, por el proceder del ave, el que ésta fuese hembra». Si a estos operadores se los pudiese persuadir a que empleasen la escopeta en unión de la máquina durante una estación, la confianza en el juicio que de esta materia tienen vacilaría.

Yo cogí terreritas de ambos sexos en el nido; pero lo que no puedo decir es si alternarían en la incubación o si este trabajo lo haría entero uno de ellos. Los pollitos de estas aves son mucho más grises que los de la churrilla minuta, y fuera del tamaño, se parecen a los de la churrilla alpina. A fines de julio los bebés de terrerita bullían por todos sitios, y los perros de Antonoff empleaban la mayor parte de sus ocios en corretear alrededor de la isla y engullir todos los que podían. Cuando los perseguían encarnizadamente, he visto a estos volantones lanzarse al agua y nadar tan diestramente como los falaropos.

Para expediciones de esta especie no es cosa fácil la elección de máquina fotográfica, pues es imposible ir provistos de aparatos voluminosos, y por lo tanto hay que elegir una con la que se pueda hacer el trabajo de dos o tres. Es sumamente difícil para el ornitólogo, pues para fotografiar aves se necesita un aparato especial. Sólo existe una clase de máquina que llenara todos los requisitos, y ésta es un reflex. Lo malo del tipo reflex es su peso y su coste, y además tampoco es muy a propósito para tomar fotografías de nidos. Pero, por lo demás, la ventaja de enfocar en el momento de la exposición sobrepasa en alto grado a las desventajas, sobre todo cuando el fotografiado es una cosa tan inquieta como un pájaro. Todas las ilustraciones ornitológicas y la mayor parte de las otras que figuran en este libro las tomé con una máquina reflex Birland, construída para mí exprofeso por Mr. Armytage Sanders, de Londres.

Está construída expresamente para fotografías de aves y, según tengo entendido, es la única reflex de placas del tamaño de 8 por 0,50 centímetros que puede emplearse con una lente de 35 centímetros de distancia focal. Yo encontré esta última medida de inestimable valor en todo el viaje siberiano: en suma, en muchísimos casos me fué indispensable.

CAPÍTULO VII

El chorlito oriental.—La agujeta.—Distribución de los pájaros en Golchika.—El medio chorlito.—Algunas otras aves.—La gaviota de Siberia.—El retor.—El eider.—El cisne.—El somormujo de garganta negra.—El somormujo de garganta roja.—El cisne de frente blanca.—El ganso de cuello rojo.—Emigración de los gansos.—Escasez de aves de presa.—El zorro azul.—Algunas aves más pequeñas.—El triguero de Laponia.—La alondra de los prados.—Emigración de otoño.—Gargantiazules jóvenes.

Uno de los pájaros que más abundaban en la *tundra* era el chorlito oriental, al que los samoyedos llaman *tilyoko*. Si una de estas aves encuentra a alguien a media versta de su nido, en seguida empieza a silbar para que su compañera escape de éste, y entonces los dos van escoltando al importuno hasta los confines de su campo de cría, en donde, por así decirlo, es entregado a la próxima pareja de espionaje. Esto ocurría una y otra vez, y así, durante millas y millas la marcha de uno se acompañaba de un coro de silbidos lastimeros, *eli-i-qui,* que partían del ave que corría ante uno y fuera de tiro, uniéndose a los de las que estaban en los cerros lejanos de la *tundra* y que sólo se las podía ver con los anteojos.

El primer nido lo encontré el 4 de julio, y contenía cuatro huevos empezados a incubar; estaba construído con briznas de liquen que había en el borde de un talud cubierto de hierba

larga. Tanto Seebohm como Mr. Popham encontraron el chorlito europeo *(Charadrius apricarius)* en el Yenesei, y el último dice que en las partes de la *tundra* en que estas dos especies crían reunidas se las distingue fácilmente por su canto; mató una de estas aves que tenía las axilas semicoloreadas, que ha sido clasificada como una forma intermedia entre la oriental y la occidental; pero lo que por mí puedo decir es que en Golchika no encontré mas que *Charadrius fulvus*. Los huevos ha-



FIG. 13.—EL CHORLITO ORIENTAL (CHARADRIUS D. FULVUS).

cen eclosión hacia el 20 de julio, y, como ocurre con la churra, en cuanto los pollitos están en condiciones de correr por la *tundra* los padres los llevan a los pantanos, donde se van formando bandadas poco a poco. El día 1.º de agosto exploré un trozo de terreno pantanoso situado a unas veinte millas de Golchika, y en un pedazo que no tendría más de un cuarto de milla cuadrada pude contar nada menos que cinco parejas de chorlitos, el mismo número de churras y gran cantidad de churrillas de la especie minuta. La mayoría de estas últimas se mantenían apartadas de las otras aves, reuniéndose sólo con los individuos de su especie; pero las churras y los chorlitos hacían muy buenas migas. Pequeñas pandillas compuestas por dos o tres miembros de ambas especies se lanzaban intranqui-

las y salvajes al pantano, y muchas veces tuve ocasión de observar que tan pronto como se posaba un chorlito sobre la hierba en seguida venía a su lado una churra. Los dos estaban reunidos chillando durante uno o dos minutos, y entonces se lanzaban a un tiempo a otro sitio. Esta amistad entre dos especies tan diferentes era muy interesante y por demás notable. El *guic-guic-guic* de las churras daba en seguida a todos los chorlitos el alerta, así como el melancólico *cli-i* o el *qui-e-eo* del chorlito lanzaba a las churras zumbando por los campos de cría en alocadas bandadas.

Esta tendencia a reunirse antes de que las crías estuviesen en pluma se explica fácilmente. La sociabilidad en la vida de los animales es una de las leyes principales. Es una cosa anormal el encontrar un ejemplar aislado, y cuando esto ocurre tiene su explicación, que es debida, como pasa en algunas aves de presa, al género de alimentación, y con más frecuencia al cambio producido en el mundo animal por el rápido aumento del género humano. Es digno de mencionarse que existen especies en regiones densamente pobladas que llevan una vida completamente solitaria, mientras que las mismas especies u otras afines son gregarias en países deshabitados (1), ocurriendo esto en parte con el chorlito. En mi país, los territorios de cría van siendo cada vez más escasos, y para encontrar una docena de parejas de chorlito que estén criando habrá que recorrer muchas millas; así es que las aves diseminadas por las ciénagas tienen incentivo para congregarse hasta que llega el otoño y se ven aumentadas por las que emigran del Norte; pero en la *tundra*, donde abundan y viven en condiciones primitivas, su inclinación natural hacia la vida social es muy manifiesta, pudiéndose igualmente decir esto mismo de la churra.

Me intrigaba saber por qué estas aves descendían a los pantanos de *sphagnum* desde las laderas cubiertas de hierba en que crían, y saqué en conclusión que sería porque las crías

(1) KROPOTKIN: *Mutual Aid among Animals*, pág. 20.

necesitasen agua, pues no hay duda de que lo que las atraía era el pantano. En agosto llegaron a descender cierto número de ellas a las orillas del río Golchika, que habitaban por lo menos a una milla del territorio de cría más cercano. Allí maté una de estas aves, cuyo plumaje moteado de ocre, del primer otoño, tenía todavía una pequeña corona de plumón entre sus nuevas plumas frontales. El chorlito no emigra de Golchika hasta fines de agosto, y en dicha fecha vi bandadas de veinte y treinta de estas aves que iban volando Yenesei arriba.

La agujeta fué la última en emigrar de las seis aves zancudas raras de Golchika y, ¡ay!, también fué la única cuyo nido no pude encontrar. Escaseaba en este distrito, y no vi mas que dos parejas. Los samoyedos le llaman *Tufek*. Dicen que llega allí muy temprano, en la primavera, y corretea por los helados charcos, horadando el hielo con su largo pico y chillando con impaciencia por la llegada del deshielo. Como ocurre en todo el mundo con la mayor parte de los conocimientos populares sobre las aves, puede ser que en esto haya algo de verdad. Las agujetas crían en las partes más altas de la *tundra*, que son las que antes se ven libres de nieve, y a mí me parece que deben empezar a poner muy temprano, pues algunas de ellas que vi el 12 de julio indudablemente debían de tener crías por allí cerca. Su canto de alarma ha sido silabeado como *lou-ey-lou-ey-lou-ey;* pero para mí sonaba exactamente como el *clapper-clapper* que se produce al aguzar una guadaña en la piedra de afilar.

Alrededor de Golchika había tres clases diferentes de terrenos, y al poco tiempo de estar allí se podía aprender la clase de aves que en cada una de ellas se podría encontrar. En primer lugar había las orillas del río y los pantanos vecinos, siendo los representantes de dichos lugares las churrillas, los falaropos, los combatientes y la churrilla alpina. Luego había las colinas secas y pedregosas que separaban la *tundra* de la marisma, parte en la que se podría encontrar la alondra alpina —pendenciero *dandy* de collarín color canario—, algún que otro culiblanco y veintenas de andarríos. Y por último, en la misma

tundra había chorlitos, trigueros de Laponia, churras y el medio chorlito. Este último, aunque mucho menos interesante que la mayoría de las zancudas de aquellos contornos, me gustaba más que ninguna otra. Es una avecilla muy gentil y muy inocente, y tan atractiva por su mansedumbre como por el atavío de su plumaje, de matiz sombrío. Encontré varios nidos y también dos o tres pálidos pequeñuelos de sedoso plumón, en el que ya se vislumbraba algún indicio de la vestimenta color de naranja que poco a poco habrían de adquirir. Más adelante los medio chorlitos se reunieron en pequeñas pandillas familiares,



Fig. 14.—El medio chorlito hembra (Charadrius morinellus).

o de «viaje», como las suelen llamar los viejos cazadores de aves ingleses; pero durante todo junio bandadas de aves desparejadas frecuentan las cimas de las colinas. Algunas veces, al tropezar en el terreno inculto y musgoso, se oirá un pequeño retintín de notas, como gotas sonoras que cayesen de lo alto, y media docena de matucos al parecer de hierba se alzarán volando, formando una bandada de aves tímidas, pero activas, que, rozando sobre la *tundra*, volverán a posarse un poco más lejos, fuera del alcance de la vista.

Una vez que estaba tumbada, detrás de un montecillo acechando un medio chorlito adulto con tres crías que ya podían volar, salió de pronto un águila ratonera, que empezó a dar

vueltas por encima, y supongo que este ave iría en realidad en busca de *lemmings* (1) y no de medio chorlitos; pero la madre se supuso en seguida que iba en busca de sus crías. Con un dulce *chirrr*, los tres volantones se remontaron, pues ya sabían muy bien cuidarse; pero la valiente madrecita (como ocurre con tantas otras madres del género humano) no comprendía que sus crías ya no estaban necesitadas de protección, y tomando su partido, empezó a inclinarse de lado chillando nuevamente, fingiendo con mucho arte que tenía un ala rota. Al pronto, tanto ella como el águila puede decirse que estuvieron jugando a los despropósitos, pues ésta ni siquiera había visto las crías, y aunque las hubiera visto habría comprendido en seguida que era trabajo inútil el perseguir unas aves que ya volaban tan bien. Si se hubiera estado quieta cuando el águila daba vueltas encima de ella, todo habría marchado bien; pero como no fué así, sus aleteos la tentaron, y se arrojó malignamente sobre ella. No pudiendo consentir que tal prueba de amor maternal tuviese un fin semejante, dejé los anteojos por la escopeta y envié al águilas dos onzas de perdigones. Claro está que a tal distancia ni siquiera desordené las plumas de su fornida pechuga; pero el escopetazo la hizo cambiar de dirección y el valiente chorlito tuvo tiempo de escapar.

Otra madre valerosa es el lagópodo. A fines de julio encontré una nidada en un pequeño valle predilecto de las alondras de los prados y de los mosquitos. Después de una empeñada caza me procuré tres polluelos, que metí en el estuche de la máquina fotográfica. No bien los oyó la madre piar, corrió a ellos con la mayor solicitud, y así pude fotografiarla varias veces cuando estaba a diez pies de mí. El macho también demostró mucha ansiedad, pero no se atrevió a acercarse tanto como su compañera. Por la fotografía se verá que en latitudes tan altas el lagópodo nunca pierde del todo el plumaje blanco de invierno.

(1) Pequeño roedor del grupo de las arvícolas, común en los países del Norte. Emigra en ejércitos. *(Nota de la edic. española.)*

Es interesante encontrarse con que las Islas Británicas no se hallan tan al Sur de la avifauna ártica, pues cinco sextas partes de las especies que vi a 70° de latitud Norte están comprendidas en los catálogos ingleses. De éstas, doce crían regularmente en este país y la mayor parte de las otras se las suele ver de paso. Algunas de ellas son tan conocidas en sus guari-



FIG. 15.—EL LAGÓPODO HEMBRA (LAGOPUS ALBUS).

das europeas, que sólo las mencionaré de pasada. Estas eran los combatientes y churrillas alpinas, que anidaban entre la larga hierba de los pantanos, y una sola agachadiza, que revoloteaba por la isla, emitiendo durante todo el día sus cantos solitarios de amor. También había algunas golondrinas de mar, que anidaban en una colonia vocinglera, cerca del río. Las golondrinas del Yenesei tienen gustos decadentes. En Inglaterra son los más limpios y diestros pescadores, y sólo cogen la presa viva y en agua clara. Pero en Golchika andaban todo el día alrededor de las pesquerías en busca de las entrañas del

pescado y de cualquier otra clase de desperdicios que tirasen al agua. En esta tarea las ayudaban las gaviotas, y cientos de estas aves se reunieron en Golchika en el mes de agosto. Estas eran las gaviotas de Siberia *(Larus fuscus antelius)*, como les gusta llamar a los ornitólogos a lagaviota de Siberia de lomo

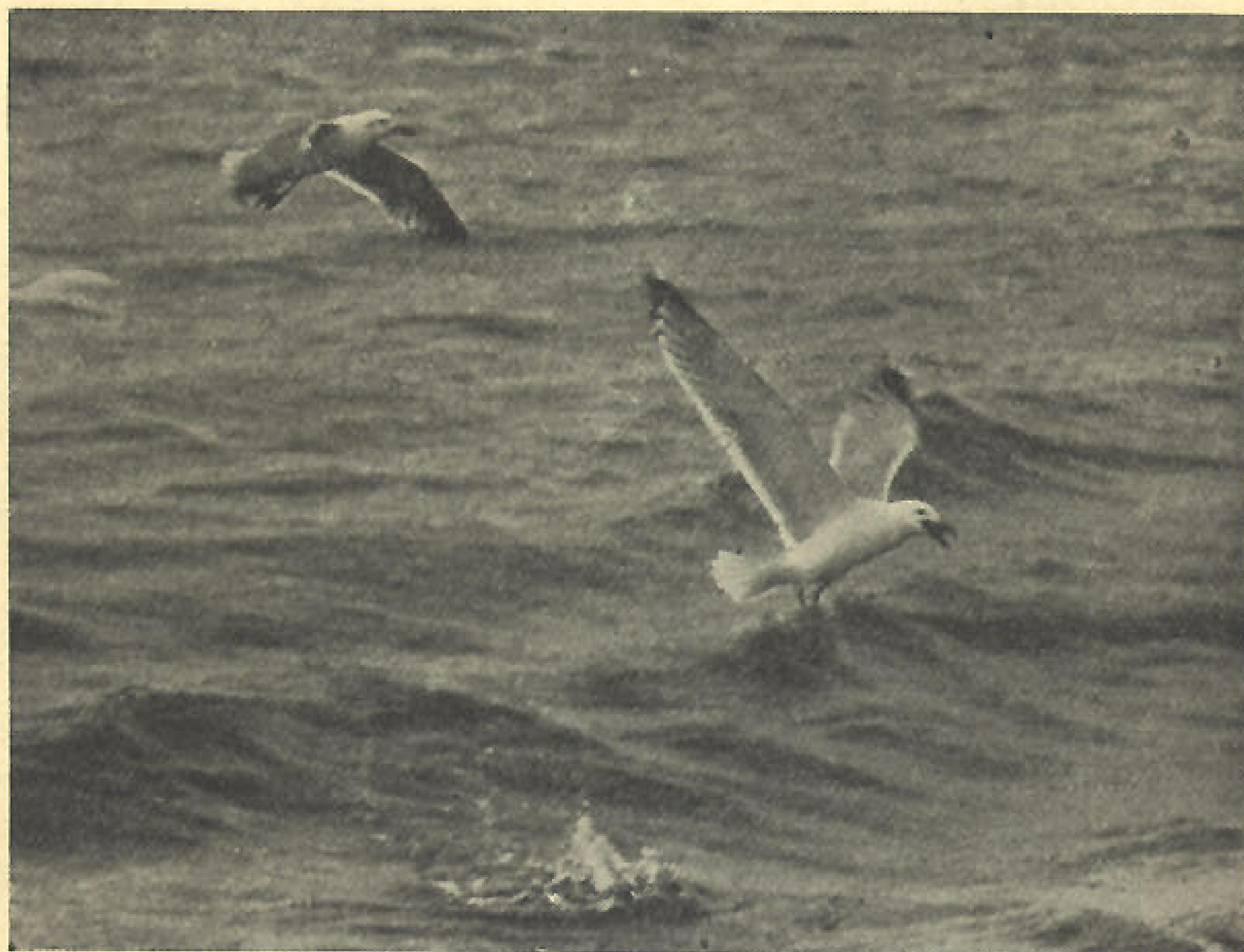


FIG. 16.—GAVIOTA SIBERIANA (LARUS ANTELIUS).

menos negro, nombre que parece haberle sido impuesto por la Naturaleza. Este ave difiere de nuestra *Larus fuscus* en ser algo mayor y tener el manto más pálido. Míster Popham me dice que cuando él estuvo en Golchika encontró una colonia considerable de estas gaviotas. Actualmente no existía dicha colonia, y aunque una o dos veces hallé alguna que otra pareja criando en Och Marino y en Sloika, nunca pude encontrar sus huevos. Los individuos que vi por Golchika tenían casi todos el plumaje del segundo al tercer año, y de nueve que me trajo Sylkin, ocho eran hembras.

El único pato que abundaba en Golchika era el retor. Estas

aves pululaban en los lagos, y hasta mediados de julio, fecha en que se iban a la *tundra* a mudar de pluma, se podían ver en el Yenesei bandadas de ellas desaparejadas. Frecuentemente oía su aguda y áspera gritería o las veía arreglándose las plumas sobre los azules témpanos de hielo, cuando atravesaba por los pantanos a la luz del sol de media noche. El que llamó al retor *Harelda glacialis* conocía no sólo lo que corresponde a la ciencia, sino también lo conveniente de lo expresivo y pintoresco en nomenclatura. Lo mismo ocurre con el *Clangula glaucion* y con el petrel *Oceanites oceanicus*. El significado de estos nombres no dirá nada al vulgo, pero agradan al oído como el Himno nacional o la *Marcha fúnebre* tocadas en el órgano pueden, por su grandeza y majestad, impresionar aun al hombre más incapaz de sentir la música. Aunque no comprendamos el latín, no podremos llamar al pequeño tordo de agua *Colymbus glacialis*, como tampoco reconoceríamos al gran somormujo septentrional por el nombre de *Cinclus aquaticus*. El que dió al falaropo de cuello rojo nombre tan trivial no tenía una idea tan exacta del valor de los sonidos como el ornitólogo que en un principio le llamó *Phalaropus hyperboreus*. En uno de los casos, el nombre específico suena vulgarmente al oído, conviniendo igualmente a cualquiera nueva variedad; pero en el otro resuena grandiosamente, con cierta sonoridad propia de un ser que pasa la vida batallando con el viento y las olas en lugares tristes y solitarios.

En Golchika no vi nunca el pato eider (1); pero a principios de julio me trajo Prokopchuk una pareja—un macho espléndido y una hembra—, y nos contó una historia, no sé si inventada por él o indígena, y era que el *ga-ga*, como él le llamaba, es, en cierto sentido, un ave de distinción, y que si una de rapiña la acosa en la época de anidar, los patos de otras especies la ayudan a ahuyentar al enemigo. Es curioso cómo los hombres acogen las leyendas acerca de algunas aves. A veces, como pasa con nuestro petirrojo y la golondrina de granero, es por aso-

(1) También *pato de flojel*. *(Nota de la edic. española.)*

ciación; otras, como ocurre con los eider de Islandia, por utilidad; pero otras, como en el caso del *ga-ga*, no puede atribuirse a ninguna de estas dos cosas.

Ningún ave ha logrado tanta riqueza de representaciones por la historia de su vida como el cisne. Desde la tragedia de los niños de Lir hasta la llegada de Lohengrin, son tantas y tan hermosas las leyendas en que figura, que casi ni sorprendía hallar este mismo sentimiento en el Yenesei. El cisne salvaje no anida en Golchika, aunque se encuentra en Sopochnaya, donde los indígenas los tienen en gran estima, y realmente le revisten de las mismas cualidades con que la gente del Sur suele dotar al pelícano. El cisne es para ellos la personificación del amor maternal; en cambio, del ganso dicen que es una mala madre. Cuando los zorros jóvenes van a la *tundra* para robarles los huevos, éste huirá gritando; el cisne, por el contrario, hará frente a los ladrones, matando al que intente tocar su nido, quitándose la vida, si es preciso, antes que abandonar las crías.

Los somormujos fueron las últimas aves que criaron en Golchika, por tener que esperar a que quedaran libres los lagos, lo que no sucedía hasta que la nieve se derretía. El 12 de julio cogí huevos frescos. Encontré especies de garganta roja y de garganta negra; pero, por experiencia, opino, como Mr. Popham, en contra de la opinión de Seebohm, que la primera de ellas era la más abundante de las dos. El somormujo de pico blanco (*Gavia adamsi)*, que cría en las *tundras* orientales, a veces visita el Yenesei durante la emigración de primavera.

En Escocia había encontrado el somormujo de garganta negra; pero nunca oí de su lenguaje mas que un extraño chillido. En el Yenesei constantemente oía un silbido muy bien modulado, repetido dos o tres veces, tan salvaje y de tanto alcance como el canto de cualquier ave zancuda. Realmente no parecía que tal sonido pudiese proceder del cuerpo grotesco del *ga-garra*, y aunque muchas veces sospeché fuese del somormujo de garganta negra, no pude resolver quién era el autor hasta que un día, en que estaba tumbada observando patos al

lado de un lago en la *tundra*, voló hacia mí inopinadamente una pareja de somormujos, que se metieron en el agua unas doscientas varas más lejos. Empezaron a jugar por el lago, persiguiéndose el uno al otro, sumergiéndose y nadando reunidos a lo largo de la orilla. Con frecuencia, con los cuellos rígidos y los picos terciados, lanzaban este silbido sobrenatural y melancólico, que podía oírse desde una milla o más de distancia. Yo creo que este canto es el de amor entre ellos.

Detrás de la casa de Sylkin había un charco pequeño, en el que una pareja de somormujos sacaron dos polluelos. Los chicos de Sylkin cogieron aquella tarde uno de ellos y me lo llevaron en seguida. Era un monstruo pequeño y espantoso, cuyos miembros temblorosos y llenos de escamas y cuyos ojos torcidos tenían el aire de los saurios, que en los padres se vela discretamente con las plumas. El verano anterior había fotografiado a este somormujo en las Outer Hebrides, pero para completar la serie necesitaba una cría en plumón. Como la luz iba desapareciendo, tuve que dejarlo para el día siguiente, y me fuí a la cama llevándome al animalito y acomodándolo dentro del camisón, para que no tuviese frío. Al principio el pobre infeliz fué el más incómodo compañero de lecho que darse puede, gritando incesantemente hasta que se le calentaron las frías y endebles patitas, pero después se instaló muy tranquilamente.

Por la mañana quise fotografiarle, pero era un modelo de lo más impertinente. El profesor Newton (1) cita el caso de un pollo de *Podicipes fluviatilio*, que no tendría más de doce horas, que cruzaba una mesa de un lado para otro, «arrastrándose tanto con las alas como con las patas». El somormujo mío hacía mucho más que esto: con patas y alas se movía en rápidas sacudidas y cruzaba una tira de barro de treinta pies de anchura a tal velocidad que pasé los imposibles para poderlo coger. Cuando le colocaba en el agua, invariablemente se iba nadando hasta la orilla, donde se subía sobre la hierba. Me inclino a pensar que los somormujos, en cuanto nacen, pueden

(1) *Ibis*, 1889, pág. 577.

no sólo andar por tierra, sino que también sacan buen partido de esta facultad. Si no fuese así no podría explicarse fácilmente por qué en Golchika se los encontraba tantas veces en los charcos pequeños y en los arroyos a cierta distancia de los lugares en que habían nacido, y cómo llegaban al río antes de tener plumas en las alas.

El hermano de mi pollito se crió en salvo. Desde un principio fué algo mayor que su gemelo, pues es una cosa muy corriente que una de las crías de somormujo sea de mayor tamaño que la otra; lo que no sé es si esta diferencia se debería al sexo. Se le dispensaron todos los cuidados y mimos que por derecho habría tenido que compartir, y durante todo el día sus devotos padres volaban de un lado para otro entre el charco y el mar, llevándole pescado para que satisficiese su apetito. Cuando se visitaba el lugar se veía a esta pareja nadando de aquí para allá con los picos alzados, en la actitud de altanero orgullo que caracteriza a estas aves. Detrás de ellos se arrastraba el desgarbado pollito, con su piquito también alzado, en una parodia absurda de lo que hacían los padres. Parecía estar más satisfecho cuando se echaban a volar y le dejaban arreglárselas por sí solo. Entonces podría decirse que estaba nervioso, pues a cada momento pretendía beber. Esta es una costumbre típica del somormujo adulto cuando está inquieto, y era interesante el encontrarla en un ave tan joven.

Los somormujos ponían tan tarde los huevos y el período de incubarlos era tan largo, que este polluelo, como tantos otros, a mediados de agosto todavía estaba en plumón, y me hacía pensar cómo se arreglaría para adquirir la fuerza necesaria en las alas para poder atravesar tantos cientos de millas al Sur antes de la llegada de los hielos. El 25 de agosto llegó al río. Todavía no podía volar, y a menos de que sus padres le hubiesen llevado a cuestas, habría tenido que irse arrastrando durante media milla de *sphagnum* y de madera de arrastre, pues no había otro paso para llegar al charco en que nació. Chillaba terriblemente, como hacen los niños que temen algún chapuzón, y trataba de encaramarse sobre el lomo de la madre; pero ésta hacía un regate y se escabullía buceando, saliendo de sopetón una o dos varas más lejos. Tres o cuatro somormujos adultos salieron a presenciar la iniciación del polluelo en su elemento usual, armando una espantosa gritería hasta que llegó la noche. Pero después de que obscureció, el pequeño debió de reunir todo su valor para nadar contra corriente, pues, escoltándole sus padres, pasó por delante de la choza por la noche y a la mañana siguiente estaba nadando en salvo donde nada podía lastimarle, en el hinchado seno del Yenesei.

El cisne más abundante en Golchika era el de frente blanca *(Anser albifrons)*. Seebohm también enumera el ganso pequeño de frente blanca *(A. finmarchus)*, pero yo no vi ninguno de esta especie. Los indígenas trajeron una vez un ganso salvaje que mataron, en muda, en la *tundra*, y otro día una pareja de gansos de cuello rojo *(Branta ruficollis)*, que fueron los únicos que vi en el Yenesei.

La partida de los cisnes empezó el 14 de julio, durando una semana; en tal tiempo estas aves emigraban durante el día, de dos en dos, de tres en tres, a docenas y en bandadas de cientos, a los lugares de la *tundra* en que mudaban la pluma. Ellos se lanzaban graznidos unos a otros según iban volando, y todas las patrullas seguían sin apartarse el curso del río Golchika. De esta manera vagaron durante cuatro y cinco semanas los jóvenes por los lagos del continente, en espera de que les creciesen las plumas para el vuelo. Durante la última parte de septiembre volvieron tranquilamente en bandadas, tanto los viejos como los jóvenes, con un plumaje flamante, a pasar un par de semanas apacibles en las llanuras de Breokoffsky. Cuando Mr. Popham recogió en 1895 los huevos del ganso de cuello rojo, recuerda que siempre estaba construído su nido al pie de un risco ocupado por un halcón o por un águila de patas plumosas, «probablemente para protegerse de los zorros». Prokopchuk, que se interesaba algo por las aves, dijo que ésta era una costumbre de los gansos de frente blanca que crían cerca de Golchika, y los comparaba con el reno salvaje, que durante el verano tiene sus crías cerca de las madrigueras de los lobos,

que más tarde les harán guerra a muerte. Quizá sea este mismo deseo de protección lo que hacía que las agujetas que míster Popham menciona (1) anidasen en los territorios de cría de una pareja de gaviotas de Buffon.

Es imposible repicar y andar en la procesión, y la estación fría, que llevó a las churras y al falaropo gris a los límites más meridionales de su área, disminuyó el número de *lemmings* y, del mismo modo, el de aves de presa. Los halcones y las águilas ratoneras escasearon y a la lechuza de las nieves sólo la vi tres veces. A las gaviotas negras, tanto la de cola larga como la ártica, se las veía rara vez; pero a principios de julio recogí, muertos en la *tundra*, dos o tres ejemplares de la primera especie, y que seguramente morirían envenenadas por los cebos dispuestos para los zorros.

La desaparición de los *lemmings* fué la causa probable de la disminución de los zorros, lo que afectó a su vez directamente al pueblo de Golchika, pues gran parte de sus ganancias se derivan de las pieles de estos animales. Por lo que pude observar, aquí se emplean tres especies diferentes de cepos. El primero es un gran aparato de madera que parece copiado de la guillotina, en el cual la víctima es aplastada por la caída de una viga de madera. El segundo, que era el usado por los siberianos, consistía en un martinete de hierro semejante a un cepo inglés de cazar ratones, pero con las ramas sin dientes. El tercero, que nunca vi usar, pero del cual conozco el modelo que hizo Neobi, el hijo de Sylkin, funciona por medio de un resistente resorte, que cuando se suelta, al alzarse el cebo hace que un fuerte bloque de madera, sujeto por largos clavos de hierro, caiga, empalando al animal. Cuando los samoyedos van a cazar zorros rastrean la presa hasta su cubil. Entonces rastrillan la nieve con un instrumento de hueso de mango largo, algo parecido a un «rascador alomado», como los que empleaban nuestros antepasados en tiempos remotos, instalando el cepo a la entrada del agujero. Dicen que de esta manera el zorro no sos-

(1) *Ibis*, 1897, vol. III.

pecha la intervención humana, como pasaría si por el olfato conociese el empleo de las manos del hombre en la nieve. Algunas veces machacan el hielo al borde de un charco y colocan el cepo donde el animal ha de ir a beber. Hace algunos años se encontró cerca de Golchika un mamut (1), y durante todo el invierno los indígenas emplearon esta carne, helada, en alimentar a sus perros y como cebo para sus cepos.

En 1914, las pieles escogidas de zorro blanco costaban treinta rublos; pero el año anterior el precio había sido de cuarenta rublos (cuatro libras). Éste era para pieles de invierno. A

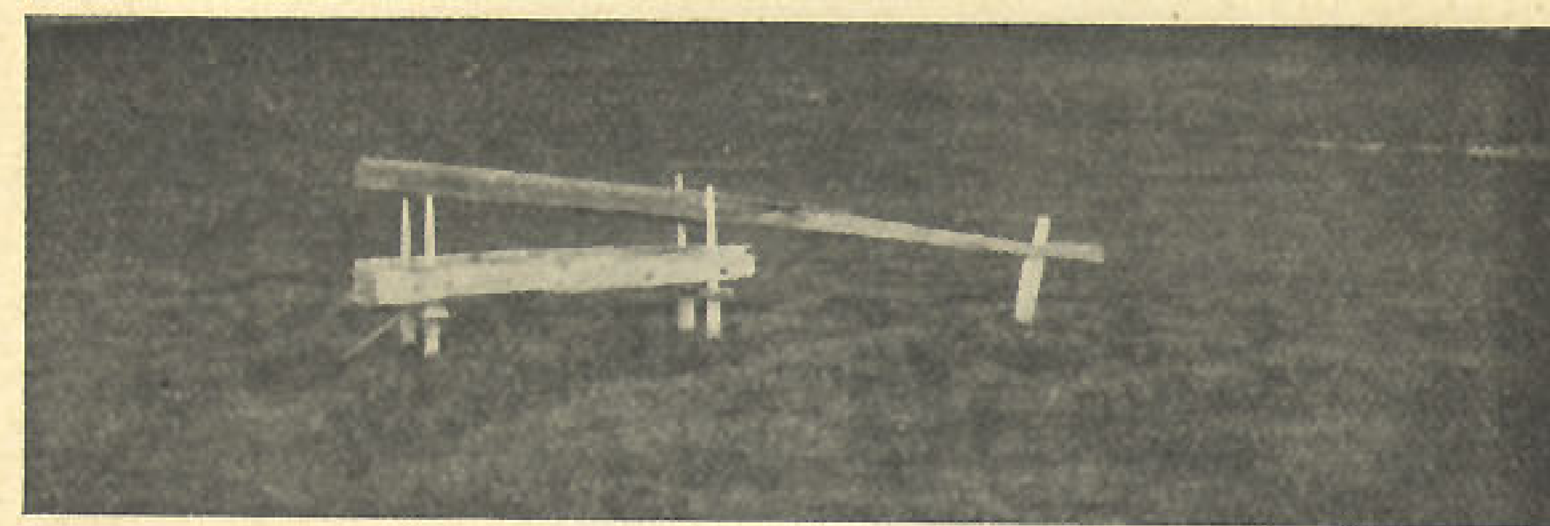


FIG. 17.—TRAMPA PARA RAPOSOS EN LA «TUNDRA».

veces se vende el zorro blanco en verano, cuando su color es gris, y entonces se le llama «zorro cruzado», nombre debido a las manchas obscuras del lomo. Las pieles verdaderas de zorro azul valen ahora por lo menos cien rublos la pieza. No hace muchos años se podían comprar por cinco o diez rublos; pero esto pasaba en los días de oro del comercio de pieles, antes de que el pobre indígena conociese el valor que alcanzan sus productos en los mercados de Occidente. En la actualidad resulta casi tan barato el comprar las pieles en Yenesiesk como en los *chooms*.

(1) El verdadero mamut, *Elephas primigenius*, era un elefante lanudo viviente en el cuaternario medio, y hoy extinto. En Siberia, y en capas de hielo fósil, se han encontrado varias veces cadáveres enteros de mamuts, con su piel y lanas, cuya carne, congelada, se ha conservado a través de las edades. *(Nota de la edic. española.)*

A fines de agosto fueron unos dolganes a casa de Prokopchuk y le vendieron un cachorro de zorro azul de unos dos meses, el cual nos regaló, y que durante una semana vivió en una perrera que había fuera de nuestra choza. Era una monada aquel zorro, de un gris azulado desde las puntas de las peludas orejas hasta la colita, que parecía una brocha. Su cara era graciosa e inocente, con los ojos muy separados y de color que armonizaba con el de su piel. El *koursa,* nombre que le dan los samoyedos, realmente nunca se domestica, y aun cuando se le cogía, demostraba más cólera que temor; era una carga muy exigente, que a todas horas hacía levantar a sus guardianes con los chillidos con que pedía la leche condensada que le dábamos como alimento. Constantemente tomaba por uno de los suyos a *Jest,* que a estas horas, ¡ay!, cuelga en el almacén de Prokopchuk como un flácido pellejo, y la perseguía con horribles chillidos de cariño, con gran disgusto de este respetable animal. Si se le daba un pedazo de pescado se apresuraba a enterrarlo, gruñendo de una manera imponente al hacerlo, y a los pocos minutos lo volvía a encontrar, regocijándose por su hallazgo. Y vuelta otra vez a empezar, hasta que las delicias del descubrimiento se pasasen. ¡Pobrecillo! Hubiese sido imposible llevarle de este modo hasta Inglaterra, por lo que, cuando salimos de Golchika, se lo dejamos a Anastasia Ivanowna, que tenía un don admirable para domesticar animales salvajes, y me figuro que medraría bajo su cuidado.

El cachorro de zorro me sacó de los senderos de la ornitología; pero hay pocas aves que no haya enumerado en la lista, excepción hecha de los pequeños pinzones que había al lado del agua y sus semejantes. Entre la madera de deriva vivían algunas parejas de trigueros de las nieves, y una o dos pajaritas de las nieves criaban en los tejados de los *balaganes.* Durante algún tiempo frecuentaron la isla una pareja de linaceros, de los que maté uno, que resultó ser un macho, no en cría, de *Linota linaria.* Los culiblancos y las alondras alpinas eran muy abundantes en las secas colinas de la *tundra.* Estas eran las aves que criaban más tarde, y el 20 de julio maté un macho con el bonito



EL ZORRO AZUL.

plumaje a manchas del primer verano. El triguero de Laponia abundaba más. Cuando llegué a Golchika, los machos todavía cantaban, y su breve y alegre música, que emitían al azar volando o dejándose caer sobre los sauces, animaba frecuentemente hasta los más tristes paisajes. A veces emitían un largo sonido, que parecía como si viniese de un ventrílocuo, y que me hizo en ocasiones escudriñar el horizonte buscando un lejano chorlito, encontrándome con que había sido engañada por un triguero que estaba casi a mis pies. De este pájaro hallé muchos nidos en la *tundra;* mas los esfuerzos que hice para fotografiarlos alimentando a sus crías fueron inútiles. Oculté cuidadosamente la tienda y me pasé casi dos días enteros enfocando una cría medio en plumas; mas no conseguí exponer ni una sola placa. Los trigueros adultos también suelen emplear la treta de las zancudas, de fingir un ala rota para desviar al enemigo del nido. Llega uno a cansarse verdaderamente de la breve y monótona nota doble con que, como con los golpes de un diminuto *gong,* anuncian la invasión de sus territorios de cría. En agosto marcharon los pájaros adultos a las partes altas de la *tundra* para mudar la pluma, y en tanto las jóvenes crías, reunidas en bandadas, visitaron los alrededores de los *balaganes* tan confiadamente como los gorriones, a los que se parecen, mirándolos a simple vista, cuando tienen todavía el plumaje sombrío y pardo de los pájaros no adultos.

En Golchika, donde todas las aves empezaron a anidar en igual fecha, los huevos de las mismas especies hicieron eclosión en idéntico día. Por lo tanto, hubo el día de las churrillas minutas, en que cada charco, así como en los bordes de los arroyos, hervían de churrillas minutas; día de trigueros de Laponia, en que la *tundra* estaba llena de estas aves, etc., etc. El día de las alondras de los prados fué el último que llegó, pues estas aves fueron también las últimas que criaron, en espera de los mosquitos. La alondra de los prados era el único pájaro de la *tundra* que cantaba. Era de la sangre real de la alondra, y daba gusto contemplar su admirable caída desde lo alto del espacio, acompañada de una lluvia de melodías. Igualmente que

las alondras, estas avecillas eran muy pendencieras. Cada pareja ocupaba un espacio de terreno—que generalmente era una cañada de poca profundidad, por la que corriese un arroyo desde la *tundra*—, y le guardaban celosamente; yo he visto uno de estos pájaros espantar una pareja de combatientes cuatro veces mayores que él, y constantemente reñían con las alondras alpinas, cuando éstas últimas se descarriaban al bajar de las cimas de las colinas.

Las alondras de los prados alimentaban a sus crías cierto



FIG. 18.—TRIGUERO DE LAPONIA (CALCARIUS L. LAPPONICUS), PLUMAJE JOVEN.

tiempo después de que éstas dejaban el nido. Tomé nota de hembra que vi en 7 de agosto con el pico lleno de mosquitos, cuando ya todas las aves, excepción hecha de los gansos y somormujos, se podían valer por sí mismas. Parecía como si alimentasen a sus crías hasta el día de la emigración de vuelta, pues hacia el 15 de agosto desaparecieron todos ellos, al mismo tiempo que los mosquitos.

No era tarea fácil el obtener de los naturales una información referente a las aves, en parte por desconocer su lengua, y en parte porque las dividían en dos clases: las que podían comerse y las no comestibles.

La primera división, en la que incluían los patos y los gansos, la conocían muy bien; pero de la segunda, que comprendía la mayoría de las otras aves, no se ocupaban en absoluto. Los nombres que cito a continuación me los dió un samoyedo que reconoció las pieles en mi colección.

A miss Czaplicka le debo el deletreo exacto en inglés de los sonidos indígenas:

Perdiz blanca, *Abba*.
Pato careto, *Nyavoie*.
Ganso, *Dgiotu*.
Chorlito, *Tilyokko*.
Agujeta, *Tufet*.
Gaviota de mar, *Tannykka*.
Pato de flojel (1), *Tulloni*.

Golchika era el lugar menos a propósito del mundo para poder hacer observaciones relativas a la emigración de las aves, debido a la extensión enorme de la localidad, y aun más a estar situada tan al Norte, por lo que del paso de las diferentes especies por allí, en su camino río arriba, no podía deducirse la región de donde procedían. En las costas de Inglaterra, un tropel de grandes culiblancos significa una emigración de Islandia, y la aparición de los pinzones y gargantiazules indica la vuelta desde Escandinavia. Pero en la mayoría de los casos la misma Golchika era la última parada de los seres alados, y los visitantes del Norte se presentaban con tanta frecuencia en su propio país de cría, que resultaba imposible decir si serían pasajeros de latitudes más altas o no.

Sólo pude observar dos especies que no anidasen también en Golchika. La primera era un hirundínido (2), que el 14 de julio—una tarde fría y húmeda—observé piando de un lado para otro sobre un lago de la *tundra*. Le apunté dos veces cuando giraba delante de mí; pero las dos erré el blanco. *What's hit's history: what's missed's mystery?* Nunca habrá seguridad sobre la identidad de este extranjero; pero, por su rabadilla blanca, por su tamaño, mayor que el de nuestro vencejo

(1) El pato de flojel es el eider.
(2) Del grupo de nuestras golondrinas.

común, y por tener la parte de abajo de color obscuro, creo que este pájaro era el vencejo de Siberia *(Cypselus pacificus)*, natural del Asia Oriental, que se extiende por el Norte hasta Kamchatka. De todos modos, un hirundínido, de cualquier especie que sea, es un recuerdo interesante de las *tundras* del Yenesei.

El segundo paso de especies que no criaban se advirtió el 12 de agosto, y por dos o tres días cruzaron por la isla numerosas partidas de revuelvepiedras.

La marcha de las aves que crían es más difícil de relatar. Las fechas que doy a continuación sólo son aproximadas, pero darán alguna idea de la desaparición de unas especies tras otras, según fué declinando el verano:

Falaropo gris salió el 5 de agosto.
Churra, el 15 de agosto.
Alondra alpina, el 10 de agosto.
Alondra de los prados, el 15 de agosto.
Golondrina de mar, el 18 de agosto.
Falaropo de cuello rojo, el 18 de agosto.
Pajarita de las nieves, el 20 de agosto.
Churrilla minuta, la mayoría de ellas antes del 25 de agosto.
Terrerita, la mayoría de ellas antes del 25 de agosto.
Churrilla alpina, hacia el 25 de agosto.
Combatiente, hacia el 25 de agosto.
Triguero de Laponia, hacia el 25 de agosto.
Triguero de las nieves, hacia el 25 de agosto.
Culiblanco, hacia el 20 de agosto.
Chorlito, hacia el 2 de septiembre.
Chorlito gris, hacia el 20 de agosto.
Andarríos, hacia el 2 de septiembre.

Prokopchuk me dijo que la lechuza de las nieves y el lagópodo se retrasan a veces hasta octubre.

Uno de los más interesantes detalles relacionados con la emigración de otoño en la desembocadura del río fué la aparición de cierto número de gargantiazules jóvenes del año en la primera semana de agosto, que rondaron por las orillas de aquél y por los *balaganes* hasta fin de mes. Míster Popham (1) también menciona haber visto pájaros jóvenes en Golchika en el mes de agosto. Según creo, el gargantiazul no cría al Norte de Pustoy, que está a un centenar de millas más arriba del río. Parece como si hubiera en estas especies cierta tendencia entre los pájaros jóvenes del año a efectuar una emigración hacia el Norte completamente insensata. No valdría la pena de mencionar este hecho si no hubiera una ligera evidencia de que los pájaros jóvenes de algunas otras especies viajan hacia el Norte en las pocas semanas que transcurren desde que vuelan del nido hasta el tiempo en que deben reunirse para la gran emigración al Sur. ¿Qué se propondrán las aves vagando de esta manera, cuando ni el tiempo ni el hambre las obligan a partir? ¿Será que la llamada del Norte, contestada tantas y tantas veces en la vida de la raza, halle una temprana respuesta en la vida individual del ave? Yo me pregunto si será esto.

(1) *Ibis*, 1897, vol. III.

CAPÍTULO VIII

Primeros días en Golchika.—Llegada de los vapores.—Nuestra choza.—La comisaría.—Reloj de sol casero.—El «Lena».—Disturbios en la familia de Prokopchuk.—El «Rey del Alcohol».—Mosquitos.—Pescadores indígenas.—La gente del «balagan».—Un barquero contrariado.—El encanto de Golchika.

La primera quincena de nuestra estancia en Golchika la pasamos, según hemos dicho, en la tahona de Antonoff, y durante ese tiempo el lugar estuvo más o menos animado por la llegada de los vapores de Yenesiesk, que traían las primeras noticias del mundo exterior que llegaban a la entrada del río desde el pasado septiembre.

Uno o dos días después de la vuelta del *Oryol* llegó el *Yenesei,* propiedad de Mr. Kutcherenkoff, y el 4 de julio apareció el *Turukhansk,* buque del Gobierno, y todos estos vapores iban trayendo a Golchika veraneantes; Kutcherenkoff trajo dos hombres para que trabajasen en su fábrica de conservar pescado; uno de ellos era un joven siberiano de Yenesiesk, llamado Micha, y el otro, un desterrado político de la clase más baja, cuyo nombre era Cherniavinski, condenado por diez años, de los cuales ya llevaba ocho al servicio de Kutcherenkoff. Su delito era el haber pertenecido a una sociedad prohibida; pero su forzada estancia en Siberia le había quitado la afición a la política, y aseguraba que cuando cumpliese su condena no volvería a mez-

clarse en asuntos de ese género. Cherniavinski era la única persona, fuera de nosotros, con quien podía hablar en cualquier idioma excepto el ruso. A menudo me llevaba en barca por el río, cuando yo iba de excursión, y llegamos a entendernos bastante bien, hablando él en yiddish (1) y respondiéndole yo en alemán. En realidad, la misión de estos dos hombres, enviados a Golchika por Kutcherenkoff para ayudar aparentemente a la pesca, era la de vigilar los tratos de Prokopchuk, su superior jerárquico. Como el establecimiento de envase de pescado de Kutcherenkoff estaba situado en la isla al lado del de Antonoff, Cherniavinski y su compañero vivían en uno de los pequeños *balaganes* de la orilla del río.

El *Turukhansk* trajo también dos trabajadores para Antonoff; éstos eran Alexis Petrovitch, un letón alto de luenga barba, y su simpático hijo Vassilli. Con el aumento de todas estas gentes Golchika se convirtió en un populoso lugar, sobre todo cuando los samoyedos empezaron a llegar de la *tundra*. El establecimiento indígena, que a nuestra llegada se componía únicamente de la cabaña de Sylkin y de dos o tres *chooms*, sufrió tal aumento que a mediados de julio eran siete u ocho las familias acampadas en la orilla del río, y las proximidades de la *tundra* se veían moteadas de rebaños de renos que pastaban. Gran parte de la marisma estaba limpia de nieve, y los ríos, que hasta entonces se desbordaban por las orillas, achicaban ahora su cauce en términos de que ya dejaban al descubierto grandes extensiones de arena a cada lado de las bocas del Golchika.

Pero, a todo esto, teníamos que buscar un nuevo alojamiento, pues aunque los Antonoff eran muy amables y hospitalarios, no podíamos ocupar su tahona indefinidamente. El

(1) Grupo de dialectos germanos de la Edad Media, hablados por los judíos, que contiene enorme número de palabras hebreas germanizadas y en su literatura emplea caracteres hebreos. Contiene cerca de 70 por 100 de alemán, 20 de hebreo y 10 por 100 de voces eslavas, a modo de jerga que para su comercio empleaban los judíos de las diferentes naciones. *(Nota de la edic. española.)*

mismo Michael Petrovitch tenía que irse a Krasnoyarsk en el *Turukhansk*, para vender sus pieles, y durante su ausencia se iba a hacer obra en la casa para agrandarla, y aun cuando nosotros llevábamos una tienda de campaña, no es Golchika lugar a propósito para utilizarla, porque sus playas son llanas y pan-



FIG. 19.—«CHOOMS» EN GOLCHIKA.

tanosas, por efecto de la nieve, que las cubre durante tanto tiempo. Prokopchuk, sabedor del apuro en que nos hallábamos, nos propuso una casa de baños deshabitada, que había pertenecido a sus obreros y que estaba situada en tierra firme, a mitad de camino entre su morada y la boca del río. Con un pequeño arreglo la transformamos en una gran choza, y días después nos trasladamos a ella.

La casa distaba una media versta del brazo izquierdo del río Golchika, y desde su puerta se veía lo que pasaba en todos los rincones del establecimiento. Volviéndose a la izquierda y mirando río abajo hacia la isla, se veía la casa de Antonoff, con las dos pesquerías enfrente, y si la curiosidad le llevaba a uno

a emplear los gemelos, se podía ver a Anastasia colgando la ropa lavada para que se secase y a Nura y Tania charlando con Vassilli, el simpático joven letón. Hacia el Este se distinguía el río Golchika y las bajas colinas que limitaban la *tundra,* y más cerca, en el punto en que el río se ocultaba por la curva que describía un cuarto de milla más allá, la baja y obscura vivienda de Prokopchuk. De frente en línea recta, aparecía el río Golchica, de aguas poco profundas, y la isla, y detrás, sobre la tierra firme del otro lado, los *chooms* del establecimiento indígena, que formaban como una fila de pequeñas pirámides; y por si no fuera bastante, subiéndose al tejado y dirigiendo la vista por detrás de la isla y de los *chooms,* el lejano horizonte del Yenesei, por donde una tarde se puso el Sol.

Nuestra casa se hallaba muy cerca de la orilla, y, como todos los *balaganes* del país, estaba construída con madera de deriva; su tejado era de turba, y como todas las grietas estaban tapadas con musgo, era tan caliente y agradable como sólo puede serlo una casa de madera. Se componía de dos habitaciones, cada una con su puerta, que se abrían del lado del río. La de la derecha, que era la mayor, fué ocupada por miss Czaplicka, miss Curtis y por mí, y la de la izquierda, por Mr. Hall y Vassilli.

Los escaños de madera de la casa de baños habían quedado en su sitio, y cuando extendimos sobre ellos las pieles de carnero y los sacos de dormir parecieron unas lujosas armaduras de cama. Cada habitación tenía su estufa rusa, y ésta, casi una institución, no es otra cosa que una caja de hierro sobre cuatro patas cortas, la cual se calienta en cinco minutos y a la media hora ya ha templado la habitación. La mayor parte de nuestros guisos, por lo menos aquellos que no podían hacerse al aire libre, en un fuego abierto, los cocinábamos en estas estufas. Nuestro *balagan* era suntuoso, cada habitación tenía su buena ventana. Miss Curtis se empeñó en que colocásemos sobre el antepecho de la nuestra una caja de cerillas, una botella de salsa de Wórcester y un pedazo de jabón, alegando que así parecía una tienda; en efecto lo parecía, y confirmó a la gente

de Golchika en su creencia de que, a pesar de nuestras negativas, éramos realmente comerciantes, que habíamos adoptado como reclamo aquel pretexto.

Después que pusimos unos cuantos colgaderos y estantes, la choza fué adquiriendo un aspecto más agradable y semejante al de la propia casa. Gerasim Androvitch, que parecía tan satisfecho de ella como si fuese a habitarla, nos prestó una mesita, además de la que nosotros llevábamos, y también algunos taburetes de campo, y no es necesario decir que no sobraba mucho sitio con los utensilios de tres personas en un cuarto de doce pies por quince, por lo cual durante el día amontonábamos multitud de cosas en las literas. La cama de miss Czaplicka contenía cuadernos de notas y calibradores y además una porción de instrumentos de los indígenas; cuchillos, pipas y piezas de arreos de los renos colgaban de la pared. Miss Curtis tenía la suerte de que su surtido de mercancías para la venta consistiese en cepillos y cuadernos de apuntes, que después de empaquetados abultaban muy poco; pero en cambio mi rincón era el más atestado, y cuando no le ocupaba yo no quedaba ni una pulgada cuadrada que no lo estuviese con la colección de pieles de aves y las cajas de ejemplares. Aunque el Golchika corría a unas veinte varas de nuestra puerta no podíamos utilizar su agua para beber porque era muy amarga y arrastraba mucho barro, por lo que teníamos que ir a buscar la de un pequeño arroyo que venía de la *tundra* y corría a un estadio de distancia. La madera no nos faltaba, pues había cuanta necesitábamos, porque en Golchika las orillas del río están atestadas de maderos que las corrientes de la primavera arrastran de los bosques; la mayor parte de la madera de deriva es de sauce y de álamo, pasado por su larga permanencia en el agua, y los habitantes la utilizaban lo mismo para quemar que para la construcción.

Cuando el *Turukhansk* volvía hacia el Sur, el 4 de julio, nos despedimos de Michael Petrovitch, haciéndolo con tanto mayor sentimiento cuanto que no era seguro que volviésemos a encontrarle antes de nuestra vuelta a Inglaterra. Siempre que Michael Petrovitch iba a Krasnoyarsk llevaba puesto su traje de

ciudad, y en vez de la gorra de piel, chaqueta de terciopelo negro y *sapakgi* (1), que usaba en Golchika, se cortaba el pelo y se ponía un lazo de corbata, unas botas amarillas baratas y un sombrero de jugador de bolos que era para una cabeza mucho más pequeña que la suya, y estaba tan prendado de este traje, que casi se ofendió de que nosotros encontráramos mejor el de todos los días.

Después de que el *Turukhansk* se dió a la vela y se perdió tras el brumoso y movido horizonte, Golchika se preparó seriamente para la estación de pesca, trabajándose sin descanso, pues es sabido que en Golchika no existen durante el verano las noches. Todo el mundo comía y dormía cuando le parecía; pero la hora ordinaria de irse a acostar era la de las tres de la mañana, y, en consecuencia, por lo común nadie se movía hasta el mediodía. Estas horas eran de lo más inconveniente para un fotógrafo, pues aunque el Sol lucía durante las veinticuatro horas, cuando estaba muy bajo en el horizonte la calidad de luz no era, ni con mucho, tan buena como cuando estaba más alto; pero en aquellas desfavorables condiciones tenía que sacar la mayor parte de las fotografías. La gente parecía salir como los conejos, cuando concluía lo mejor del día, y trabajaba hasta la mañana siguiente. En Golchika no había ningún reloj público. Cuando dejamos el *Oryol* pusimos en hora nuestros relojes; pero pasadas una o dos semanas empezaron a variar, unos adelantándose cinco minutos, otros atrasándose diez, y así pasaba con todos. Una mañana visitamos a los Antonoff a una hora que suponíamos ser las once y que según ellos era la de las ocho, y para demostrárnoslo nos enseñaron un reloj de sol confeccionado en casa, trazado por Alexis Petrovitch, el obrero letón, y que consistía en un clavo metido en un trozo de madera, y la sombra del mediodía era contrastada por medio de la brújula. Todos arreglamos nuestros relojes con aquél, y durante unos días vivimos con la hora reglamentaria; pero pronto comprendimos que había algún error, porque el Sol en lugar

(1) Botas altas.

de llegar al cenit al mediodía llegaba a las diez, por lo cual volvimos a consultar el reloj, y nos dimos cuenta de que cuando Alexis aplicó la brújula sobre el indicador la influencia magnética de éste había desviado la aguja; en vista de esto substituímos la clavija de hierro por una de madera, y desde entonces las indicaciones del reloj fueron más exactas.

El 18 de julio, Kutcherenkoff, que había estado comerciando en el Sopochnaya, llegó a Golchika, de paso para el Sur. Estuvo muy atento con nosotros, y gracias a él pudimos conseguir la cómoda vivienda en que habitábamos, pues su carta de recomendación había sido muy bien atendida por Prokopchuck. Durante todo el día estuve trabajando en la isla, y a mi vuelta a casa le visité en el vapor, que estaba amarrado junto a la estación de pesca; me invitó a tomar *tchai* en su camarote, y los dos elogiamos el tiempo, sin que otro asunto se mezclara en la conversación, por lo que no pudo prolongarse mucho. Ni él sabía nada de inglés ni yo comprendía el ruso; de modo que nos mirábamos uno a otro como si fuésemos mudos, y nos reíamos de aquella situación. Por fortuna, Kutcherenkoff tuvo una inspiración, e hizo venir al camarote al contramaestre, que era un griego que hablaba lo mismo francés que ruso, y que, por lo tanto, nos sirvió de intérprete, pudiendo así entendernos admirablemente, pues lo que yo decía en francés el griego se lo repetía en ruso a Mr. Kutcherenkoff, y viceversa. El comerciante había navegado por todo el río durante largos años, y su conversación era muy entretenida, pues el Yenesei, a pesar de su extensión, es como una calle de pueblo—una calle de 1.700 millas de longitud, donde toda la gente comercia y tiene negocios con todo el mundo—; tenía muchas cosas que contar.

Él mismo, aunque uno de los comerciantes más ricos del Yenesei, era nieto de un criminal de humilde extracción, lo que no trataba de ocultar. Uno de los hechos de sus primeros años es todavía celebrado en el Yenesei. Él y otros siete remolcaron, hacía muchos años, río arriba desde Potapooskoye a Yenesiesk una carga de mil libras, en lo que emplearon un mes,

haciendo el viaje sin calzado. «No valía la pena», según nos dijo sonriendo.

Había conocido mucho al capitán Wiggins, y también a Schwanenburg, el curlandés que se asoció a los esfuerzos de Wiggins para abrir al comercio el Yenesei. Me contó que Schwanenburg empleaba todo el tiempo que tenía libre en cazar pajaritos *(malenki pteetza)*, y no se separaba de su escopeta ni aun para comer. Continuamente salía del camarote y corría a la orilla para cazar algún pájaro cuyo canto había llegado a sus oídos. Estos recuerdos me interesaban mucho, porque Schwanenburg proporcionó muchos ejemplares a Seebohm, y es muy probable que bastantes de las pieles que se conservan en el Museo Nacional de Londres sean de esta procedencia. El nombre del capitán Wiggins se recuerda todavía en el Bajo Yenesei; aun la gente cuenta cómo hizo el viaje a Krasnoyarsk en un trineo de caballos, durante el invierno. A unas cien yardas de nuestra casa se conservaba una interesante reliquia de una de las aventuras de este hombre intrépido.

En 1889 se había enviado a Golchika un cargamento de huesos de animales para ser transportado a Europa por el mar de Kara. La barca que los transportaba encalló en el río Golchika, y los restos de su casco pueden verse todavía en la playa, bajo un montón de huesos blanqueados. Era grato para nosotros que aquellos ingleses que visitaron el país del Yenesei dejaran tras si un nombre que todavía se recuerda con veneración por el noble y honrado proceder de los que le llevaron. Es seguro que otros comerciantes de diversos países, que han seguido las huellas de Wiggins, comerciantes a quienes los ignorantes indígenas y siberianos todavía llaman, por esto, *angliski,* no lograrán destruir esta favorable impresión.

Después de la partida del *Yenesei* aguardábamos impacientes la llegada del vapor del Gobierno, el *Lena,* el cual, con su barcaza, había salido de Krasnoyarsk el 20 de junio y debía llegar a Golchika el 10 del mes siguiente. Esperábamos este barco con especial interés porque debía traernos el correo, el primero que recibiríamos desde que dejamos nuestras casas a fines de

mayo; por esto, cuando llegó el vapor con un retraso de diez días y no hubo cartas para nosotros, quedamos todos muy contrariados.

La llegada del *Lena* fué motivo de una orgía tanto en los *chooms* como en los *balaganes,* y cómo los jaraneros intentaban a veces invadir nuestra casa, agradecimos mucho a Mme. Antonoff que por la tarde nos invitase a cenar en su casa. Por causa de las obras que se hacían en ella, una de las paredes de la cocina había sido derribada y quitado el fogón. Una inglesa, en general, habría necesitado un aviso con un mes de antelación para preparar una comida para veinte personas en aquellas circunstancias; pero Anastasia, sin aturdirse, coció su *pirog* y preparó el samovar en la estufa, que provisionalmente habían arreglado en el dormitorio. Algunos de los pasajeros del *Lena* asistían también, y entre ellos se encontraban una señora polaca, mujer de un desterrado político en Turukhansk. Su marido, que aunque sólo contaba treinta y nueve años llevaba más de diez y seis encarcelado o en el destierro, había sido enviado por tres años al Yenesei. Su condena terminaba en la primavera siguiente, y el matrimonio estaba ansioso de verse libre de los mosquitos y de la monotonía de Monastir. Esta señora, con gran amabilidad, se ofreció a llevar nuestra correspondencia a Turukhansk, y aceptando su invitación pasamos a bordo del vapor, donde permanecimos una hora. La comparación de este barco con el *Oryol* era desventajosa para aquél en lo relativo a la comodidad de los pasajeros, porque los camarotes eran estrechos y obscuros. Sin embargo, era el barco más rápido del río, y aunque los ribereños se quejaban amargamente de la conducta de los oficiales, que a veces dejaban depositados los géneros a cien verstas de su destino, no molestándose en acercarse un momento a la orilla, transportaba la mayor parte del pescado del Yenesei.

La llegada del *Lena* causó gran movimiento en las casas de Prokopchuck, por la inesperada aparición de la más joven de las hijas de éste, muchacha de carácter más enérgico que su hermana, y que no transigía con estar subyugada, como la po-

bre Marusia, a su tía; así es que el verano anterior manifestó terminantemente a su padre que no permanecería por más tiempo en la casa mientras su tía usurpase el lugar que correspondía a su madre; y, en efecto, se había marchado a Krasnoyarsk para educarse a sí misma, y ahora volvía a Golchika, donde pasaría un mes para despedirse antes de emprender un viaje a Europa. Era, a no dudar, la preferida por Gerasim Androvitch, a quien es posible que la ausencia ablandase el corazón. Debió de mediar alguna explicación entre ambos, reconviniéndole ella por la conducta que seguía desde la separación de su mujer, y añadiendo que si su tía no se marchaba inmediatamente ella no permanecería ni un día más en la casa. Se convino en que Anastasia Ivanowna se iría a Krasnoyarsk en el *Lena* para comprar las provisiones de invierno, a pesar del temor de que durante su ausencia su sobrina anulase su influencia sobre Gerasim Androvitch, por lo que a última hora se negó a marchar, a menos de que la acompañase su sobrina. Por la noche, antes de que partiera el vapor, fuimos a hacerles una visita de despedida, encontrando a Gerasim Androvitch en estado de embriaguez, y por el aire de contrariedad que revelaba el resto de la familia comprendimos que habíamos llegado a interrumpir la disputa en que estaban enzarzados; nos invitaron a pasar al dormitorio; pero el porte de todos ellos revelaba tal preocupación, que la ceremoniosa comida que nos dieron tuvo casi el carácter de un rito sacramental. Anastasia particularmente, no dijo palabra ni probó bocado, limitándose a mirarnos ceñudamente desde el extremo de la mesa.

Apenas salimos de su casa, cuando Marusia vino corriendo a buscarnos como loca para decirnos que su tía acababa de atentar contra su vida tomándose una botella entera de vinagre muy fuerte. La paciente yacía fuera de la casa, presa evidentemente de fuertes dolores, y las mujeres todas lloraban ruidosamente, sin hacer tentativa alguna para aliviarla. El viejo Prokopchuk daba vueltas alrededor de ella con un vaso de coñac puro, que si se le hubiese dejado dárselo habría bastado para matarla al momento, pues su boca estaba horriblemente quemada por el ácido. Recuerdos algo confusos de las instrucciones recibidas unos cuantos años antes en un curso de lecturas sobre «Primeros auxilios a los lesionados» me hicieron aconsejar la administración de un vomitivo, y en la explicación del botiquín se prescribía para este caso mostaza, magnesia o disolución de sosa calcinada en agua; pero ninguna de estas cosas había en la casa. En vista de esto, alguien recordó haber visto emplear en casos de urgencia el yeso de las paredes reducido a polvo y disuelto en agua; inmediatamente nos volvimos hacia la pared; pero ésta estaba pintada de azul, y no nos atrevimos a administrar aquella pintura temible y desconocida sobre la dosis de ácido que Anastasia se había tomado. Por fin miss Czaplicka tuvo la feliz inspiración de darle leche condensada. La suicida estuvo muy grave durante algunas horas, pero hacia la mañana se inició la mejoría. Probablemente había calculado la dosis del veneno con mucha exactitud, esperando recuperar el afecto de Gerasim Androvitch por aquel medio. Las celosas diferencias entre tía y sobrina fueron finalmente apaciguadas con el arreglo de que ambas partiesen juntas a Krasnoyarsk, por lo cual Gerasim Androvitch quedó solo durante el verano, con Marusia para cuidarle. En un principio se vió tan abandonado que, no teniendo con quien hablar en su casa, solía hacernos visitas por las tardes. Casi siempre entraba hacia la hora de la cena, nos saludaba cortésmente y se sentaba, conversando amablemente en tanto que preparábamos la comida. Gerasim Androvitch no disimulaba sus intenciones, y, saliéndose de la costumbre, tan usual en nuestra sociedad, de aparentar que se marchaba, para que se le rogase que se quedara, él aceptaba desde luego la invitación como la cosa mas natural del mundo. Por el contrario, su hijo venía muy pocas veces, y cuando lo hacía ni hablaba ni comía, y lo único que podía sacarse de él era un sosegado: *Nyet spessibo*. A menudo se quedaba sentado en silencio durante una hora después de terminada la cena, pues le daba mucha vergüenza el levantarse y despedirse. Por regla general, estaba demasiado ocupado para pensar en visitas. Se pasaba todo el día, con el pequeño Michael, el criado,

trabajando en la orilla del río, amontonando grandes rimeros de leña para el invierno, o bien construyendo nuevos techados para guardar los víveres que Anastasia Ivanowna trajese de Krasnoyarsk, y todas las tardes iban a la isla para recibir pesca que los botes traían para Kutcherenkoff.

Sería muy aburrido que yo relatase todo lo acaecido diariamente durante nuestra estancia en Golchika, pues aunque en realidad los días estaban para nosotros llenos de incidentes, los detalles de nuestra vida no serían otra cosa que una lectura monótona. Inmediatamente después del desayuno mis compañeros se ponían a dibujar o se marchaban a visitar a los indígenas del otro lado del río, y yo me iba a dar un paseo por la *tundra*, provista de la escopeta y de la máquina fotográfica. Por regla general nos pasábamos todo el día fuera de casa y sólo nos reuníamos en ella al anochecer. Vassilli era el cocinero; pero aunque sus conocimientos culinarios no eran malos del todo, necesitaban cierta ayuda. Con nosotros habíamos llevado harina; pero como vimos que podíamos comprar excelente pan tanto a la señora Antonoff como a los Prokopchuk, no tuvimos necesidad de hacer uso de ella, lo que fué una gran suerte, pues los intentos de Vassilli de cocer pan en una de las estufas de leña no habían dado un resultado apetecible. Durante el verano pudimos procurarnos todo el pescado que quisimos. Por supuesto que en Golchika es puntillo de honor que cuando un extranjero pide pescado se le ha de *dár* y no vendérsele. El pescado que principalmente se cogía allí era el omul, que es una especie de trucha de mar con carne blanca. Era de muy buen comer y producía un caviar rojo muy bueno. También el nyelma, o salmón blanco, que era mayor que el omul, y que yo le encontraba muy desagradable, pues tenía una carne blanca y blanducha como la del pescado que los indígenas llaman un *spent*. Algunas veces Vassilli y yo proporcionábamos algún pato. Nos habían prevenido que la carne de estos patos del Yenesei era fétida y con sabor y olor a pescado, pero todos los que comimos eran excelentes, y aun la carne del eider, que era un poco correosa, también era muy agradable. Sin embargo, los huevos

del retor tenían un pronunciado sabor a pescado. Yo encontré una nidada de ellos recién puesta, y los hicimos revueltos para la cena, valiéndonos de una maquinilla de alcohol, resultando excelentes, pues el gusto a pescado era realmente una cosa que mejoraba el plato. A veces le comprábamos a Prokopchuk un poco de carne de reno; pero generalmente la carne de venado era dura y desagradable; sin embargo, la comíamos por variar del eterno pescado y de las conservas. Es asombroso que la gente de estos rudos climas pueda pasarse sin frutas ni vegetales, ya sean frescos o en conserva. Las patatas y los limones cuestan carísimos, debido al precio del flete río abajo, y sólo se los ve en las mesas de los colonos más acomodados. No es extraño que abunde tanto el escorbuto en la Siberia del Norte.

El *Lena* y los mosquitos llegaron a Golchika casi a un tiempo. Habíamos oído hablar tanto de esta plaga y habíamos traído tal cantidad de medios de defensa, como velos y guantes, que nos sorprendimos agradablemente al ver que las cosas no eran, ni con mucho, tan malas como las suponíamos. La estación del mosquito sólo dura un mes, y aunque cuando hacía calor molestaban mucho, si el aire era fresco se pasaban días enteros sin que viésemos ninguno. Por regla general, para mis excursiones por la *tundra* llevaba un velo; pero debido a lo molesto que esto era y a lo difícil que me resultaba espiar a los pájaros a través de él, rara vez me lo ponía. Afortunadamente, la picadura de los mosquitos árticos no era, ni con mucho, tan virulenta como la de los del Sur. A los siberianos y a los indígenas no parecían molestarles mucho. Yo vi a un samoyedo continuar calmosamente su trabajo teniendo sobre el cuello media docena de ellos sedientos de sangre, con las patas extendidas y la proboscide (1) introducida en la piel; bueno es decir, sin embargo, que la estación era poco propicia, por lo fría, para aquellos insectos, y que quizá esto influyese en lo moderado de sus ataques.

Acerca del clima de Siberia existe en Inglaterra una idea

(1) O trompa.

muy poco exacta, y si hubiese atendido a las recomendaciones de mis amigos habría ido equipada como para una expedición ártica; claro está que en invierno el frío es muy intenso y que junio y septiembre son a veces muy fríos; pero en julio y agosto el tiempo generalmente es hermoso, y aunque no llegue a ser tan caluroso como un verano escocés, sin embargo, el calor no deja de molestar. Generalmente corre un viento Norte o Este siempre frío; pero dicen los de Golchika que en invierno los temporales del Sur son los más temibles. Todos los habitantes contaban algo del *pourga*. En particular, Sylkin era incansable hablando de la terrible ventisca de la *tundra*. Una noche él y otro hombre volvían de Veronsova, pesquería situada a unas cuatro o cinco verstas al Sur de Golchika, y en el camino los cogió la tormenta, haciéndoles perder por completo la orientación. Después de errar algún tiempo por la *tundra*, Sylkin tropezó con un cementerio samoyedo, y comprendió que en vez de acercarse a Golchika se encontraban diez verstas mas arriba del río. Abrió un hoyo en la nieve y gritó a su compañero que hiciese lo mismo; la tormenta duró hasta el día siguiente, y cuando Sylkin abandonó su cueva se encontró solo, pues el otro no oyó sus voces y vagó por entre la ventisca, no habiéndose vuelto a encontrar su cuerpo. Michael Petrovitch contaba una aventura todavía más terrible: había salido él solo en su trineo, cuando le cogió la *pourga*, y él y sus perros estuvieron sepultados en un ventisquero durante seis días; dos de los perros murieron; pero los restantes pudieron arrastrar el trineo cuando la tormenta hubo pasado.

El 2 de agosto se guardaba como un día solemne; era la fiesta del *Bendito Ilia*, santo que entre los siberianos parecía ser como San Swithin, y que ejercía una influencia buena o funesta sobre el tiempo, según que sus devotos observasen o no su fiesta. Vassilli creía firmemente en el poder del santo, y nos refirió que como un sacerdote de Achinsk incitase a sus feligreses para que recogiesen las cosechas en el día de la fiesta, fué tal el disgusto de San Ilia, que las destruyó todas con fuertes tormentas. Ciertamente que los golchikanos no se ex-

pondrían a su cólera por trabajar; pero en cambio todos ellos se emborrachaban gloriosamente. Durante todo el día se tambaleaban a la orilla del río, reunidos en alegres pandillas, invitando a sus vecinos para que se les uniesen, pues los indígenas son gentes generosas que gozan compartiendo su botella de vino con sus amigos. Nosotros, sin embargo, cerramos nuestra puerta, asegurándola bien contra aquellos alegres compañeros, y encargamos a Vassilli, que era un excelente diplomático, que los convenciera de que no estábamos en casa, lo que en realidad era exacto, en el sentido convencional de la palabra.

Sin embargo, alguna cosa debió de disgustar al santo, porque, si bien la mañana fué muy buena, el cielo se nubló amenazadoramente hacia la noche, lo que nos causó una gran decepción, pues como el Sol se esconde el 2 de agosto a media noche tras el horizonte por espacio de uno o dos minutos, hubiéramos querido verle ponerse por primera vez después de dos meses en que no contemplábamos su puesta.

Al día siguiente fuí a dar un paseo por la orilla del Yenesei, con el pretexto de ver si encontraba el sitio donde anida la gaviota de Buffon, pero en realidad con el mismo objeto que me guió en otros muchos paseos que di por la *tundra* y a lo largo del río cuando lo más apremiante de la labor ornitológica había concluído, y que no era otro que el explorar parte de los alrededores del país, que hasta entonces sólo había visitado a la ligera.

Salí de casa por la mañana temprano y atravesé el río, dirigiéndome a la colonia indígena, la que encontré desierta porque todos sus habitantes estaban de pesca. La isla de Golchika estaba situada en el extremo de una larga y pantanosa península, que forma uno de los lados de aquella vasta bahía. Sus orillas son bajas y arenosas y estaban cubiertas de madera arrastrada por las aguas; por más de un estadio de la playa el agua apenas me llegaba a la rodilla, y a lo largo de los bajos las barcas de los indígenas estaban ancladas para la pesca del día; eran toscos botes de fondo plano, arrendados por los siberianos para la estación. Se los conducía por medio de tres cor-

tos remos de ancha pala, dos en un lado y uno en el otro, que se gobernaban, no por una palanca, sino por una pala. Requiere no poca destreza el conducir contra el viento un pesado bote del Yenesei, y los primeros ensayos de un novato resultan una vergonzosa sucesión de curvas en todos sentidos a través del río. Cuando los samoyedos van de pesca empujan su bote sobre un banco de arena, y uno o dos miembros de la familia desembarcan llevando uno de los extremos de la red. Entonces los demás se alejan unas doscientas varas, tendiendo la red a medida que van andando, volviendo luego a la orilla con el otro extremo. Reunida entonces toda la familia, tiran de ella. A veces pesa tanto con el omul, que trae a la memoria la pesca milagrosa; en cambio, en otras ocasiones casi sale vacía. Pero sea la pesca buena o mala, los indígenas siempre están contentos y comunicativos. Aceptan el tiempo como se presenta, sea favorable o adverso, no sintiendo por uno ni otro ni ingratitud ni queja, y si se les pregunta qué tiempo hará al día siguiente, responden impasiblemente: «¿Cómo podremos saberlo no tratándonos con Dios?» Durante estos últimos ocho años la pesca en Golchika ha ido decreciendo; la mayor pesca en una estación fué de 15.000 pouds; pero en el año en que yo estuve apenas se exportaron 2.000 pouds, a pesar de que en Breokoffsky Ostrov, doscientas verstas al Sur, sólo en una redada se recogieron 700 pouds de omul. Cada bote elige un punto, y allí trabaja durante todo el día, y entre redada y redada los indígenas se sientan en la arena y fuman o toman te.

Cuando llegué, algunas gaviotas siberianas volaban en derredor de los botes, y luego yo cacé una de ellas, que cayó herida en el agua. El más viejo y sucio de los indígenas lanzó un grito y empujó su bote, y yo me subí a la proa y cogí los remos, lanzándonos en su persecución, mientras que el resto de la familia corría de un lado a otro de la playa con gran algazara. La gaviota nos obligó a seguir largo tiempo por el río, y cuando la hubimos cobrado mi samoyedo y yo estábamos muy cansados. En aquel momento llegó un segundo bote, tripulado por un verdadero *kindergarten* (colegio de niños), no excediendo el mayor de los muchachos de doce años; en seguida empezaron a hacernos competencia por llegar a la orilla, gritando con júbilo y salpicándolo todo de agua en derredor. Los indígenas tomaron también parte en el juego y empezaron a achicar con el canalete, en tanto que yo remaba; pero los del *kindergarten* debían de ser ya maestros en el manejo de los remos, y nos adelantaron por una pequeña distancia, con gran contento de todos. Después repartí cigarrillos a todos los mayores de diez años y nos despedimos, quedando de lo más amigos.



FIG. 20.—UN PESCADOR INDÍGENA.

Luego de separarme de los naturales me fuí por las orillas de la gran bahía, que estaban tan firmes y duras para andar sobre ellas como podría estarlo un camino enarenado y apisonado. Daba gusto el poder andar con tanta facilidad a un paso

vivo, en lugar de ir dando tumbos sobre el *sphagnum* y las matas de hierba, como ocurría tierra adentro. Por la *tundra* era también penosísimo el andar, lo que, unido a las frecuentes paradas que había que hacer para identificar algún pájaro, creo que era causa de que nunca hiciéramos, por término medio, más de dos millas por hora al atravesarla. Al fin del día se sufría de un padecimiento cuya naturaleza ya se indica en el nombre que yo le di: «¡piernas de *tundra*!»

A unas doce millas de Golchika, y en el sitio en que pasa un arroyo hacia la playa, estaba situado el pequeño *balagan* de Kuria, cuyos tejados eran de césped. Sobre la arena se veían las redes tendidas a secar, y un par de botes se hallaban junto a la orilla. Cuatro lindas muchachas siberianas que estaban salando pescado me miraron sorprendidas al verme llegar. Les pedí me diesen un poco de agua hirviendo para hacer *tchai*, y entonces, siguiendo la hospitalaria costumbre siberiana, no sólo me trajeron te, sino también un magnífico pescado. A cambio de esto las convidé a que probasen un *angliski riba* (pescado inglés), y se rieron a carcajadas cuando saqué una lata de sardinas skipper. Me dijeron que se llamaban María, Olga, Elena y Katrina, y eran lo que en el Yenesei se conoce por *paisanos*, lo que quiere decir que venían por el verano río abajo y pescaban por su cuenta y no para un Antonoff o Prokopchuk, como hace la gente de Golchika, la que miraba a los paisanos como si fuesen inferiores a ellos. Esta familia había venido de Turukhansk en la barcaza del *Oryol*, acampando en la solitaria Kuria. Los sacos de la harina y los barriles de pescado los tenían amontonados junto al arroyo, y los demás enseres los guardaban en dos cofres rusos. Durante seis semanas pescaban noche y día, esperando ganar lo suficiente para vivir todo el año, y a fines de agosto se volverían otra vez al Sur. Todas ellas eran muchachas hermosas, tostadas por el sol; no sabían leer ni escribir, y ninguna de ellas tuvo necesidad nunca de que la viera el médico. Pasaban el verano sin ver a nadie, a no ser que fueran a Golchika, para lo que no disponían de mucho tiempo. Trabajaban día y noche en la pesca, arrastrando las

redes o poniendo el pescado en los barriles. Cada cual comía cuando tenía hambre y dormía cuando tenía sueño, sin contar el tiempo. Y detrás del *balagan*, el agua de los ventisqueros, según se fundían, corría murmurando un musical *drip-drip*, como si fuese un reloj que con su perpetuo tic-tac marcase la huída del corto y dulce verano septentrional. La vida de estas gentes de *balagan* era muy dura y monótona. La Naturaleza los había provisto solamente con abundancia de dos cosas, leña y agua, y ambas las tenían a la puerta de la casa. Sin embargo, parecían ser muy felices y estar contentos, y nos hicieron en la playa una merienda sumamente agradable, hasta que desembarcaron del bote dos hombres que se reunieron con nosotros. Ninguno de ellos parecía estar por completo repuesto de la fiesta del día anterior; sobre todo, uno joven, de pelo de un rojo muy subido y de semblante del más desagradable aspecto, el cual me desagradó aún más por lo que pude deducir de sus intencionados guiños a su vecino y de sus observaciones a las muchachas. Era muy curioso y empezó a jugar con mi escopeta, preguntándome si la vendería. Repliqué que no; pero parecía tan poco dispuesto a dejarla que temí fuera a quedarse con ella. Por esto le dije que era una *horroshie angliski rouschye*—una magnífica escopeta inglesa (siendo en Siberia la palabra «inglesa» como la marca más acreditada y de mayor valor)—, y con el pretexto de enseñarle su manejo conseguí que me la devolviera, y entonces la cargué con un par de cartuchos, después de lo cual ya no volvió a hablarme de ella; pero, en cambio, la emprendió con mi anteojo binocular, y luego con mi reloj de oro. Yo me valí del socorrido «no entiendo el ruso» para eludir preguntas inconvenientes, y para distraer su atención le propuse hacer una fotografía del grupo, propuesta que tuvo una gran acogida, y la familia entera corrió al *balagan*, volviendo al poco rato vestidos todos ellos con sus mejores trajes: las mujeres, con sus pañuelos de fiesta, y los hombres, con sus altas botas y su chaqueta de tela impermeable. El hombre pelirrojo se hizo más oficioso y colocó a todos en su sitio, en tanto que explicaba a su modo lo que era la fotografía. Es.

muy curioso que en todas partes el que habla de lo que entiende no es generalmente escuchado, y en cambio cuando trata de materias en las que es profano es cuando más atención se le concede. Si a mi trapacero amigo se le hubiese pedido que explicase la diferencia que existe entre el omul y el nyelma,



FIG. 21.—GENTES DE UN BALAGAN.

o que hablase de otra cuestión igualmente sabida sobre la pesca, habría respondido con toda sencillez; pero como no se trataba de esto, se dió mucho tono explicando la máquina al resto de la familia, pronunciándoles un discurso impertinente sobre su funcionamiento. Era el único que sabía escribir, y después de hecho el retrato trazó laboriosamente en mi cuaderno algunos jeroglíficos con la dirección, para enviarle una prueba desde Inglaterra.

Después de despedirme de las gentes del *balagan* fuí a dar un largo paseo ornitológico por la *tundra*, del resultado del cual doy cuenta en otro lugar, y por la tarde me volví a Golchika. La mayoría de los indígenas no habían vuelto aún, por

lo que tuve que esperar algún tiempo para que alguien me pasara al otro lado del río. Por fin vino un yurako con una pequeña canoa, y me bastó llamarle para que amablemente me llevase en ella. Pero en vez de dirigirse río abajo, hacia la choza próxima, que estaba a un estadío de allí, bogó en dirección a la isla, diciendo que iba a casa de Antonoff. Volví a decirle que me llevase a la otra orilla, y me indicó que si quería desembarcar allí o atravesar a pie la isla con él, uno de los hombres de la pesquería me acompañaría al otro lado del río. Continué sentada, repitiendo que no entendía el ruso y que quería ir a casa de Prokopchuk. Mi caronte gesticuló durante cinco minutos, y viendo que yo seguía impasible se rascó la cabeza tristemente, resultando tan cómica su perplejidad que no pude menos de reírme, aunque fuera poco compasivo el molestar al pobre hombre. Mientras sucedía esto salió de uno de los *chooms* una mujer y le preguntó lo que hacía, y evidentemente debió contestarle que no sabía qué hacer con aquella loca *angliski.* Su cara mitad le dió un consejo maligno, porque trató de empujar la canoa hacia la orilla; pero como no podía dejar el bote en el agua, se vió obligado a variar de conducta, y volvió a remar alrededor de la isla, hacia la choza, donde un vaso de vino le sirvió de recompensa por la molestia que le había ocasionado.

Golchika aparecía en su mejor aspecto en aquellas tardes de agosto, cuando el Sol, ocultándose ya en el horizonte Norte, esparcía sobre la *tundra* el encanto de su puesta y del resplandor crepuscular. Los pantanos bajos y llanos quedaban en la quietud profunda de la caída de la tarde, y a lo largo de las orillas del río los pequeños *chooms* y su cortejo de rimeros de madera de arrastre se destacaban en confusas masas obscuras. El canto de los pájaros era sosegado, excepto cuando a lo lejos silbaba un somormujo a sus crías o cuando una bandada de aves zancudas pasaba sobre mi cabeza. Una sagrada paz reinaba desde el Yenesei hasta el Taimyr.

Entonces, cuando la calma era más profunda, los cansados samoyedos bogaban hacia sus hogares después de la pesca del día. Sus amortiguadas voces rompían el silencio a medida que

pasaban en sus botes, que agitaban la superficie del agua, produciendo enormes ondas al pasar. A veces entonaban un canto monótono y bajo, con un breve y repetido estribillo, música tan primitiva y escueta como el lip-lap del agua al deslizarse bajo el bote o el pisar del reno sobre el musgo de la *tundra;* místico y melancólico, su cántico resonaba como el postrero canto del día, y la brisa de la noche despertaba los ecos de la *tundra.*

CAPÍTULO IX

En busca de nidos por el Golchika.—Canto matinal.—El falaropo gris.—Churrilla alpina.—Un dolgan.—El somormujo de garganta roja.—El pato careto.—La gaviota de Richardson.—El halcón peregrino.—Perplejidad de Sylkin.—El lagópodo.—«Vino».—Caza de un pez.—El ganso de frente blanca.—Chorlitos grises.—El estrecho.—Un ave pirata.—Huevos de chorlito.

A unas quince verstas de Golchika, pasado el valle del río de igual nombre, se extendía una marisma, en la que se veían algunos lagos de cortas dimensiones. Supe por Sylkin que míster Popham había encontrado allí el nido del *chorna-chika,* nombre que dan los naturales tanto a la gaviota pomarina como a la de cola larga, y él mismo me hizo un relato tan animado de los patos y gansos que crían a lo largo de las orillas del río, que me decidí a ir con él, acompañado de Vassilli, en cuanto disminuyesen algo las corrientes producidas por el derretimiento de las nieves, lo que no sucedió hasta el 11 de julio. Dicho día, Sylkin quedó en llamarme a las nueve de la mañana; pero, no obstante, a las cinco en punto ya estábamos levantados, pues nos despertó un yurako que, completamente embriagado, empezó a dar golpes en nuestra puerta llamando a su «hermana» para que le diera alguna medicina que le calmase ¡el dolor de cabeza! Salió Vassilli a hablar con él, y como conocía muy bien a los indígenas y sabía tratar con ellos con una

mezcla de superioridad y camaradería, consiguió que el paciente se fuese a dormir la mona a su casa, no sin tener que vencer su resistencia. Como es costumbre entre los naturales, Sylkin no vino hasta el mediodía, y como en su canoa sólo cabían tres personas, se necesitó algún trabajo para colocar dos escopetas, el caldero y la máquina fotografica, celebrando mucho haberla llevado.

Dejamos atrás la casa de Prokopchuk y rodeamos el promontorio detrás del cual se extiende la *tundra* abierta. Vassilli y yo desembarcamos en seguida en la orilla de la izquierda, y dejando que Sylkin empujase la canoa contra corriente, que en este sitio era muy rápida, chapoteamos por el fangal. El terreno todavía estaba medio inundado, y en las partes más secas se hallaba cubierto de sauces enanos, que aun no estaban en floración. Estos sauces abundaban en terreritas; pero como son pájaros que crían muy tarde, sólo encontramos un nido que contuviera huevos recientes. Después Vassilli espantó un macho de falaropo gris, que estaba sobre una nidada de cuatro huevos. Como ocurre con los nidos de todas estas especies encontrados en Golchika, estaba colocado en un sitio tan encharcado que el ave debía de estar sentada literalmente sobre el agua. Los combatientes eran muy abundantes; pero como yo tenía muchos deseos de llegar a los campos de cría de los gansos, no nos detuvimos en buscar sus nidos. De los matorrales hicimos volar a un triguero de Laponia de un nido con cinco huevos, y Vassilli cazó un retor.

Las churrillas alpinas abundaban de tal manera que por todos sitios se oía su ronco *churr;* pero la churrilla siberiana no parece producir el agudo trino que es el canto característico de estas aves en los sitios en que cría en Inglaterra. Este fangal no lo exploramos del todo, pues como estaba bastante cerca de Golchika lo dejamos para otro día. Cuando llegamos a la curva del río esperamos hasta que viniese Sylkin con su canoa y nos pasase a la orilla derecha; este lado estaba aún más encharcado que el otro, y a cada paso nos metíamos hasta más arriba de las rodillas en el *sphagnum*. En los charchos, rebosantes, nadaban somormujos de garganta roja y de garganta negra, y las gaviotas siberianas de río estaban seguramente criando en los alrededores, aun cuando no pudimos encontrar sus nidos. Maté otro falaropo gris, que era una hembra. Los nidos de estas aves no son fáciles de encontrar, pues los falaropos no acusan su presencia, como lo hacen el chorlito y las churrillas. Si está empollando se desliza silenciosamente por entre la hierba o revolotea alrededor del intruso como una gran nocturna, dejando escapar su *drrrt-drrrt* a intervalos. A un estadio próximamente de la orilla, donde las llanuras pantanosas cedían su puesto a una serie de colinas bajas, había un *choom*, y toda la *tundra* de alrededor estaba cuajada de renos que pastaban. De pronto oímos un grito, y un indígena pasó corriendo en su trineo. Era un dolgan, como lo atestiguaba su gracioso gorro, y parecía tener mucha curiosidad por saber quiénes éramos. El indígena, como la mayoría de las gentes primitivas, tiene buenos modales por naturaleza, y nunca interrogará directamente a un recién llegado. Ser extranjero en el Yenesei es un pasaporte para merecer tratamiento y cortesía. Es una ley, aun cuando no esté escrita, que un extranjero no pague nada por el pescado, que se le da de balde; costumbre bien distinta de la que se usa en Inglaterra, donde a menudo se oye el grito de: «¡Aquí hay un extranjero: aprovechémonos!»

Así, este dolgan nos saludó con gestos afectuosos, y como Vassilli le dijese que Sylkin estaba allí cerca, arreó su reno con un grito y se lanzó como el viento en busca de su viejo amigo, pues todos los indígenas de la *tundra* se conocen desde Dudinka a Dickson y de Pyasina al Ob, y reconocen por la fisonomía y por el nombre si pertenecen o no a su propia tribu.

Un poco más lejos, donde los pantanos estaban todavía desbordados, una pareja de somormujos de garganta roja lanzaba agudos gritos. Avancé unas cien varas a través de los juncos, y encontré el nido, que cuando le construyeron estaría rodeado de agua; pero como ahora ésta había bajado, tenían que arrastrarse sobre el *sphagnum* diez o quince pies para llegar a aquél, como lo atestiguaba el rastro que su cuerpo había dejado al pa-

sar. Me volvía chapoteando por la marisma, cuando Vassilli me advirtió con un silbido que una *chorna-chika*—gaviota de Richardson—se arrojaba sobre un pájaro desde un sauce achaparrado que se elevaba a unas cien varas de nosotros; los dos corrimos hacia aquel sitio, y vimos que la presa era un pato careto. Al pronto creí que era una hembra con nido, pues aleteaba sobre la hierba como si quisiera apartarnos de allí; pero cuando le hubimos cogido resultó ser un pato joven que estaba mudando, y precisamente un ejemplar interesante, tanto porque su plumaje en parte era el de cría, como por haber perdido las primeras plumas del ala, no pudiendo casi volar por esta causa. La gaviota se desvió al aproximarse, por lo que no pude dispararle; pertenecía a la especie de pechuga clara, como todas las gaviotas de Richardson que vi en el Yenesei, que es probablemente la forma oriental de la raza.

Entretanto, Vassilli se fué a la parte más elevada de la *tundra* y espantó a un *Falco peregrinus,* halcón común, que estaba en su nido en lo alto de un escarpado montículo cubierto de hierba. El nido contenía tres huevos, los cuales parecían, por desgracia, hueros, y estaban tan descoloridos por su permanencia en él, que parecía como si el ave los hubiese estado incubando durante varias semanas. Vassilli trató de apuntarla cuando pasó sobre nosotros; pero volaba tan velozmente, que en un momento se puso fuera de tiro, aunque seguimos oyendo sus gritos durante largo tiempo por el río. Media milla más allá recogimos a Sylkin y el caldero; pero allí no había ningún combustible, como no fueran las ramitas verdes de los sauces; pero Vassilli, que, como buen siberiano, sabía encender fuego sin nada, sacó una astilla del fondo de la canoa y pronto hizo una hoguera, cuyo benéfico calor nos sirvió para soportar el viento, que era extraordinariamente frío. Delante de nosotros, el río, interrumpido por bajos y arenales, serpenteaba por la *tundra,* y a cada lado la ancha llanura parecía extenderse hasta lo infinito. Siempre que contemplaba aquel inmenso horizonte me sobrecogía una inquietud inexplicable. Dejando aparte su misterioso atractivo, un maravilloso país de gran interés ornitológico se extendía detrás de él. Pero la *tundra* es uno de los lugares de caza más inaccesibles del mundo, y habrán de pasar muchos años hasta que sea conocida la vida de todas las aves que deben de existir en los secretos valles y montañas del Taimyr (1).

Sylkin me sacó de mis cavilaciones con unas preguntas sobre algo que le había tenido preocupado todo el día. ¿Hay gansos en Inglaterra? Y si los hay, ¿por qué había ido yo a Golchika en busca de sus huevos? Si no los hay, ¿qué clase de país es aquel? Entonces le hice una explicación sobre las emigraciones de las aves, que fué probablemente la conferencia más corta que jamás se dió sobre tal asunto. Traducida del ruso chapurreado, vine a decirle lo siguiente:

En verano, tiempo caliente, gansos abundante comida; huevos y pequeños gansos en Golchika.

En invierno, tiempo muy frio, hielo en río; gansos van Inglaterra a comer.

Frente al montecillo donde estábamos se extendia un pedazo de marisma que parecía muy bueno, y esta vez Sylkin nos acompañó también a buscar nidos, demostrando en ello mucha más habilidad que Vassilli, pues a éste no le importaban nada los huevos o las aves como no fuera para convertirlos en tortilla o comérselas estofadas. Pronto se presentó un lagópodo. El ave fingía que se le había roto un ala, y Vassilli, víctima de aquel engaño, en vez de tirarle desde el primer momento, la persiguió, mientras que ella se escabullía entre los arbustos, y cuando le hubo atraído a cierta distancia con esta añagaza, levantó el vuelo fuera de tiro y desapareció sin ser herida. Entretanto, Sylkin reía a más no poder de la cara avergonzada de Vassilli. El ave había estado empollando sobre una puesta de once huevos; el nido era idéntico al de una perdiz y consistía

(1) Taimyr es una extensa península siberiana al NE. del Yenesei, imperio de la *tundra,* habitada por dolganes (al SE.) y samoyedos Hay un río (río Taimyr), que desemboca en el Océano Glaciar Ártico, y un lago (lago Taimyr). *(Nota de la edic. española.)*

únicamente en una excavación abierta en el suelo. Mientras yo iba a la canoa en busca de la cámara fotográfica, Vassilli quiso vengarse del lagópodo por haberle chasqueado; pero el ave era más lista y no volvió a aparecer; Sylkin encontró un nido de churrilla minuta y cazó la hembra, que estaba sobre los huevos, valiéndose de un lazo corredizo. Un poco después encontré otra nidada, y luego espanté de un nido con tres huevos a un falaropo de cuello rojo. Sobre el suelo, lleno de matas de hierba, en el confín de los pantanos con las colinas, había infinidad de trigueros de Laponia, de los que cogimos dos nidos, ambos con pollitos apenas plumosos. A nuestra derecha, y en un pantano profundo, había algunas golondrinas de mar criando, pero no buscamos los nidos. A cada media versta, poco más o menos, desaguaba en el río una corriente ancha y cenagosa, y teníamos que esperar a Sylkin para atravesarla en el bote, lo que éste hacía no sin trabajo, pues necesitaba resistir tanto al viento como a la corriente. En las primeras horas de la tarde el cielo se cubrió de nubarrones; pero hacia la media noche se habían ido disipando y el Sol lucía por entre los espacios que dejaban libres las rasgadas nubes. La luz era tan clara y resplandeciente, que casi parecía sentirse volar; pero las aves, siguiendo su costumbre, estaban todas descansando, y por espacio de tres horas no pudimos ver ninguna, excepción hecha de una terrerita, medio dormida, que salió revoloteando de entre los sauces. Vassilli y yo dimos una metódica batida alrededor de un gran lago, apareciendo sólo un macho de lagópodo, que voló, subiéndose a una altura a corta distancia.

Después de su última aventura, Vassilli ardía en deseos de venganza contra toda la casta de los lagópodos, por lo cual le acechó y apuntó con todo cuidado. Poco más allá de nosotros voló una gaviota de cola larga. Estos osados y malignos merodeadores volaban por el río noche y día, sin descanso, como espíritus diabólicos. Hacia la una y treinta de la noche volvimos a la orilla del río, para recoger a Sylkin. Las narraciones de mis excursiones por Golchika hablan tantas veces de comer, que casi me avergüenzo de ello; pero ha de servirme de disculpa

que el corretear por la marisma con el aire frío de una noche siberiana es lo que más excita el apetito. Vassilli y yo tomamos pan y queso, y a Sylkin, confiando en su resistencia e inmunidad contra todo género de ptomaínas, le dimos un poco de jamón que habíamos desechado por hallarse en mal estado.

A Sylkin, sin embargo, le pareció excelente y muy sabroso, tomando a continuación un vasito de *vino* (1) para echar fuera el frío. En el Yenesei llaman vulgarmente *vino* a la *vodka* preparada, o sea mezclada con agua, pues esta bebida, que es alcohol casi puro, no pueden beberla, por el precio que alcanza, por lo que la mixtifican añadiéndole agua, y para que conserve su fuerza le añaden vinagre, pimienta y cualquiera otra cosa que la haga picante. Nosotros inventamos echarle polvos de curry y salsa de Wórcester, y cuanto más ardiente estaba, tanto más les gustaba a los indígenas, y hasta las mujeres echaban tragos que hubieran llenado de ampollas la garganta de un europeo. Sylkin se tragó de un golpe aquel brebaje, y nos repitió, como gracia, su máxima favorita, de que un poco de bebida era bueno.

En la orilla opuesta del río había un gran trineo, y Vassilli y Sylkin estuvieron discutiendo sobre lo que sería, y entonces aquél explicó con una gráfica pantomima que debía de pertenecer a los dioses de los indígenas, a quienes ellos rezaban. En algunos *chooms* hay un trineo reservado para fines sagrados, y a veces se cuelga fuera de la tienda, como ofrenda shammanística, una piel blanca de zorro; pero lo que no puedo afirmar es que aquel trineo fuese realmente una ofrenda, puesta al borde del camino, contra los espíritus de las inundaciones y caídas.

Cerca del sitio donde estábamos sentados vertía sus aguas en el río una gran laguna formando tres cascadas. Poco después Vassilli descubrió en la corriente tres grandes peces, y entre él y Sylkin trataron de acosarlos para conducirlos a un sitio de poca profundidad, donde pudieran apoderarse de ellos. Ambos se calaron hasta los huesos, gritando como salvajes, pero sin

(1) Vino dice en castellano en el original inglés.

conseguir otra cosa que espantar las aves que estuvieran en los alrededores, y hubiesen continuado su deporte hasta que el Sol estuviese alto, si no fuera porque al fin los llamé.

Media milla más lejos, una pareja de gansos de cabeza blanca salió con estrépito de entre unos sauces. La hembra estaba empollando cinco huevos y el ganso estaba a su lado. Míster Popham hace también la observación de que en esta especie el macho visita el nido, lo que no sucede con otras especies de patos. Maté la hembra, y al tiempo que caía oí un grito de satisfacción, *Horroshie myaso!* (1), que lanzó mi criado, que estaba presenciando la escena desde una loma próxima. Hizo ademán de coger el ave, según la costumbre adquirida, y en seguida, siguiendo otra costumbre suya, sacó el inevitable cuadernito y escribió en él: *Pa russki myaso pa angliski?* «¡Oh ganso!», dije yo.

Fotografiamos *in situ* los huevos de ganso, aun cuando tanto Vassilli como Sylkin decían que perdíamos el tiempo, y a pesar de que el cálculo de exposición no estaba hecho para sacar fotografías a la una de la noche, no salieron del todo mal. El nido era una excavación en una loma de la *tundra* y estaba tapizado de plumón; pero se parecía más al nido de un pato que al de un ganso, pues el plumón estaba colocado con mucha regularidad alrededor de los huevos, en vez de estar esparcidos sobre la hierba próxima.

Mientras envolvía los huevos empezó a piar muy cerca una pareja de chorlitos, y con gran sorpresa y alegría vi que se trataba del chorlito gris, los primeros que veía en el Yenesei; sin duda alguna estaban criando por allí cerca; pero buscar el nido no era cosa fácil en aquella vasta extensión de la *tundra*. Se me ocurrió que podría averiguar el sitio vigilando a las aves; mas para esto tenía que separarme de mis dos acompañantes, pues éstos acostumbraban a correr en todas direcciones hasta que por casualidad los encontraban o los pisoteaban. La incapacidad de los rusos para darse cuenta de que convenía se alejaran

(1) ¡Buena carne!

era un obstáculo para mis planes; Sylkin, sin embargo, se dió cuenta en seguida de lo que se trataba, y se marchó; pero en cuanto a Vassilli, me fué más difícil apartarle, lográndolo por fin por un recurso que ideé, que fué el de enviarle a cazar gansos durante un par de horas. En cuanto se fué me escondí a la orilla del río, y cuando la costa quedó desierta los chorlitos se tranquilizaron, aventurándose a volver a aquellos sitios; pero de pronto, cuando ya iba cobrando la esperanza, los dos em-



FIG. 22.—HUEVOS DE CHORLITO GRIS. (SQUATAROLA SQUATAROLA.)

prendieron el vuelo monte arriba; júzguese de mi disgusto cuando en el campo de mi binocular apareció Vassilli apuntando con la escopeta, cuyo disparo, con el estampido consiguiente, iba a dar al traste con la esperanza de cazar aquellas aves y de encontrar su nido; pero, afortunadamente, el disparo no llegó a oirse, porque Vassilli tenía la costumbre de no hacer fuego hasta que el pájaro estaba por lo menos a cien varas de distancia, y antes de que pudiese aquél volver a cargar lancé un grito que hizo desaparecer tanto a Vassilli como a los chorlitos. Después del susto que recibieron no era fácil que volviesen las

aves en mucho tiempo, si es que se atrevían a volver; así es que, silbando a Sylkin, me dirigí río arriba hacia los lagos.

La orilla del río era en esta parte de arena cubierta de hierba tupida y blanda y de dorado musgo. El sitio tenía tal semejanza con un típico vedado inglés, que me hacía esperar ver a los conejos asomándose por sus madrigueras. Al otro lado de la arenosa orilla había un espacio verde y pantanoso, guarnecido de pequeños charcos, y detrás de la marisma el terreno se iba elevando gradualmente hacia la *tundra*. Todo era tan semejante a nuestro país, que costaba trabajo creer que nos hallábamos realmente en medio de un páramo. No nos hubiera extrañado encontrarnos con una casa de campo construída en el monte, con praderas escalonadas hacia el río y con campos de *golf* por detrás. Nos parecía como si ya hubiésemos pasado por allí. Con todo, a pesar de las huellas de reno que había en el musgo, aquel lugar era por extremo solitario y habitado únicamente por las aves. Media docena de gansos se alzaron volando del agua, gritando *gag-gag*, y cogí otro nido, que contenía cuatro huevos. También había en abundancia somormujos de las dos clases, que criaban reunidos en los mismos charcos. Sylkin encontró dos nidos más, uno de la especie de garganta roja y el otro de la negra. La churrilla minuta era escasa y la terrerita faltaba; pero en cambio vi un revuelvepiedras, el primero que encontraba en el Yenesei. Cogí otra nidada de huevos de falaropo gris, y después me interné tierra adentro en busca del eider o pato de flojel, a pesar de que no tenía confianza en la indicación de que criara tan al Sur de la costa del mar. Sylkin aseguró que criaban allí; luego pasaron volando por encima de nosotros dos gaviotas de cola larga. Sobre la ciénaga revoloteaba un falaropo de cuello rojo, e inmediatamente una de estas arpías se lanzó sobre él, y a pesar de los regates de la víctima no pudo escapar, pues la gaviota, con sus largas plumas timoneras, dominaba muy bien el arte del vuelo y le siguió en las ascensiones y zigzags, y buceando lo mismo que una centella, logró cazarlo. Esta caza parecía efectuarse por pura diversión, pues la mayoría de las aves no suelen atacar a sus semejantes

como no sea para comérselos o porque se introduzcan en sus campos de cría; pero las gaviotas persiguen, únicamente por deporte y por el placer de oír chillar a la pobre víctima, todo lo que se les pone por delante. Son casi tan diabólicamente crueles como nuestros arrendajos (1).

Las aves más interesantes en aquel terreno fueron otras dos parejas de chorlito gris. Eran más salvajes que la primera pareja, e indudablemente tenían sus crías en algún sitio del pantano, pero era difícil averiguar dónde se encontraban. Me hubiese gustado seguir explorando el valle; mas el agua tenía allí poca profundidad para el bote, y como llevaba de pie veintidós horas, la mayoría de las cuales las había pasado correteando por el pantano, no me sentí con fuerzas para andar otra versta. También los hombres estaban cansados y con hambre y empezaban a mirar hacia atrás con impaciencia, por lo cual dimos la vuelta río abajo, y cuando llegamos al sitio donde vimos por primera vez el chorlito gris seguía la pareja revoloteando por allí. No pude resistir a la tentación, e indiqué por señas a Vassilli y a Sylkin que quería desembarcar otra vez para buscar el nido. Ambos parecieron disgustados, y aproximándose a una cercana ensenada, los dejé comiendo pan y queso, en tanto que yo me tumbaba a la orilla del río.

Dos observadores que trabajasen de consuno hubieran localizado el nido en media hora; pero como estaba sola, el encontrarle me llevó cuatro veces ese tiempo. La *tundra* se iba alzando desde el borde del agua y permitía observar fácilmente a los pájaros; pero entre la orilla y el fondo de aquella loma había una depresión llena de nieve, de modo que cuando el chorlito se hallaba en un sitio dado, en vez de ir derecha al nido, como a veces puede hacerse, me veía obligada a levantar la vista de allí para cruzar aquella hondonada, encontrándome completamente desorientada cuando llegaba al otro lado. Por fin ideé un medio que después me resultó muy práctico para

(1) El arrendajo, en Castilla, y *gayo*, en León, es el *Garrulus glandarius*. *(Nota de la edic. española)*

descubrir nidos de otras zancudas en la *tundra*, y que es el siguiente: Se clava un pedazo de papel, por medio de una horquilla del pelo (siempre útil), en el sitio donde se calcula aproximadamente que puede estar el nido. Entonces el observador se esconde hasta que vuelve el ave, y entonces, espantándola por segunda vez, se puede calcular la posición de los huevos con relación al papel. A veces, como ocurrió en este caso, hay que repetir esta operación por tercera y aun por cuarta vez, cambiando siempre de sitio la señal, para ir estrechando el área de la exploración. El macho fué causa de que este ensayo no tuviese éxito, pues descubrió el sitio en que yo me escondía y se estuvo una hora seguida en un banco de arena, silbando a su compañera, como si le explicase que en la orilla del río estaba tumbado en espera el bulto inmenso de un ser humano, y que tuviese cuidado de no ir al nido hasta que se marchase. Sin embargo, dos horas después pude espantar al ave y dirigirme sin vacilar al nido. Este se hallaba en un cerro, a unas doscientas varas de mi escondite, en un hoyo abierto en el musgo de reno. Me encontraba tan entumecida por el frío, que no tuve ganas de ir hasta el bote en busca del trípode de la cámara fotográfica, que se había quedado allí, por lo cual desarmé la escopeta y utilicé sus cañones como pie, sacando un par de fotografías de los huevos. Luego vino Vassili, y para completar la identificación le mandé que matara al ave. Cazó una de ellas, que tomé por el macho a causa de su hermoso plumaje, pero que después resultó ser la hembra. Tanto por el color de sus huevos como por su canto, el chorlito gris parece intermedio entre el chorlito común y el frailecillo; mas es un ave menos esbelta y elegante que cualquiera de las especies pequeñas.

La nota que oí repetidas veces aquella mañana con una monotonía desesperante era un triple *pi-e-uip*, como si un frailecillo estuviese piando con el canto de la especie dorada. Seebhom da la voz de alarma de este ave como un monosilábico *köp* o un doble *ke-ip*; pero la nota que yo oí en el Golchika era muy distinta y de tres sílabas. Cuando uno se acerca al nido, el ave se arroja de él con mucha violencia, y entonces, zumbando, recuerda mucho a los etéreos y grotescos frailecillos de nuestros prados de Inglaterra. Otras veces, el vuelo, aunque rápido, parece más pesado y menos gracioso que el del chorlito, lo que tal vez sea debido a que el animal es más robusto y de coloración mas llamativa. Cuando echa a volar con impetuoso arranque, y con su plumaje pío, me recordaba al pronto muchas veces la paloma común.

Después de esta victoria nos volvimos a casa. Todos sentíamos un frío intenso, y al ver a mis acompañantes reponiéndose con el brebaje de la salsa de Wórcester y alcohol, casi sentí envidia, pues por lo menos aquella mezcla los calentaría por dentro. El caso era que no teníamos madera para el fuego, y aunque la hubiéramos tenido no habríamos podido hacer te, pues todos los receptáculos, hasta el estuche de la máquina fotográfica, los habíamos ido llenando con las presas; los huevos de los chorlitos los llevábamos empaquetados aparte, en el caldero.

Así terminó aquella interesante y aprovechada noche de trabajo. Lo peor del caso fué que las nidadas, tanto del ganso como del chorlito, estaban tan adelantadas que, especialmente los del último, no se pudieron vaciar como era debido. Esto es, sin embargo, uno de los inconvenientes con que se debe contar cuando se trabaja en un sitio como Golchika, en la cual la estación de caza es tan corta y son tantas las dificultades que se presentan para llegar a las guaridas donde crían las aves durante el deshielo, que se efectúa en la primavera. Por lo menos, el recuerdo de aquel tranquilo río bajo el sol de media noche, y el canto de las aves en la *tundra* de los alrededores, nunca podré olvidarlos.

CAPÍTULO X

El encanto de la «tundra».—Los trineos de renos.—«En la «tundra».—Paseo aguado.—El sentido de orientación.—Un paso difícil.—El «choom».—Noche de lluvia.—La familia dolgan.—La «tundra» con sol.—Fotografiando el chorlito oriental.—Una guarida de gansos.—Adiós a la «tundra».

Para los que tenemos la costumbre de ver los mapas cubiertos de nombres de montes, ríos y ciudades, no puede menos de atraernos el espacio blanco que ofrece la Siberia septentrional; aquí y allí, una línea insignificante acusa un río; el resto está en blanco, y la misma impresión causa esta región cuando se la visita; grandes ríos que corren hacia el Norte, alimentados por otros más pequeños y sin nombre, y a su alrededor y detrás de ellos, un desierto gris, barrido por el viento, no interrumpido por valles ni por ríos, perdiéndose a lo lejos en la extensión solitaria. En esta tierra del Yenesei, los mismos naturales no tienen nombres para designar la vasta tierra que se extiende a los lados del río. Cuando penetran en ella dicen sencillamente «que van a la *tundra*».

La *tundra* (1) ejerce cierta fascinación sobre los que viven

(1) La *tundra* es la llanada, helada y con temperatura inferior a 0° en gran parte del año, ocupada por la asociación vegetal característica de la zona ártica. Dominan en ella los musgos *(sphagnum)*, los líquenes, algunos matorrales de follaje siempre verde (brezos, arándanos,

su lado; su inmensidad y su soledad los atraen, causando una sensación de desamparo. Al pronto, cuando se la explora, parece como si una fuera el primer ser humano que pasase por ella, sintiéndose tan solo como Robinson Crusoé en su isla desierta; pero a los dos días se da uno cuenta de que en la *tundra*, por el contrario, hay muchos caminos y un tráfico que no se sospecharía. A veces, al caminar trabajosamente por un pantano cubierto de *sphagnum*, creyéndose completamente solo, excepción hecha del chorlito, se oye un bajo y prolongado *ei-ei* y sobre una loma aparece un pequeño trineo arrastrado por renos y guiado por uno de los hombrecillos que habitan en la *tundra*, deslizándose con ligereza sobre el musgo y desapareciendo rápidamente de nuestra vista. Entonces se comprende que no se está en una región solitaria. Es parte de un país tan poco conocido en los mapas y cartas marinas como ningún otro del mundo, y al observar su vago y movido horizonte querría uno pasar más allá de lo que se conoce, para descubrir algo más de sus secretos, por poco que fuese.

Desgraciadamente, el viaje por la *tundra* en verano es muy difícil; el único medio para realizarlo es caminar en trineo, y en tiempo de calor los naturales no quieren obligar a trabajar a sus renos, porque éstos están entonces en la época de la muda, y se hallan expuestos a rozarse con los arreos. La mayoría de los rebaños de estos animales los llevan a pastar a la

Empetrun), juncos, etc. Con desiertos pedregosos sin vegetación alternan verdaderas turberas. Muy rica la flora vernal.

La fauna es muy interesante. Aparte del reno, que vive en rebaños y emigra con las estaciones, el *lemming*, roedor terrícola subterráneo, forma colonias de individuos numerosísimos, que a veces emigran por miriadas hacia la zona forestal, al Sur de la *tundra*. Sobre el reno, el *lemming* y el almizclero viven carnívoros, como el armiño, el zorro, el lobo, etc. Los invertebrados, especialmente insectos, muy abundantes; mariposas, mosquitos, los últimos de los cuales en número tal, que provocan en verano la emigración de los samoyedos, con sus renos, desde a linde de la zona de los bosques boreales al corazón de la *tundra*. *(Nota de la edic. española.)*

tundra, y es raro encontrar una pareja a orillas del río. Por esta razón, hasta unas tres semanas después de nuestra llegada a Golchika tuve que limitarme a explorar a pie el terreno de los alrededores, contemplando al pasar de una en otra colina la inmensidad del espacio, deseando en vano cruzarlo.

Por fin se me presentó ocasión de realizar mi deseo. Se recordará que Vassilli y yo vimos algunos dolganes en nuestra excursión por el Golchika. Estos hombres eran tres hermanos que durante el verano los empleaba Prokopchuk como pastores para llevar sus renos a la *tundra*. Unos días después de los sucesos relatados en el capítulo anterior, dos de los hermanos vinieron a Golchika para comprar alimentos, y Prokopchuk convino con ellos en que los acompañaríamos cuando volviesen al *choom*, que estaba situado en un lugar llamado Sloika, a unas cuarenta verstas al Este de Golchika. Pensaban salir al día siguiente, y desde luego aceptamos con gusto la proposición de ir con ellos.

Un trineo de renos no es un vehículo muy capaz, por lo que el equipaje debe reducirse a su más mínima expresión, y por lo tanto el mío se redujo, aparte de la escopeta y de la cámara fotográfica, a un par de escarpines secos, para ponérmelos por la noche para dormir. Liamos las pieles de carnero en el fondo de los trineos y metimos donde pudimos el caldero, el cacharro de guisar y la comida. Cada uno de nosotros disponíamos de un trineo tirado por cuatro renos (1), y dichos trineos fueron atados a los de los dolganes, formando fila. Vassilli, el mayor de los hermanos, dirigía la marcha, y después de unos cuantos botes partimos con rápido trote.

El trineo de la *tundra* es como una barquilla en el río, se puede hacer con él lo que se quiera: cambiar su dirección de derecha a izquierda, bajar a un declive de ocho pies, subir una loma de cuarenta y cinco grados o llevarle por un malecón o paso estrecho de cuatro pies sin que vuelque: siempre se des-

(1) El reno, animal por excelencia de la *tundra*, ha sido llamado «el camello del desierto ártico». *(Nota de la edic. española.)*

lizará suavemente y sin ningún peligro. Antes de que hubiésemos andado media versta pudimos convencernos de todo esto, pues en el mismo momento en que íbamos a abandonar la orilla del río para internarnos en la *tundra* encontramos un arroyo corriente. Hasta en un terreno de caza se hubiese colocado de guía, y los otros trineos se habrían desviado para vadearlo; pero Vassilli Sotnikoff se dirigió a él sin vacilación, arrastrando mi trineo. Sus ciervos atravesaron el cauce a paso largo, y el trineo avanzó pesadamente, pero con toda felicidad, detrás de ellos. Mas uno de los renos del mío se escurrió en la cenagosa tierra y, saltando corto, se hundió el trineo en la corriente hasta por encima del último ciervo. Como yo me ocupaba principalmente en agarrarme al asiento con ambas manos, sólo pude percibir una visión confusa de cuerpos que luchaban y se arrastraban valientemente tras las huellas de los anteriores, seguida de un chapoteo y de un tirón que arrastró el trineo a la orilla opuesta, con mi persona, que, aunque excesivamente mojada, todavía se mantenía agarrada al trineo.

Poco importaba un remojón más o menos. Cuando nos apartábamos de la orilla del río y subíamos al trote el empinado declive, camino de la *tundra* alta, comenzó a llover con tanta furia, que todo el paisaje quedó esfumado tras un velo de niebla. Ante nosotros, pareciendo dilatarse hacia el infinito, se extendía la huella de los trineos, por la que han viajado por la *tundra* infinitas generaciones de samoyedos. Esta huella fué muy precisa durante unas dos millas, después de habernos separado del río; pero luego se fué haciendo cada vez más borrosa, hasta que por último desapareció completamente. Tanto por la derecha como por la izquierda, el campo se extendía tan llano como un plato, y para un ojo inexperto casi carecía de rasgos característicos: no había ni una colina para poderse orientar, ni sol con que poderse trazar un camino. De vez en cuando, el terreno se interrumpía por barrancos, en cuyo fondo corrían torrentes, y en los ángulos de las vertientes todavía se veían montones de nieve, ya sucia.

La mayor parte de nuestro camino se abría sobre extensas llanuras musgosas, interrumpidas de vez en cuando por algún bajo montículo, del que se alzaba volando majestuosamente, cuando nos aproximábamos, alguna lechuza de las nieves o algún águila ratonera. A pesar de esto, Vassilli no vacilaba nunca y se lanzaba sin titubear hacia adelante. Cada cinco o seis verstas se paraba para dejar que sus renos tomasen aliento, y nosotros nos poníamos de pie para sacudirnos un poco el agua que se nos iba acumulando sobre las piernas, y por medio de unos cuantos brincos en el suelo tratábamos de que nos entrasen los pies en calor. Después, y tan pronto como los renos habían tomado un bocado de musgo y Vassilli encendido su larga y obligada pipa de latón, colocaba a los ciervos en posición, y otra vez se ponía en marcha. Por regla general, solía haber algunas falsas tentativas de arranque. Los ciervos iban enjaezados por medio de un tirante que se les ataba por el cuello y que después se les pasaba por debajo de la pata delantera más próxima, y todo marchaba bien cuando el tiro iba extendido; pero tan pronto como los tirantes se aflojaban, las patas traseras de los ciervos se solían enredar en los arreos, y entonces no había más remedio que parar el trineo y deshacer el entuerto. Esto ocurría tan frecuentemente, que yo, para mis adentros, no podía por menos de estar, ya divertida, ya exasperada de la estólida paciencia de los naturales, tan conservadores de lo existente, que preferían el retraso y los inconvenientes de los frecuentes altos para desenredar a los ciervos a inventar un sistema de arreos más efectivo.

La marcha de los ciervos era un trotecillo lento, pero seguro, de siete millas, del cual no se saldrían para ir al paso ni en un terreno tan áspero como el de un páramo escocés o pantanoso donde el agua brotase por encima al paso de los corredores. A veces bajábamos por una pendiente tan pronunciada, que el trineo se echaba sobre las ancas de los ciervos, o si no, iba batiendo y chocando por el lecho de una corriente. Una cosa que prueba la estabilidad de los trineos es el que en un paseo de treinta millas sólo uno de éstos volcó, y ése fué el mío. El tronco de mi trineo, siguiendo demasiado de cerca a sus guías, cortó

un ángulo cuando nos deslizábamos por el lecho de un torrente, y como el reno de la derecha tropezase con una piedra que sobresalía, el trineo dió completamente la vuelta, arrojándome al agua en compañía de mi escopeta y del caldero que llevábamos para hacer la comida. Los hermanos dolganes se rieron de este contratiempo lo mismo que colegiales, en tanto que daban la vuelta al trineo y desenredaban de los tirantes a los ciervos. Pero por muy espesa que estuviese la niebla y por tortuoso que fuese el camino, Vassilli jamás vacilaba, escogiendo la senda con igual confianza que lo haría un londinense que quisiere ir del Marble Arch a Piccadilly. Como ejemplo de su completo conocimiento del terreno citaré este hecho: Íbamos atravesando un extenso cenagal de *sphagnum*, cuando de pronto torció en dirección de una pequeña loma, que para unos ojos no acostumbrados era exactamente igual a tantas otras de la llanura. Al llegar a este punto, saltó del trineo y recogió del suelo un pequeño objeto, que resultó ser una bolsita de tabaco que se había dejado olvidada en la parada que allí había hecho en el viaje anterior, y que ahora había ido a recoger. Que un indígena tenga el sentido de la orientación tan desarrollado no me sorprende tanto, pues de esta facultad goza, en grado más o menos desarrollado, el hombre civilizado; pero lo asombrosamente admirable es el poder recordar un lugar entre tantos otros semejantes e identificarlo con tanta precisión. Varias veces observé este *instinto* de orientación, si así puede llamarse a esto. En una ocasión vino a hacer compras a Prokopchuk una partida de samoyedos procedentes de lo que los golchicanos denominan «la otra *tundra*», o sea del país que se extiende cientos de verstas hacia el Este, en el valle del río Lena. El guía que llevaban era un hombre de edad madura, que casi no sabía nada de ruso; nos dijo con sencillez que no había estado en la *tundra* del Yenesei desde niño, y que se le había medio olvidado el camino para venir a Golchika. Otra vez, una tarde que estábamos en los *chooms* vimos media docena de niños y niñas samoyedos que se disponían a partir para la *tundra*. Sus parientes estaban cuidando de los renos a unas ciento treinta verstas

de allí, y salían para reunirse con ellos. Tanto los chicos como las chicas iban a horcajadas en los renos, y detrás de ellos, y en un trineo, llevaban un poco de te y de *soushki* para tomar en el camino, y también una canoa para en caso de que tuvieran que atravesar un río. Todos marchaban muy alegres, y tanto ellos como la gente que se reunió para verlos partir no parecían pensar en que fuese una cosa insólita que una pandilla de muchachos, ninguno de los cuales pasaba de los quince años, se pusiesen en marcha para un viaje de dos días por el desierto solos y de aquella manera.

Hacia las seis de la tarde empezamos a descender una loma larga y gradual que iba de la *tundra* alta al valle de un río. Cada vez llovía más, y el viento frío del Este hacía que nos mojáramos a través del impermeable y de la chaqueta, helándonos hasta los huesos. Pensábamos con alegría en el resguardo y calor relativo del *choom*, que ya no se encontraba muy distante y al que, sin embargo, no pudimos llegar tan fácilmente como esperábamos. El río, a pesar de su poca profundidad, era ancho, y el viento, soplando contra corriente, levantaba largas y blancas lenguas de espuma a lo largo del canal. Vassilli movió la cabeza cuando, bajándose del trineo, sacó una pequeña canoa, hecha de corteza de árbol, que tenía escondida en un sitio sobresaliente de la orilla. Trató de vadear el río llevando detrás de él, en el bote, a miss Czaplicka, que era la mas ligera de nosotros.

¡Muy quieta, o la muerte!, fué el mandato, dramático y poco tranquilizador, que hizo a su pasajera en chapurreado ruso, mientras empujaba la pequeña embarcación. Pero pronto fué evidente que el cruzar por allí sería imposible. La corriente era tan fuerte, que aun el mismo Vassilli, tan diestro en el timón, no podía hacer mas que conservar el frente de la canoa contra el viento, y así evitar el que la empujase de costado y la hiciese zozobrar en aquellas aguas tumultuosas, y pronto se vió obligado a desistir de su propósito, teniendo que volverse a la orilla.

Hubiese sido difícil encontrar en toda Asia una compañía

de aspecto más triste que la formada por nosotros. Aunque sólo eran las seis y según el calendario seguíamos todavía en la estación del día perpetuo, el cielo estaba tan sombrío, que sobre la mojada *tundra* parecía extenderse una luz crepuscular de color gris. De los brumosos montículos de barro que había al Este corría un río sin nombre, nadie sabía desde dónde, y desaparecía entre los montículos de barro del Este, nadie sabe adónde. Pequeñas y solitarias corrientes, cuyas fuentes sólo las visitaban los zorros y las aves salvajes, bajaban corriendo a su encuentro. Parecíamos ser los únicos seres vivientes en una tierra incolora, donde no se escuchaba sonido alguno, fuera del silbido del viento entre los líquenes, y al mirar a mi alrededor tuve la fantástica idea de que allí se estaba formando un mundo. Parecía como si, obedeciendo al cumplimiento de alguna gran ley, las aguas de un nuevo caos hubiesen retrocedido y dejado aparecer el suelo por vez primera en toda su desnudez. Me parecía ver la Tierra en sus comienzos, según estaba de espaldas al viento, moviendo los dedos de los pies en las mojadas botas para asegurarme de que aun no se me habían helado y viendo caer las gotas de lluvia de los costados de los sufridos ciervos, en tanto que Vassilli y su hermano Nicolai debatían lo que debía hacerse. De pronto se oyó un grito, y en la orilla de enfrente apareció Maxim, el más joven de los tres hermanos. Siguiendo sus indicaciones, caminamos un corto trecho adelante, donde había otro vado; allí, aunque el arroyo era más ancho, era menos profundo y la corriente menos rápida. Además, en medio de ella había una faja de arena, que dividía el paso. Descargamos todo lo que llevábamos en los trineos, y Vassilli nos pasó uno a uno a través del banco de arena; luego pasó también nuestros enseres, y a pesar de que habíamos reducido al mínimo el equipaje, se necesitó varios viajes para transportarle, pues hubiese sido desastroso sobrecargar la canoa. Por fin, sólo quedó detrás Nicolai, el cual condujo los ciervos río abajo y los impulsó hacia la corriente por parejas, y cuando hubo pasado la primera las otras la siguieron sin vaciar, y entonces Vassilli bogó otra vez para buscar a su hermano. Entretanto ocurrió una tragedia, pues durante su ausencia el último tronco hizo parada en una lengua de barro que era casi tan blando como si fuese de arena movediza, y antes de que pudieran llegar los ciervos a tierra firme se hundió bajo ellos la traidora superficie y se sumergieron hasta las corvas; con algún trabajo se consiguió arrastrar a la orilla tres de ellos, pero el cuarto no pudo levantarse; cuando le sacamos a rastras nos encontramos con que, a causa de los esfuerzos que había



FIG. 23.—VASSILLI SOTNIKOFF Y SU RENO.

hecho, se le había roto una de las patas traseras al pobre animal. No había ningún remedio contra tan grave accidente, por lo cual Vassilli le soltó al animal de los arreos para que no estorbase a los otros, y le abandonamos en el banco de arena, porque con la menor dilación les hubiese podido pasar lo mismo a los demás. El segundo canal era mucho más fácil de cruzar, y ni siquiera tuvimos que emplear la canoa, pues hicimos la travesía felizmente, arrodillándonos en los trineos mientras que los ciervos le vadeaban, llegándoles el agua hasta por encima del vientre. Después de colocar de nuevo nuestros enseres en los trineos nos apresuramos a continuar el camino hacia

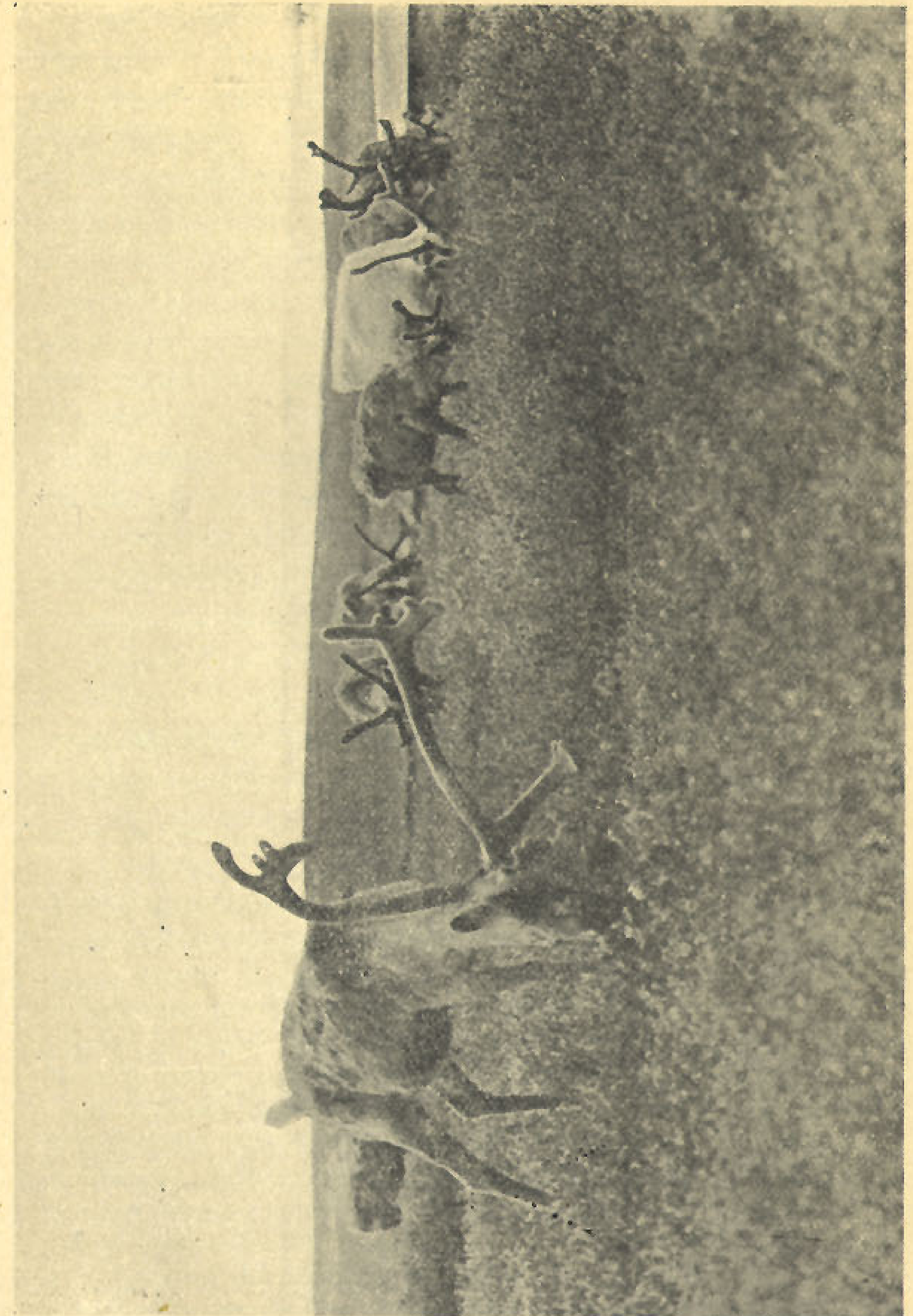
el *choom*, que sólo distaba de allí una versta; pero Maxim se quedó para traer el ciervo herido, que iba, cojeando, lentamente hacia el vado. Siempre mueve a lástima ver sufrir a un animal, y aunque en este caso el accidente no se había podido evitar, lo ocurrido al pobre reno nos entristeció mucho a todos. Debo, sin embargo, confesar que el proceder de aquel reno, aunque no disminuyó ni redujo mi pena, modificó notablemente mis ideas respecto al sufrimiento de los animales, pues no bien hubo llegado renqueando a la orilla, sostenido sólo por las tres patas sanas, empezó a pastar tan tranquilamente como si no llevara la pata colgando.

Diez minutos después llegamos al *choom*, situado sobre una pequeña loma, en un resguardado valle. Por delante de la puerta una clara corriente pasaba murmurando y todo alrededor los montecillos del valle estaban salpicados de renos que pastaban. Poco antes, aquella pequeña tienda perdida en el corazón de la *tundra* me hubiese parecido el colmo de la melancolía y de la soledad; pero dos meses de viajar por la Siberia septentrional habían modificado muchas de nuestras ideas preconcebidas, y ahora, por el contrario, saludamos con satisfacción la aparición de aquella humilde vivienda, que en la situación en que nos encontrábamos, hambrientos y con los trajes mojados, nos pareció como venida del cielo; casi como si fuera nuestra casa, y empujando la puerta, penetramos en ella con alegría. En medio del suelo había un brillante fuego, y a su lado se hallaba la vieja María Sotnikoff, madre de nuestros tres guías. Aunque estaba sentada, con las piernas cruzadas, sobre un montón de pieles, y sus enseres domésticos cabrían todos en el viejo baúl de madera que tenía al lado, y a pesar de que su *choom* había sido invadido de pronto por doble número de personas de las que ordinariamente vivían en él, ninguna dama en tierras civilizadas hubiera recibido a sus inesperados huéspedes con mayor cortesía y compostura con que lo hizo la señora Sotnikoff. Nos dió la mano cortésmente a todos, y aunque entendía poco el ruso y su sordera le impedía oír nuestros saludos, nos sonrió amablemente y nos mostró nuestro alojamiento para la noche; la habitación destinada a los huéspedes era la mitad izquierda del *choom*, según se entraba. Entretanto, los tres hermanos, que se habían quedado atrás para quitar los arreos a los renos, entraron, y todos se sentaron alrededor del fuego para cenar; pero antes de esto María cogió los trajes exteriores de sus hijos y los colgó para que se secaran. Después, mientras esperábamos que hirviese el caldero, yo miraba, a través del fuego, a aquella mujer, no pudiendo por menos de admirar la manera metódica con que ponía en orden su choza. Pocas veces he visto mayor aseo ni pulcritud en habitaciones de muchas mayores pretensiones en Europa. Primeramente cogió la mesita que se encuentra en la mayoría de los *chooms* del Yenesei y le quitó el polvo con cuidado. Sobre ella colocó tres tazas color de rosa, con sus platillos de loza barata rusa. En mi ignorancia, antes de visitar el Yenesei había creído que los platillos eran de las cosas de que más fácilmente se puede prescindir, entre otros tantos objetos superfluos con que nos abruma la civilización; pero en el *choom* el platillo es tan importante como las tazas, pues en él se vierte el te antes de beberlo. Observamos que sin duda los naturales despreciaban nuestros cubiletes y consideraban nuestras mesas de te como mal equipadas por carecer de aquel requisito. Cuando el agua del caldero comenzó a hervir empezó la comida, que se componía de tres platos, te y *sushki*, carne de reno y pescado. Los hombres tenían mucha hambre para pensar en hablar, y lo poco que dijeron fué relativo a la pérdida del reno; y como el precio de un buen reno de arrastre oscila entre quince y cincuenta rublos, estaban muy apenados por el accidente.

Después de cenar se sacaron las camas, y cada uno de los hermanos, quitándose los vestidos exteriores, se metió en un caliente saco de piel de reno. Me fijé en que, si bien sus caras y manos eran morenos, los brazos y el pecho de estos dolganes eran tan blancos como los de un europeo. Los dolganes hay que reconocer que son una raza limpia. Yo vi yurakos y samoyedos tan sucios que parecía que su piel había renunciado desde largo tiempo a su función propia.

Durante toda la noche el viento y la lluvia cayeron sobre la *tundra*. Un *choom* es una vivienda maravillosa, a prueba de mal tiempo. Como todo lo que ha evolucionado despacio, con la experiencia práctica de cientos de generaciones, es la más sencilla y efectiva adaptación al medio; pero con todo, antes de la mañana la despiadada lluvia se abrió camino, goteando lúgubremente sobre el hogar. Hacía demasiado frío para dormir en las húmedas pieles de carnero, por lo que la mayor parte de la noche permanecimos despiertos, escuchando los gemidos de los renos que pastaban fuera. Nuestros patrones se pusieron en movimiento bien de mañana, siendo la primera que se despertó la más dura para el trabajo, la madrecita, pues tenía que encender el fuego. Ahora bien: es de advertir que un fuego en la *tundra* del Norte no es un simple montón de madera desparramada o de carbón esparcido por el hogar para desperdiciarlo en gran parte o añadirlo a cada paso, como sucede en el Sur: allí el combustible tiene un valor especial, porque hay que llevarlo de las orillas del Yenesei, que puede distar varias centenas de verstas, pues la única madera que crece en aquella parte es la del pequeño sauce verde achaparrado, de escaso volumen; por esto, cuando se enciende fuego, cada astilla y cada ramita se colocan cuidadosamente, y encendida la hoguera, se la vigila con interés y se atiza de tiempo en tiempo, para que el caldero hierva lo más pronto posible, con el máximo de intensidad y el mínimo de combustible. Antes de que el te estuviese hecho, los tres hombres se levantaron y se lavaron por orden, cogiendo cada uno de ellos un buche de agua, con un cazo, del cubo que había junto a la puerta y dejándola escurrir de la boca sobre las manos. Como nosotros no estábamos acostumbrados a esta manera, casi felina, de obtener agua templada, nos contentamos con una pequeña ablución en la helada corriente de afuera. Acabados estos lavatorios, los dolganes tomaron un buen desayuno, consistente en pescado, en tanto que nosotros comíamos las viandas europeas que habíamos llevado con nosotros, las cuales me limitaré a decir que no tenían tan buen aspecto como las de ellos.

LÁM. IV.



RENOS PASTANDO.

Los Sotnikoff gozaban de mejor posición que otros de sus compañeros. Todas las primaveras venían al Norte con sus renos, y durante el corto verano ártico (1) vagaban por la *tundra* de pasto en pasto. Cuando llegaba el otoño empaquetaban sus enseres en los trineos y bajaban cuatrocientas o quinientas millas hacia el Sur, hasta el límite de los grandes bosques siberianos, donde tenían otro *choom*. No los preocupaba el dejarlo abandonado durante todo el verano ni que alguien los robase. Preguntándoles sobre esto, se sonrieron ingenuamente, contestándonos: «¿Quién había de robarnos?», porque están seguros de la escrupulosa honradez de su raza.

No cabía duda de que esta vida errante sería aceptable para los tres jóvenes; pero en cuanto a la viejecita, tan débil y que con dificultad podía andar cincuenta varas desde la puerta del *choom*, y tendría que viajar en un trineo abierto, a través de las primeras nieves de un invierno siberiano, ya era otra cosa. María, sin embargo, parecía considerar todo esto con la misma serenidad con que en Londres una señora mira la excursión anual del día de fiesta a Margate. Vassilli, el mayor de los Sotnikoff, era un hombre de mediana estatura, con poca barba y

(1) No hay en realidad sino dos estaciones en la *tundra:* el silencioso y largo invierno, unos diez meses, durante el cual en muchas semanas el disco del Sol se oculta bajo su horizonte, y el corto verano, dos meses, durante el que, y en muchas semanas, el Sol no se pone, rasando el horizonte; estación de flores brillantes, de miles de mosquitos y de pájaros. La esplendidez floral del verano es grande: líquenes y musgos de todos colores, cremas, rojo escarlata, asociados con la gaya flora alpina de *Gentiana, Anemone, Saxifraga,* etc. Sólo a orillas de los ríos pequeñas arboledas rompen la uniformidad de la llanada de la *tundra*.

Situada la *tundra* entre los campos de nieve, nunca hollados, del Norte y los bosques boreales al Sur, es lugar de trashumancia estival, en que el musgo ofrece alimento a los renos y la pesca y la caza recursos a los hombres. La principal ocupación de la mujer en el verano de la *tundra* es la preparación del pescado, que secan para conservarlo. En el invierno emigran hacia el Sur, y en la linde de la *tundra* con la zona de los bosques boreales cazan sus habitantes animales de apreciadas pieles. El reno es siempre la riqueza principal. *(Nota de la edic. española.)*

cuyo semblante revelaba menos afabilidad que el de sus hermanos, y luego supimos que, aunque en edad de casarse, permanecía soltero porque a todas las muchachas del pueblo les imponía por su mal carácter. Nicolai, en cambio, tenía la cara redonda, con una expresión tan alegre y cómica que no era posible mirarle sin sonreírse con simpatía. Maxim, el Benjamín de la familia, era una pequeña edición de Nicolai. Todos tres eran tan alegres como chicos de la escuela, y su carácter era verdaderamente infantil. Nicolai quiso encender la pipa, y al abrir la fosforera se encontró con que estaba vacía; grandes carcajadas produjo en sus hermanos el desconsuelo que entonces se pintó en su semblante. Maxim, al calzarse, se encontró con que la costura de las botas se había roto, y que por la abertura salían fuera sus desnudos dedos, a la manera de lo que los niños ingleses llaman una patata, lo que tanto a él como a sus hermanos les hizo ir de un lado para otro muertos de risa, hasta que María, moviendo la cabeza, se apresuró a reparar el desperfecto con un retorcido tendón de reno. Aquella mañana había tiempo de sobra para estas cosas, porque como llovía fuertemente no sentíamos la menor tentación de salir fuera y calarnos hasta los huesos, máxime careciendo de sitio donde tender a secar las mojadas ropas. En cambio tuvimos la mejor oportunidad de estudiar el *choom*, que describiré brevemente, para conocimiento de quien no los haya visto. Un *choom* es una pequeña tienda cónica de unos quince pies de diámetro próximamente, con un largo palo vertical en el centro; alrededor de éste, y clavados en círculo, otros varios palos curvos con el extremo dirigido hacia el centro sirven de nervios o costillas, que se reúnen en un haz con el palo central, al que se atan, y sirven para soportar la cubierta, dejando un hueco para que salga o no el humo. La armazón interior es un palo horizontal amarrado a uno de los laterales y al del centro, y del que pende un gancho, que sirve para sostener el caldero de guisar. La cubierta exterior está hecha con pieles de reno cosidas unas a otras. En realidad, el reno lo emplean los naturales de Siberia para tantas cosas que no es extraño que el hallar buenas pieles de

estos animales en Golchika sea tan difícil. Pieles de cervatillo hay bastantes, y sólo cuestan uno o dos rublos; pero las pieles grandes están todas empleadas en los *chooms*. Los Sotnikoff tenían unos trescientos renos a su cuidado, de los cuales próximamente la mitad pertenecían a Prokopchuk. Sin embargo, no era éste un gran número para una familia, pues los renos son animales muy delicados y algunos años están sujetos a una enfermedad epidémica que los hace sucumbir por centenares. Los renos samoyedos son más pequeños que los que tienen los tungús, y a juzgar por la cabeza de uno que vi de la isla de Dickson, son más ligeros que los renos salvajes. Los de tiro son mansos y dóciles. Dice Seebohm que en el Petchora, los jóvenes, que no tienen cuernos, son usados en los trineos; pero todos los que vi en el Yenesei los tenían muy hermosos, aunque, por supuesto, en aquella estación los llevaban todavía cubiertos por la piel. En el invierno un tronco puede andar ciento cincuenta millas al día; pero en el verano están en peores condiciones y sólo les es posible caminar unas treinta millas. Su olfato es tan fino que, cuando se pierden por causa de la *pourgá*, andarán millas y millas hasta hallar un *choom*, guiados por el olor del fuego; pero no tienen la facultad de reconocer sus casas, como los perros, por lo que podrá irse a un campo extraño lo mismo que al suyo. Una vez vi a José Gerasimvitch desollando a unas treinta varas de un tronco de renos una res recién muerta; otros animales se hubieran enfurecido por el olor de la sangre, pero los renos permanecieron impasibles.

Por la tarde el cielo aclaró, y subiendo por una cuesta solitaria vi la *tundra* bajo otro aspecto. La noche anterior habíamos conocido su lado triste, su color pardo, su soledad bajo el azote del viento y de la lluvia, su desolación. La disposición del terreno acusaba la acción del hielo; su horizonte se extendía en largas y abiertas curvas, apareciendo redondeados todos los ángulos por la dura acción de los glaciares. Podría admitirse que la forma de los pantanos y de los ríos no había cambiado desde que el mamut holló con sus pesados pasos las heladas

colinas de tierra; pero hoy yo sentía más claramente todo lo que la *tundra* prometía: su gran fertilidad, su inmensidad, su encanto extraño e indefinible. En ningún otro sitio, como no sea en los Alpes, se verá tal profusión de flores, miosotis, Lupinus, saxífraga, pedicularias y amapolas rojas, azules, rosadas y anaranjadas, mostrándose en los claros de los sauces en fragante floración (1). En cada altillo había un chorlito con su librea tachonada de oro, lanzando su canto salvaje o quejándose lastimosamente para apartarme de su oculto nido. Abajo, en la hondonada, una pareja de agujetas silbaban el uno al otro con notas parecidas al choque del pedernal contra el acero, y las alondras de los prados se dejaban caer, gorjeando, entre las flores. A medida que caminaba de prisa por la orilla del río, corrían delante de mí por las lenguas de arena pequeñas zancudas, y un lindo lagópodo se remontó lanzando un *huirr*, desapareciendo por encima de un montículo.

Junto al vado, las gaviotas volaban de un lado para otro, lanzándose contra sus propias sombras, que se proyectaban, purpúreas, sobre los bancos de arena, cuando aun ayer no se veía ni un ave y las flores tenían todavía ocultas sus cabezuelas, empapadas por la lluvia; ¡toda esta transformación se debía a un rayo de Sol! Era como una resurrección. El río corría tranquilamente, reflejando un cielo claro, mientras que ayer la monotonía de sus anchas y llanas orillas nos oprimía el corazón por su color pardusco y con su melancolía; hoy, por el contrario, esa misma monotonía le prestaba y añadía encantos; no tenía historia, no servía para ningún fin humano, no venía de sitio conocido; corría un poco murmurando alegremente bajo el sol, y después desaparecía por sitio igualmente desconocido. En cierto modo, el río era característico de la *tundra*. Ésta es una tierra del presente; no tiene pasado; allí nunca hubo historia ni su gente nota casi el transcurso del tiempo. No tiene porvenir. ¿Para qué podrá servir aquel millón cuadrado de millas de

(1) Véase la nota de la página 191, acerca de la extrema riqueza floral en el corto verano de la *tundra*.

líquenes y musgos, que durante nueve meses del año están completamente helados? La vida de la *tundra* es un presente eterno; así ha sido hasta ahora, y así será en adelante. ¡Es uno de los lugares más gratos al dios Pan, de los cuales quedan ya tan pocos en esta pequeña tierra tan hollada!

Al pasar por lo alto de una colina salió volando una pareja de chorlitos, fingiendo que se les había roto un ala; uno era tímido y se mantenía a distancia; me avergüenzo de confesar que por su plumaje le tomé por la dama. El otro era un ave osada, que pasaba tan cerca de mí una y otra vez que la hubiera podido cazar con una red de mariposas.

Luego me tumbé para vigilar a la pareja. El macho dejó escapar pronto su lastimero silbido, empezando a coger imaginarios gusanos, lo que, para quienes conocen tales aves, es un signo infalible que hace que no se dude ya; pero su compañera en seguida descubrió que yo andaba rondando por allí, y enteró a toda la *tundra* del espionaje que se estaba efectuando. Sin embargo, pronto tuvo que ir a ocuparse de una gaviota de Buffon que pasaba demasiado cerca, y tan pronto como ésta desapareció, su compañero volvió cerca de los huevos. Le estuve vigilando por más de una hora, y al fin, después de señalarle una o dos veces, encontré el nido, que contenía un pollito recién nacido y tres huevos ya picados. El ave adulta no hubiera tenido necesidad de armar tal alboroto por causa de la gaviota, pues, sin anteojos, este ave nunca habría podido encontrar su tesoro. Tanto el pollito como los huevos estaban sabiamente disimulados por su tinte. El primero era pardo y verde dorado, lo mismo que el musgo sobre el que se encontraba, y los huevos, jaspeados de ámbar y gris, eran parduscos, como el liquen. Todos ellos eran piezas sumamente afortunadas de pintura escénica en miniatura, y en medio de la *tundra* resultaban completamente invisibles. El macho era tan dócil que determiné volver al día siguiente para hacerle una fotografía en el nido.

La segunda noche que pasamos en el *choom* fué mucho más agradable que la primera, pues estaba ya seco y no hacía dema-

siado frío, teniendo la precaución de colocar los pies sobre la ceniza del fuego. Los perros entraron para participar del calor; éstos eran dos, y se llamaban *Malchik* y *Ouss*. Ambos los tenían para emplearlos en reunir los renos en rebaños; pero en tanto que *Ouss* era una eminencia en su profesión, *Malchik,* por el contrario, era un loco. *Ouss* conocía su superioridad, y se valía de ella no permitiendo que su hermano se sentara al lado del fuego, ni casi que entrase en el *choom*. Los dos eran perros muy vivos y de mala ralea, con pelo largo y con las colas enroscadas hacia arriba, como los perros Chow o de Pomerania.

A la mañana siguiente salí muy temprano y fuí a hacer una visita al chorlito, acompañada de la máquina fotográfica. El día estaba hermoso; en el cielo no había ni una nube, y la *tundra*, por vez primera, resonaba con el zumbido de los mosquitos. Esta plaga pululaba por todas partes, convirtiendo el deporte de la fotografía en un verdadero martirio. Resultaba imposible enfocar con la cámara a través de aquella nube de insectos, y comprendí en seguida que la mayoría de los remedios recomendados como preventivos servirían más para irritarle que de protección contra los ataques del *Culex damnabilis* siberiano. A pesar de esto, afortunadamente, el chorlito macho fué un modelo de lo más servicial, pues hasta volvió a cubrir a su cría recién nacida mientras yo, tumbada en la hierba a menos de cinco varas de distancia, y empleando una lente de 14'' de anchura focal, exponía unas dos docenas de placas del animal correteando alrededor del nido. Esta especie de suerte fotográfica a veces tiene mucho éxito en lo que se refiere a hacer fotografías; pero es, o debiera ser, de tan poco valor para el fotógrafo naturalista como lo es para un cazador cazar un zorro metido en un saco. Nueve décimas partes del placer y del interés de esta clase de fotografías se derivan de observar al ave en condiciones naturales. El poner al alcance de la lente a un ser por medio del piar de sus polluelos es una cosa tan semejante a cocer el cabrito en la leche de su madre, que yo, siempre que hacía esto, me sentía verdaderamente avergonzada y como si le debiera una apología al pobre pájaro. Sin embargo, este chorlito era tan sumamente sagaz, que el conseguir sacarle una fotografía desde una tienda-puesto ordinaria sería una tarea larga y difícil.

Cuando volví al *choom* ya estaban almorzando todos los demás. *Ouss* se hallaba sentado en el círculo de la familia, en espera de algún bocado; pero *Malchik,* como de costumbre, tenía que guardar la distancia. Los hombres dijeron que era un bobo, *dourak;* pero yo sentía hacia él un sentimiento de compañerismo, pues una pareja de agujetas habrían podido decir lo mismo de mí cuando no podía descubrir sus crías entre los mimbres. Por lo cual le llamé y le dije que tenía la intención de formar algún día una cofradía para bobos e incompetentes, tanto del género humano como del canino. *Ouss* lo empujó pronto hacia el fuego, y por primera vez toda la familia se puso de parte de *Malchik,* lo que le valió las raspaduras del caldero, las cuales tomó con servil gratitud. Sin embargo, para demostrar la inestabilidad de las cosas, dos minutos después, al ver que *Ouss* miraba insinuantemente nuestros platos, yo misma, sin darme cuenta, le eché trozos escogidos, y *Malchik,* que no se atrevía a nada y miraba con ojos de hambre, no obtuvo ninguno. Por tanto, el bobo fué tratado según merecía su tontería, y todo continuó con igual injusticia que hasta entonces.

Los dolganes iban a salir a matar gansos para la despensa de Prokopchuk, y nos invitaron a que los acompañásemos. Vassilli cogió su antigua *muzzle-loader* (arma que se carga por la boca) y la pequeña canoa y partimos en los trineos de renos.

En los sitios más elevados los mosquitos eran menos virulentos que en el valle; pero hacía mucho calor, y de uno a otro confín la *tundra* entera parecía palpitar a la luz del Sol.

Tennyson escribió de la tierra de los comedores de *lotus* «que en ella siempre reina la tarde». En la *tundra* era como una mañana perpetua de domingo. Sobre la vasta y soleada llanura reinaba una tranquilidad de día de descanso, y casi esperaba uno oír el lejano tañido de campanas de la iglesia. Fuera de los valles del río no había ninguna flor entre el musgo de reno, y sólo por casualidad se veía algún chorlito.

Sin embargo, de vez en cuando atravesábamos algún pequeño fangal de musgo, que parecía ser como una especie de oasis para las aves. Al acercarnos a ellos surgían churrillas de la especie minuta, y los falaropos de cuello rojo, *koolik,* según los llaman los siberianos, guiaban a sus pequeñuelos fuera de la senda de los trineos. Al cruzar uno de estos fangales saltó de pronto ante nosotros una churra, y entonces pude ver, escabulléndose por entre la hierba, un polluelo en plumón. Sin quitar la vista de aquel punto salté del trineo, con gran asombro de nuestro piloto, Vassilli, que pensó me había vuelto loca, y después de una corta persecución capturé un par de crías de churra todavía en plumón, y que eran, según creo, las primeras cogidas por un ornitólogo inglés. Un poco más lejos, y al lado de unos achaparrados sauces, lugar en donde hicimos alto para que los ciervos descansaran, maté tres ejemplares de perdiz de las nieves, las únicas que me pude procurar en todo el viaje. Eran sumamente mansas, y el estampido del tiro que selló la suerte de sus compañeras sólo las hizo estirar sus cuellos, como indagando.

Pronto llegamos a la orilla de un pequeño río; pasado éste se encontraba un fangal, en medio del cual, y como una joya en su estuche, había un pequeño lago, el criadero de gansos. Vassilli tomó la canoa y dirigió los renos hacia la corriente. Estos se alegraron mucho de poder nadar y beber, pues los pobres tenían mucho calor, y *Ouss,* que durante todo el camino había corrido detrás de los trineos, jadeaba como una máquina de vapor. Cuando hubimos alcanzado la otra orilla, saltamos a los trineos y nos lanzamos a todo galope por el fangal, para sorprender a los gansos y cortarles la retirada por el agua. Al otro lado del lago se alzaba un terreno en pendiente, al pie del cual tres o cuatro crías se encaminaban, balanceándose, hacia el lago. Nicolai se arrojó del trineo, y gritándome que le siguiera, echó a correr seguido de *Ouss.* Pronto me rindió la carrera, pues las orillas de la laguna eran, debido al *sphagnum,* esponjosas, y me quedé sin aliento, tanto por la risa como por agotamiento. Nicolai, corriendo a la cabeza dando tumbos por el

pantano, había perseguido encarnizadamente a toda una familia de gansos. Los gansos jóvenes, aunque todavía no podían volar, eran fuertes andarines, peritos en regates, y cada vez que su perseguidor hacía presa en uno de ellos, el gansarón se escurría bajo su brazo, como un jugador de *foot-ball,* y daba una escapada en dirección opuesta. *Ouss,* que entró a fondo en el juego, se asió al alón de un ganso adulto que iba corriendo ante su progenie con las alas extendidas. El ave se alzó inmediatamente en el aire, con lo cual el perro cayó rodando por el suelo con las patas extendidas y la boca llena de plumas, mientras que el aleteo y cacareo redoblaban. Por fin, entre Nicolai y *Ouss* cazaron dos aves, y el resto logró alcanzar el agua, donde a pesar de todo tuvieron que habérselas con Vassilli, que había echado al agua la canoa y los perseguía con su escopeta, que producía tanto ruido y humo como un cañón de 45. Era cruel matar a las aves en la época de la cría; pero no había más remedio que llevar alguna carne fresca a Golchika, y, por otra parte, los gansillos que sobreviviesen eran ya bastante crecidos para poderse valer por sí mismos. Todos los gansos que vi en este lugar pertenecían a la especie de frente blanca *(Anser albifrons).* Entre todos los dolganes capturaron suficiente número para cargar un trineo, no quedando, sin embargo, satisfechos, pues, según dijeron, si la estación no viniese tan retrasada las aves adultas ya estarían mudando de pluma y no hubieran podido volar. Pero como no era así, sólo se pudieron coger las crías, y los adultos revolotearon sobre nosotros lanzando imprecaciones contra los violadores de su santuario.

A la mañana siguiente se nos concluyeron las provisiones, y como nuestros patrones no tenían nada de repuesto, hubimos de volvernos a Golchika. Nos despedimos del pequeño *choom* y de su libre y amistosa hospitalidad con el mayor pesar del mundo, y sus habitantes nos estrecharon las manos una y otra vez, al estilo sincero propio de los indígenas. Antes de partir, le compré a Vassilli su gorro por la suma de tres rublos. Estaba hecho de piel blanca de lobo, con flecos de piel de perro, y era una muestra perfecta del trabajo en abalorios de los dolganes.

María era una obrera notable, y cada cuenta estaba cosida con nervios de reno, según el modelo antiguo, que se transmite de



Fig. 24.—Gorro dolgan.

padres a hijos en la raza dolgan. Según escribo le tengo delante, y su mohoso olor me recuerda los dos días pasados en el pequeño *choom* en medio de la *tundra* y de sus originales y amables propietarios.

CAPÍTULO XI

Swerifskye.—Su reputación.—Nos dirigimos a aquel lugar.—«Mnogie vino».—Merodeo por la «tundra».—Noche al aire libre.—Excursión a Och Marino.—Espejismo.—Partida de exploración.—Aves y hombres de Och Marino.

Un día cogí del estante el viejo atlas que usaba en el colegio, y examiné el mapa del Asia con más interés del que solía hacerlo en los días en que aprendíamos en la geografía primaria que *La Siberia Occidental es una región inmensa, en la que habitan unos cuantos samoyedos enanos y donde miserables desterrados son obligados a trabajar cruelmente en las minas de mercurio; la bañan los ríos Ob, Yenesei y Lena, cuyas desembocaduras están casi siempre heladas.* Sobre el Yenesei estaban señaladas cuatro ciudades—Krasnoyarsk, Yenesiesk y Turukhansk, por supuesto, y luego, por muy arriba y a la derecha, en letra de molde, un espacio que en la actualidad representaba unas trescientas millas y llamaba la atención por el nombre del mismo río: ésta era Swerifskye—. No sabemos lo que llevaría al ilustre geógrafo a introducir este nombre en su mapa. En el año de gracia de 1914 dicho lugar se componía de dos *balaganes* y tres *chooms* indígenas, situados en una ribera de cascajo. Hasta el mismo Golchika era un lugar alegre y populoso comparado con él.

Swerifskye estaba situado sobre la otra orilla del Yenesei, y en los días claros se podían ver los rimeros de leña y el humo

de los *balaganes* (1). Pero cuando hablamos de ir allá, los golchikanos movieron la cabeza. Según nos contaron, Swerifskye gozaba de una fama tan mala como las ciudades de las llanuras, siendo sus habitantes ladrones y asesinos. Existía la leyenda de que el verano anterior habían ido a pescar allí dos hombres del Sur, y pocos días después subieron a bordo del vapor de Kutcherenkoff, rogándole los llevase a su pueblo en cualquier forma, pues no podían seguir viviendo con la gente de Swerifskye.

Pero esto, en lugar de disuadirnos de nuestro propósito aumentó nuestros deseos de visitar aquel lugar, y como por entonces la señora Antonoff quiso bajar a Och Marino para ver cómo marchaba la pesquería de Hachenkoff, decidimos reunirnos y alquilar el bote de Sylkin para que nos llevase a la otra orilla. Sylkin estaba dispuesto a ir, pues en los *chooms* de Swerifskye estaban viviendo unos yurakos amigos suyos. Sin embargo, dió por admitido que el paseo era también para su familia, y cuando volvió con el bote lo traía ya cargado de chiquillos y de perros. Tuvimos que hacerle comprender que no podíamos atravesar el Yenesei con un arca de Noé ni con una casa de fieras o jardín zoológico, y esperamos a que expulsase a todos los perros y a la mayoría de los chiquillos, y después de haber recogido en la pesquería a la señora Antonoff y a Nill nos pusimos en marcha. Sylkin cogió el canalete, y sus dos chicos, los remos. El hijo mayor, Nicolás, que fué bautizado en la Iglesia ortodoxa, llevaba al cuello un símbolo cristiano; pero el más joven, Nerobi, aun no había sido bautizado. Quizá fuese la causa de ello la experiencia que había hecho su padre con los iconos, de que ya hemos hablado. Sin duda alguna continuaba siendo pagano, pues cuando la señora Antonoff trató de persuadirle a que viese al *pope*, del que recibiría un bello nombre ruso y una nueva y bonita camisa rusa, no hizo mas que dirigirle una mirada desdeñosa y contestar: «Yo no necesito ni

(1) En ruso se llama *balagan* a una tienda o tosco cobijo construído con ramas por los tártaros. *(Nota de la edic. española.)*

un nombre bonito ruso ni una bonita camisa rusa», añadiendo que él permanecía siendo pagano. La señora Antonoff, que, naturalmente, conocía mucho a los habitantes y sus modales, nos contó también otra historia que, aunque no hace al caso, no puedo por menos de repetirla. Un día se le acercó un samoyedo con la mano puesta sobre el corazón, y le dijo que tenía allí dentro un gusano que no le dejaba estar tranquilo. En vano trató de sacarle de aquel error, y por fin, para quitárselo de encima, le dió una sencilla pócima. Media hora después volvió, quejándose de que la medicina no le había servido de nada, a pesar de que se la había bebido y de llevar la botella dentro de la camisa, pues el gusano seguía allí.

Sólo habría diez verstas hasta Swerifskye; pero antes de que llegáramos empezó a levantarse un viento de mal augurio, y al atracar el bote delante de los *balaganes* comprendimos que iba a ser imposible llegar a Och Marino aquella noche, como habíamos pensado. A medida que nos íbamos acercando salían de los *chooms* y de las chozas figuras vacilantes y excitadas, lo mismo que cuando las avispas borrachas salen del corazón de una manzana, y presumimos que había en aquel lugar lo que Sylkin llamaba *mnogie vino* (mucha bebida). Nos veíamos en un aprieto, pues el tiempo era muy malo para volver a Golchika y un *balagan* no es un alojamiento muy apetitoso cuando en él imperan los borrachos. Para empeorar la situación, el siberiano que estaba más cuerdo vino a nosotros con la noticia de que Vassilli Vassillievitch Hachenkoff, a quien la señora Antonoff pensaba visitar en Och Marino, había abandonado, para cuidarse, su pesca, y por consiguiente su negocio, y había pasado una quincena en Swerifskye, trincando todo este tiempo de lo lindo. No tuvimos más remedio que quedarnos donde estábamos y confiar en que el viento se calmase pronto. Afortunadamente, había quedado *vodka* para Sylkin y sus hijos. Mis compañeros, seguidos por una alegre multitud, bajaron a los *chooms*, en tanto que yo iba a dar un paseo por la *tundra*.

Swerifskye está situado a la entrada de un valle ancho y poco profundo, que habría sido excavado fuera de la orilla por algún

antiguo glaciar. Exploré este valle en alguna extensión, saliendo entonces a la *tundra;* pero la estación estaba ya muy adelantada y no encontré nada de particular interés. El chorlito ya se sostenía en las alas, y el triguero de Laponia había buscado sitio más elevado para mudar la pluma, retirándose a las gayubas. No vi ninguna churra, aunque algunos sitios parecían muy a propósito para estas aves, ni tampoco, como esperaba, ninguna gaviota de Buffon. Maté una pareja de mediochorlitos, una hembra y un joven recién alado, y al cabo de tres horas, como el viento se hiciera muy frío y empezase a llover, me volví a la pesquería. De los *chooms* partían estrepitosas voces, pero no se veía a ninguno de nuestros compañeros. Me asomé a la puerta del *balagan* más próximo, y vi a Vassilli Vassillievitch tumbado en un rincón durmiendo la borrachera, y a la señora Antonoff de centinela en el otro. Nill estaba echado atravesado delante de la puerta, como un perro fiel; pero cuando entré debió de pensar que llegaba su relevo y se marchó. El *balagan* estaba obscuro y húmedo; pero al menos se hallaba más templado que la mojada ribera. La señora Antonoff y yo permanecimos en silencio, hasta que, arrulladas por los ronquidos de Vassilli Vassillievitch, nos quedamos profundamente dormidas. Hacia las diez volvieron nuestros compañeros, muy mojados y con gran apetito. Habían ido a dar un paseo, y al volver a casa se metieron en un lodazal, por lo cual encendimos una gran hoguera en la ribera, y allí pasamos toda la noche. El cielo estaba claro, y aunque el aire era tan frío como el de un noviembre de Inglaterra, como la arena estaba casi seca, dormimos muy cómodamente sobre las pieles de carnero, y una de nosotras pidió un barril de pescado vacío y pasó la noche en esta alcoba, a lo Diógenes, diciéndonos que era muy cómoda; pero los demás preferimos arrimarnos al abrigo de unos maderos de deriva.

Por la mañana encendimos fuego, preparando el desayuno, y mientras lo tomábamos celebramos un consejo de guerra. El tiempo era muy malo para intentar salir, lo mismo hacia Golchika que hacia Och Marino; pero la señora Antonoff ansiaba

llevar a Vassilli Vassillievitch a su casa. Durante su ausencia, la joven que con él vivía se había quedado sola con su enfermizo niñito; dos veces le envió recado con los naturales para que volviese a su casa y le llevase alimento, pues no tenía sino pan negro y pescado salado para dar al niño. Hachenkoff la quería a su modo, y entre los ataques de embriaguez lloraba continuamente, temiendo que el niño se muriese y que se le enterrase bajo el nombre de su madre y no con el suyo. Pero a poco llegó la noticia de que se había despejado y estaba tranquilo, y la señora Antonoff envió a decir a Hachenkoff que hiciese el favor de venir para hablar con ella; pero a Vassilli Vassillievitch le acusaba su conciencia, por lo que salió escapado a esconderse en la *tundra;* sin embargo, Nill, que obedecía las órdenes de su ama como si fuesen ukases, le alcanzó, trayéndole al campamento, donde acto seguido la señora Antonoff le soltó una filípica, echándole en cara que no servía para nada, y sin permitirle replicar le envió a Och Marino, bajo la vigilancia de Nill.

Decidimos continuar por el río hasta Och Marino y pasar allí la noche, volviendo al día siguiente para recoger a Sylkin y al bote. Si el tiempo no mejoraba, tendríamos que continuar allí, y como sólo habíamos llevado provisiones para dos días, sería preciso estar a merced de lo que nos diera la gente de los *balaganes.*

A lo largo de la orilla occidental del Yenesei aun quedaban ventisqueros, pues los montículos de barro los protegían de la acción del Sol, y aunque el agua destilaba por sus lados gota a gota, resistían todo el verano sin derretirse.

Entre estos montículos de barro maté una gaviota siberiana y me procuré también una pareja de revuelvepiedras *(A. interpres)*, los primeros que vi en el Yenesei. Este día y en otros próximos pudieron observarse con alguna constancia pequeños grupos de estas aves. Era la segunda semana de agosto, y es de creer que fueran aves del año anterior que aun no habían criado y que emigraban hacia el Sur antes que las que allí anidan llevasen sus crías a las playas del Océano Ártico. Esta

costa del Yenesei, que así debe llamarse, mejor que orilla, nombre que no parece adecuado para el borde de un río que mide quince millas de anchura, presentaba en algunos sitios una capa de madera de deriva de hasta ocho pulgadas de espesor,

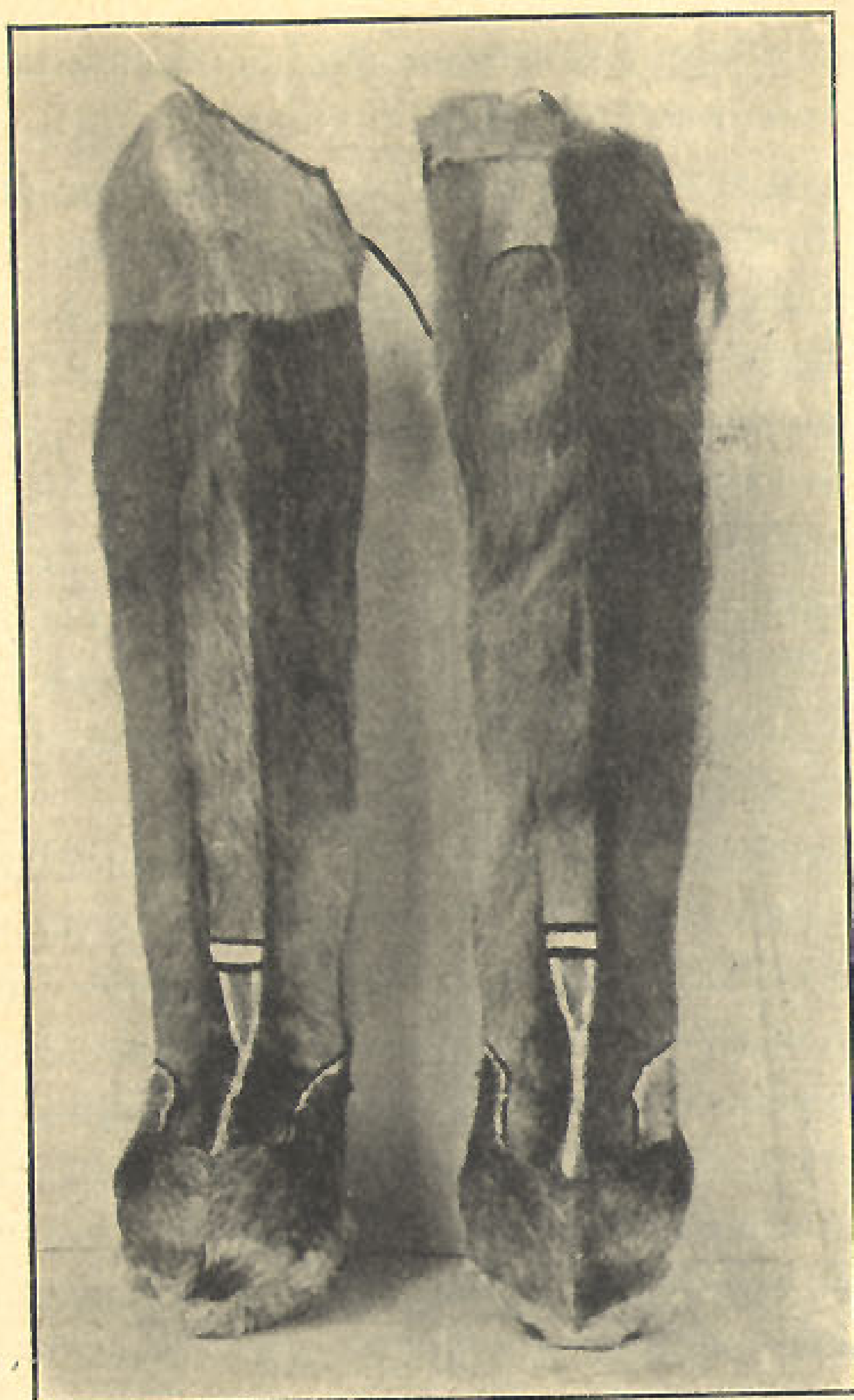


Fig. 25.—Botas yurakas.

casi convertida en serrín por la acción del hielo y de las corrientes de primavera. Era muy fatigoso andar sobre esta fibra de madera mojada, pues a cada paso se hundía uno hasta la rodilla en aquella masa esponjosa. También se veían en la orilla pedazos de grafito y piedras con señales de mineral de cobre, muestras de la inexplorada riqueza de Siberia.

No hay lugar alguno como Yenesei para encontrar ejemplos de espejismo. Sea cual fuere el estado de la atmósfera, la lejana línea de la costa y hasta un bote que estuviese a un par de verstas de distancia, parecían estar suspendidos en el aire, con una brillante faja de agua por debajo. Además de esto, aun en tiempo frío la línea del horizonte del estuario parecía saltar y vibrar, como pasa cuando hace calor, hasta el punto de que era muy difícil distinguir los contornos de un barco o de una playa lejanos por medio del anteojo de larga vista. Estos fenómenos deben de ser producidos porque el agua que viene del Sur tiene una temperatura superior a la del aire atmosférico del Ártico. Como consecuencia de esto, la delgada capa de aire que está en contacto con el agua se calienta y se hace menos densa que el aire que está encima, produciéndose los curiosos fenómenos de refracción de la luz.

La gente decía que Swerifskye sólo estaba a ocho verstas de Och Marino; pero, por el tiempo que nos llevó el recorrer el camino y por la medición sobre el mapa, nos pareció algo mayor: así como unas veinte. Ni los naturales ni los siberianos entienden nada de distancias; si le dicen a uno que hay diez verstas hasta un punto dado, lo mismo pueden ser cinco que quince; son tan poco seguros para esto como para medir el tiempo, no teniendo ninguna importancia para ellos, dado lo inmenso de su territorio. Varias veces tuvimos que esperar a Hachenkoff, que se hallaba en un lamentable estado y marchaba delante de nosotros con Nill, que le guardaba como si fuera un *detective,* andando a zancadas detrás de él. Cuando estábamos a mitad de camino divisamos dos personas que hacia nosotros se dirigían.

Éstas, que caminaban trabajosamente por el cansancio, eran la pobre joven de Och Marino con su niño, la que había esperado dos semanas, pensando que su hombre volvería otra vez a su lado, hasta que, por fin, desesperada, se había puesto en camino hacia Swerifskye para llevársele lejos de sus alegres compañeros. La única amiga que iba con ella era una pequeña niña yuraka, que la ayudaba a llevar el niño. Cuando Hachen-

koff vió a las dos lejanas figuras apresurarse por el erial para reunirse con nosotros, tuvo ganas de ahorcarse, en tanto que la pobre mujer prorrumpió en un llanto histérico de cólera y de desconsuelo. Dejamos que la señora Antonoff los pusiese en paz como mejor pudiese, y nos fuimos hacia la casa. Cuando la visitamos la otra vez, los fangales de alrededor no se podían atravesar, a causa de la nieve; pero ahora la verde hierba crecía exuberante alrededor de los charcos y las arenosas orillas estaban resplandecientes de flores. El andarríos, la churrilla alpina y la pequeña churrilla corrían por entre la hierba, así como algunas gaviotas de Siberia, que estaban evidentemente criando por los lagos donde yo las había visto un mes antes. La casa estaba cerrada, por lo que nos sentamos, en espera de sus dueños, que venían andando trabajosamente detrás de nosotros. Se nos hacía cargo de conciencia pedir hospitalidad a la pobre mujer; pero, desconociendo lo que nos había de ocurrir, no habíamos llevado con nosotros provisiones, excepción hecha de unas pastillas de carne que, aunque los anunciantes decían contener cada una de ellas la substancia de dos bueyes y medio, constituyeron una cena que no encontramos muy sobrada después de las quince millas que habíamos andado. Sin embargo, la llegada de huéspedes inesperados causa en Siberia menos sorpresa que en cualquiera otra parte del mundo, pues siempre hay en las casas pescado en abundancia, y como en cada *balagan* cuecen el pan en grandes hornadas, la despensa nunca está vacía. Además, los huéspedes no necesitan camas, y si sus vestidos no les bastan como colchón y manta, una alfombrita en el suelo es cuanto les es necesario. Sin embargo, no pudimos por menos de admirar la fortaleza de la pobre mujer, que a pesar de venir con los pies lastimados y transida de dolor, en vez de rendirse a su fatiga y aflicción, comenzó por alisarse los cabellos y lavarse la cara, haciendo lo mismo con el niño, antes de preparar la cena. Estaba de mejor color que cuando la vimos la última vez, pues trabajaba todo el día al aire libre en escoger y preparar el pescado; pero el niño parecía más enfermo que nunca, y evidentemente iba de mal en

peor, y con mucha rapidez. Hachenkoff, que le quería a su modo, le acalló mientras su mujer preparaba el samovar, y cuando estrechaba su carita contra su hombro había algo grotesco y al mismo tiempo trágico en el parecido del padre y del niño. Era tal nuestro apetito, que la comida, compuesta de pan negro, pescado salado y te de «ladrillo», nos pareció una de las más deliciosas de las que habíamos hecho hasta entonces. Después de terminada salí a cazar al pantano, deseando, si era posible, procurarme un ejemplar de gaviota siberiana joven en plumón. Era evidente que estas aves anidaban en los matorrales de la isla del lago. Maté dos individuos adultos, persuadiéndome de que hacía demasiado frío y estaba muy lejos para andar en busca de huevos. Un chorlito gris, especie que no había visto en mi anterior visita de julio, también criaba en el pantano. Le estuve mirando durante largo rato, sacando, por último, la conclusión de que debería de tener polluelos escondidos entre la hierba, pues corría a un sitio y revolvía la tierra como para invitarme a que le siguiera, y este mismo manejo lo volvía a repetir después en otro sitio totalmente distinto, como si quisiera proteger primero a un pequeñuelo y después a otro.

Más lejos, bajando por el río, había algunos *chooms* de yurakos algo separados del río, pues durante el verano en Och Marino se reúne una verdadera colonia de yurakos. Seebohm, cuando escribe sobre su visita al Yenesei (1) dice que es difícil distinguir las tribus samoyeda y yuraka, sacando la consecuencia de que el primero es un nombre general que se da a todos los indígenas.

La palabra «samoyedo» se usa ciertamente en un sentido general, para designar las tribus del Yenesei; pero la raza obscura que habita en el Este del río, que es a la que se le aplica mas comúnmente, es bastante distinta de los yurakos, de los cuales difiere tanto por su indumento como por su lengua.

En el lado occidental del río es difícil distinguirlas, lo que ha hecho sugerir la idea de que todos los susodichos samoye-

(1) Seebohm: *Birds of Siberia*, pág. 400.

dos de las *tundras* occidentales del Yenesei son en realidad yurakos.

No hay que olvidar que antiguamente el Yenesei era una barrera mucho más infranqueable para el tráfico entre las diferentes razas que hoy en día (una barrera tan ancha como dos veces el estrecho de Dover), y no sería extraño encontrar dos naciones distintas, aunque próximas, viviendo en cada orilla y que procedieran del mismo tronco. Las razas indígenas conceden mucha importancia a dar su nombre a un individuo de otra horda, que es como llaman a un hombre de diferente nacionalidad, tal vez por sospechar que el curioso sea un oficial del Fisco en busca de información. Tanto los siberianos como los aborígenes se cuidan mucho de lo que dicen, porque más tarde podrían hacer las autoridades que redundase en contra de ellos, sirviendo de base a posteriores indagaciones. Hasta las preguntas más inocentes sobre la pesca se contestan con reserva, y es posible que Seebohm inspirase sospechas por sus preguntas por algún hecho anterior: de aquí la dificultad que encontró para obtener informes. Aquella noche de Och Marino fué la más desagradable que hemos pasado y pensamos pasar. Míster Hall y Nill durmieron en el suelo, en un rincón de la cocina, y la familia Hachenkoff, en el otro. Mis dos compañeras y yo compartimos con la señora Antonoff el estrado de madera. A cada momento, Vassilli Vassillievitch pedía te y *vodka* para contener sus nervios, y cuando no bebía, fumaba cigarro tras cigarro, tan deprisa como se los iba haciendo la muchacha. A esto hay que añadir que no pasó mucho tiempo sin que apareciesen los compañeros menos deseables, y sus incursiones pronto nos quitaron el sueño; así es que nos alegramos de todo corazón cuando amaneció y pudimos respirar un aire puro y lavarnos con agua fría. El viento había caído por completo, por lo que fletamos un bote indígena con tres yurakos, para dirigirnos hacia Swrifskye. Nuestra patrona bajó a la playa para presenciar la partida. Aquella mañana la cara de la pobre muchacha estaba tan radiante como nunca, porque su hombre había vuelto a su lado. Vassilli Vassillievitch se acurrucó al lado de la chimenea

y no respondió cuando la señora Antonoff se despidió insinuando, amablemente, pero con seriedad, que la paciencia del dueño de casa más sufrido debe tener un límite. Pero su mujer se encolerizó, saliendo a su defensa: no quería oír ni una palabra acerca del olvido en que la había tenido; él era demasiado bueno para este trabajo, según dijo ella; pero otros compañeros, que la tenían envidia, le calumniaban en Golchika. Ni siquiera admitía haber estado sola para todos los trabajos mientras que él se había estado divirtiéndose en Swerifskye. Pero sus ojos miraron un poco anhelantes cuando el bote desatracó, quedando sola completamente en la orilla. Entonces el niño lloró angustiado, y ella corrió apresuradamente hacia su casa.

CAPÍTULO XII

UN CARTERO INDÍGENA.—UNA INVITACIÓN.—VAMOS A CAZACHYE.—VISITA DE MEDIA NOCHE.—SIMEÓN PROKOPCHUK Y SU FAMILIA.—MEZENCHYNE.—LAS GAVIOTAS DE COLA LARGA.—NOCHE A ORILLAS DEL RÍO.—LA TRAGEDIA DE LOS «BALAGANES».—FLORES DE LA «TUNDRA».—VUELTA A GOLCHIKA.—APACIGUANDO A GERASIM ANDROVITCH.

Un día, hacia mediados de agosto, nos dijo un indígena que vino a Golchika que un samoyedo de una de las pesquerías vecinas tenía una carta para nosotros. La carta, según nos dijo, se la había dado, para que nos la entregase, un tal Simeón Prokopchuk, hermano de Gerasim Androvitch, que vivía, en compañía de su familia, en un *balagan* situado a unas cincuenta verstas río arriba. Nuestro informante nos dijo que en vano había tratado de persuadir a su amigo para que le dejase traérnosla. El indígena del Yenesei ve en toda carta un depósito de los más sagrados, y la llevará consigo durante semanas enteras si no se le presenta oportunidad de entregarla; pero nunca la perderá y no se la dará a nadie mas que a su destinario, ni siquiera a su príncipe.

A la mañana siguiente se presentó la persona en cuestión, llamada Katia, e hizo entrega a miss Czaplicka de un documento sumamente sucio y mal escrito. En tanto que el hombre tomaba te con el vaso de *vino* de ordenanza, aquélla nos la leyó, viendo que contenía una invitación de Simeón Prokopchuk para que fuésemos a hacerles una visita. Aunque empezábamos a can-

sarnos de la choza, había bastantes dificultades para realizar esta excursión, siendo la principal de ellas el carecer de un bote. El único que había disponible era el de Prokopchuk; pero era tan grande y pesado, que para conducirlo se necesitaban dos hombres. Entonces alguien pensó en Joseph Gerasimvitch, «el gigante», según habíamos dado en llamarle, al que quizá se le podría persuadir a que viniese. «El gigante» era por demás tímido y amable, pero poco amigo de compromisos. La estación estaba muy adelantada, y había que recoger la leña. Claramente se vió que se necesitaba emplear nuevos argumentos para lograr lo que deseábamos, por lo que al día siguiente fuimos a ver a la señora Antonoff y la convencimos de que debía dejar venir con nosotras a las dos chicas a pasar la noche a Cazachye. Al enterarse «el gigante» de que también iría Nura Antonoff, no dijo nada; pero al día siguiente, hacia mediodía, se presentó en el bote con la camisa de los días de fiesta y con sus bucles muy alisados. Evidentemente el negocio de la leña no era, después de todo, tan apremiante. No nos atrevimos a preguntarle cómo había obtenido el permiso de su padre para coger el bote.

En la pesquería nos esperaban ya Nura y Tania, y con ellas estaba ya la pobre Marusia Prokopchuk, que nos pareció tan desconsolada por tener que volverse sola a las faenas de la cocina, que la animamos a que se viniera también. Y valía la pena de ofender a Gerasim Androvitch cinco veces seguidas por ver los ojos de Marusia iluminarse con el placer que le causaba la invitación. Todavía no íbamos a salir. Corría un viento favorable, y «el gigante», que, como todos los siberianos, era fecundo en recursos, bajó a la playa, volviendo al momento, a grandes zancadas, cargado, como Polifemo, con un tronco de árbol sobre los hombros. En menos de lo que se tarda en decirlo, el tronco se tranformó en mástil, y de un viejo lienzo encerado, robado del almacén, hizo una vela cuadrada; y no se contentó con hacer esto, sino que puso también a nuestro servicio a Micha, el joven de cara redonda de la pesquería, que se mostró contentísimo de pasarse un día de fiesta empuñando un remo.

Una vez fuera del Yenesei, el viento refrescó y pudimos ir a

la vela casi todo el camino. Claro es que el río estaba más picado de lo que hubiese deseado alguno de los de la partida; pero las olas, que en la canoa de Antonoff en nuestro viaje a Och Marino nos habían parecido tan formidables, no eran nada en la pesada *lodka* de Prokopchuk. Al orzar, una o dos veces penetró algo de agua por la borda; pero lo único que realmente se mojó fué la chaqueta de Vassilli, y como él y todo lo suyo estaban generalmente, por su propio cuidado o buena fortuna, exentos de los accidentes que nos sucedían a los restantes, miré a ver qué es lo que hacía. No obstante, seguía muy repantigado en la proa, entonando canciones sentimentales, envuelto muy agradablemente en la piel de carnero de Gerasim Androvitch. Así era siempre Vassilli. Las desgracias comunes del resto de los mortales nunca le afectaban. Creo que hasta el azufre de Gomorra se habría deslizado por él lo mismo que el agua por el lomo de un pato. En todas circunstancias, Vassilli siempre conseguía el sitio más caliente y seco, y lo más sorprendente del caso es que, más o menos pronto, se captaba la tolerancia de todos.

Hacia las once de la noche, Joseph volvió el timón y se dirigió a tierra. De la *tundra* vertía un río ancho y vadoso, y en la desembocadura de éste, en una verde loma, se hallaba situada la casa de Prokopchuk. Evidentemente toda la familia ya estaba dormida, pues nadie salió a nuestro encuentro, excepto una cuadrilla de perros. Parecíamos una partida de salteadores, según íbamos de uno en uno en el silencio de la noche. Joseph Gerasimvitch y su hermana entraron los primeros, volviendo en seguida acompañados de su tío. Simeón Prokopchuk era un hombre bajo y rechoncho, sin nada de los buenos modales y presencia de su hermano Gerasim.

Había sido un publicano en Yenesiesk, y cierto número de botellas vacías que había en el tejado demostraban que continuaba sosteniendo las costumbres de su tenducho. Tenía la mano derecha retorcida y crispada, y su aspecto era de lo más repulsivo que vimos en el Yenesei. Sin embargo, y a pesar de la manera brusca con que le habíamos hecho levantarse, se

mostró muy afable y nos introdujo en la cocina. La vacilante luz de una bujía envió al techo nuestras sombras monstruosas y danzantes. Delante de la chimenea estaba la señora de Simeón Prokopchuk, que acababa de despertarse. Era una mujer de miembros largos, que si no hubiese estado envejecida por el excesivo trabajo y por los muchos hijos habría sido de una belleza sorprendente. Después de darnos la mano, fué tranquilamente en busca del samovar, como si fuese la cosa más natural del mundo que diez personas llegasen allí inesperadamente a media noche. Sin dejar su ocupación nos contó que ella y los hijos más pequeños acababan de regresar a su casa, habiendo pasado el verano en un *balagan* en Mezenchye, pesquería situada a ocho verstas río arriba, y donde todavía seguía trabajando Nicolai, el hijo mayor.

Esta casa, aunque no estaba tan bien amueblada como la de Prokopchuk en Golchika, era, sin comparación, mucho más cómoda que el *balagan* de Och Marino. En un estante se veía un par de latas de leche condensada y de cacao, que demostraban cierto bienestar en los dueños. Después nuestra patrona nos llevó a la habitación interior, que era más grande que la primera, y bien amueblada. En el suelo había un montón de pieles, que levantó, y entonces pudimos contemplar el cuadro más bonito que darse puede: cinco niñitos desnudos, sofocados y sonrosados por el sueño, con los puños en los ojos, estaban allí debajo juntos, lo mismo que una camada de gatitos. La madre, con mucho orgullo, sacó de la cama al más pequeño para que le viéramos, con lo que el chiquillo abrió los ojos, negros como la endrina, y empezó a llorar anhelosamente, hasta que se lo entregó a la hermana mayor, niña de seis años, quien lo abrazó y sofocó su llanto tapándole con la cubierta.

Tan pronto como el samovar empezó a burbujear nos apresuramos a preparar la cena, ayudadas por las hermanas de Antonoff. Éstas llevaban pan y un bote de caviar (1)

(1) El caviar, preparado en Rusia, está compuesto por freza de esturión o sollo u otros pescados, salada y prensada. *(Nota de la edic. española.)*

fresco, y como nosotros íbamos provistos de te, azúcar, embutidos y queso, pronto pudimos disponer sobre la mesa una buena comida. Nos sentamos para participar de ella unas doce personas, llenas de alegría, a pesar de la escasez habitual de tazas y platillos. En todas estas excursiones nos sucedía que, aunque creíamos ir provistos ampliamente, nos encontrábamos con que al final había muchas más gargantas sedientas que tazas para sofocar la sed. Después que hubimos cenado, Joseph Gerasimvitch nos dijo que pensaba ir a la pesquería para ver a su primo Nicolai. Micha dijo que él también iba, y entonces, para tranquilidad nuestra, Simeón Prokopchuk se ofreció a acompañarlos. A ninguno de nosotros nos gustaba nuestro patrón, cuya conversación tenía siempre por tema maldecir de sus conocidos, y nos pusimos muy contentos de que pasase la noche fuera de casa. Cuando se marcharon, y después de fregar los cacharros del te, extendimos sobre el suelo las pieles de carnero. Nuestra patrona nos dió un brazado de espléndidas pieles, y dormimos agradablemente en la cocina, o, por mejor decir, lo hicieron nuestros acompañantes siberianos, pues yo, por mi parte, sentía deseo tan inoportuno de respirar aire puro, que no pude dormir en aquella atmósfera viciada del *balagan*, y a las cinco de la mañana, no pudiendo resistir más, me salí de la habitación para terminar la noche a la orilla del río, donde el aire, aunque frío, era más puro y fresco.

La mañana era hermosa, por lo que decidimos dar un paseo hasta el *balagan* de los Mezenchyne, adonde habían ido los siberianos por la noche, pues allí había algunos *chooms* samoyedos y yurakos, y nuestros compañeros ornitólogos sintieron grandes deseos de visitarlos. En esta parte, las orillas del río, como ocurre en todas las del Yenesei de este distrito, se alzaban en una hilera de bajas colinas de barro, esculpidas, en toda clase de formas fanfarronas y grotescas, por la acción de las inundaciones y nevadas. Las únicas aves que por allí se veían eran una o dos águilas ratoneras, que se alzaron sobre la *tundra*, y alguna que otra gaviota descarriada. Las orillas efectivas del Yenesei están extraordinariamente abandonadas, y a veces me

hacían pensar en lo que me gustaría poder llevar, para que chapotearan, al borde del agua una pareja de ostreros o, por lo menos, una o dos parejas de churrillas, que dieran animación a la escena.

Llegamos a Mezenchyne un poco después de mediodía. Este punto era una estación típica de verano, que contenía dos *balaganes* pequeños y tres *chooms*, enclavados cerca de la ribera. Por todas partes se veían redes tendidas a secar, y sobre la arena había grandes montones formados por los desperdicios del pescado. En uno de los *balaganes* estaba Joseph Gerasimvitch, acompañado de su tío y su primo. Estaban guisando pescado, y nos invitaron a que los acompañásemos. En tanto que nos resguardábamos un poco de los mosquitos, gracias al humo, Simeón Prokopchuck, que se mostraba con los mismos deseos de obsequiarnos que su hermano de Golchika, le indicó a miss Czaplicka que a unas quince verstas de allí, en mitad de la *tundra*, había restos de un mamut. Dicho lugar sólo le conocía un indígena, que era quien lo descubrió. Hacía mucho tiempo que miss Czaplicka tenía grandes deseos de recoger algunos ejemplares de huesos de mamut, y por lo tanto decidió resueltamente no descansar allí, sino tomar al indígena como guía y ponerse en marcha en seguida, acompañada de Mr. Hall, por lo cual metieron algunas provisiones en los bolsillos y salieron inmediatamente, con la idea de reunirse con nosotros al día siguiente en Kazachye. Las tres muchachas parecían estar muy divertidas, a juzgar por las carcajadas que salían del *balagan*, en que se habían resguardado de los mosquitos y también de las miradas de sus chaperones, que así temo nos llamasen. Miss Curtis deseaba ir a los *chooms* para tomar apuntes de los samoyedos, y dispusimos reunirnos a las seis en punto en el *balagan*, para volver juntas a Kazachye al día siguiente. Lo peor de este arreglo era que teníamos que quedarnos otra noche con el bote, y nadie quería pensar en lo que diría Gerasim Androvitch a nuestra vuelta. Sin embargo, estaba a cincuenta verstas de allí, y, como dicen en Irlanda, *ya hay bastante tiempo de dar la mano al diablo cuando se le encuentra*.

Entre la costa y la *tundra* volaba con regularidad sospechosa una pareja de gaviotas de cola larga. Las seguí un rato con la vista cuando cruzaban el lecho seco de un arroyo, en el que se albergaba tal cantidad de mosquitos, que a no haberme untado de cierta pomada, compuesta de manteca de cerdo y alquitrán, me hubiese sido imposible en absoluto observar a los pájaros. A eso de una milla del *balagan* encontré el objeto de los cuidados de las gaviotas, un torpe y desgarbado polluelo. Era tan feo, según estaba sentado sobre un montecillo, chillando para que le diesen de comer, que no se me ocurrió pensar en cazarle. Sin embargo, en esto fuí contrariada por media docena de perros indígenas, que me miraban respetuosa, pero atentamente.

Era muy extraño que las gaviotas adultas temieran a los perros mucho más que a un intruso humano; pero el volantón estaba ya muy despierto, y no se dejó coger. Sin querer maté al macho, y los otros dos echaron a volar. Después me marché a la parte más alta de la *tundra;* mas como los vigilantes caninos persistían en seguirme y me estropeaban el terreno en cualquier dirección que fuese, no cacé nada más que un joven combatiente con el plumaje rojizo del año. Volví al *balagan,* seguida siempre de mi cortejo de perros, y en él estaba ya miss Curtis esperándome, enterándome de que Simeón Prokopchuk la acompañó a los *chooms,* donde le dieron algo de beber. Éste incitó a los indígenas a toda suerte de travesuras, y como en aquel momento se había quedado dormido en el *balagan*, se nos ocurrió que sería una buena ocasión de poder escapar.

Hacía una tarde espléndida, y se sentía en el aire la frescura propia de la primera escarcha de otoño en Inglaterra. A su modo particular, la cuesta del año es tan tónica como la primavera y no va acompañada de tristeza. Entonces, como ocurre siempre con todos los grandes cambios de estación, echamos a un lado todas nuestras preocupaciones y pasamos una nueva hoja. Este año los faisanes volarán más altos y los zorros correrán más derechos que nunca. Por todo esto, me gusta mucho el tiempo de otoño y le coloco entre las mercedes que se nos conceden

en este buen mundo, sólo que en segundo lugar, después de la primavera.

El borde de arena que había a lo largo del agua estaba muy duro y firme para andar, por lo que no tardamos en alcanzar a las muchachas siberianas. Luego vimos tres figuras que nos seguían a cierta distancia, y que pensamos en seguida no podrían ser otras que el borracho de Simeón Prokopchuk, Joseph Gerasimvitch y Micha, y nos disgustó que las muchachas se fuesen quedando atrás, pues nos sentíamos algo responsables



Fig. 26. —Hombre del «balagan».

de las jóvenes Antonoff, en cuya discreción no confiábamos demasiado. También teníamos la sospecha de habernos dejado sobre la mesa un frasco de coñac, y nos apresuramos para poderlo esconder antes de que llegara el amo a su casa. Con todo, nuestros temores sobre las muchachas fueron infundados, pues cuando, a mitad de la cena, aparecieron las vagabundas riéndose y muy coloradas, sólo las acompañaban Joseph, Micha y el primo Nicolai Prokopchuk, muchacho esbelto y guapo de unos diez y nueve años de edad.

Después de cenar, las muchachas extendieron sus camas en el cuarto interior, y esperaban que miss Curtis y yo hiciésemos lo mismo; pero el pensar que seríamos once las personas metidas en una habitación con las ventanas cerradas herméticamente nos asustó, y como la noche estaba hermosa, resolvimos dormir al aire libre, en la orilla del río, sobre nuestras pieles de carnero.

Explicamos nuestra intención al ama de la casa lo mejor que pudimos, en un ruso dudoso; pero ella, la pobre, se apenó mucho y nos hizo una larga explicación, de la que no entendimos ni una sola palabra, por lo cual nos limitamos a sonreírle, dándole «¡Gracias!» y «¡Buenas noches!», que la costumbre nos había demostrado que eran las palabras más inteligibles de nuestro vocabulario, y nos fuimos a la orilla del río, en donde nos hicimos una cama muy agradable entre dos troncos de madera de deriva. La obscuridad no pasó de ser una suave luz crepuscular, en que se mezclaban los rayos misteriosos y brillantes de la *aurora boreal* con el encanto de una madrugada que duró toda una noche. Sin embargo, a las cuatro de la mañana nos despertamos las dos a un tiempo, y nos encontramos con que la lluvia caía con fuerza y acompasado ruido. Nos sentamos muertas de sueño, y comprendimos que no había más remedio que entrar en la casa; pero dando la vuelta en las pieles nos quedamos otra vez profundamente dormidas. Dos horas después nos despertamos de veras, y no habrá necesidad de decir cómo estábamos de mojadas; sin embargo, aquello era preferible a la atmósfera del *balagan.*

Cuando penetramos en la casa para resguardarnos, oímos fuertes ronquidos, que salían de un escondrijo pequeño y fétido que daba a la parte de fuera del pórtico. Abrimos cautelosamente la puerta de la cocina, esperando hallar el suelo cubierto de las formas durmientes de Joseph y sus amigos, y nos encontramos con que en la habitación no había nadie más que Vassilli, tumbado muy a sus anchas sobre el banco de al lado de la chimenea. Vislumbramos que, en nuestros locos anhelos ingleses de respirar aire puro, la casualidad había favorecido una vez más a nuestro servidor.

La señora Prokopchuk tomó nuestra conducta, para ella incomprensible, como un síntoma extremo de nuestra desconfian-

za de los tres jóvenes siberianos, y, por consiguiente, los envió a la casa de baños. De aquí los misteriosos ronquidos que habíamos oído fuera. Pero Vassilli indicó que él, como criado nuestro, estaba fuera de esta sospecha, y por lo tanto había disfrutado del calor de la cocina para él solo, mientras que los demás tuvieron que estar confinados en una sola habitación, o dormir en la casa de baños, o a la orilla del río, según los guió la necesidad o sus gustos.

Mientras pensábamos en qué pasaríamos el tiempo hasta que llegase la hora del almuerzo, entró en la cocina nuestra patrona. Nos sorprendimos de verla en movimiento desde tan temprano, y todavía nos sorprendió más, y nos apenó, el saber que todo el día anterior se lo pasó haciendo pan para nosotros y que se había levantado tan temprano para cocerlo. En vano tratamos de persuadirla de que llevábamos bastante cantidad de comida para todos. No admitió ninguna explicación hasta que probásemos el mejor *pirog* de pescado que habíamos tomado en nuestra vida. La hicimos que nos acompañase; pero no bien hubo tomado un bocado, cuando los niños se despertaron y tuvo que empezar sus labores del día lavando y vistiendo a los cinco.

La penosa vida de las mujeres en aquellos *balaganes* siberianos todavía no ha sido escrita. El destino de la esclavizada esposa y madre en los países civilizados ya es bastante duro; pero, sin embargo, aquéllas se pueden permitir de cuando en cuando el lujo de contarle sus penas a cualquier vecina simpática. Pero estas mujeres de las chozas de madera del Yenesei se pasan meses y meses sin ver a otra mujer blanca, y la soledad y monotonía de su vida deben de ser terribles. Esta mujer tenía ya cinco hijos, el mayor de los cuales no llegaba a los siete años, y pronto iba a tener el sexto. Durante el verano trabajaba todo el día en la pesca, y cuando los indígenas venían a traficar, también lo hacía durante la noche.

El invierno vendría pronto, y entonces la familia toda, reunida, se encerraría en aquellas dos habitaciones, donde pasarían la mayor parte del día; pero ya dentro de casa o bien al

aire libre, así en verano como en invierno, ella nunca estaba ociosa: había que cocer el pan, barrer la casa, vestir a los niños, y para todos estos menesteres era ella sola. En verdad que estas mujeres *se consumen* por la causa de la civilización. En Siberia, lo mismo que, según dicen, ocurre en muchas de nuestras mismas colonias, no es raro encontrar un hombre de edad mediana que haya sobrevivido a dos y aun a tres mujeres. En la cumbre de la colina que había detrás de la casa se levantaba una gran cruz de madera con otras dos pequeñitas a los lados. Esta era la sepultura de la primera señora de Prokopchuk y sus



FIG. 27.—MUJER DEL «BALAGAN.»

dos niños. Cada vez que esta pobre mujer se asomase a la puerta vería la tumba de su predecesora, que ya había andado el camino que ella recorría ahora. ¿Qué haría cuando fuese a nacer su hijo?, le preguntamos. ¿Había por allí cerca alguna mujer? «No», nos contestó; pero su marido era muy entendido en estas cosas. Él había recibido, cuando nacieron, todos los otros chicos. (Pensamos en Simeón Prokopchuk, con su mano torcida, y en las botellas vacías de *vodka* que había en el tejado.)

A pesar del estigma hereditario, del que difícilmente podrían librarse, estos niños eran los más sanos de cuantos vimos en Golchika. El clima es tan riguroso en aquel país que es suma-

mente difícil la crianza de los niños, porque además falta la leche, por lo que la mayor parte de las criaturas son destetadas con te y pan y las madres amamantan a sus hijos hasta que tienen dos o tres años, sufriendo las consecuencias, tanto aquéllas como éstos. En cuanto se enteraron en Golchika de que teníamos entre nuestras provisiones botes de leche condensada, fueron llegando mujeres, una tras otra, rogándonos que les vendiéramos algunos para sus niños.

Las muchachas y sus guardianes aun dormían, y como la lluvia había cesado y hacía un sol espléndido, me fuí a dar una vuelta por el valle, para disfrutar del encanto que tienen estos pequeños ríos de la *tundra*, por los que nunca ha navegado ningún bote. En esta bahía la orilla del río estaba más resguardada que en la de Golchika y las flores apenas si habían pasado. Las lomas aparecían salpicadas de saxífraga blanca, amapolas de color de limón y miosotis, y en los sitios soleados crecían espuelas de caballero, que alcanzaban considerable altura. En esta parte se veía aún el bonito ranúnculo color de naranja, que en los alrededores de Yenesiesk crece con tanta exuberancia. Como el verano es tan corto en Siberia, las flores sólo duran la brevísima temporada de seis semanas, epítome de un ciclo que en Inglaterra requiere todo un año para consumarse. En nuestro país la época de floración empieza con la sombría uña de caballo o sombrerera, a la que sigue una serie de plantas bulbosas, blancas y doradas. Éstas ceden su puesto a los ranúnculos y margaritas, miosotis, lirios y rosas, y éstas a su vez se lo ceden a las flores de oro y púrpura, ambrosía de hojas de artemisa, cardos y mejoranas. En el Yenesei, aun cuando existe una especie oriental de la uña de caballo, que levanta su pálida cabezuela antes de que la nieve desaparezca, todo el resto de la floración se precipita y desarrolla en pocos días, sucediéndose los cambios del blanco al amarillo (jara, ajos y ranúnculos), al azul y al azafrán (amapolas, altramuces y miosotis), y por último al púrpura y al rojo (valeriana y brezo); pero todas estas floraciones se suceden en un espacio de seis semanas, y, no bien se advierte su llegada, cuando ya han desaparecido. Es exactamente la sinopsis de un verano, y ya las hojas del arándano estaban teñidas del color rojo de sangre que toman en el otoño. Las únicas mariposas que se veían revolotear entre las flores eran de dos especies muy próximas, a no dudar, de la amarilla y de la llamada tortuga, que tanto abundan en los linderos de los bosques de Inglaterra, viéndose también una pequeña nocturna que volaba durante el día y cuyas alas estaban pintarrajeadas de un modo muy vistoso con los colores de la prímula y del ámbar (1).

Pero aunque la vida vegetal estaba en su apogeo, la marea de las aves ya había empezado a bajar hacia el Sur. Las terreritas, que fueron las últimas zancudas que criaron, dejaban las huellas de sus patitas, con las entrecruzadas impresiones de sus dedos, al pasearse sobre el barro; pero el lagópodo, las churrillas minutas y los combatientes ya tenían muy fuertes las alas. A lo largo del río revoloteaban las crías de los trigueros de las nieves, de gargantiazules y de culiblancos, y una pareja de retores dirigía a sus crías fuera de la vista de un águila ratonera que se cernía en el espacio.

Ni aun los mosquitos que quedaban conseguían turbar la calma de día festivo que reinaba en la *tundra*. Daba gusto el vivir y poder escuchar a las aves, que desde los bancos de arena daban las gracias por el tiempo tan hermoso que una amable Providencia envía en agosto al Yenesei, para compensar las tormentas que han de venir después. Hasta el mismo «gigante» y sus dos acompañantes sentían la influencia del día, y se entretuvieron, idílicamente, en recoger flores silvestres. No hay que decir que el ramo de flores de «el gigante» fué a parar a las manos de la linda Nura Antonoff.

A las cuatro de la tarde aproximadamente llegaron nuestros dos acompañantes, en trineos de renos. Venían acompañados de varios indígenas y de Simeón Prokopchuk, que se encontra-

(1) Un ejemplar ha sido identificado por los especialistas del Museo Británico como *Hyphoraia subnebulosa* (Dyer), la cual ha sido descrita como de Alaska.

ba en estado normal. Miss Czaplicka, siempre incansable para el trabajo, empezó a tomar medidas de los cráneos de los indígenas. Los demás entablaron misteriosos cuchicheos con Prokopchuk, sentándose después alegremente alrededor de las tazas de te y de las botellas de *vodka*. La diferencia entre Simeón y Gerasim Androvitch resaltaba más en su trato con los naturales, porque el último jamás les permitía la menor familiaridad ni los autorizaba a tomarse libertad alguna, mientras que, por el contrario, Simeón Prokopchuk gastaba bromas con ellos, lo que los alentaba a propasarse a groseras bufonadas. Especialmente había un samoyedo grande y revoltoso, de cabeza desgreñada, al que podría aplicarse el dicho vulgar irlandés de «no está bebido, pero ha bebido», el cual saltaba por la ribera y bailaba con nuestro patrón, que tales cosas hizo, que nos alegramos de partir.

Prometimos enviar a nuestra pobre patrona leche para sus niños, y ella, a su vez, nos ofreció cedernos algunas pieles. Si después resultó que ella sacó la mejor parte de este ajuste, bien, pues como dice el proverbio malayo, *Si hay gusanos en la tierra es porque los desentierran*.

Dejamos a Kazachye aquella tarde, y como el viento había amainado por completo, nos vimos obligados a emplear los remos en gran parte del trayecto hasta casa. Los dos jóvenes Prokopchuk estaban muy intranquilos de cómo serían recibidos después de haber faltado dos noches. Joseph estaba tentado a evadir la entrevista con su padre pasando la noche en la pesquería; pero era demasiado noble para dejar a Marusia que cargase sola con la reprimenda que les esperaba, y por fin se fué con ella a su casa.

La cabaña estaba tranquila cuando bogamos hacia ella; pero una vez el bote tocó la orilla se abrió la puerta, y apareció en el hueco la despeinada cabeza de Gerasim Androvitch, el cual se había visto obligado a bajar a dormir allí durante nuestra ausencia, pues abundaban los rateros, que se aprovechaban de la ausencia de los dueños para cometer sus raterías. Marusia y su hermano se escabulleron rápidamente dentro de la casa,

mientras nosotros persuadimos a Gerasim a que se quedase a participar de la cena que improvisaríamos. Esta invitación y un vaso de coñac que le ofrecimos ablandaron sin duda su corazón, y al día siguiente su hijo y su hija se libraron del regaño que con tanto temor esperaban.

CAPÍTULO XIII

La caída del año.—Dejando los «chooms».—La llegada del «Yeneisiesk». — Primeras noticias de la guerra. — Haciendo el equipaje.—Una comida con los Antonoff.—Celebración en la iglesia. —Llegada del «Turukhansk» y el «Lena».— Detenidos por la tormenta. — Noticias de nuestro país.— Otra vez el «Oryol». —Joseph Gerasimvitch. — Esperanzas frustradas.—Los vapores ingleses.—Boda indígena.—Nosonovsky Ostrov.

El 14 de agosto, día en que volvimos de Kazachye, era el término del verano. Decir con exactitud en qué consistía el cambio era difícil; pero en la atmósfera había una sutil variación, y a la mañana siguiente, y con tanta seguridad como si la gran orden hubiese sido proclamada con trompetas, nos enteramos de que el verano había terminado y que estábamos ya en el otoño. Los que viven muy próximos al estado salvaje son los primeros en advertir los grandes cambios de la Naturaleza, y por lo tanto obran en consecuencia. Aquel mismo día los indígenas del establecimiento empezaron a componer su redes, después de la estación de pesca, y a cortar madera para fabricar con ella los trineos de invierno. Pero los que todavía notaron antes ese cambio fueron las aves, y hasta el menos observador de mis compañeros pudo fijarse en el repentino flujo de vida alada que se congregó en los bancales de barro que había frente a la choza. Durante todo el día, los revuelvepiedras, las churrillas y los combatientes iban y venían en bandadas y los somormujos abandonaban los lagos de la *tundra* del lado del río,

chillando triunfalmente, como en anticipación de su viaje de otoño.

Y aunque nosotros, gente civilizada, éramos menos sensibles a las influencias del tiempo que las aves o los samoyedos, sentíamos algo indefinible, reminiscencias quizá de los días en que nuestros antepasados eran tan primitivos como ellos, y que nos hizo ir empaquetando nuestras cosas y despedirnos de Golchika.

En este tiempo no teníamos aún acordado lo que habíamos de hacer. Miss Czaplicka y Mr. Hall tenían pensado volver a Turukhansk en el *Oryol,* y una vez allí penetrar en la *tundra* para estudiar la tribu de los tunguses. Miss Curtis y yo pensábamos volver a Inglaterra para el invierno y tratábamos de ver si podríamos obtener pasaje en uno de los vapores de la Compañía de Siberia, que todos los años envía una expedición comercial a la desembocadura del Yenesei.

Se esperaba que llegase a Golchika esta expedición para fines de agosto; pero siempre quedaba alguna incertidumbre respecto a la época de su llegada, debido al estado del hielo en el mar de Kara, que algunos años cierra por completo el paso a los vapores. Si el *angliski parahod* (vapor inglés), como le llamaban los golchikanos, no llegase, podríamos volver a Turukkansk en el *Oryol,* y desde allí proseguiríamos el viaje por tierra en el ferrocarril transiberiano. Nuestras esperanzas de que llegase el vapor puntualmente se habían disipado en parte, por lo que nos habían contado unos siberianos que llegaron a Golchika a principios de agosto, los que venían de las *tundras* deshabitadas que se extienden muy allá por la desembocadura del río, los cuales dijeron que no habían podido pescar más al Norte porque la estación era tan fría que no se había roto por completo el hielo de los lagos. De todos modos, teníamos que hacer los preparativos para una próxima partida, pues se esperaba que llegasen para el 25 de agosto los vapores del río, *Oryol, Turukhansk* y *Lena,* y debíamos estar preparados para marchar hacia el Sur. Era mucho el trabajo que teníamos que hacer: empaquetar los ejemplares, revisar las provisiones y des-

pedirnos de nuestros conocimientos. No éramos nosotros los únicos que en Golchika hacían sus preparativos para la fuga de otoño, sino que, unos tras otros, los *chooms* iban desapareciendo del otro lado del río. Casi todas las tardes podíamos ver,



FIG. 28.—UNA MUÑECA SAMOYEDA.

destacándose en el firmamento, la maraña que formaban las cuernas de los renos que acusaban la presencia de los trineos que venían de la *tundra.* Era muy triste pasear a lo largo de la orilla del río y encontrarse con trozos de terreno ennegrecidos, sembrados de restos que acusaban los sitios donde habían es-

tado levantados los *chooms*, y no hallar las caras morenas y cariñosas que de ordinario aparecían en la entrada de ellos y nos saludaban con un «¡buenos días!» cuando pasábamos.

Tres de los *chooms* que quedaban fueron trasladados el 25 de agosto al otro lado del río y levantados de nuevo poco más arriba de la casa de Prokopchuk. Al anochecer, cuando yo estaba paseando por el valle, oí a lo lejos los extraños y prolongados gritos con que los naturales acostumbran a arrear sus renos, no tardando en aparecer una multitud de trineos cruzando los pantanos. Los conductores desmontaron en la orilla opuesta y dirigieron sus ganados hacia el agua, aunque los que iban delante, que son los guías, se mostraban poco dispuestos a atravesarla; pero uno de los naturales botó una canoa y se adelantó por el arroyo, siguiéndole dócilmente los guías y en seguida todos los demás, que no bajarían de 120, los cuales fueron chapoteando y berreando por el agua durante el trayecto.

Me pareció conocer al hombre que bogaba en el bote y que le dirigía tan diestramente de un lado para otro, y no tardé en reconocer, por el gorro de piel de zorro blanco, a nuestro antiguo amigo Vassilli Sotnikoff, del *choom*. Después de saludarle, le pregunté adónde se dirigía, y moviendo con vaguedad una mano en dirección del Sur, contestó, de la manera sencilla como acostumbran los hombres de su raza: *Daleko, daleko*, «lejos, lejos», que es siempre lo que se puede averiguar de ellos: «Él va lejos, muy lejos, a la *tundra*». Le pregunté después por Nicolai, por Maxim y por la madrecita. Nicolai estaba allí, con los trineos; pero los demás se hallaban esperando en la *tundra*. Habían venido a comprar te y *soushki* para la temporada, y en seguida se irían todos al Sur antes de que la nieve lo impidiese. Las noches eran ya frías, y las ropas de abrigo habían quedado en el *choom* de invierno, en el límite del bosque. Nos despedimos con un *¡Prastchai!*, «¡Adiós!», repetido muchas veces, deseándonos mutuamente buena suerte, en ruso chapurreado.

A la mañana siguiente los trineos habían desaparecido y la orilla del río estaba desierta. Frías cenizas y un desordenado montón de restos inservibles de ropas y de cacharros rotos era

cuanto quedaba de la colonia del verano. Toda aquella población había emigrado al «interior de la *tundra*».

Aquella mañana, la del 26 de agosto, la temperatura era templada y tranquila. Poco después del mediodía, volviendo de dar un paseo, vimos a Vassilli gesticulando como un energúmeno desde el tejado de la casa. Era que fuera de la isla había aparecido un vapor. No fué más feliz que nosotros Robinson Crusoe en situación análoga, pues un barco significa noticias del mundo exterior, las primeras que recibíamos después de tanto tiempo. Saltamos al bote precipitadamente y remamos a toda prisa río abajo; pero cuando llegamos a la pesquería de Kutcherenkoff encontramos un bote del barco, que se dirigía hacia la orilla, y en el que venía un gallardo oficial de la Policía, que iba en la proa y a su lado tenía nada menos que a M. Cristensen, de Krasnoyarsk. Un momento después nos saludábamos con un fuerte apretón de manos. Recuerdo nuestras primeras palabras, hablando alegremente:

—¿Y qué, nos arregló usted el que podamos volver a nuestra tierra en el vapor inglés?

Pero su respuesta puso fin a nuestra alegría.

—No tienen más remedio que ir por esa vía, pues por tierra no pueden hacer el viaje: Alemania está en guerra con Inglaterra.

La respuesta nos dejó estupefactos.

—Sí—prosiguió—, y Rusia y Francia y Servia y Montenegro están de parte de Inglaterra, y Austria es aliada de Alemania.

—Pero ¿por qué pelean todos ellos?

—Porque un estudiante servio asesinó al heredero de Austria.

Esto fué todo cuanto pudo decirnos, y aun estas mismas noticias eran atrasadas, pues el vapor salió de Krasnoyarsk tres semanas antes y no había recibido otras nuevas a su paso por Turukhansk. Nos miramos asombrados unos a otros, exclamando solamente: «¡Guerra en Europa!», maravillándonos de que el Sol, en tanto, continuase luciendo a pesar de aquel estado de

cosas. No nos habíamos repuesto de nuestro asombro, cuando vino el oficial a pedirnos que nos dejásemos retratar en compañía de los naturales, porque resultaría un grupo muy interesante; pero reflexionando más tarde sobre esto, pensamos que no quería nuestros retratos sólo por capricho, sino para una posible identificación, pues el Gobierno ruso teme siempre que la exploración de la ruta del mar de Kara pueda dar medios para facilitar la evasión de algunos de los desterrados en el Yenesei.

Sin embargo, estábamos demasiado aturdidos para rehusar, y creo que si en aquel momento nos hubiesen propuesto electrocutarnos nos habríamos sometido sin la menor protesta. Cuando nos retrató, recuerdo haber sido colocada entre dos despreciables samoyedos, y si la expresión de mi fisonomía era como la de mis compañeros, debo de haber sacado un aspecto tan miserable como el más desesperado de los desterrados políticos.

Después tuvimos una larga conferencia con M. Christensen, el cual había oído que los dos barcos ingleses salieron de Dinamarca con toda felicidad, antes de que estallara la guerra, y que si no les había ocurrido por el camino algún accidente debían llegar a Yenesei de un momento a otro. Iban escoltando a tres pequeños remolcadores que el Gobierno ruso había comprado a una Casa de Hamburgo para traficar en el Yenesei. El mismo M. Christensen fletó el *Yenesiesk* y el *Ob*, que eran dos vaporcitos de río, y había traído río abajo ocho gabarras, ocupadas con cargamento destinado para Europa. Estas gabarras quedaron en el lugar convenido para reunirse, que era en Nosonovsky Ostrov—una de las islas de Breofoffsky—, y habían bajado hasta Golchika en el *Yenesiesk* para ver si venían los barcos ingleses. Nuestro correo lo traía el *Oryol*, que llegaría al día siguiente. Había dispuesto que volviésemos todos reunidos en el *Oryol* hasta Nosonovsky, que estaba a unas doscientas verstas hacia el Sur. En dicho punto miss Curtis y yo desembarcaríamos, y viviríamos a bordo de una de las gabarras hasta que llegase la expedición inglesa.

Al saber que debíamos marchar de un momento a otro nos pusimos apresuradamente a hacer paquetes y preparativos de viaje; pero a la mañana siguiente, en lugar del *Oryol* aparecieron, primero, el *Turukhansk*, y más tarde, el *Lena*. Sólo se detuvieron en Golchika unas cuantas horas, pues ambos se dirigían a Sopchnaya para recoger un cargamento de pescado. El *Yenesiesk* tuvo que permanecer donde estaba, por no tener bastante carbón para poder llegar a la desembocadura del río.

No obstante, llegó la tercera mañana, y el *Oryol* seguía sin aparecer, pues un furioso vendaval del Este le obligó a detenerse en el río, unas cincuenta verstas más arriba. La semana que siguió a ésta quizá fuese la peor de cuantas pasamos en Siberia. Durante seis días seguidos la borrasca fué violentísima. Esperábamos todas las noches que el viento cambiase; pero por la mañana seguíamos escuchando sus rugidos sobre la *tundra* y continuaba batiendo las aguas del río, las que convertía en espuma. Ya estaban empaquetadas la mayor parte de las provisiones, y como pensábamos que de un momento a otro saldríamos a toda prisa, no teníamos gana de abrir las cajas. Cada comida que efectuábamos pensábamos sería la última verificada en la choza. La tomábamos, hablando en sentido figurado, como los israelitas comían antes del éxodo: con los avíos de camino a la espalda y los báculos en la mano. Además, empezábamos a estar sumamente escasos de alimentos, y como cinco personas no pueden vivir de leche condensada y sardinas por tiempo indefinido, nos vimos obligados a comprarle a Prokopchuk carne de buey salada. Aparte de esto, estábamos intranquilos, temiendo que una tormenta tan continuada acumulase el hielo en la desembocadura del río y que esto impidiese la llegada de los vapores ingleses. Así es que todos nos hallábamos desorientados, y hasta el mismo Vassilli empezó a echar de menos las ollas de Egipto, y nos decía diariamente que deseaba volver a su «taza de chocolate matinal y a su hija, en Krasnoyarsk».

Pero en esta semana de espera tuvimos ocasión de saludar a algunas antiguas amistades que volvieron en el *Lena*, siendo la principal de éstas Anastasia Ivanowna, y alegrándonos aún

más de volver a ver a Michael Antonoff. Una tarde, la cariñosa señora de Antonoff, adivinando tal vez que nuestra despensa estaría ya muy poco provista, nos invitó a comer con ella para que participásemos de las buenas cosas que había traído su marido de la ciudad. Era una cualidad que caracterizaba a aquellas gentes el que cuando tenían alguna golosina la compartían con sus vecinos. La comida era a las seis en punto, y cuando llegamos nos encontramos con la pequeña habitación tan llena de invitados, que parte de éstos tuvieron que instalarse en el dormitorio. En primer lugar estaba el propio Michael Petrovitch, gordo y jovial como nunca. Había traído consigo un pálido y tímido estudiante de la Universidad de Petersburgo. Este infortunado joven, debido a sus ideas políticas, se había encontrado en una situación difícil y fué desterrado por tres años al Yenesei. Este invierno, último de su destierro, había obtenido permiso para pasarlo en Golchika, y así poder estudiar la lengua y las costumbres de los samoyedos. Estaba también un joven primo de la señora Antonoff, que venía viajando desde la Pequeña Rusia, acompañado de su mujer y de su niño, e iba a encargarse del puesto de Hatchenkoff en la pesquería de Och Marino. El tercer invitado era un viejo sacerdote, que venía de Dudinka para celebrar los servicios anuales en Golchika. La comida fué espléndida y compuesta de tres platos, con postre de nueces y crema de chocolate. Hubo *stchee* y *pudding* de macarrones, y por último, un manjar blanco hecho con jugo de fruta. El banquete fué agradable, pues no se esperaba que hubiese brindis, y a menos que se tuviese algo que decir, se podía guardar silencio, no teniendo obligación de preparar un pequeño discurso, como suele suceder en las comidas europeas. Nos alegramos mucho de esta costumbre, pues la señora Antonoff estaba muy ocupada para pensar en hablar, el estudiante desterrado era sumamente tímido, y ninguno de nosotros se atrevía a entablar una conversación con el *pope,* cuya sotana y anteojos eran a propósito para quitar la inspiración. Sin embargo, hacia el fin de la comida, éste se inclinó hacia nosotros, preguntándonos si veníamos de Londres. Le contestamos afirmativamente, y entonces quiso sa-

ber cómo era de grande. «¿Era mayor que Ostende, por ejemplo?» Había oído decir que sí, pero le costaba trabajo creerlo. «¿Y era verdad que estaba construído sobre las dos orillas del Támesis?»

Le dijimos que Londres era bastante mayor que Ostende, y le dibujamos en el mantel un complicado diagrama para que comprendiera su exacta relación con el Támesis. El *pope* quedó sorprendido agradablemente y replicó: «Siempre he tenido a la nación inglesa por muy fría y orgullosa; pero estas mujeres sobrepasan aún a las mismas francesas en viveza».

Al día siguiente, que era domingo, el *pope* celebró un servicio en la iglesia. Gerasim Androvitch creyó que debía procurar gran asistencia, y por la mañana muy temprano recorrió los *chooms* que aun quedaban, y a fuerza de amenazas y sobornos consiguió reunir una docena de indígenas, de todas edades, llevándolos a la iglesia. Sylkin comenzó a quejarse de que le dolía la espalda; pero Gerasim no admitió la excusa, y hacia mediodía vimos una hilera de figuras compungidas atravesando la isla. No puede uno imaginarse cosa más ridícula que esta asistencia forzada de los indígenas. Desconocen en absoluto la doctrina, y tanto ellos como los siberianos no entienden ni una palabra del servicio, que, por supuesto, se efectúa en la vieja lengua eslava. La siguiente costumbre dará una idea del espíritu que reinaba en la celebración del culto. Al terminar la ceremonia se hacía una colecta a beneficio del *pope*. Las personas que daban medio rublo tenían una vela con su nombre en el altar; pero las que daban un rublo entero tenían el honor de oír su nombre aclamado por la multitud. Nos dijeron que el *pope* reúne a veces en un solo servicio unos cincuenta rublos.

Mientras estaba la gente en la iglesia, el oficial de Policía salió en busca de *vodka*. En Golchika, casi la única evidencia de la guerra eran los efectos de la cruzada del Gobierno ruso contra el alcohol, y sólo los que hayan visitado el país se podrán formar una ligera idea de lo que significa la supresión del tráfico de la bebida en el Yenesei. ¡Seguramente que una nación que así hace guerra al pecado que la acosa ya tiene ga-

nada una victoria mucho mayor que la que puedan darle sus ejércitos! Dos días antes este oficial se había apoderado, de un solo golpe, de la importante cantidad de 2.000 rublos de *vodka*. La ley se aplicaba sin distinción de personas. Nuestro amigo Michael Petrovitch había comprado para su uso particular unas cuantas botellas de coñac, las cuales le fueron asimismo confiscadas, como las de los demás. Dicho oficial también registró la casa de Prokopchuk; pero no será necesario decir que no encontró nada, pues el astuto Gerasim Androvitch ya había tenido buen cuidado de esconder toda su provisión en cualquier sitio oculto de la *tundra*.

En estos últimos días, nuestras relaciones con Prokopchuk eran un poco tirantes. Habíamos convenido en que le pagaríamos los arreglos, etc., de la choza; pero cuando nos presentó la cuenta vimos que nos había puesto veinte rublos más de lo convenido. Enviamos a Vassilli para que le enterase de la «equivocación», siendo el resultado de esta entrevista que Gerasim borrase a toda prisa las partidas a que le habíamos hecho objeción. No esperaba que se las pagásemos, y se habría reído de nosotros si lo hubiéramos hecho. Este era siempre su modo de hacer negocios. Por la noche se invitó él mismo a cenar, y sus atenciones para con nosotras llegaron a tal punto, que nos fué imposible volverle la espalda, aunque bien sabíamos lo falso que era.

Joseph Gerasimvitch era un problema mucho más serio. Al principio había sido sumamente tímido para visitarnos sin que le invitáramos; pero desde la excursión a Kazachye nos venía a ver casi todas las tardes, al volver de su trabajo, en la pesquería de Kutcherenkoff. Los primeros días se sentaba silenciosamente en un rincón; mas luego, poco a poco, fué tomando confianza y empezó a contarnos cuanto se le ocurría.

Como sucede con la mayor parte de la gente grande y sencilla de espíritu, «el gigante» era por demás sufrido y tardo en encolerizarse; pero por lo mismo, cuando le ocurría, su cólera era violenta y profunda. Ahora estaba indignadísimo por el trato que su padre daba a su madre. La señora Gerasim Pro-

kopchuk y su esposo nunca estuvieron en la mejor inteligencia, y la constante intervención de su hermana Anastasia no había logrado pacificarlos. Pero las cosas habían llegado a su colmo hacía dos años, cuando la pobre mujer adquirió durante el invierno el escorbuto, enfermedad que contribuyó a extinguir por completo el poco afecto que su marido la tenía. En varias ocasiones la maltrató bárbaramente en presencia de su hijo. Cuando llegó el verano se marchó al Sur para que la viese el médico, y actualmente vivía en Achinsk, con los hijos más jóvenes. Mientras esto ocurría, Anastasia Ivanowna le usurpó su puesto en Golchika, y aunque en descargo suyo se admita que hacía siempre lo que creía mejor para su sobrino y su sobrina, con todo, los trataba, según pudimos observar, como a criados no asalariados. El invierno anterior, en tanto que ella y el padre de aquéllos se marcharon reunidos a la *tundra* en excursión comercial, Marusia había tenido que quedarse en la triste casita, acompañada únicamente de Michael y de la simple de su mujer. Sólo quien haya vivido en un lugar como Golchika podrá formarse idea de la dureza de aquellos inviernos árticos, en que durante dos meses seguidos la tierra helada no ve en absoluto la luz del día y en los que la *pourga* ruge constantemente sobre la *tundra*. ¡Y cómo deben de aumentarse las tristezas de la soledad cuando no hay libros ni gente con quien comunicarse! Después de una prueba semejante, lo asombroso era, no el que la muchacha tuviese un aire indiferente y abatido, sino que todavía conservase la razón. No obstante, su padre había permitido que este otoño se fuese a Achinsk para que viese a su madre y aprendiese el oficio de modista. Se iba a marchar en el *Oryol*, y «el gigante» estaba pensando cómo haría para acompañarla. Esto era una cosa extraordinaria, pues había pasado la mayor parte de sus veinticuatro años en Golchika y conocía tanto el mundo que existe detrás del Yenesei como cualquier colegial inglés de la mitad de sus años. Nos habló de este asunto a su manera, y cuando salió de la choza ya era cerca de la media noche. Vassilli, que entró media hora más tarde, nos dijo que Gerasim Androvitch había venido en busca de su hijo y

que le había maltratado por un supuesto descuido. «Yo no trataría ni a un perro como él trató a Joseph Gerasimvitch—dijo Vassilli candorosamente—; pero Joseph no le contestó ni la menor palabra.»

La situación era un tanto complicada, según comprendíamos, pues aunque simpatizábamos de todo corazón con «el gigante» en los deseos que éste tenía de escapar de su casa y de apartarse de todos los dudosos negocios de su padre, no queríamos aparentar que influíamos en su decisión.

Sin embargo, cuando Joseph pasó por delante de nuestra choza la siguiente tarde, con su paso lento y grave, no se detuvo, contentándose solamente con darnos las buenas noches con una ceremoniosa inclinación de su rizada cabeza. Hizo muy bien en no detenerse, pues a poco tiempo se abrió la puerta sin previo aviso y aparecieron los dos viejos Prokopchuk. Pidieron pitillos, y mientras los fumaban nos hicieron algunas intencionadas observaciones, en tanto que nosotros pensábamos cuál podría ser el objeto de esta visita. No obstante, se marcharon sin decirnos nada, y más tarde comprendimos que la digna pareja nos había hecho esta visita de sorpresa para ver si estaba Joseph con nosotros.

El 2 de septiembre se levantó un fuerte viento, y al mediodía supimos que el *Oryol* entraría al amanecer. Por la noche nos dijo «el gigante» que pensaba marcharse al día siguiente. Temimos que cuando su padre se enterase de este proyecto pudiera encolerizarse y prohibir que Marusia se fuese también, por lo que tratamos de convencer a Joseph de que la dejase partir en salvo con nosotros y que él se fuese unos días después, en el *Lena*. Nos contestó que no podía hacerlo así, pues Nura Antonoff embarcaría en este vapor para Krasnoyarsk, y que si ella y él salían al mismo tiempo de Golchika, el nombre de aquélla sería mancillado para siempre entre aquellas gentes.

Habíamos notado el cariño y la veneración que sentía por Nura, y nos conmovió esto tanto más cuanto que la muchacha era por ahora una traviesa y descarada mozuela, que no se merecía, ni con mucho, el cariño del honrado «gigante».

Mientras tanto, el *Yenesiesk* continuaba fuera de la isla, y por la tarde vimos a M. Christensen, que estaba muy intranquilo por la tardanza de los vapores ingleses, pues ya hacía una semana que debían haber llegado. El *Lena* trajo un fajo de periódicos, en uno de los cuales había un corto párrafo en el que se decía que tres torpederos alemanes apresaron frente a Trondhjem a unos comerciantes ingleses, y M. Christensen temía que estos barcos de guerra hubiesen también detenido la expedición, por lo cual nos aconsejó desistiésemos de nuestro proyecto de volver por el mar de Kara, y que nos fuésemos directamente a Krasnoyarsk en el *Oryol*.

A la mañana siguiente nos despertamos temprano y corrimos a la ventana. Por fin estaba allí el *Oryol*, y pocos minutos después llamaba a nuestra puerta Joseph Prokopchuk, llevándonos un inmenso paquete de cartas, que eran las primeras que recibíamos desde nuestra salida de Inglaterra, efectuada a fines de mayo. Me senté en la cama y, al abrir carta tras carta, me sentía tan feliz como un niño con su zapato lleno de juguetes el día de Reyes. Por supuesto, todas ellas habían sido escritas antes de que estallara la guerra, y al leerlas disminuyó bastante nuestra alegría: tan grande era la ansiedad que sentíamos por saber lo que ocurría en Europa. Antes de acabar la lectura oímos fuera el batir de unos remos, y aparecieron los Prokopchuk, dispuestos a llevarnos, con el equipaje, al vapor.

Salimos tan apresuradamente que, con sentimiento, no tuvimos tiempo de despedirnos de la cabaña que nos había servido de vivienda durante dos meses. «El gigante» llevaba puesto su gorro de piel y su mejor camisa bajo su viejo *sakoöy* blanco. No pudimos por menos de mirarle; pero él seguía con la vista fija en sus botas, mientras remaba enérgicamente con su acostumbrada resignación, tan peculiar a la del buey.

Lo único que había que temer era que Vassilli abandonase su proyecto. A nuestro amigo le encantaba acariciar un secreto, y lanzaba unas miradas tan significativas, sonriéndose de modo tan intencionado, que a no haber sido por estar Gerasim Androvitch bajo la acción del alcohol, hubiese comprendido en

seguida que se trataba de alguna maquinación, si es que no lo había adivinado todavía por la expresión angustiosa del pequeño Michael, el criado, quien, como toda la gente de Golchika, quería a Joseph Gerasimvitch.

Diez minutos después nos encontrábamos otra vez en el *Oryol*, y nos parecía que acabábamos de salir de él el día anterior. Allí estaba el capitán Ello y su esposa, tan cariñosos como de costumbre. Nicolai, el camarero, con su sombrero colocado, como siempre, hacia atrás, nos lanzó una ojeada cuando estábamos en el salón; pero el cocinero y la mayor parte de los marineros habían sido llamados a filas: Rusia necesitaba todos sus hombres, y tan sólo de Yenesiesk se habían enviado al frente más de mil.

Todos los de Golchika estaban a bordo, se marchasen o no al Sur. Allí se encontraba Micha, aquel gordinflón que no tenía ojos mas que para Marusia Prokopchuk; el judío Cherniavinsky, de la pesquería, y todos mis conocimientos del *balagan*. Todos iban a Yenesiesk, así como el *pope*. El viejo Sylkin y sus hijos habían venido atraídos por la curiosidad de ver el vapor, y también Anastasia y Nill. Allí pudimos despedirnos de Michael Petrovitch y de su mujer. Su inagotable bondad y su carácter festivo son de los recuerdos más gratos que conservo de Siberia. Era muy triste tener que decir adiós a todos aquellos buenos amigos, sabiendo que no habíamos de volverlos a ver jamás. Sin embargo, los dejábamos dichosos: Anastasia estaba tan contenta de que su Nill no hubiese tenido que ser soldado, que era de esperar que en mucho tiempo no habría disgustos domésticos. Los Antonoff habían reconstruído su casa y esperaban que el invierno fuese tranquilo y agradable. Nura iba empleada a Yenesiesk; pero la pequeña Tania tenía que permanecer allí, contra todo su deseo, hasta terminar su educación; sin embargo, con el instinto, propio de nuestro sexo, de hacer parejas, pensamos que con la compañía del estudiante desterrado no le serían a Tania tan fastidiosos sus estudios como esperaba.

La única familia cuyos negocios no marchaban tan satisfactoriamente eran los Prokopchuk. «El gigante» estaba completamente resuelto a provocar la cólera de su padre yéndose por el mundo; pero, desgraciadamente, Anastasia Ivanowna había adivinado sus planes y le escondió toda su ropa, por lo que se vió obligado a abandonar la casa sólo con lo puesto y con los bolsillos vacíos por completo. Hasta dejó su piel de cordero, a fin de que, como dijo con orgullo, no pudiesen tacharle de ladrón por llevarse lo que no le pertenecía.

Cuando habló a Gerasim Androvitch de su intento, el viejo lloró lágrimas de pena y de *vodka;* pero «el gigante» siguió firme en su propósito. Luego llamaron a Joseph al camarote, y trataron de aturdirle con alcohol; pero el muy astuto, comprendiendo lo que con esto se proponían, se negó a beber. No pudimos por menos de sentirnos disgustados con Marusia, que en lugar de atender a su hermano no hacía mas que llorar por tener que separarse de su padre. Gerasim Androvitch poseía una inexplicable atracción en cuestiones de afecto: siendo un padre negligente y hasta duro con la joven, ésta se afligía amargamente al separarse de él. Tal vez hubiese preferido quedarse con su padre a irse con su madre, que era tan indulgente. Pero en esto consistía el mérito de aquél: fuese quien fuese, y por muy mal que hubiese tratado a una persona, nadie guardaba rencor a este viejo pecador; sólo era una excepción su corpulento y silencioso hijo, el que, apoyado en la barandilla, miraba impasible extenderse el crepúsculo sobre la *tundra*.

Aquello era tan trágico que, a pesar de todo, yo no podía convencerme de que estuviésemos presenciando una escena de la vida real, sino más bien un vulgar melodrama, cuyos personajes eran la celosa madrastra, el débil padre y el simpático y desheredado hijo. La puesta del Sol ayudaba a esta ilusión, pues estaba el cielo tan rojo como el fuego, y en este ardiente cielo se destacaban en claro y negro, como obscuras siluetas recortadas y pegadas sobre el globo iluminado de una lámpara, las encaperuzadas figuras de los naturales y las barbudas cabezas de los siberianos. El efecto era verdaderamente tan teatral, que el espectador casi esperaba ver aparecer al operador de

la luz de calcio entre bastidores, e inconscientemente aprobamos la actitud de «el gigante», que estaba caprichosamente al lado del portalón, con sus brazos cruzados bajo el *sakoöy*. Anastasia Ivanowna se metió en el bote sin despedirse; pero al pasar por su lado se le cayó el chal, y Joseph se lo recogió y se lo entregó cortésmente.

El viejo Prokopchuk lloraba alcohólicas lágrimas, y al pasar al bote le dijo a su hijo:

—¿Te vas?

—Sí—dijo «el gigante» lacónicamente.

—¿No quieres venir con nosotros siquiera hasta la orilla?

—No—respondió aquél, pues sabía muy bien que no dudarían en arrastrarle a la fuerza fuera del bote y retenerle hasta que el vapor hubiera partido.

Entonces el bote se puso en marcha y le vimos desaparecer en la obscuridad. Yo casi esperaba que sonase el timbre para que bajase el telón.

El elemento cómico, que estaba representado por Vassilli, que tenía buen conocimiento del drama, escuchó atentamente el diálogo entre el padre y el hijo, y entonces gritó encantado:

—¿Les ha oído usted? El viejo le preguntó si volvería, y el hijo le contestó que no.

—Vassilli, cállese—le dijo enérgicamente miss Curtis; y Vassilli, que tenía un edificante respeto por nuestra artista, como él la llamaba, desapareció entre la multitud.

Entonces ocurrió una cosa que nos hizo olvidar a nuestros Prokopchuk. el capitán Ello nos llamó para que subiésemos al puente a contemplar desde allí un ligero copo que se distinguía en el horizonte por la parte del Norte, y que parecía ser humo: ¡los vapores ingleses!

Nuestras esperanzas renacieron de nuevo; después apareció otro copo al lado del primero, y nos llenamos de júbilo; pero cuando surgió otro tercero, empezamos a sospechar, y pronto vimos llenarse el horizonte Norte de espirales de humo: lo que distinguíamos no era otra cosa que las avanzadas de un grupo de cúmulos que se elevaban de la superficie del Yenesei, y que fueron desapareciendo uno a uno, flotando hacia el ocaso; según se levantaban, nuestro entusiasmo se iba debilitando.

Bajamos, e invitamos a Marusia y a su hermano a que cenasen en el salón; la comida no fué alegre, porque los jóvenes Prokopchuk se hallaban preocupados y tristes. En cuanto a nosotros, no estábamos muy seguros de nuestros planes futuros y éramos presa de gran ansiedad por lo que pudiera ocurrir en nuestras casas. De pronto el capitán nos volvió a llamar: «¡Barco a la vista!» Subimos a toda prisa, armados de binoculares. Sí, esta vez no cabía duda: en el horizonte, y en el mismo sitio en que habíamos visto las primeras espirales de humo, se destacaban dos buques. En el encanto de la puesta del Sol, parecía que marchaban suspendidos por encima del agua y que flotaban en el aire como fantasmas. Debían de ser dos barcos de la flota Flying Dutchman. Encantados contemplábamos su lenta marcha, y como la noche se echaba encima, vimos el centelleo de las luces en los topes de los palos. Mas por segunda vez en aquella noche vimos frustradas nuestras esperanzas: «Esos no son barcos ingleses—dijeron los marineros del *Oryol*—: son el *Lena* y el *Turukhansk,* que vuelven del Sopochnaya». Así lo aseguraron el capitán y el piloto; todos lo dijeron excepto Joseph Gerasimvitch, quien sostuvo que las luces eran demasiado brillantes para que procediesen de los barcos del río. Mis compañeros y yo nos entristecimos al oír aquellas afirmaciones, ante la perspectiva de tener que atravesar dos continentes agitados por la guerra. Detrás de nosotros quedaba el estuario de uno de los ríos más majestuosos del mundo, resguardado como por poderosas puertas por los promontorios gemelos de Och Marino y de Sopochnaya. A lo lejos se extendía el terrible horizonte del Océano Ártico y los mares por los que nunca se ha navegado:

> Mirando desde aquí vemos el agua
> que encierra al Polo en círculo de hierro
> desde la costa que no tiene orillas,
> más allá en la extensión del mar inmenso.

La sirena del *Oryol* contribuyó a aumentar la melancólica

despedida a Golchika, ya desaparecida a la vista, y lentamente nos pusimos en marcha hacia el Sur. No puedo expresar el sentimiento y la desilusión con que volví la espalda al Norte. A Seebohm se le frustró una vez y a Popham dos la travesía por el mar de Kara. Yo esperaba haber tenido más fortuna que ellos y poder seguir el curso del gran río hasta el océano. El inmenso horizonte, esplendente por la puesta del Sol, se extendía detrás de nosotros como una tierra de encantamiento, llena de todo el misterio y de la magia del Norte. Tristemente dejamos aquella contemplación y bajamos al camarote. Las esperanzas defraudadas son malas compañeras de cama... A las siete de la mañana oímos que nos llamaban: «Suban de prisa, los barcos están a la vista». El *Oryol* se balanceaba en un mar agitado, y a unas diez verstas aparecían las embarcaciones. Esta vez no cabía duda: eran dos grandes buques con tres pequeños remolcadores entre ellos, todos navegando invariablemente hacia el Sur. La expedición inglesa había llegado al Yenesei. Nos cogimos de la mano y empezamos a bailar sobre el puente, dando hurras al mar de Kara. Durante todo el día continuamos río arriba; pero por la tarde volvió a levantarse el viento, teniendo que quedarnos a la capa. En la orilla había un *balagan*, y hacia la media noche llegó al *Oryol* un bote cargado de gente, y no tardó en entrar el *pope*, diciéndonos que iba a celebrar una boda de naturales, y preguntándonos si nos gustaría verla. Aceptamos desde luego, y nos dieron el sitio de honor al lado de la señora del capitán, en un extremo del salón. El novio era un ostiaco, y la novia, mestiza, hija de un yurako y de una blanca. Sus amistades entraron en el salón en diversos grados de embriaguez. El *pope*, con las vestiduras propias de su clase, puso sobre una mesa todas las imágenes que pudo reunir, y como la mujer, aun cuando no parecía tener más de diez y siete años, era madre ya de dos hijos, se leyeron ante ella oraciones de purificación antes de que se empezara el oficio propio del matrimonio. Cada uno de los desposados tenía de testigos dos mestizos, los cuales se hacían reverencias a cada paso y se persignaban continuamente. Si alguna vez se

paraban, el *pope* interrumpía sus oraciones para decirles, *sotto voce:* «Santigüense, santígüense». Claro que no podíamos entender los rezos. Luego el *pope* cogió de la mesa dos pequeñas imágenes, y después de bendecirlas, invitó a las madrinas o los padrinos, pues confieso que su sexo era para mí un jeroglífico, a que sostuviesen las sagradas imágenes sobre la cabeza de los contrayentes. Nos costaba mucho trabajo permanecer serios viendo los esfuerzos de los ayudantes para sostener las imágenes con la debida inclinación durante las genuflexiones que se sucedieron. La ceremonia terminó con una procesión que dió tres vueltas alrededor de la mesa; el *pope* marchaba al frente cantando, y el novio y la novia le seguían, en tanto que los testigos marchaban detrás, sosteniendo todavía las imágenes sobre las cabezas de aquéllos. Como el balanceo del barco era muy fuerte y la mayoría de los asistentes estaban en el período agudo de la embriaguez, tomaba aquello un aire de partido de *foot-ball,* más bien que de ceremonia religiosa. Todo ello terminó en que los novios se arrodillasen, para tocar el suelo con la frente tres veces, delante de la imagen principal. La novia realizó esto con excelente éxito; pero al novio le costaba trabajo hacerlo, porque no era tan flexible, por lo que el *pope* le increpó desdeñosamente: «¿Qué especie de samoyedo es usted, que no se puede inclinar ante la imagen?» (1). Nunca he visto parodia más lamentable de las ceremonias cristianas que en esta boda La gente no parecía tener idea del significado de aquellas ceremonias, y aunque así no fuese estaba demasiado ebria para comprenderlo. El *pope,* sin embargo, parecía muy satisfecho, y nos dijo atentamente: «Ya han visto ustedes una verdadera boda rusa».

Durante el día siguiente continuamos río arriba, contra el viento, deteniéndonos aquí y allá para recibir cargamento a bordo. Estábamos inquietos por el porvenir de Joseph Gerasimvitch, que parecía no tener idea de lo que haría cuando llegase

(1) En algunas partes del Yenesei se usa el nombre de samoyedo en términos de mofa o de vituperio.

a Krasnoyarsk. Además, como los pasajeros de tercera clase tenían que prepararse ellos mismos la comida y él no lo hacía, averiguamos que no tenía nada que llevarse a la boca sino lo que sus compañeros de viaje querían darle por caridad.

Quizá se debía a la sangre polaca la disposición a la caballería andante que le arrastraba a recorrer el mundo sin llevar en el bolsillo nada más que su gorro de los días de fiesta y su navaja. Era muy fácil imaginarse a Joseph poniendo cepos de cazar zorros o partiendo madera en Golchika; pero ¿cómo viviría cuando llegase a las ciudades, donde el cerebro es tan necesario como los músculos? No carecía de cierta sutileza; mas era tan sencillo y tan tímido que parecía dudoso pudiera abrirse camino entre los hombres. Cuando se le preguntaba en qué oficio sería más diestro obrero, sólo respondía: «¿Cómo podré decirlo, cuando habrá tantos que valdrán más que yo?» ¡Pobre «gigante!» Al escribir estas líneas recuerdo su sencillez, su cara simpática y su honradez, y me pregunto si el mundo le habrá tratado como se merecía. Que cuando llegase a Krasnoyarsk sería llamado al servicio no nos cabe duda alguna: Rusia, que necesitaba todos sus hombres para la titánica contienda en Occidente, no es posible que menospreciara a uno tan bueno como Joseph Prokopchuk.

CAPÍTULO XIV

Nosonovsky Ostrov.—La expedición inglesa.—Se divide nuestro grupo.—El «Ragna» y el «Skule».—Tripulación cosmopolita. Cargamento pesado.—Obligados a volver.—Última mirada a Golchika.—La isla de Dickson.—En el hielo.—Paso estrecho.—Noticias por telégrafo sin hilos.—Abandono escandaloso.—Nueva Zembla.

Nosonovsky Ostrov es la isla situada más al Este del extenso y llano archipiélago denominado de Breokoffsky, que forma el primer delta del Yenesei. En este sitio el río se ensancha y origina una vasta cuenca de cuarenta millas de anchura. Desde una de las orillas no se alcanza a ver la opuesta, y sólo el brazo oriental mide de orilla a orilla quince millas.

Nosonovsky no siempre está habitado; pero durante el verano no deja de ser una buena pesquería, y en sus proximidades acampan varias familias siberianas y algunos yurakos. En septiembre de 1915, Nosonovsky ofrecía tanta animación y actividad como jamás la presenciaron sus llanas marismas desde que los antiguos desbordamientos del Yenesei las arrastraron hace miles de años. Es el primer punto del río que ofrece buen anclaje y abrigo para las embarcaciones, por lo que la Compañía Siberiana lo eligió para punto de reunión, donde su expedición inglesa encontraría el cargamento que desde Krasnoyarsk se había traído a este punto para embarcarle para Europa. Los dos grandes vapores *Ragna* y *Skule* estaban anclados a una media milla de la playa, y junto a ellos se hallaban amarradas ocho

gabarras cargadas de mercancías y cinco vaporcitos, entre los que se contaban el *Ob* y el *Yenesiesk*. De un barco a otro se cambiaban aquéllas apresuradamente, se oían silbidos, ruidos producidos por cadenas al ser arrastradas, chirridos de las bombas de alimentación y el golpeteo y choque de los sacos de carbón y de los fardos al ser trasladados de la bodega de un barco a la del otro. Después de los dos meses pasados en medio de la tranquilidad de Golchika, todo este ruido y actividad nos parecían maravillosos, y si a nosotros nos producía aquel efecto, qué no sería a los que, dirigiendo sus toscas embarcaciones, daban vueltas alrededor de la isla, mirando con asombro las *angliski parrahod*, que era el nombre que daban a la pequeña escuadra anglonoruega.

En cuanto el *Oryol* hubo anclado, subimos a bordo del *Ragna*, que era, por así decirlo, el barco insignia de la flota. En él nos presentaron a Mr. Jonas Lied, director de la administración de la Compañía Siberiana, a quien preguntamos si consentiría en llevarnos a Europa por el mar de Kara a miss Curtis y a mí. Al pronto presentó alguna dificultad, pues el *Ragna*, que sólo estaba fletado para llevar un pasajero, ya tenía inscritos a tres: el propio Mr. Lied y dos hombres de ciencia que habían pasado el verano en el Yenesei.

El *Skule* tenía más literas para pasajeros; pero iban ocupadas por las tripulaciones alemanas de los nuevos remolcadores del vapor, las que por causa de la guerra se veían forzadas a volver a Europa por mar, en vez de hacerlo por tierra, atravesando Rusia. Pero, con la mejor voluntad del mundo, todos consintieron apretarse un poco más en el ya atestado salón. El capitán llegó a cedernos su camarote, durmiendo el resto del viaje en el puente, en la garita del mapa de ruta. Tanto miss Curtis como yo guardamos inefable gratitud por aquella amabilidad que nos evitaba el peligro, las dificultades y el tedio del viaje a través de Europa, aunque el que hicimos por el Océano Ártico no careció de incidentes. Después de haber terminado el trato con Mr. Lied, nos enteramos de que el *Oryol* permanecería unas horas más en Breokoffsky, pues tenía que recoger un cargamento de pescado, por lo que desembarcamos otra vez los cuatro. Había allí dos o tres *balaganes*, cuyos moradores se preparaban a partir en los vapores *Lena* y *Turukhansk*, que se esperaba llegasen dentro de uno o dos días, y en la ribera también había siete *chooms* yurakos y samoyedos. Miss Czaplicka y miss Curtis entraron a visitar a los naturales en sus moradas, que encontraron por demás sucias, en tanto que yo paseaba por la orilla con mis binoculares, pues era la época de la emigración de otoño y la vida de las aves en el delta del Yenesei merecía aquella observación. Nosonovsky Ostrov es una isla baja y de unas seis verstas de anchura, con la mayor parte del suelo pantanoso y cubierto de pequeños sauces y arbustos amarillos, los cuales, aunque no medían más de cinco pies de altura, nos parecían de gran tamaño, después de los tan desmedrados de Golchika, que apenas nos llegaban a la rodilla. Durante las inundaciones la isla queda a veces totalmente sumergida, y aun la mayor parte de las tierras bajas estaban tan inundadas, que resultaban intransitables. La espesura era tan compacta, que era difícil ver algún ave, sobre todo porque, como estábamos en la época de la muda, no se delataban por su canto. Los coliblancos eran muy comunes, volando por la isla tal cantidad de ellos, que era imposible que todos hubiesen nacido allí. Quizá sería que estuviesen de paso desde el Norte; cuando revoloteaban sobre los bancos de arena, las blancas plumas de su cola alegraban la escena dándole un toque de vida, que si no fuera por esto parecería bastante triste y desolada. Sobre la hierba se veían unos cuantos trigueros de Laponia, y cerca de un charco pude tirar a un solitario revuelvepiedras. Pero a la vuelta encontré un pájaro interesante y que en mi anterior visita a Breokoffsky, efectuada en junio, había buscado inútilmente. Era el serrano de Siberia *(Accentor montanellus)*, pajarillo muy parecido al gorrión de setos que se ve en Inglaterra al borde de los caminos. Varios de ellos revoloteaban entre los arbustos, pero, a diferencia de las currucas, tomaban vuelo parándose a corta distancia, al modo como lo hacen ciertas alondras, al mismo tiempo que lanzaban una triple y aguda llamada.

Después de esto encontré a mis compañeras y nos volvimos a los *balaganes* por la orilla. Todos íbamos muy silenciosos, pensando con tristeza que el viaje de verano, con todos sus trabajos y pequeñas aventuras, había terminado, y que con él acabaría también nuestra compañía, pues miss Czaplicka y míster Hall iban a acometer una grave empresa, como era el desafiar los rigores de un invierno siberiano, en un *choom* indígena, en la *taiga,* lo que ofrece un gran peligro; miss Curtis y yo volvíamos a nuestro país por un camino que, a pesar de los adelantos modernos, sigue siendo peligroso, e íbamos a encontrarnos con un estado de cosas del que todos teníamos los más tristes presagios. Vassilli nos seguía lentamente y creo que también él sentía que hubiese terminado el verano.

Cuando llegamos a los *balaganes* todavía no se distinguía el bote del *Oryol* y sobre la isla empezaba a caer una fina lluvia.

Para que el tiempo se nos hiciese más corto, penetramos en una de las chozas, y, con la franca hospitalidad siberiana, la familia pronto nos trajo te, pan y excelente caviar fresco. Era un cuartito muy pequeño, y en él vivía un número ilimitado de personas; pero todas ellas parecían disfrutar de excelente salud; las mujeres, que iban vestidas del mismo modo que los hombres, eran delicadas y limpias, con sus sueltas camisas rusas, botas altas y pantalón corto. Estaban preparándose para volver a Yenesiesk para pasar el invierno después de una estación de pesca que les había dado un resultado poco frecuente. Una sola jábega les había proporcionado más de setecientos *pouds* de *omul.* Cuando apenas habíamos terminado, apareció el bote en la ribera, y entonces tuvimos que separarnos de nuestros compañeros. ¡Que tanto ellos como su valerosa aventura en la obscuridad y el hielo de un invierno ártico tengan buena suerte!

Los vimos subir a bordo del *Oryol,* y después contemplamos cómo se alejaba el barco lentamente, en su viaje de 1.500 millas hacia el Sur; quedando nosotros como dos niños abandonados, nos volvimos a nuestra nueva vivienda del *Ragna.*

El *Ragna* era un barco de 2.250 toneladas, e igualmente que su consorte el *Skule*, enarbolaba la bandera noruega. Para esta

expedición ambos habían sido provistos de *ice-bows* (1), y también llevaban telégrafo sin hilos. Mientras cenábamos nos enteramos de la causa de haber llegado con una semana de retraso. Habían salido de Cuxhaven a fines de julio, justamente veinticuatro horas antes de que las autoridades cerrasen el puerto. Desde allí fueron a Aalborg, donde tomaron un cargamento de cemento y maquinaria. Iban en su convoy tres remolcadores que el Gobierno ruso había comprado a una Casa de Hamburgo para servicio en el Yenesei. Éstos llevaban tripulación alemana y enarbolaban la bandera de su nación, siendo ésta la explicación del rumor de que uno de los torpederos alemanes habían capturado a dos comerciantes en la costa noruega. Los *destroyers* eran los tres remolcadores que seguían a los vapores al Yenesei. No obstante, cuando la expedición entró en el puerto de Tromsoe, el cónsul alemán reclamó estas tres tripulaciones, requiriendo para el servicio militar a todos los que las componían, menos a siete de los oficiales e ingenieros, que pasaban de la edad fijada. En el término de un día hubo que buscar nuevos tripulantes, y entonces los buques continuaron en salvo al mar de Kara. El día 1.º de septiembre llegaron a la desembocadura del Yenesei, y allí, en el resguardo de la isla de Dickson, encontraron en su barco, el *Eclipse,* al explorador capitán Sverdrup (2). Éste había salido en busca de dos expediciones rusas perdidas en el mar de Kara, y entonces se había visto detenido por haber encallado. La expedición inglesa perdió dos días en libertar al *Eclipse,* y después prosiguió hacia el Nordeste a lo largo de la costa. Luego que las embarcaciones hubieron llegado a aguas rusas, se presentaron ciertas dificultades técnicas respecto a los alemanes que habían quedado en los remolcadores, pues tan pronto como las embarcaciones entrasen en el río, los barcos resultaban ser propiedad del Gobierno ruso, teniendo que izarse la bandera de Rusia. Pero como ésta y Alemania es-

(1) Defensas contra los hielos.

(2) Véase Otto Sverdrup, *Cuatro años en los hielos del Polo,* tomos I y II, editados por Calpe.

taban en guerra, no era posible que un oficial alemán mandase un barco ruso, por lo cual los germanos tuvieron que abandonar sus puestos y trasladarse al *Skule* en calidad de pasajeros, y seguir en él hasta haber salido del Yenesei, pues en el momento en que pisasen tierra se verían expuestos a que los declarasen prisioneros de guerra.

Hubiese sido imposible encontrar una colección más curiosa que la que se reunía en los barcos en Nosonovsky. En primer lugar, estaban representadas por lo menos media docena de nacionalidades: inglesa, rusa, judía, noruega, sueca y alemana; esto sin hablar de los yurakos y samoyedos, que con frecuencia subían a bordo para vender pescado. Además, en el *Ragna* llevábamos dos oseznos vivos, dos lobatos, un saco lleno de huesos de mamut, un asesino y la osamenta de un oso polar. Los oseznos y los lobatos los había traído M. Christensen desde Krasnoyarsk para embarcarlos para Noruega; pero sufrían tanto en su encierro, que no hubo más remedio que matarlos antes de salir del río. El asesino vivía en una de las gabarras que estaban amarradas al costado del *Ragna,* y procedía de uno de los *balaganes* de la orilla, donde, en una disputa hallándose en estado de embriaguez, dió de puñaladas a un vecino suyo. Era un hombre alto y de aspecto pacífico, que parecía mucho más dócil e inofensivo que los gendarmes que le iban custodiando. Tanto a mis Curtis como a mí nos daba mucha pena su aspecto tan tranquilo y melancólico, y solíamos darle cigarrillos. Le iban a juzgar en Yenesiesk; pero como la ley rusa es clemente con los borrachos, esperaba verse libre con sólo un pequeño castigo. El oso polar le había cazado Mr. Lied en la isla de Dickson, y una noche nos sirvieron en la cena una tajada. Sabía a carne de buey; pero, según tengo entendido, sólo se pueden comer las patas, pues la carne del resto del cuerpo está entreverada de sebo.

En la quincena que estuvimos en Nosonovsky, la concurrencia del salón se componía, además de nosotras dos, de Mr. Lied, del capitán, del piloto del hielo, un señor ruso—geólogo de Petersburgo—y un pastor sueco, Herr Enander, que

era botánico y especialista en la familia *Salix* (1). En Brokoffsky debió de tener una buena oportunidad de estudiar sauces, pues estas islas no producen otra cosa. Aparte de estas personas, M. Christensen, que dirigía la descarga del barco, también solía venir a la hora de comer, y a veces el capitán Gundersen, del *Skule,* venía de visita. El capitán Johansen, piloto del hielo, era un viejo muy agradable que había viajado por aquellas regiones árticas desde muy joven. En 1878 acompañó a Nordenskjold en el famoso viaje del *Vega* a través del estrecho Noreste, y fué el primer capitán que condujo un vapor por el río Lena. Era hermano del capitán Johansen, que descubrió y dió nombre a la isla Lonely, situada al Norte de la península de Taimyr, y en un tiempo fué propietario del balandro *Gjoa,* que después vendió al explorador Amundsen, quien hizo en él su famoso viaje a través del estrecho Noroeste.

Las únicas personas ociosas que iban a bordo éramos miss Curtis y yo, avergonzándonos de nuestra inutilidad algunas veces, al ver la furiosa actividad de todo el mundo para arrastrar por la cubierta vigas de madera o cargar con fardos de estopa, porque el tráfico en el Yenesei no puede hacerse con la misma calma que en el Sur, pues la desembocadura del río sólo está abierta unas pocas semanas en todo el año y hacia fines de septiembre el hielo polar otra vez se apila hacia el Sur, cerrando el estuario como con puertas heladas (2). Por lo tanto, los

---

(1) Los *Salix* son sauces y saliqueras.

(2) Orientados Sur a Norte los tres grandes ríos siberianos (Ob u Obi, Yenesei y Lena), su régimen es muy particular por estar su desembocadura en región harto más fría que sus fuentes y curso medio. Las nieves caídas en el invierno, permaneciendo heladas, no alimentan al río. Su fusión en primavera en un suelo todavía helado y en donde, por tanto, toda infiltración es imposible, es causa de inundación general por el agua, bruscamente fundida, de las precipitaciones invernales. El Yenesei sube de 10 a 11 metros de su nivel ordinario y se extiende 50 kilómetros en el principio de su delta; el Obi inunda de 20 a 60 kilómetros de anchura. Estas crecidas primaverales van seguidas de dislocaciones terribles del hielo, que por estar en región más fría obstruye todavía su desembocadura y duran varios meses. *(Nota de la edic. española.)*

hombres a bordo trabajaban con todas sus fuerzas, pues cada día de retraso disminuía la probabilidad de hacer el viaje de vuelta con toda felicidad.

Con todo aquel trajín no podíamos desembarcar miss Curtis y yo con frecuencia, pues aun cuando el tiempo estuviese bueno para ir a tierra en el bote, los hombres estaban empleados en el cargamento. Sentí mucho que ocurriese esto, pues hubiera querido hacer en Nosonovsky algunas observaciones referentes a la emigración de otoño. Por esta razón mis apuntes son escasos y sin continuidad, teniendo por esto escaso valor. Hacia la segunda semana de septiembre desaparecieron todas las aves zancudas, siendo las últimas que vi un revuelvepiedras y un combatiente; un día una pareja de esmerejones pequeños empezaron a ulular. Estas especies no volví a verlas pasado Pustoy. Los últimos paserinos que emigraron al Sur fueron los coliblancos, y, del mismo modo que las zancudas, hacia el 12 de septiembre ya habían desaparecido. Los gansos, patos y somormujos se vieron hasta el día de nuestra marcha; pero se decía que tal vez debido a que, como la primavera había sido tan fría, se hubiesen retrasado algo más que de costumbre. A veces subía por el río una bandada de cisnes, y era maravilloso el ver estas grandes aves con las alas extendidas, blancas y cruciformes, destacándose en el cielo y llamándose unas a otras con toda solemnidad, según volaban hacia el Sur.

Pero el tiempo que pasábamos en el vapor no resultaba aburrido, pues había mucho que ver. Por el río vinieron desde Krasnoyarsk ocho lanchones, que en un principio fueron traídos de Europa, en 1905, por el mar de Kara, y eran del tipo que se emplea para el tráfico en el Rin. Dos de ellos estaban constantemente a los costados del *Regna,* y tan pronto como descargaba uno sus mercancías se lo llevaban a remolque, ocupando otro su lugar. Era muy curioso mirar por las abiertas escotillas la bodega del barco, ocupada por multitud de polvorientas barricas de cemento, movidas por las chirriantes máquinas y que se balanceaban también en las gabarras que estaban a los costados del buque. La mayor parte del cargamento consistía en cemento, destinado a la construcción de los ferrocarriles siberianos. Pero 15.000 barricas de cemento no se descargan en un día, máxime cuando es material que se estropea con la humedad, por lo que el menor chaparrón obligaba a cerrar las escotillas hasta que el cielo aclaraba. El cargamento con que se substituía el cemento era más variado, consistiendo especialmente en vigas de madera, cueros y estopa. A las once horas de estar allí, M. Christensen ya había embarcado veinte toneladas de mantequilla, que, en relación con el precio de las previsiones en los primeros días de la guerra, era de esperar alcanzase una buena cotización en Europa. La madera era de cedro de Siberia, y la historia de las grandes tozas que se entrechocaban hasta llegar a la bodega del *Ragna* es una de las novelas del comercio. Proceden del corazón del bosque, a unas ciento cincuenta verstas al Sur de Yenesiesk, en donde se ha obtenido la concesión del Gobierno para hacer una corta de madera. La que crece cerca de las orillas del agua está expuesta a pudrirse por el corazón, por lo que los árboles se talan a dos o tres millas tierra adentro. En aquella estación o fábrica maderera se empleaban más de sesenta caballos y más de cien hombres; el trabajo se empieza en abril, pero en el año a que yo me refiero la nieve estaba tan blanda, que los caballos se escurrían, por lo que la mayor parte de la madera tenía que ser arrastrada por el esfuerzo humano. Los troncos se cuadraban toscamente en el borde del río y después se cargaban en los lanchones para embarcarlos en Nosonovsky. Entre el *Ragna* y el *Skule* llevaban cinco mil troncos, y como éstos valían aproximadamente de dos a tres libras pieza, el flete era de bastante consideración para aventurarlo entre los hielos del mar de Kara.

Al principio nos chocaba mucho volver a oír hablar inglés, y también que nos diesen hechas las comidas, en lugar de tenérnoslas que hacer nosotros, y luego que fregar la vajilla, como lo habíamos realizado durante todo el verano en la choza. Desde luego, la vida en el barco la hallábamos tan lujosa y moderna y aquel lugar parecía tan popular y civilizado, que nos costaba trabajo convencernos de que todavía estábamos próxi-

mos a uno de los más vastos desiertos del mundo. El hecho es que la tripulación, que casi toda era la primera vez que visitaba el país, tardaba a veces en comprender que el Yenesei no era un lugar donde se pueden despreciar los peligros. Los dos jóvenes telegrafistas, que no tenían que cumplir ninguna obligación mientras los barcos estaban anclados, cogieron una mañana la canoa automóvil y se fueron de caza al continente, a unas quince millas de distancia. No volvieron por la noche, y a la mañana siguiente había mucha intranquilidad por ellos, pues el río estaba agitado y sobre la *tundra* descargaban fuertes ventiscas. Míster Lied envió una partida de exploración en uno de los remolcadores, que los buscó durante el día, pero infructuosamente. Por fin, a la caída de la tarde llegaron al vapor. Habían querido volver la noche anterior; pero habiéndose estropeado la maquinaria de la canoa tuvieron que servirse de los remos, y estuvieron remando hasta media noche, en que, convencidos de la imposibilidad de abrirse camino contra la corriente, se habían refugiado en la orilla. Durante ocho horas permanecieron tumbados en un hueco de la *tundra*, sin tener con que protegerse de la nieve y sin nada que comer, excepción hecha de un lagópodo, que desplumaron y guisaron lo mejor que pudieron sobre un fuego que hicieron con madera de deriva. A la mañana siguiente volvieron otra vez, remando durante ocho o diez horas seguidas, y por fin llegaron al vapor, completamente extenuados; y gracias que pudieron contarlo. El 11 de septiembre llegó el *Lena* por el río, y se detuvo una hora en Nosonovsky; sus cubiertas estaban atestadas de pasajeros, entre los que se encontraría seguramente, aunque no pudimos distinguirla, Nura Antonoff. El *Lena* era el último de los vapores que se dirigen hacia el Sur, y cuando se puso en movimiento, después de avisarlo con tres silbidos, aquellas costas melancólicas parecieron aún más tristes por su partida. En este barco se fueron los pescadores que quedaban, y un par de días después los naturales recogieron sus *chooms* y partieron *daleko* por la *tundra*. Era, por tanto, tiempo de escapar, porque la temperatura se hacía de día en día más cruda y la tierra

firme estaba ya matizada por la nieve. Los tripulantes, que no iban preparados para un clima ártico, tiritaban con el viento frío, y la mayoría de ellos declaraban abiertamente que nunca más volverían a Siberia, decisión por la que era imposible recriminarlos, mirando a las heladas orillas de la isla y a las aguas, todavía más frías, del río. Sin embargo, al fin y al cabo estuvo todo el cargamento a bordo, y salimos de Nosonovsky Ostrow el 19 de septiembre. Por la mañana se celebró una solemne asamblea en el *Ragna*, y se brindó con *champagne* por el éxito de la empresa. Aquí nos despedimos de M. Christensen y también de la pobre *Jest*, que se la llevaba aquél a Krasnoyarsk. El *Ragna* levó anclas a las seis de la tarde, y a dicha hora, no sólo la bodega, sino también la cubierta quedaron atestadas de madera. El *Skule* le seguía a una media milla de distancia. El pequeño *Yenesiesk* pilotaba a las dos embarcaciones desde su anclaje, pues por ambos lados del canal se extendían peligrosos bancos y bajos. Entonces, cuando hubo abierto el camino, pasadas las islas, lanzó un largo pitido de despedida y dió la vuelta, abandonando nuestra ruta. Lo saludamos al pasar por nuestro lado, y dos minutos después bogábamos solos hacia el Norte.

Entonces nos apresuramos a avanzar hasta que amaneció, pues el estuario del Yenesei está lleno de barras de arena, y como la estación se hallaba tan adelantada, no hubiese servido de nada el arrimarnos a la orilla del río y exponernos con esto a ser detenidos por el hielo. A las diez de la mañana siguiente pasamos por Golchika. Con ayuda de los anteojos se podían ver con claridad todos sus edificios. Alcanzábamos a distinguir hasta la leña fresca, que se destacaba por su color claro, delante de la casa nueva de Antonoff, y detrás de ésta, las paredes de la vieja casa de Prokopchuk, estropeadas por el temporal. Al lado de Golchika, nuestra pequeña choza y el continente, y detrás de la isla, el *balagan* de Sylkin. Casi nos parecía ver a los Antonoff, con Nill y Anastasia, mirándonos desde la orilla del río, cosa que de fijo estarían haciendo, pues en Golchika corren las noticias rápidamente, y el paso de los barcos

ingleses era un acontecimiento de tanta importancia que seguramente pondría a todo el lugar en conmoción. Era curioso ver desde tan lejos un sitio que conocíamos tan bien, y en cierto modo le daba a uno la misma sensación que se imagina podrán sentir los muertos si es que vuelven a visitar lugares que en vida conocieron. Al otro lado del río vimos los *balaganes* de Swerifskye, ya desiertos y grises por la nieve. Una hora más tarde pasábamos por delante de Och Marino, cuyos habitantes salieron para señalar los barcos según iban pasando. Allí estaba Vassilli Vassillievitch, y a su lado, el delantal verde de la joven, que contrastaba con los *saköoys* obscuros de los indígenas. Mi última impresión de Siberia fué la de aquella terrible casita, a la cual el agua gris rodeaba por tres de sus lados, y orientado el cuarto hacia la nevada *tundra*. Sus ventanas parecían mirarnos como ojos vacíos, a medida que marchábamos hacia el peligro, a la miseria, a batallar contra todo lo conocido; pero, no obstante, hacia la vida. Nosotros la considerábamos como si hubiese sido la casa de la muerte. ¿Seguiría Vassilli Vassillievitch bebiendo y fumando hasta la muerte? ¿Seguiría el niñito, con sus ojos asustadizos, sollozando día y noche? De la joven no quisimos acordarnos, y pensamos en cómo pasaría el invierno el resto de nuestros conocimientos siberianos. Daba pena pensar que ya no volveríamos a ver a tantos de ellos, ya fuesen adustos o cariñosos. Habíamos vuelto la hoja del Yenesei, y ahora íbamos a escribir una nueva a través del Océano Ártico.

Todo aquel día bogamos hacia el Norte, siguiendo la baja y helada orilla. Och Marino no es aún el último punto en que el hombre se aventura, pues una o dos familias pasaban el invierno bajo el Sopochnaya, para cazar zorros blancos. Por el Oeste no divisábamos, en absoluto, tierra alguna, pues el estuario tenía por esta parte más de cincuenta millas de anchura.

A la mañana siguiente, a las siete en punto, llegamos a la isla de Dickson. Entre Golchika y Dickson la temperatura del agua había bajado 10°, y ahora nos explicábamos por qué el puerto de Nega se encontraba cerrado por el hielo. Esto nos

desilusionó, pues de haber podido entrar los barcos en él, míster Lied había propuesto que desembarcásemos allí para ver si teníamos alguna noticia de las dos expediciones rusas que el capitán Sverdrup andaba buscando. Dickson es una isla llana y baja, de la misma formación que la vecina *tundra*, de la cual parece como si hiciese poco tiempo que se hubiese desprendido. En una loma del brazo occidental del puerto se ha levantado un poste que acusa un depósito de carbón, que se instaló allí en 1901 para la expedición del barón Toll. En la isla no viven mas que renos salvajes, osos y zorros, y durante diez meses del año el puerto está cerrado por el hielo. Sus bajas y rocosas costas — que fueron la última vista que tuvimos de Asia— pronto se desvanecieron en el horizonte tras de nosotros.

Entonces empezamos a cruzar por entre témpanos de hielo flotantes, ya gastados por el gran traqueteo sufrido en el agua, y con ellos había importante cantidad de troncos de madera de deriva, que llevaban meses y meses rodando de un lado para otro en el estuario. Después llegamos a lo que se llama un *slam*, o sea una masa de nieve flotante. En esta parte el agua tenía un color verde apagado y era bastante densa. Las olas, cortadas por el paso del barco, se apartaban perezosamente, como si se hubiera vertido aceite en el mar, y de la proa del barco salían rizados, pequeños y brillantes fragmentos de hielo. El cielo fué nublándose cada vez más, y los *slams* se hicieron más frecuentes. Parecía como si nos abriéramos camino por un océano de espesa miel. Poco a poco la superficie opaca fué cambiando y llenándose de hoyitos innumerables, como debidos a gotas de lluvia. Al principio los trozos de hielo no pasaban del tamaño de una mano; pero gradualmente fueron siendo como platos, y después estos platos se convirtieron en láminas y témpanos o *panes* tan anchos como alfombras. Miss Curtis y yo nos sentamos en los maderos que había sobre cubierta y miramos cómo pasaban deslizándose los *panes*, que cada vez eran de mayor tamaño (1).

(1) *Pancake ice:* placas de hielo delgadas, en general redondas o de

Al anochecer, algunos eran tan grandes como campos de *tennis*, y la campana del cuarto de máquinas sonaba agudamente para que se «moderase la marcha».

Cenamos como todos los días, y después volvimos sobre cubierta, pues aquella vista nos fascinaba. La bruma gris, que durante todo el día se había extendido por el horizonte Norte, ahora se había cerrado completamente. Otra vez empezó a sonar la campana de la máquina para ordenar el ir «despacio». Oíamos el rumor del agua al lamer los costados del barco a medida que se apartaban los témpanos suavemente a los lados. Toda la gente estaba sobre cubierta contemplando el hielo, pero nadie hablaba. Parecía como si estuviéramos penetrando en lugares solemnes, en los que no tuviéramos derecho a aventurarnos. Tras la niebla, luchaban entre sí, más allá del alcance del hombre, formidables entelequias. Parecía como si algunas potencias invisibles se dirigiesen hacia el Sur a grandes zancadas y las masas de hielo fueran las señales de sus pies en el agua. El mar estaba muy tranquilo; pero un viento fino susurraba canciones demoníacas alrededor del mástil, y la bruma se deshacía en una lluvia pesada que caía en el agua, causando un *hush-hush* incesante, semejante al rumor producido por enormes suspiros. Entonces, y casi de pronto, la bruma se hizo muy ligera, y delante de la proa se extendió, hasta perderse en la obscuridad, un cubierto campo de hielo. El jugar al ajedrez con el Océano Ártico en el tablero del mar de Kara, compuesto alternativamente de espacios de hielo y de agua, es un entretenimiento muy curioso, y en este punto, y por vez primera, nuestro adversario invisible, entronizado en el Polo, dijo: «¡Jaque mate!»

El *Ragna* vibró cuando el hielo pasó rozando la proa, y entonces el triple sonido de su sirena rompió el silencio. Apenas extinguido el eco de esta llamada, cuando el *Skule* contestó con un rugido todavía mucho más agudo. Por entre la niebla

bordes curvos, que flotan en los mares polares en julio y agosto, anunciando la proximidad del invierno. *(Nota de la edic. española.)*

vimos su obscuro casco y relucir las aureolas de sus luces. Durante un momento los dos barcos estuvieron el uno del otro a un cable de distancia, y pareciendo como dos animales perdidos y asustados que se llamasen en medio de la obscuridad; y mientras tanto, el hielo seguía pasando en su viaje hacia el Sur. Entonces delante del buque se abrió un paso, y el *Ragna*



FIG. 29.—PRIMEROS HIELOS FLOTANTES EN EL MAR DE KARA.

penetró en él, chocando sus costados con los bordes de los témpanos. El *Skule* le siguió, y casi se hubiera dicho que iban de puntillas. Después el hielo volvió a cerrarse. «¡Alto!», rugió la sirena del *Ragna,* y «¡Alto!», chilló el *Skule* contestándole.

De este modo fuimos avanzando hora tras hora, y al llegar la mañana nos encontramos en mitad de un mar de hielo, que se extendía, sin ninguna interrupción, de uno a otro horizonte. El único medio que había para abrirse un camino era el apisonar las masas de hielo, y las dos embarcaciones iban dispuestas para este caso, llevando un *ice-bow* de gruesos tablones de madera de roble; pero los del *Ragna,* cuyas dimensiones habían sido suficientes cuando el barco iba cargado con el pesado

cemento, no lo eran ahora, que la carga se componía de madera, y no quedaba bastante sumergido en el agua, por lo que no recibía el choque de los hielos en el tope protector, sino en el casco desnudo. Al *Skule*, que tenía la proa mejor defendida, le faltaba, en cambio, fuerza en la maquinaria para llevarle por el hielo recién formado, que ya tenía cinco pulgadas de espesor, por lo que en dos horas sólo adelantamos un cuarto de milla. A cada momento se oía un grito del capitán Johansen, el piloto del hielo, que iba arriba, en el tonel del vigía. Su señal era contestada por el estrépito del chirriante engranaje o por la sirena,que avisaba al *Skule:* el largo resoplido, seguido de uno corto, que indicaba toda velocidad por la popa, o los cinco resoplidos largos, que era la señal de que se necesitaba comunicación por el telégrafo sin hilos. El tiempo estaba tranquilo y brumoso, no pudiendo verse el agua libre.

Habíamos dejado atrás, en Dickson, todas las gaviotas, y el único ser viviente, aparte de nosotros, que se movía sobre la triste inmensidad era una gaviota pomarina, ave de aquel año.

Hacia el atardecer el hielo fué abriéndose; pero el siniestro «reflejo» (1) blanco que se veía en el horizonte indicaba que el campo era muy extenso. A veces navegábamos por un canal que pensábamos nos llevaría a sitio seguro; pero casi siempre resultaba que era un callejón sin salida, y nos veíamos obligados a retroceder y probar a meternos por otra abertura. Era lo mismo que si erráramos por un laberinto. El *Skule* nos seguía por el camino que trazábamos en el hielo; pero los dos lados de éste se cerraron gradualmente, y entonces nos llegó un mensaje telegráfico: *Estad preparados por si acaso tenemos que tomar los botes*. La situación era seria, pues si el hielo apretaba su presa el barco se exponía a ser triturado como la cáscara de huevo en el puño de hierro de un atleta. Afortunadamente, tanto el *Skule* como el *Ragna* llevaban sobre cubierta carga-

(1) Este reflejo blanco, o *ice-blinck*, es blancura deslumbradora del horizonte, producida por reflexión del hielo en masas distantes. *(Nota de la edic. española.)*

mento de madera. Las bombas empezaron a funcionar, y gracias a que se pudieron mover con las grúas las tozas que había sobre cubierta el hielo de alrededor se aplastó lo bastante para disminuir la presión, y por último el barco pugnó por salir de allí. Su piloto estaba tan trastornado por este incidente que nos envió un desesperado marconigrama: *¡Por Dios, dirijámonos hacia el Sur, pues si no vamos a helarnos todos!*

Cuando se comunicó esta súplica al capitán Johansen, en el tonel del vigía, se rió entre dientes largamente. Antes de salir de Tromsoe, nuestro buen piloto del hielo había consultado con una adivina, que basaba sus predicciones en la forma que tomaban los posos en una taza de café, la cual le había asegurado que todo marcharía bien en el viaje; y como el capitán Johansen tenía mucha fe en sus profecías, no dudaba que saldríamos con bien de aquel mal paso.

Hubiese sido dudoso asegurarlo así de ocurrirnos algún accidente, pues no llevábamos los materiales ni los víveres necesarios para pasar un invierno en el Océano Ártico; esto sin contar con que ni un barco de hierro sería capaz de resistir la enorme presión de las masas flotantes de hielo. Aparte de esto, nos hallábamos, por lo menos, a unas quinientas millas de cualquier lugar habitado y a doscientas millas de comunicación de cualquier estación radiotelegráfica, por lo que hay que confesar que el *Skule* escapó con suerte.

El resto de la tarde lo pasamos forcejeando en abrirnos camino por entre apretados *panes* de hielo. El efecto era de lo más curioso, pues no se veía agua libre por ningún lado, y parecía como si el barco navegase por una ilimitada ribera blanca de tablas de ripia, salpicada de piedras, guijas y peñascos de todas formas y tamaños.

El 23 de septiembre, aunque claro, fué el día más frío que hasta entonces habíamos conocido. A pesar de la estufa, las portañolas del salón se cubrieron de partículas de hielo, y un desgraciado cerdito, miembro de una pareja que vivía en un arca en la parte posterior de la cubierta, se murió helado durante la noche. Toda la mañana la pasamos entre campos de

panes de todos tamaños: desde una insignificante mancha de hielo de un tamaño no mayor que un pañuelo, hasta gruesos bloques como campos de *croquet,* que sobresalían dos pies del agua. Algunos estaban curiosamente levantados en los bordes; otros, horadados como flores de blanca escarcha; y cuando el *Ragna* apresuraba la marcha y dejaba a la masa entera meciéndose en su estela, parecía como si pasase a través de un lago lleno de lirios de agua. Aquí y allá se veían bloques de hielo antiguo que habían sido modelados, semejando toda clase de formas fantásticas, en su incesante rodar durante el verano por el mar de Kara. Algunos estaban tan erizados como un puerco espín; otros semejaban losas monumentales sobre dos pilares verdes como malaquita (1); aquí aparecía a nuestra vista una gruta flotante rodeada de esculturas hechas por la escarcha y llena de agua amarilla; allí había un bloque manchado de salpicaduras de barro de las costas de Nueva Zembla. Todo este campo de hielo caminaba hacia el Sur lentamente. Durante dos horas seguidas fuimos a lo largo de su borde externo, y vimos una espuma helada extendida en el agua de alrededor, lo mismo que sube la grasa a la superficie de un puchero al enfriarse y se congela en copos opacos. Poco a poco la masa iba comiendo como una gangrena el agua libre, y antes de que llegase la larga noche de invierno todo el mar, de uno a otro horizonte, estaría reducido al más completo silencio y quietud. A veces el hielo era nuevo y estaba resquebrajado, y la proa del *Ragna* desgarraba y despedazaba las masas de hielo de igual modo que un cuchillo corta un trozo de cartón, abriendo una llanura de agua libre Sin embargo, otras veces eran más fuertes y el barco rozaba sus flancos con unas sacudidas producidas por los choques, y que le hacían vibrar de proa a popa. Entre el hielo se veía el agua negra y como aceitosa, superficie semejante a la que se suele ver donde hay un charco muy cubierto de árboles. Parecía extraño que bajo un cielo tan claro

(1) La malaquita es hidrocarbonato de cobre, susceptible de bello pulimento. *(Nota de la edic. española.)*

pudiese existir aquel agua tan obscura y repulsiva. Cuando estábamos observando la lucha del hielo con la proa del *Ragna* oímos unas cuantas voces extrañas, pero muy alegres, y sobre las masas de hielo pasó una bandada de gaviotas marfileñas, que venían del Norte. Sus alas, hechas para batallar con los fuertes vientos que soplan sobre los mares polares, se defendían de este vientecillo con una fuerza que daba a su vuelo la curiosa fluctuación de una mariposa. Sus voces, que me recordaban las de las comunes golondrinas de mar de las dunas de Inglaterra, eran alegres y descuidadas como el viento que conquistaban; subiendo y bajando por deporte, cruzaban nuestra proa y desaparecían hacia el Sur sobre las masas de hielo.

A mediodía nos vimos libres de éste, caminando a toda velocidad. Todo el día siguiente el tiempo estuvo hermoso, y al aproximarnos a la isla Waigatz aumentaron las aves. El 24 de septiembre cuatro fulmares ulularon alrededor del barco; media docena de patos negros se elevaron sobre nuestra proa, y aparecieron unas cuantas gaviotas tridáctilas jóvenes. El día siguiente, 25 de septiembre, fué señalado con caracteres rojos, pues por la tarde nuestro telegrafista logró llamar a la estación marconigráfica de Waigatz (1), de donde esperábamos saber alguna noticia de la guerra. Pero nos equivocamos: el telegrafista de la isla no sabía nada del disturbio europeo, excepto que San Petersburgo había cambiado de nombre. Tuvimos que conformarnos con el hecho de que esta ciudad había sido bautizada de nuevo, con el nombre de Petrogrado, y no de Wilhelmstadt o con algún otro nombre igualmente ominoso, resignándonos a no tener otras noticias hasta que llegásemos a Noruega.

A este pobre telegrafista y a sus compañeros los habían enviado a Waigatz el verano anterior, y como no recibieron nuevas provisiones estaban sufriendo del escorbuto. El Gobierno ruso, que tanto se interesa por los intentos modernos de abrir al comercio la antigua ruta del capitán Wiggins, intentó

(1) Isla al Sureste de Nueva Zembla, junto a la península rusa de Pae Khoi. *(Nota de la edic. española.)*

establecer tres estaciones de telegrafía sin hilos en el mar de Kara—en Waigatz, en el estrecho de Yugor y en Moré Salé—, para que los vapores que por allí pasasen pudiesen tener noticias del estado del hielo en los estrechos, y trazar de este modo su derrotero. Sin embargo, causó tal escándalo el que a los

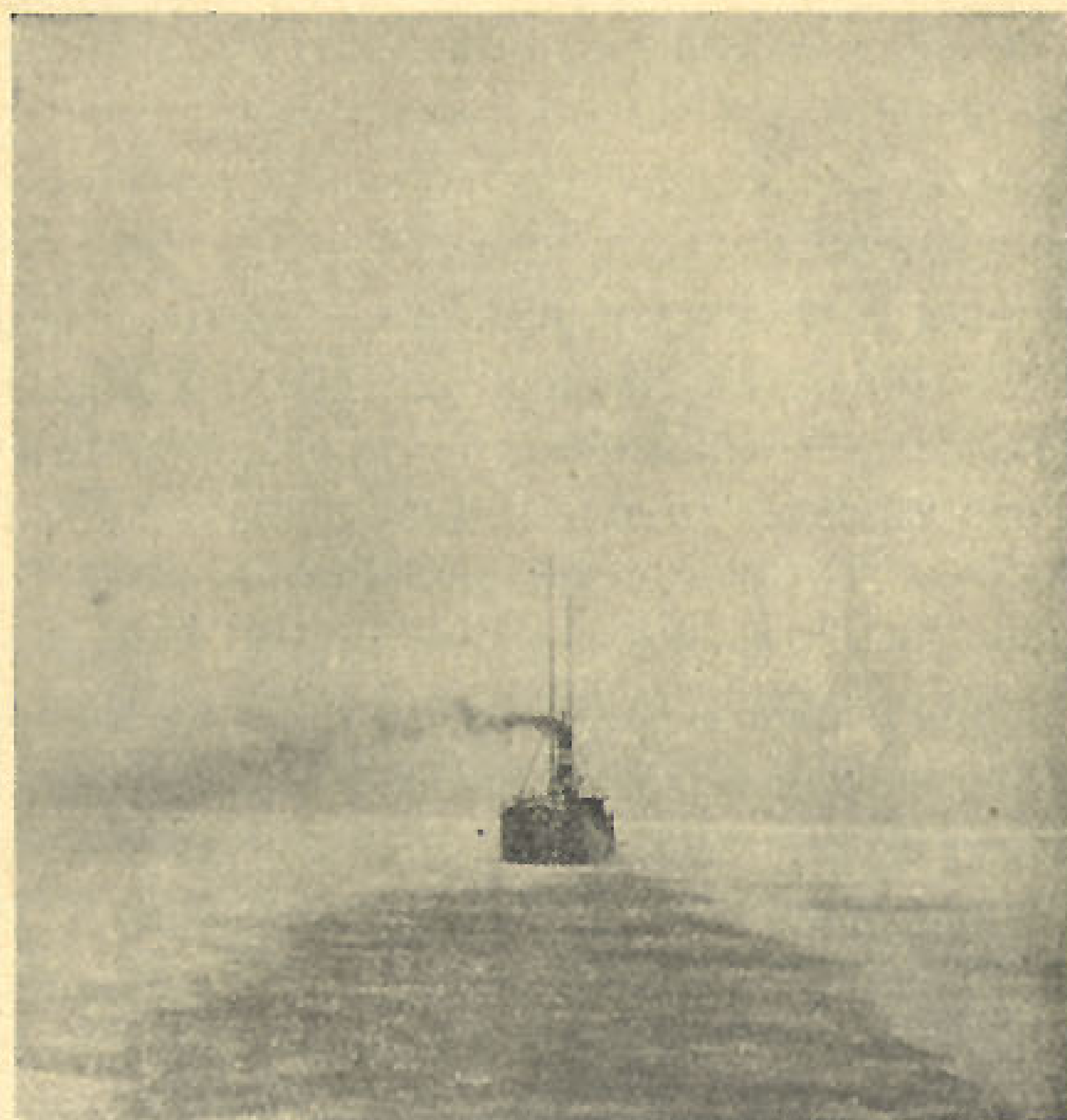


FIG. 30.—S. S. «SKULE» EN EL HIELO.

desgraciados empleados los hubiesen enviado tan mal equipados, que en la Duma se hicieron interpelaciones, gracias a las cuales tuvo aquello arreglo.

Al anochecer divisamos la costa de Nueva Zembla y paramos para pasar la noche, a fin de esperar al *Skule*, que tenía las máquinas menos potentes que las nuestras y constantemente se quedaba atrás. Era interesante ver desde el puente, en medio de la obscuridad, en dirección de estribor, la confusa mancha, purpúrea bajo la bruma, que representaba a Nueva Zembla. Este es un sitio del que todos los estudiantes han oído

hablar; pero que para la mayoría de las personas tiene tan poca realidad como Tombuctu o Jericó.

Recuerdo que en aquella tarde se ideó, entre risas, el que, como M. Lied era súbdito ruso y miss Curtis y yo inglesas, debíamos dirigirnos a la tierra austriaca de Francisco José, situada a unas quinientas millas al Norte, y tomar posesión de ella en nombre de los aliados. A miss Curtis y a mí, que tan enamoradas estábamos del Norte, creo que aunque nos hubiesen propuesto ir al Polo nos habría sido lo mismo.

CAPÍTULO XV

LAS PUERTAS DEL KARA.—LA MAGIA DEL ÁRTICO.—SIR HUGH WILLOWGHBY.—EL CAPITÁN WIGGINS.—LA RUTA DEL MAR DE KARA.—INGOE.—TORMENTA.—AVES PASAJERAS.—MEDIA NOCHE PASADO EL CABO NORTE.—HAMMERFEST.—RUMORES DE GUERRA.—TROMSOE.—UN INCIDENTE DE LA MOVILIZACIÓN ALEMANA.—DE BERGEN A NEWCASTLE.—FIEBRE GUERRERA.—OTRA VEZ LONDRES.

Muy de mañana entramos al día siguiente en el estrecho de Kara. Aunque en el mapa este pasaje parece tan angosto, mide en realidad unas cincuenta millas de anchura, y cuando faldeábamos la costa de Nueva Zembla no distinguíamos la isla de Waigatz, situada hacia el Sur. Antiguamente las embarcaciones entraban casi siempre en el mar de Kara por el estrecho de Yugor, que se encuentra al Sur de Waigatz, por suponerse que el paso más septentrional estaría cerrado perpetuamente por el hielo, teniendo este origen el nombre de Puertas de Hierro que se le dió; pero, no obstante, en la actualidad los barcos utilizan el estrecho de Kara de preferencia al de Yugor.

Al Norte se destacaban los riscos de Nueva Zembla, adornados con la nieve recién caída, y de las extensas *tundras* que se extienden por detrás de ellos arrancaban constantemente bandadas de aves que se dirigían hacia el Sur, por lo que deduje que Waigatz, en la época de las emigraciones, debe hacer las veces de un inmenso puente para pasar el canal desde Nueva Zembla al continente; de ello pude convencerme cuando navegábamos por el estrecho. En efecto, durante todo el día cruza-

ron por delante de nosotros, a diversas alturas, pequeñas bandadas de somormujos, dirigiéndose todas ellas hacia Waigatz. En el transcurso de una hora pasarían de un centenar los que pude observar. Míster H. L. Popham cuenta que hace unos cuantos años también observó él una corriente semejante de somormujos procedentes de Nueva Zembla. Los fulmares, de cuya especie no habíamos visto más que cuatro individuos, en el mar de Kara, ahora aumentaban en gran cantidad, y una pareja de gaviotas glaucas, todavía con el plumaje moteado y pardo de la primera edad, venían tras de nosotros. Los aranes *(Uria lombia)* llegaron a ser muy comunes, y también pasaron volando en dirección Sudoeste pequeñas bandadas de patos negros. El estrecho parecía establecer una divisoria bien definida de las dos corrientes de aves, que en los tiempos de emigración se separan unas en dirección Este y otras hacia el Oeste de las costas de Nueva Zembla. Por ejemplo, al Oeste del estrecho de Kara no vi ni un somormujo, y, por el contrario, en el lado oriental no se veía ni una sola gaviota tridáctila. Se sabe muy poco relativamente a la manera de efectuarse las emigraciones en estas regiones; pero lo que parece más probable es que cuando la corriente de aves llega al continente se divide, dirigiéndose unas bandadas hacia el Sur por los valles del Ob, y otras por los del Petchora.

El ver a estos intrépidos viajeros volver de su veraneo en el Norte nos llevó a hablar de los aventureros de nuestra propia raza. Ya es mucho lanzarse al Océano Ártico en buques de vapor provistos de telégrafo sin hilos y otros adelantos modernos; pero ¡cuánto más admirables eran aquellos exploradores, que desafiaban al hielo, del que nosotros mismos apenas si habíamos escapado, en barcos cuya navegación se hallaba a merced del viento y de la marea! A veces me he preguntado en qué consiste la magia del Ártico; ese encanto, que supera al de los cinco mares restantes. Todo lo que con él se relaciona está lleno de atractivo. Si, como dice la leyenda, los espíritus de los muertos vagan por los lugares que frecuentaron durante la vida, las aguas polares no sólo deberían estar cuajadas de fantasmas

de buques antiguos y de espectros de viejos navegantes, sino que también sus costas deberían estar llenas de los de todos los soñadores que han visto flamear en el Norte la aurora boreal, desde los días del valeroso sir Hugh Willowghby, que fué el primer inglés que atravesó el paso del Noroeste, desembarcando en esta misma costa de Nueva Zembla, hace unos trescientos años, en un viaje en que tenía puesta toda su confianza de que había de conducirle a la tierra de Catay. En vez de ser así, su barco fué arrastrado por el hielo hacia el Sur, hasta la península de Kola, en la que, tanto él como su tripulación, perecieron tristemente entre la nieve.

Igual comparación podría establecerse entre el galeón de alta proa del pobre sir Willowghby y el *Ragna,* con sus motores de mil caballos y su antena radiotelegráfica, que entre las arenas de oro del mítico Catay del primero y la carga de madera siberiana, de valor positivo, que llevábamos sobre cubierta; pero en ambos casos el mismo Espíritu del Norte, inquieto y maligno, se puso al habla con ambas embarcaciones cuando pasaron las Puertas del mar de Kara. El primer maquinista de nuestro barco, que era un noruego grueso e impasible, que se pasaba la vida en un lugar aceitoso y ensordecedor de las entrañas del buque, donde a nadie se permitía la entrada sin permiso especial, era la víctima más curiosa de aquella atracción, y nos decía, bajando la vista y soplándose los fríos dedos, que si se organizase en 1915 otra expedición al Yenesei le agradaría mucho formar parte de ella. Se había aficionado a aquel género de expediciones.

Sería muy largo enumerar ni aun la mitad de los capitanes que navegaron por estas aguas y que perdieron en ellas sus embarcaciones y hasta su vida; pero entre todos ellos sobresale un nombre que estará imperecederamente unido a la conquista del mar de Kara, y éste es el del capitán Wiggins. Generalmente se le llama *explorador* a este gran marino inglés. Efectivamente era un explorador, en lo referente a haber abierto esta ruta Noroeste de comercio a la navegación inglesa; pero también puede aspirar al no menos honroso título de *eslabón con el pasado,* pues

era de la madera de los Hawkins, Drake y Frobisher y de los marinos de la edad isabelina, exploradores en parte y en parte comerciantes, en cuyos viajes lo novelesco se mezclaba con la nota prosaica del comercio, rebajando el mérito y el interés que pudieran tener. Wiggins comenzó sus viajes hacia el setenta y tantos, y durante treinta años trató de establecer un comercio formal con el Ob y el Yenesei. Hacia el 90 su ejemplo fué seguido por otros, así rusos como ingleses, siendo el más notable de estos últimos Mr. Leyborne Popham. Pero cuando el Gobierno ruso prohibió el paso de mercancías libres de derechos por el río, la ruta por mar a Siberia cayó por algún tiempo en disfavor, debido principalmente a la poca seguridad de poder franquear el hielo por el mar de Kara. En contraposición a esto, se ha objetado que el capitán Wiggins nunca se vió forzado a volverse a causa del hielo en ninguno de sus viajes.

Los defensores de esta idea sostuvieron que son cuatro las entradas al mar de Kara, y nunca puede ocurrir que estén las cuatro bloqueadas a la vez, pues si el hielo se amontona en una parte de la ensenada de Nueva Zembla, el resto estará seguramente libre. De aquí las estaciones de telegrafía sin hilos que existen alrededor de los estrechos de Kara y de Yugor. Las rutas por el estrecho de Matochkin y por el Norte de Nueva Zembla ofrecen también de ordinario poca seguridad. En 1913, el *Correct*, fletado por la Compañía Siberiana, realizó un afortunado viaje a Breokoffsky, del cual ha publicado ya un relato el Dr. Nansen (1). La Compañía espera alcanzar mayor desarrollo, y está tomando medidas para facilitar los viajes. Va a colocar en Biely Ostrov un depósito de provisiones, y los barcos llevarán un equipo de ropa de invierno, una choza, etcétera, para que en caso de cualquier accidente en que se vea la tripulación obligada a abandonar el buque pueda acampar sobre el hielo. Hasta se ha llegado a pensar que podría ser útil un aviador que, volando con su hidroplano por encima del campo de hielo, pudiese buscar las salidas abiertas. Falta ver si

1) *A través de Siberia*, por Fridtjof Nansen.

la ciencia moderna consigue hacer lo que no pudieron lograr el valor y la intrepidez puestos al servicio de la náutica, en el siglo pasado, y se logra vencer las dificultades que ofrece la navegación por estas aguas. Es de esperar que la energía y el arrojo de Mr. Lied y demás promotores del intento obtengan todo el éxito que merecen.

Creo que cuando hubimos dejado atrás a Nueva Zembla todos nos sentimos tranquilizados. El mar de Kara, sobre todo en sus aguas orientales, es poco conocido, por lo que las primas de los seguros de navegación suben de un modo considerable al saberse que el destino del buque es al Este de Petchora. El 27 de septiembre esperábamos haber podido comunicar con la estación radiotelegráfica de Ingoe, en la costa finmarquesa; pero, ¡ay!, los empleados de allí sólo pudieron darnos pocas o inciertas noticias de la guerra, y tuvimos que resignarnos a reprimir nuestra impaciencia hasta que llegásemos a Hammerfest.

Al día siguiente me despertó a las cuatro de la mañana una violenta sacudida que sufrió el barco, que reunió todos los objetos que había sueltos en el cuarto, incluso mi persona, en un informe montón. Por primera vez durante nuestro viaje tuvimos alguna dificultad para las comidas, que no se hicieron con la seguridad acostumbrada por los movimientos del buque. La mañana era clara y hermosa y el *Ragna* se encaminaba hacia Occidente afrontando gigantescas oleadas. Sobre nosotros, siguiendo al vapor, volaban centenares de gaviotas tridáctilas, y algunas pomarinas, procedentes de Nueva Zembla, las seguían, y cuando distinguían en el agua alguna cosa arrojada desde el buque descendían rápidamente dos o tres de ellas para disputársela; pero la mayor parte seguían volando sobre nosotros como una nube. Cuando el barco cabeceaba, toda la hueste, como a una señal dada, se inclinaba hacia adelante, sin abandonar su sitio sobre el mástil, causándonos a modo de una pesadilla, que no sé a qué atribuir, como no fuese a la persistencia de tantos centenares de ojos fijos sobre nosotros; el caso es que, a pesar de ser tan lindas, aquellas aves, con las alas extendidas, llegaron a hacerse odiosas.

A mediodía refrescó el viento, hasta que al ponerse el Sol se convirtió en fuerte ventarrón. El *Ragna* tomaba poca agua por los costados; pero, no obstante, se iba almacenando mucha en la parte anterior de la cala, porque las planchas habían quedado mal colocadas mientras se apisonaba el hielo. Poco a poco la carga de la cubierta empezó a soltarse y el piloto y dos marineros tuvieron que apretar las cadenas que la sujetaban; mas pronto volvió a entrechocarse con más fuerza que nunca. El *Skule* se había quedado tan atrás que no se le podia distinguir, y como, por más que hacíamos, los esfuerzos para ponernos en comunicación con su aparato telegráfico resultaban inútiles, temimos por su seguridad, pues llevaba sobre cubierta aún más cargamento que el *Ragna*. Sin embargo, antes de caer la noche nuestro telegrafista llamó a la estación de Ingoe, de donde nos contestaron que el *Skule* había telegrafiado que estaba aguantando el temporal muy bien, pero que el operador no podía comunicar con nosotros ¡por haberse mareado! Los de Ingoe añadieron por su parte que el temporal que en aquel momento se desencadenaba sobre la costa era el más fuerte que recordaban.

La tormenta alcanzó su máximo a las ocho de la noche, hora en que miss Curtis y yo subimos al puente. El barco se zarandeaba formando un ángulo de 30° a 35°, y las olas subían tan alto sobre cubierta que parecía como si infaliblemente le fueran a hacer zozobrar. ¿Cómo podría una sencilla pluma describir aquellas grandes olas que se lanzaban amenazadoras sobre nosotros y desaparecían después, rugiendo, a sotavento? Mientras estuvimos en el hielo todo había estado tranquilo, aparte del chasquido de los témpanos; pero aquí el ruido de la tormenta era ensordecedor. El crujir de la madera, el chirriar de los engranajes, el gemir del viento alrededor del mástil, el ruido monótono, continuo, de las dínamos en la garita del mapa de ruta, todo se confundía en un rugiente gemido, que parecía la voz del barco cuando se bamboleaba en el seno del mar y se precipitaba sobre la espalda gigante de la próxima ola. De vez en cuando se distinguían, a la luz crepuscular, una docena de fulmares con aspecto de nocturnas, y que a pesar de toda la batahola se deslizaban pasando el agua continuamente y dando vueltas alrededor del vapor, sin apresurarse y sin alzarse más de unas cuantas pulgadas sobre las olas, persiguiéndonos sin cesar en medio del temporal, como si fuesen los espíritus de la tormenta. Un poco antes de media noche aumentó el viento, y durante un par de minutos se balanceó el *Ragna* de tal manera, que a un marinero bisoño como yo le parecía maravilloso que pudiera volverse a levantar otra vez. Entonces miss Curtis empezó a gritar que la carga de madera se iba por la borda, y, efectivamente, media docena de grandes tozas salieron por el costado como si fuesen tan ligeras como cerillas. Esto remachaba el clavo, y el capitán varió la ruta para que no se perdiese más del cargamento.

El temporal se moderó algo al amanecer, y el mar, aunque todavía seguía muy picado, estaba más tranquilo. Mi amiga y yo encontrábamos la vida muy cansada e igual cuando desaparecieron los hielos y el viento, que estimulaban nuestro interés, y no nos quedó otra distracción que ir a visitar a la gata de la cocina, que durante el temporal había tenido una camada de gatitos. Pero también era muy divertido observar las aves de mar que volaban alrededor del vapor. Las que más me gustaban eran los fulmares. Nos habían seguido con fe a través de la tormenta, y sus cuerpos gruesos, vuelo rápido y curiosas manchas marmóreas de la parte externa de las alas las hacían parecerse a mariposas nocturnas gigantescas. Era muy interesante verlas descender hasta el agua y posarse delicadamente con sus alas extendidas y en la actitud de los ángeles de uno de los cuadros de Gustavo Doré; el peor de los mares no les causaba terror, pues podían nadar indiferentemente sobre lomas formadas por olas tan inclinadas como el tejado de una iglesia. Aun se veía algún que otro aranio o alen. Salían de repente delante de nosotros, y se lanzaban sobre la superficie, chapoteando ridículamente en los esfuerzos que hacían para tomar vuelo y escapar de la proa del barco. El temporal había barrido todas las gaviotas pomarinas, pero trajo al *Ragna* otros huéspedes alados.

A mediodía vino a bordo una churra color púrpura, pasajera procedente de Spitzbergen o de la Tierra de Francisco José, y durante el día vimos un triguero de las nieves y un linacero. También revoloteó durante un rato una pequeña zancuda, que me parece debía de ser una churrilla alpina. La churra estaba cansada, y por lo tanto, más mansa. Traté de fotografiarla; pero, debido a una molesta ventisca y al balanceo del vapor, no tuvo éxito el intento.

El primer puerto en que hicimos escala fué Hammerfest. Pensábamos haber llegado allí el 29 de septiembre; pero la instalación del aparato de telegrafía sin hilos en la garita del mapa de ruta, detrás de la rueda, afectó a las indicaciones de la brújula. Estábamos un poco desorientados en el cálculo, y como la costa estaba oculta por las fuertes nevadas, no pudimos orientarnos, teniendo que estarnos parados toda la noche.

Por vez primera vimos la aurora boreal en todo su esplendor: al Sur, las nubes de nieve estaban amontonadas en los riscos del cabo Norte; pero en mitad del cenit el viento las separaba, y entre sus bordes rasgados brillaban las estrellas, abrillantadas por la helada. Frente a las estrellas, y alumbrando el firmamento entero y el mar con su suave resplandor de fuegos artificiales, las lanzas y saetas de la aurora se extendían por el cielo.

Los rotos bordes de las tormentosas nubes se iluminaban con su reflejo de tal modo, que parecía como si la luz del firmamento se vertiese tenuemente sobre la tierra, y bajo la estrella polar aparecía un espléndido cometa, como una espada. El conjunto de la aurora, del cometa y de la luz de la estrella era espectáculo tan asombroso y tan original, que sugería la fantástica idea de que allí la tierra se veía simbolizada en los cielos. Al Norte, bajo la corona boreal, se extendían las tierras árticas, en que el hombre no ha podido penetrar, extensas y puras bajo los primeros fríos del invierno. Al Sur, y detrás del montón de nubes, había un continente hirviente de pasiones endemoniadas y lleno del estrépito de la guerra. Aunque deseábamos tanto llegar a nuestro país, me parece que las dos sentíamos que se

terminase el viaje. Al siguiente día llegaríamos otra vez a Europa, y ¡qué noticias recibiríamos!

. . . .

A mediodía descubrimos tierra, y después entramos en el *fiord* de Hammerfest. Sus rocosas islas y cabos se veían muy indistintos a causa de la nieve. A veces las nubes descendían hasta tal punto, que sus bordes colgaban lo mismo que una cortina delante de los riscos; otras se separaban para mostrar fuertes promontorios, con los que chocaba la marejada. Una o dos veces un centelleo de luz del Sol resplandeció sobre las hileras de nevadas montañas. Era muy bonito, y el escenario nos parecía tanto más grandioso cuanto que veníamos acostumbradas al espacio infinito de la *tundra*.

Hammerfest está situado en mitad de estas *montañas de mar*. Detrás de él se alzan inclinadas escolleras, y sus casas grises armonizan tan íntimamente con la roca, igualmente gris, de sus alrededores, que a simple vista casi no se advertía la ciudad, que poco a poco iba destacándose por los accidentes y pequeñas líneas de los edificios, que en un principio no habíamos distinguido. Una parte de Hammerfest ardió hace quince años, pero ya se ha reconstruído mucho. Actualmente tiene 3.000 habitantes y posee iglesias, tanto católicas como reformadas. Es la primera ciudad de Noruega que ha empleado la electricidad para alumbrarse. Aun en la obscuridad pudimos distinguir los saltos de agua—los llamados «carbones blancos» de Noruega—, que es de donde se deriva la fuerza eléctrica. Hace treinta años probablemente se podría haber comprado la fuerza de todas las corrientes de aquel país por diez chelines: hoy en día no se compraría ni por diez millares de veces esta suma. Los noruegos—que es una raza de negociantes—conocen perfectamente el valor que alcanzarán en lo futuro sus saltos de agua, cuando las dínamos eléctricas reemplacen a las calderas de vapor como fuerza motriz.

Desembarcamos en medio de la obscuridad y contentas de poder estirar las piernas. Lo que más nos llamó la atención fué la ausencia de tabernas. Sólo vimos dos, en la plaza; pero esta-

ban cerradas por causa de la guerra. En Hammerfest no se publica ningún periódico, sino que las noticias que se reciben telegráficamente del Sur se ponen en circulación por medio de boletines impresos. Envidiábamos al resto de los tripulantes, que podían leer estos boletines en su totalidad, mientras que nosotras teníamos que contentarnos con los fragmentos de información que nos permitían nuestros escasos conocimientos del idioma. Entonces recordamos un banquete que habíamos proyectado en Golchika, y con el que nos habíamos deleitado anticipadamente durante el viaje, cuando el régimen de pescado, pan y te empezaba a cansarnos. Entramos muy decididas en una pastelería, y creo que desde los días de colegio, en que celebrábamos nocturnas orgías en el cuarto de baño, con galletas y chocolate, no he experimentado nunca tanto placer en comer pasteles.

Las comidas del *Ragna,* aunque excelentes, acusaban a veces la participación que con exceso tenía en ellas el buey cebado, y durante las crisis a que nos sometió el hielo y el temporal, en las que todo el mundo estaba intranquilo y ocupado, nos sentíamos sentenciados doblemente en lo que a esto atañe, porque era natural se preocupasen menos de ellas. Por otra parte, de tal manera nos habíamos acostumbrado a prescindir de delicadezas en nuestros festines de Golchika, que los refinamientos de las comidas en el salón del barco nos extrañaban al principio. Tardamos casi tres días en volver a acostumbrarnos a emplear un cuchillo especial para la mantequilla. Estas comidas solían recordarme la relación de sobremesa «El soliloquio en un claustro español»:

Not a plenteous cork crop: scarcely
May we hope oak galls, I doubt:
What's the Latin name for parsley?
What's the Greek name for swine's snout? (1).

(1) Una gran cosecha de corcho no podría esperarse;—si acaso, sólo de agallas de roble; dudo—. ¿Cuál será el nombre latino del perejil? —¿Cuál el griego del morro de cerdo?

Nuestro «morro de cerdo» había tomado la forma de pasteles, llegándonos a regalar hasta con cinco cada una. Al salir a la calle tratábamos de ocultarnos como criminales, porque pensábamos que si nos veían y nos reconocían podría redundar lo que veníamos de hacer en desprestigio de los pasajeros del vapor; pero pronto comprendimos que sería inútil nuestra precaución, por un *Angleske* y un *Yenesei* que murmuró el dueño del establecimiento a tres parroquianos que sucesivamente fueron llegando, y que parecían muy intrigados por saber quiénes éramos.

Después de satisfecho aquel capricho, volvimos a bordo. El *Ragna* esperó hasta media noche al *Skule,* que se había visto obligado a estar a la capa después de la tormenta, para asegurar la carga que llevaba sobre cubierta, la que en gran parte colgaba del costado del buque. Yo empleé este tiempo en tratar de sacar una vista fotográfica de la ciudad de noche, para lo cual sujeté la máquina a un puntal, dejándola así una hora seguida; pero como no tuve en cuenta el balanceo del barco, por causa de la marea, que estaba bajando, al revelarla, los famosos arcos voltaicos de Hammerfest aparecieron entre una nube de rayos y líneas, como si fuese una fotografía de fuegos artificiales.

En Hammerfest fué donde primero oímos el famoso rumor del plan de embarque de tropas rusas desde Arcángel a la costa francesa, vía Gran Bretaña. Desde luego que no habíamos observado nada de semejante movimiento, pues nuestra ruta había pasado más al Norte de la costa de embarque. Además, esta idea parecía tan fantástica, que nos sorprendimos después cuando observamos la credulidad con que fué acogida en Inglaterra. El puerto de Arcángel, conservado abierto artificialmente, podía desempeñar un importante papel para descongestionar el comercio ruso de exportación, por el desequilibrio causado por haberse cerrado los puertos del Báltico y del mar Negro; pero es muy diferente hacer los transportes a través del mar del Norte, lleno de minas, sobre todo cuando Rusia necesitaba todos sus hombres en las fronteras occidentales. No obstante, cuando

la liebre echa a correr no para en un gran rato, y yo sé de una pobre anciana que todavía lo cree, pues habiendo dado un folleto a un soldado en una estación del ferrocarril, oyó que éste le replicaba: «Thankyouvitch». ¡Lo que a su juicio demostraba rotundamente que *debía* ser ruso aquel soldado!

En Hammerfest tomamos a bordo un piloto, y llegamos a Tromsoe el 14 de octubre a mediodía. A intervalos tuvimos ventiscas al cruzar el *fiord,* y los montes ya aparecían estriados y salpicados de nieve. En el puerto se veían anclados cuatro o cinco buques alemanes, que estaban allí desde principios de la guerra, en que sus tripulantes habían sido llamados a filas. Aunque ostentaban la bandera alemana, el cargamento iba consignado a Casas inglesas de Hull y de Sunderland.

Desembarcamos en cuanto nos fué posible, y a punto estuvimos de darnos un baño, lo que no nos había sucedido en todo nuestro viaje, pues el piloto, teniendo mucha prisa por llegar a tierra, se olvidó de taponar el bote, y antes de haber recorrido cien varas nuestros pies estaban a flor de agua; de modo que después de haber sobrevivido a los bancos de arena del Yenesei y a los hielos y temporales del Océano Ártico, tuvimos que luchar por la querida vida y remar también para no zozobrar ignominiosamente en el puerto de Tromsoe. En este puerto el *Ragna* cambió de destino, pues, a causa del estado peligroso del mar del Norte, sus propietarios no quisieron exponerse a llevarle por Aberdeen, como en un principio pensaban. Por tanto, miss Curtis y yo tuvimos que seguir otra ruta para volver a Inglaterra, y decidimos salir dos días después para Bergen. Luego anduvimos por la ciudad, hasta que en el hotel tuvimos la gran fortuna de encontrar un número del *Times* de hacía sólo diez días. ¡Nunca habrá sido leído ningún periódico tan por entero como aquel! Por él nos enteramos del ataque a Amberes, del saqueo de Lovaina y del bombardeo de Reims. Pero todo parecía tan vago, tan lejano de nosotros, recién llegados de lugares en que el cambio de tiempo y la pesca son los asuntos más importantes, que no podíamos darnos cuenta exacta de lo que ocurría.

Por la mañana temprano del día 3 de octubre tuvimos que abandonar el *Ragna,* y el mismo día, tanto este vapor como el *Skule* salieron para Bergen, en donde pasarían el invierno en la dársena. El barco correo del Sur no salía hasta la media noche, por lo que disponíamos de tiempo suficiente para recorrer lo más notable de Tromsoe; pero, para decir verdad, como nevaba con gran fuerza y las calles estaban llenas de fango, pronto terminamos nuestro paseo. Lo más importante que vimos fué un oficial de Aduanas que había estado en el Polo Sur con Roald Amundsen; mas cuando hubimos visto a este héroe y también una compañía de lapones que vagaban por la ciudad vestidos con sus pintorescos trajes nacionales, no hubo más remedio que volverse al hotel y ponerse otra vez a leer el *Times.*

Un pequeño incidente ocurrido en Tromsoe dará una idea de la extensión con que Alemania movilizaba sus fuerzas en aquel tiempo. Se recordará que a bordo del *Skule* iban siete oficiales alemanes, que habían ido dirigiendo las pequeñas embarcaciones hasta Yenesei. Seis de éstos podían, sin duda alguna, por su edad, verse libres del servicio militar, pero el séptimo era más dudoso, pues no parecía tener mucho más de cuarenta años. No obstante, cuando el cónsul alemán había reclamado el resto de los tripulantes en Tromsoe, seis semanas antes, aquel oficial sostuvo tan enérgicamente que pasaba del límite de edad, que se le permitió continuara el viaje. ¡Pobre hombre! Nada podía escapar a los ojos de lince de la oficialidad alemana. Cuando volvió al puerto, se encontró con la noticia de que las autoridades de Hamburgo habían telegrafiado ordenándole volviese y se personase en seguida en Alemania, donde era probable que fuese fusilado como desertor.

Salimos de Tromsoe a media noche, en el vapor correo *Finmarken.* Míster Lied nos acompañó hasta Trondhjem, desde donde seguiría por el ferrocarril a Petrogrado. El viaje hacia el Sur nos llevó cuatro días, y atravesando por los sitios más bonitos de Europa; pero las dos estábamos muy intranquilas para prestarle toda la admiración que se merecía. En cada escala que hacíamos nos lanzábamos a tierra para comprar periódicos, y

no hay necesidad de decir que, como todos estaban escritos en noruego, su lectura no nos hacía saber mucho más de lo que conocíamos antes. El único párrafo, entre las noticias, que podíamos comprender con alguna seguridad era un cotidiano telegrama dando cuenta de que en el mar del Norte había sido hundido otro barco inglés. También existían rumores de que los zepelines estaban tirando bombas sobre Londres y de que la India y Egipto habían declarado varias veces su independencia. Al estallar la guerra, los noruegos temieron verse comprometidos en el conflicto por Suecia, de quien son aliados. Suecia, que siempre tiene el temor de que Rusia eche una mirada codiciosa a uno de sus puertos del Norte, estaba dispuesta a enlazar su destino con Alemania. Ahora, no obstante, ya se les había pasado esta alarma, y los noruegos, como gente completamente práctica, se preparaban a desempeñar el papel del perrito que mientras los dos podencos se peleaban echó a correr con el hueso. En otros términos: Noruega pensaba apoderarse de alguno de los ramos del comercio europeo en tanto que las Potencias estaban todas en disputa.

El 7 de octubre, por la mañana temprano, llegamos a Bergen, y obtuvimos literas en un barco que salía al mediodía para Inglaterra. Al principio creímos que nuestro destino sería Peterhead o Aberdeen, pues corría el rumor de que el mar del Norte se había sembrado de nuevo de minas; pero por fin arribamos a Newcastle. Este vaporcito, de segunda clase, ahora tenía una importancia internacional: llevaba todo el correo de Inglaterra no sólo a Escandinavia, sino a Rusia, China, Japón y al más remoto Oriente, y a este fin, durante aquellas tres últimas semanas se habían llevado a la estafeta de Bergen nada menos que 120 empleados extraordinarios, pues el personal de la localidad se veía abrumado por la incesante corriente de cartas y telegramas.

A pesar de todos los rumores siniestros, nuestro viaje a través del mar del Norte fué la etapa más tranquila del viaje. Secretamente esperábamos alguna aventura, de cualquier especie y nos desilusionamos al ver que todo estaba en calma y que en

el plácido horizonte no se veía ningún buque. Lo único en que se notaba que se esperaba algún acontecimiento desacostumbrado era en que los botes iban echados a la parte de fuera de los pescantes, para que en caso de que ocurriera cualquier accidente se pudieran bajar en seguida. La mayor parte del viaje la pasamos leyendo periódicos, pues el capitán, al enterarse de la especie de *Rip van Winkles* que llevaba entre sus pasajeros, nos prestó amablemente un paquete de periódicos que llevaba como regalo para cualquier buque de guerra inglés que pudiera ponerse al habla con nuestro barco. Así nos enteramos del sitio de Amberes, del torpedeamiento del *Aboukir,* del *Hogue* y del *Cressy,* de la retirada de Mons y de la batalla del Aisne, y de una alusión tomada al azar en un sitio y de una pregunta hecha en otro empezamos, poco a poco, a relacionar unos con otros los acontecimientos de la guerra.

Hasta que llegamos a las aguas de nuestro país, en Berwick, no vimos ningún barco; pero a lo largo de la costa de Northumbria el tráfico parecía seguir como de costumbre. Estaba bien protegido. Pasado el Tyne, un crucero guardaba la boca del río, y una pareja de submarinos, con su espumosa estela, nos adelantaron. En seguida se nos acercó un bote centinela: ¿de dónde procedíamos?, ¿adónde íbamos destinados?, ¿habíamos visto algo del enemigo? ¡El enemigo cerca del Tyne! Semejante cosa no se había oído en Inglaterra hacía cien años, y cuando el piloto subió a bordo, dos pequeños y obscuros *destroyers* se escabulleron hacia el mar a través de la niebla. Al entrar en el río nos obligaron a los pasajeros a abandonar la cubierta; pero desde las escotillas podía uno darse cuenta, por el estruendo que se oía, de la actividad del trabajo de los constructores de buques; en los cascos de éstos el color rojo acostumbrado del comercio se había cubierto con el gris siniestro del Almirantazgo. Al lado del muelle se encontraban más oficiales para examinar los pasaportes y detener a los pasajeros alemanes. Por fin llegamos a la estación. Hombres de *kaki* en las calles, hombres de *kaki* en los andenes, hombres de *kaki* en el tren. En las paredes lucían carteles patrióticos y de todos los labios salían

igualmente canciones de igual espíritu. Por todas partes se veían señales de que el león británico comenzaba por fin a despertar y se disponía a ganar el tiempo perdido tontamente. La fiebre de guerra se extendía de uno a otro confín del país, y, sin embargo, allí estábamos nosotras, dos mujeres que, a pesar de ser cultas y prácticas, sabíamos menos de la guerra que los mismos chiquillos que nos vendían los periódicos. Los leímos todos, desde el *Times* al *Daily Sketch;* ¡pero cómo está todo por el mundo!, dijimos por fin. A primera vista no podíamos por menos de extrañar la relación que podrá haber entre la muerte lejana de un archiduque austriaco y la presencia de buques de guerra en el Tyne. Afortunadamente, como ocurre con frecuencia, no faltó un compañero de viaje que nos enterara de lo que sucedía. Desde luego que no era nada satisfactorio; pero, sin duda alguna, los aliados llegarían a Berlín por Navidades. Claro que teníamos 300.000 hombres contra un millón; mas esto no importaba, pues es sabido que un inglés vale por cuatro alemanes, y además sólo se tardaba tres meses en enseñarle a uno a ser soldado, y el ejército de Kitchener estaría dispuesto para Navidades; y así continuaron las sandeces optimistas de aquel inglés vulgar del vagón del ferrocarril; por último, llegó a dudar de que estuviésemos tan ignorantes de lo que ocurría y sospechó que tratábamos de embromarle.

—¿Pero de dónde salen ustedes que no saben nada?—nos preguntó con sarcasmo—. ¡Me figuro que del Polo Norte!

—De un lugar que se le parece bastante—contestamos humildemente, mientras que el tren entraba en la King's Cross Station.

FIN

